

araucaaria

de Chile

Yo voy a Maipú y allá, en la Iglesia, hay una Bolsa de Trabajo. Y hay comedores también y a través de la Iglesia se ha organizado esa ayuda, digamos. Y anda la gente por ahí, una señora con varios niños, lo vi, porque yo siempre lo que veo es lo que después hago. Andaba con tres niñitos, andaba pidiendo trabajo, o comida o dinero para tomar una micro y se encuentra con el joven de ahí, de la misma Bolsa, tuvo la suerte de encontrarse y él la invitó que fuera allá a la Bolsa de Trabajo. Y ahí yo vi cuando le dieron comida a los niños, con avidez comían los niños, y un pancito le dieron a ella, y le dieron promesas de algún trabajito. (La Bolsa es la casa de la derecha, donde entran). Eso está lleno adentro, hacen sillas, hacen soldadura, y ahí la gente encuentra algo bueno para la gente pobre, porque casi todos llegan allá y se recibe mucha gente. Hay unos niños que pertenecen a la misma Bolsa, salen con carretón de mano y como hay tantas chacras por ahí, van a pedir verdura, les dan zanahorias mochas, repollitos, les dan rastrojo, así se llama lo que va quedando de las cosechas, que se lo dan a los animales.

Allá en Maipú es muy florido, por eso le puse la franja de flores. La comida que consiguen los niños es para abastecer a los comedores, que los mantiene la Iglesia y las donaciones particulares.



LAS BORDADORAS

Rodeada por los lobos de la represión y de la miseria, la gente de allá lucha por todos los medios. Uno de ellos es el arte del hambre, el florecimiento de formas de cultura de la pobreza, el canto de los perseguidos que todo lo vuelven un arma para luchar contra el fascismo, y así vemos a la mujer que anda por las calles con un retrato del marido desaparecido preguntando donde está. A la que vuelve a la casa vacía, donde a veces no hay nada que echarle a la olla, pero que trae en sus manos un pedazo de gangocho, unas tiras de desecho, retazos de arpillera dada de baja. A solas pensando, sufriendo, se pone a tejer en la tela del pobre sus cuitas y cavilaciones. Le contará todas sus confidencias a la arpillera. Le dirá sus penas sin pudor y allí las dejará estampadas para que el mundo sepa lo que ha pasado, no sólo por los caminos sino por dentro de su alma. Así nació un tapiz. Y nació otro en la casa del lado. Fue como si entrara una luciérnaga por la ventana. O, mejor dicho, fue como el nacimiento de un niño que alegra la casa de la tristeza. Ese niño no pegó un grito al llegar. Todo fue en silencio. Pero se entretejieron mil silencios, nacieron mil niños, nacieron mil tapices y con cada uno de ellos volvió a renacer Chile, "un pueblo que borda su vida y sus luchas".

(Fragmento del discurso pronunciado por Volodia Teitelboim en la inauguración de la Exposición de Arpilleras en el Palacio de la Virreina, Barcelona, octubre de 1978).

araucaria

de Chile

N.º 7 — 1979

Director: Volodia TEITELBOIM
Secretario de redacción: Carlos ORELLANA
Comité de redacción: Soledad BIANCHI, Luis BOCAZ,
Oswaldo FERNANDEZ y Luis Alberto MANSILLA

Diseño gráfico: Fernando ORELLANA

La correspondencia, pedidos de ejemplares y suscripciones, y remesa de valores, dirigirlos a nombre de Ediciones MICHAY, Apartado de Correos 5056, Madrid-5, España

NOTA: La Redacción de ARAUCARIA no responde por originales que no hayan sido previamente solicitados.

Ediciones MICHAY, Carrera de San Francisco, 13, Of. 002. Tel. 265 98 80.
Apartado de Correos 5056. Madrid-5, España

I.S.B.N.: 84-85272-27-7

Depósito legal: M. 20.111-1978

Imprime: G. Robles, S. A.

A. Pardal Reyes, 209 - Humanes de Madrid (España)

SUMARIO

ENCUENTRO DE THORUN

Julio Cortázar: <i>Ganar la calle y la libertad y la luz</i>	7
Roberto Matta: <i>Sin miedo abrir el verbo ojo al infrarrojo</i>	19
Volodia Teitelboim: <i>Herencia y contradicción en la cultura chilena</i> ..	25

LA HISTORIA VIVIDA

Miguel Lawner: <i>Desalojo en el «San Luis»</i>	51
---	----

TEMAS

Arturo Montes: <i>Por la alianza de clases en la literatura</i>	69
---	----

UN MILLON DE CHILENOS

Rafael Agustín Gumucio: <i>Vivir en Chile: nuestra neurosis, nuestra obsesión</i>	95
Alfonso González Dagnino: <i>El exilio</i>	117
Virginia Vidal: <i>Mal de ausencia</i>	137
Héctor Fernando Abarzúa: <i>Por una historia en el exilio</i>	145

TEXTOS

Henry Luque Muñoz: <i>Poemas</i>	159
Carlos Santander: <i>Un día como los otros</i>	161
Alberto Vega Suárez: <i>Poemas</i>	169
Roberto Armijo: <i>El asma de Leviatán</i>	173

LOS LIBROS

<i>Poesía chilena: la resistencia y el exilio</i> . Artículos de Soledad Bianchi, L. y Hernán Loyola	193
--	-----

CRONICA

Carlos Hermosilla Alvarez (Tristán Araya)	207
Notas en Blanco y en Negro (Luis Alberto Mansilla)	209

DOCUMENTOS

<i>Carta de Chile</i>	214
-----------------------------	-----

NOTAS DE LECTURA

<i>Casa de Campo / La pensée poétique de Pablo Neruda / El poder militar en América Latina / Report of the Chicago Commission of Inquiry into the Status of Human Rights in Chile / Propositiones para una periodificación de la literatura venezolana / Literatura y crítica marxista.</i>	217
---	-----

NOTAS DE DISCOS

<i>Acerca de quién soy y no soy</i>	225
---	-----

Según datos de la Iglesia católica, un millón de chilenos han debido salir del país después del golpe de Estado de septiembre de 1973. Es la cifra y el hecho que constata Rafael Agustín Gumucio en la entrevista que estas páginas recogen. *¿Muchísimos chilenos?* se pregunta él mismo a propósito de los que viven en el exilio, y responde: *¡Los chilenos que están fuera del país contra su voluntad son un millón!* Y agrega enseguida: *Jamás en toda nuestra historia se había conocido una tragedia semejante.*

El chileno tuvo, con fundamento o sin él, fama de trotamundos, de pateperro. En cada ciudad, en el país más lejano o exótico, decía la tradición, había siempre al menos uno.

Hoy la leyenda dejó de ser tal, y por obra y gracia del fascismo, el folklore se hizo historia.

Es de esta realidad sin precedentes, lacerante, traumática, que **Araucaria** empieza a ocuparse a partir de este número. Y lo hace, organizando los materiales bajo el rubro que hemos denominado justamente así: *Un millón de chilenos.*

El exilio es también la solidaridad de los pueblos con el pueblo de Chile. La manifestación más reciente —en el campo de la cultura— son las jornadas realizadas en Thorún, Polonia, en el mes de mayo. En la ciudad donde nació Copérnico se reunieron cerca de un centenar de personalidades: escritores, músicos, pintores, hombres de ciencia, políticos.

Reproducimos aquí tres de las intervenciones más significativas del Encuentro.

Este número tiene, con relación a los anteriores, un raro privilegio. La totalidad de sus ilustraciones provienen del interior del país. En sus páginas se recoge una muestra (modestísima, por cierto, porque su obra total suma millares de grabados) del trabajo de Hermosilla Alvarez, uno de nuestros artistas más ilustres, a quien ni la peor de las tormentas pudo arrancar de su cerro viñamarino. La portada viene también de Chile: las arpilleras —género asombroso, primavera en invierno— y los conmovedores textos explicativos de sus autoras.

Ya en prensa este número, nos llega la información del triunfo de la insurrección popular en Nicaragua. La década se termina bien. La triste historia latinoamericana de estos años más recientes empieza a ser diferente, a ser un poco ella misma. Volveremos sobre el tema. Mientras tanto, **Araucaria** se asoma a Centroamérica entregando en calidad de primicia absoluta algunos fragmentos de *El asma de Leviatán*, novela del escritor salvadoreño Roberto Armijo.



el creacion Velparaise / li. inf. / 22/30 *Gloria J. G.*

GANAR LA CALLE Y LA LIBERTAD Y LA LUZ

JULIO CORTAZAR

Nosotros, los escritores unidos a la causa de los pueblos que, como en Chile, sufren opresión e injusticia, vivimos un fin de siglo particularmente difícil; pero la dificultad es la condición *sine qua non* de toda literatura verdaderamente avanzada, verdaderamente progresista, y por eso nuestras dificultades no se resuelven en negatividad; muy al contrario, constituyen una pasión, un motivo más para escribir. Si las dificultades en nuestro enfrentamiento cotidiano con la historia, si eso que se ha dado en llamar "compromiso" con el derrotero de los pueblos hacia la libertad, la justicia y la felicidad, se vuelven cada día más agudas y más dramáticas, los escritores que merecen ese nombre y la confianza de quienes los leen no se desaniman en absoluto; muy al contrario, cada nuevo obstáculo que el terror, el desprecio, el fascismo en una palabra, alza contra la labor intelectual y artística, es un acicate y un desafío que multiplica su voluntad y sus fuerzas. En esta afirmación no hay jactancia y tampoco hay ingenuidad; espero poder mostrarlo suficientemente hoy, como lo muestran todos los que participan en esta lucha desde diversas lenguas, formas, prácticas y circunstancias.

Los pueblos tienen un genio instintivo que les hace guardar en la memoria ciertas frases, ciertos pensamientos que terminan por parecer triviales pero que no lo son. A lo largo de la segunda guerra mundial la propaganda desafortunada de los nazis incluyó millares de libros, discursos y "slogans" destinados a convencer a sus adversarios de que la causa de Hitler era justa y poco menos que sagrada. ¿Qué queda de todo eso, qué queda de las teorías demenciales de los

Rosenberg y los Goebbels? Prácticamente nada, puesto que ideológica y éticamente eran un castillo de naipes tan hueco como frágil. Y sin embargo en la memoria de muchos de nosotros quedan algunas frases que resumen y concentran esa tentativa demoníaca de aplastar definitivamente la libertad. Yo recuerdo sobre todo dos: en Buenos Aires, en los terribles años 40 y 41, las ondas cortas traían cada noche la voz y la propaganda nazi desde los cuarteles del *Führer*. Y cada programa, infaliblemente, comenzaba con este "slogan": "Aquí Alemania, defensora de la cultura". Todo el resto se pierde en la retórica de las arengas y los comunicados, pero esa simple frase permanece como una síntesis jamás igualada de mentira, de tergiversación total, de cinismo y de desprecio.

La segunda frase, atribuida a uno de los jefes nazis, Goering o Goebbels —lo mismo da—, es igualmente corta y contiene también la misma palabra clave. Esa frase dice: "Cuando oigo hablar de cultura, saco la pistola". La diferencia es clara: aquí, por una vez, se decía la verdad, se confesaba el verdadero programa del nazismo. Pero lo significativo para nosotros, hoy y aquí, es que las dos frases contenían la palabra *cultura*. Y frente a lo que está ocurriendo en Chile, en Argentina, en Uruguay, y la lista es larga, no será inútil abrir estas reflexiones teniendo en cuenta ese telón de fondo, esos dos "slogans" que son como una advertencia y una amenaza. De sobra se sabe que en todos los campos ideológicos se saca a relucir la cultura, y que, como lo ha dicho un humorista, el sentido del término termina por perder el sentido. Si estamos reunidos hoy aquí bajo la advocación de algo que a veces amenaza convertirse en una mera palabra que cualquiera puede esgrimir como una bandera o amenazar con una pistola, haremos bien en detenernos un momento, en fijar nuestra propia posición y nuestra propia valoración antes de seguir adelante.

Nadie sabe exactamente qué es la cultura, pero al mismo tiempo existe una noción, yo diría más bien un sentimiento inequívoco de lo que significa para la vida de los pueblos, y esa noción está en los pueblos mismos y se expresa en todas las formas posibles al margen de los niveles especializados o académicos de la cultura. Este fin de siglo no permite ya ninguna ilusión exagerada sobre sus poderes, y a la vez multiplica la conciencia de que sólo ella es el índice de la libertad y la justicia en el seno de las sociedades. Los intelectuales del siglo XIX creyeron que el poeta y el novelista, símbolos por excelencia de la cultura, eran capaces de transformar el mundo; los vieron como demiurgos y legisladores, y basta releer a románticos como Shelley o Víctor Hugo para saberlo. Los intelectuales de hoy, en cambio, somos como el Viejo Marinero del poema de Coleridge: la experiencia de la historia hace que cada día nos despertemos más conscientes y a la vez más tristes. Y nuestra lucha es doble, porque si lo esencial es luchar por la causa de nuestros pueblos y de la humanidad entera, también nos toca luchar contra nosotros mismos, ser a la vez Jacob y el ángel, oponernos a la tristeza sin caer en la ingenuidad, y ahondar en nuestra conciencia sin perder la capacidad de acción. Pero si alguien como yo, como tantos de nosotros, sube

hoy a esta tribuna, a centenares de tribunas del mundo entero, la prueba está dada de que esa lucha contra el desánimo y contra la tristeza está ganada, y que para nosotros sólo cuenta esa convicción cada día más honda, más precisa y más práctica de nuestras posibilidades y de nuestros deberes.

Basta abrir libros, revistas, periódicos de nuestro tiempo para encontrar en todas partes las huellas de una contraofensiva cultural perfectamente manipulada en un sentido negativo. Como hemos perdido las ilusiones románticas de nuestra fuerza demiúrgica, se nos dice amablemente que ya es tiempo de volver a encerrarnos en nuestros gabinetes, de concentrarnos en eso que se dio en llamar "el arte por el arte"; de volver, en una palabra, a nuestras torres de marfil. No se lo dice así, por supuesto; las técnicas están a la altura de la época y se buscan caminos más sutiles, se vuelve casi irónicamente a los criterios de tolerancia que llenaron tantas páginas inútiles entre las dos guerras mundiales, y que dieron el resultado que todos sabemos; se nos previene contra la recuperación y el uso que los aparatos políticos hacen y harán de nosotros; se toca nuestro amor propio de creadores de belleza, nuestra necesidad de imaginación y experimentación; se nos muestran los tristes resultados de la obediencia a ideologías que tantas veces prefirieron lo mucho mediocre a lo poco bueno. Cada vez que una tentativa revolucionaria se ve aplastada por la resurgencia de la barbarie fascista, se nos compadece por haber dedicado tanto tiempo y tanto trabajo a algo que culmina en un fracaso. Y todo eso nos es predicado en nombre de la cultura, de la no violencia, del respeto a los derechos humanos; y como nunca faltan pruebas de errores, de deformaciones y de traiciones en cualquier proceso progresista de la sociedad, aquellos que nos dan lecciones de *buen* sentido y de *buena* conducta lo hacen desde su *buena* conciencia; todo es bueno, como se ve, desde su lado, porque es el lado de los que buscan la verdad y la belleza en un terreno alejado de las contingencias y las contradicciones y las vicisitudes históricas. La única historia que aceptan es la que a lo largo de la verdadera historia de los pueblos no ha hecho más que prolongar, con doradas promesas teóricas y falsos edificios ideológicos, la espantosa pesadilla contra la que nos alzamos hoy y aquí, la pesadilla diurna y real del fascismo en un país latinoamericano y en tantos otros países de la Tierra.

Claro y concreto es nuestro programa: nos reunimos aquí por la causa de Chile, un país dominado por una de las tantas dictaduras que imperan en América latina, y lo hacemos para plantear y debatir los problemas y los caminos de la cultura frente al régimen de la junta militar encabezada por Pinochet. Es ahora, antes de nada, que nos toca analizar y precisar las connotaciones de este valor espiritual que tantas veces sirve para fines ambiguos, y que un sector del mundo intelectual emplea para atacar y desmoralizar a quienes, como nosotros, le damos un sentido inseparablemente vinculado a la causa y al destino de los pueblos. Esta necesidad de ver claro, de no servirse del término "cultura" en un sentido general y casi siempre idealista, se vuelve imperiosa en el caso preciso de Chile, porque las circunstan-

cias actuales de nuestra posición de combate no pueden ser ya exactamente las mismas que en los primeros años que siguieron al "putsch" del 11 de septiembre. Y si nuestra reunión ha de tener alguna utilidad, la tendrá en la medida en que midamos lúcidamente el paso del tiempo y sus consecuencias, y evitemos caer en una mera repetición de criterios y de consignas de lucha. Que sea esta lucidez el aporte principal de los intelectuales a estas jornadas, puesto que frente a una situación cambiante todo maniqueísmo se vuelve aún más estéril de lo que es habitualmente. En 1979, la situación en Chile no es la misma que en 1973, y quienes se obstinan en mantener actitudes sobrepasadas por la evolución de los hechos sólo lograrán consolidar las posiciones del enemigo puesto que sus ataques ya no darán en el blanco y sus esfuerzos se perderán en el vacío.

Si hago hincapié en esta necesidad elemental de analizar lo que en primero y último término es nuestra arma de combate —quiero decir



Barros

(L. A. S. L.)

El Compañero

la cultura como levadura de los pueblos, como factor determinante de las tomas decisivas de conciencia—, lo hago porque en estos últimos meses me ha tocado participar en actividades que, por las razones esbozadas, han provocado discrepancias y suscitado malentendidos en muchas personas y grupos que combaten por la causa chilena. Si me aludo como escritor es porque he podido comprobar directamente este tipo de reacciones, y porque pienso que esta tribuna es particularmente adecuada para debatirlas y, lo espero, superarlas. Parto de la convicción de que muchos de los que vacilan frente a esta necesaria evolución de estrategias y de tácticas de combate no han reflexionado aún lo bastante sobre el problema, y continúan guiándose primordialmente por criterios que todos hemos compartido a lo largo de estos años pero que esos mismos años obligan a adaptar a nuevas circunstancias. Tengo plena confianza en que esos compañeros de combate tendrán en cuenta lo que estas jornadas puedan aportarles como materia de reflexión; y por eso, empiezo diciendo que he sido de los primeros en vacilar frente a las nuevas perspectivas que se abren a los intelectuales a esta altura del proceso chileno. Brevemente, no me parecía claro que después de cuatro o cinco años en que nuestra tarea consistió casi exclusivamente en atacar por todos los medios a nuestro alcance el régimen de la junta militar, se abriera una etapa en la que ese ataque debería asumir nuevas formas que, para algunos observadores o incluso protagonistas, podrían parecer ambiguas, por no decir contemporizadoras. A mí como a tantos me ha tocado pasar por un proceso de análisis que me permitió comprender las razones de esta evolución en la resistencia contra el régimen de la junta; y es dentro de ese proceso que la función de la cultura me pareció y me parece más fundamental que nunca. A nadie le extrañará que mi visión actual de esa función haya tenido su detonador en lo que está ocurriendo no solamente en Chile, sino en mi propio país, la Argentina. Insisto en autocitarme porque puedo dar pruebas de mi propia experiencia y extrapolarlas sin temor de caer en meras hipótesis o generalizaciones teóricas.

Hace dos años, un libro mío fue prohibido en Argentina porque contenía, entre otros, dos relatos que la junta militar estimó ofensivos para el régimen. El hecho, tristemente banal en sí, me hizo sentir hasta lo más hondo algo que hasta entonces me había parecido obvio dentro de las prácticas fascistas y que no había analizado lo suficiente; de pronto, en carne propia, supe que ya no era solamente un exiliado físico, cosa sabida y sin más alcance que el personal, sino que a partir de esa hora me convertía en un *exiliado cultural*. Y esto, que aparentemente no sería más que una prolongación del exilio en sí mismo, tiene un alcance infinitamente más grave y más horrible que el exilio físico, puesto que ya no se trata de mí o de tantos otros intelectuales y científicos que han decidido abandonar el país, sino que el verdadero exiliado es el pueblo argentino, la totalidad del pueblo argentino separado, arrancado, desarraigado del producto artístico, científico o literario de centenares y centenares de sus mejores creadores. Y en ese mismo instante comprendí mucho mejor,

no ya desde la razón sino desde la sangre y la carne, que al pueblo chileno le había ocurrido y le estaba ocurriendo la misma cosa desde el golpe del 11 de septiembre, y que los chilenos o los argentinos, en el exterior no éramos los verdaderos exiliados sino aquellos que se habían quedado dentro, aquellos que tenían que seguir viviendo en un enclave no sólo figurativamente cerrado por alambradas y por mastines.

Si este enfoque es exacto, si estamos en presencia de un verdadero genocidio cultural en Chile, como en Argentina o Uruguay o Paraguay, si la imposibilidad de hacer llegar al pueblo tantos productos artísticos, científicos y literarios se traduce en un empobrecimiento mental y espiritual de los exiliados internos, no cabe la menor duda de que esta reunión se justifica imperiosamente puesto que ha llegado la hora, a la luz de las condiciones actuales, de abrir más a fondo el frente de combate cultural. De ninguna manera estoy diciendo que a lo largo de estos años el pueblo de Chile ha enmudecido, que sus creadores en todos los campos se han abstenido, muchas veces arriesgando sus vidas, de llevar al público sus creaciones en todos los campos espirituales. Precisamente esta resistencia cultural, casi totalmente clandestina en los primeros tiempos que siguieron al "putsch" militar, fue siempre un factor admirable y heroico de lucha; todos hemos visto ejemplares de periódicos clandestinos que circulaban de bolsillo a bolsillo, todos hemos leído los poemas de la resistencia nacidos muchas veces detrás de las alambradas de los siniestros campos de concentración donde la muerte rondaba, como en el poema profético de Pablo Neruda, "vestida de almirante". Pero en estos últimos dos años las manifestaciones creadoras han empezado a ganar la calle, se han vuelto colectivas y hasta multitudinarias. En un artículo que escribí hace seis meses y que fue ampliamente difundido en la prensa de lengua española, cité múltiples ejemplos concretos de esta actividad cultural que estaba empezando a cambiar considerablemente el panorama chileno a pesar de los esfuerzos de la junta por frenarlo. Hablé ahí de los talleres literarios donde jóvenes poetas y narradores ejercitan sus talentos, de grupos, teatros y asociaciones musicales que ofrecen espectáculos y recitales para públicos cada vez más numerosos. Cité, como símbolo transparente de toda esa actividad siempre difícil, siempre peligrosa, un cartel que había tenido en las manos y que decía: *¡Cuidado! La poesía está en la calle.* Al dar todos esos ejemplos sabía muy bien que apenas significaban algo, numéricamente hablando, frente a la extraordinaria labor cultural cumplida en el período del gobierno de la Unidad Popular. Pero al mismo tiempo hacía notar lo que esta explosión espiritual y artística significaba como resistencia manifiesta, como oposición de fondo a los planes alienantes de la junta en materia de enseñanza y de publicaciones. Según los informes más recientes, ese avance popular es objeto de medidas represivas cada vez más frecuentes y previsibles; arrestos, prohibiciones e intimidaciones siguen a la orden del día; y sin embargo las actividades se renuevan, cambian de nombre o de lugar, recomienzan con una obstinación que



Pau chito.

(Xilozzi.) *Glenn*

prueba su fuerza interna y su capacidad de seguir llegando poco a poco a la mayoría del pueblo a pesar de todos los obstáculos.

Frente a ese panorama, a la vez patético y alentador de un pueblo que no renuncia a lo mejor de sí mismo, ¿cuál puede y debe ser la actitud de los intelectuales chilenos exiliados y de los intelectuales no chilenos pero íntimamente unidos a su causa? Es aquí donde se abre un terreno de reflexión y de discusión, y es aquí, también, donde se agazapan los malentendidos a que me referí antes. Es obvio que todo retorno a Chile, toda voluntad de reincorporarse a la labor cultural del país será objeto de tentativas de recuperación por parte del sistema, que proclamará a través de sus voceros y sus turiferarios que muchos escritores, científicos y artistas regresan porque han comprendido sus errores y están dispuestos a participar en el plan de lo que la junta llama la liberación nacional. Es obvio que la debilidad y hasta el cansancio se mezclarán a veces turbiamente en este proceso de reconquista cultural, y que el oportunismo no perderá la ocasión de manifestarse y de sacar provecho. Así, para citarme por última vez, puesto que el ejemplo me parece aleccionante, el diario *El Mercurio*, de Santiago, ha publicado en estos últimos meses una serie de textos míos difundidos en múltiples diarios latinoamericanos y españoles a través de una agencia de noticias, y los ha publicado mintiendo descaradamente al presentarlos como "colaboraciones especiales" a dicho diario. Cosas de este calibre ocurren y ocurrirán largo tiempo, pero esas tentativas de recuperación no engañan prácticamente a nadie en Chile; en cambio, publicar colaboraciones auténticamente "especiales" en revistas que expresan una voz y una voluntad popular, me parece una obligación en estos momentos, y por mi parte la estoy cumpliendo cada vez que puedo.

Pienso que ningún chileno o no chileno debe preocuparse por el posible aprovechamiento que el régimen pueda hacer de su trabajo cultural en el país o desde fuera del mismo. Excluida la posibilidad inmediata de un enfrentamiento directo, el único camino positivo está en ganar cada vez más la calle para devolver al pueblo la conciencia de su fuerza y la alegría de poder ejercitarla más abiertamente. Desde luego (y éste es un rasgo típico de todas las dictaduras) la mínima y en general mediocre "cultura oficial" hará todo lo posible por dar la impresión de que el resurgimiento constituye una sola corriente y que esa corriente es inspirada y apoyada por el régimen. Por eso importa que en la medida de lo posible los intelectuales y los artistas se definan lo más inequívocamente posible a través de su obra y de su conducta personal. No se puede hablar de política ni hacer política en Chile, pero la intuición popular es grande cuando se trata de distinguir entre un demagogo que sirve los intereses del poder, y un escritor o un artista que expresa y transmite un mensaje auténticamente entroncado con el pueblo, sea o no de fácil acceso. Habrá desde luego equívocos y confusiones como en todo proceso histórico; pero lo que cuenta es salir del silencio, seguir ganando la calle, entrar otra vez en las grandes órbitas nacionales. Se tiene la impresión de que la junta ha llegado a un callejón sin salida en este plano, y que no le queda más

remedio que seguir cediendo terreno. Ya lo hemos dicho, la represión cultural aumenta, pero es incapaz de cerrar esas compuertas que empuja admirablemente un pueblo cada más decidido a abrirlas por todo lo ancho.

Es evidente, y no vacilo en repetirlo, que el frente cultural representa en todos los planos una larga y dura batalla. Por ejemplo, quienes expresan dudas sobre la conveniencia de librarla (y cito aquí opiniones de compañeros que merecen toda mi confianza), cada vez que se manifiesta un resurgimiento de la cultura en el plano popular, hay de inmediato una recuperación por el sistema, no sólo por razones de prestigio sino por una necesidad intrínseca que resulta evidente. Así, lo que no es recuperable es relegado a un pequeño sector de lo permisible (más angosto o más ancho según las circunstancias), y lo que no es recuperable ni permisible es expulsado del cuerpo social, lo que significa asesinato, cárcel o exilio según los casos.

Frente a esto, es casi inútil señalar que mucho depende de que la opinión pública y privada en el extranjero se manifieste cada vez más enérgicamente contra la represión y la arbitrariedad, a fin de que la junta se vea obligada a tenerla en cuenta aunque sólo sea por razones de prestigio, de imagen exterior, allí donde la hipocresía la obliga de todos modos a frenar lo que se desataría en toda su salvaje violencia si los ojos del mundo no estuvieran mirando permanentemente hacia Chile. Seamos esos ojos, no los cerremos ni un solo instante; de nuestra mirada y de nuestra palabra depende el triunfo en esta batalla en la que las armas de la belleza enfrentan a las armas de fuego y las vencerán un día.

Tales me parecen los aspectos y las posibilidades esenciales de nuestra acción, pero hay otros igualmente urgentes que reclaman no sólo atención sino imaginación. ¿Qué podemos hacer nosotros, desde aquí, desde los países europeos, para estimular el avance popular de la cultura en Chile? ¿En qué medida y de qué manera podemos ayudar a que la poesía esté realmente y cada vez más en las calles? No lo sé concretamente, pero puedo imaginarlo y ofrecer lo imaginario a quienes sean capaces de volverlo concreto. Entre tantas cosas posibles imagino un comité que no sólo preste ayuda a intelectuales chilenos en el exilio sino que favorezca la salida de los escritores o artistas o científicos que no puedan trabajar en Chile pero sí bajo otras condiciones de vida. ¿Por qué no lo creamos aquí mismo? Imagino una editorial que permita la publicación de los mejores entre los incontables manuscritos que circulan dentro y fuera de Chile y cuyo contenido es muchas veces una espléndida arma de combate. ¿Por qué no la hacemos realidad? Así como se creó y se hizo circular en numerosos países el Museo de la Resistencia "Salvador Allende", así imagino la creación de un fondo económico destinado a favorecer la obra de los plásticos chilenos en el exilio y a hacer venir de Chile a otros cuya obra no alcanza a cumplirse y sobre todo a conocerse en el país. Imagino una radio chilena fuera de Chile, con ondas lo bastante potentes para ser escuchadas en cualquier lugar del país, que trans-

mita noche y día no solamente la información que tanto falta en su territorio sino una permanente acción cultural y artística basada en los más altos valores nacionales y extranjeros. Si algo de todo eso fuera realizable a partir de esta reunión, no habríamos venido a ella en vano; si más allá de las palabras nacieran realidades eficaces, todos nosotros recordaríamos este encuentro como un enorme paso adelante.

No quiero terminar esta rápida exploración de nuestras posibilidades y nuestros deberes en el plano de la cultura, sin decir —aunque parezca obvio— que toda acción que emprendamos en este terreno debe basarse más que nunca en la voluntad de acabar con el régimen de la junta militar; los intelectuales podemos hacer más y más por la causa del pueblo chileno, pero en ningún momento hay que distraer la atención del objetivo central, porque correríamos el peligro de que los árboles no nos dejen ver el bosque, y que nuestras actividades adquieran poco a poco un valor restrictivo y demasiado específico. Como el tribuno romano que terminaba invariablemente sus discursos recordando que además había que destruir a Cartago, toda nuestra acción en el campo de la cultura debe confluir obstinadamente hacia la destrucción de esa Cartago fascista que oprime a un pueblo amante de la libertad, de la paz y de la alegría. Cada vez es más necesario cumplir a fondo nuestro trabajo de intelectuales comprometidos en la causa de los pueblos, pero sólo como parte de una acción que abarca muchas otras cosas, que nos reclama en muchos planos, que exige de nosotros una denuncia permanente, una responsabilidad asumida minuto a minuto. El pueblo chileno sólo creerá en nosotros cuando esté seguro de que nuestras palabras y nuestros libros son paralelos a nuestros actos, y que el trabajo cultural que hacemos es un verdadero frente de batalla; de esa batalla que él ya está librando día a día para ganar la calle y la luz y la libertad.



H.

El viejo Foyo (Plimot) 15/30 G. G. G. G. G.



Valparaiso (lin.) Herz.

SIN MIEDO ABRIR EL VERBO OJO AL INFRARROJO

ROBERTO MATTA

Toda historia es redonda como la Tierra.

Se necesita un ojo redondo al centro de esta redondez para ver todo lo ocurrido, lo ocurriendo en esta ocurrencia que nos ocurre a cada rato.

Buscar: ver lo que ocurre en frente, en ese lugar del frente, en esa pared del frente, no basta.

Porque estamos rodeados de lugares.

Todas las paredes que nos rodean son lugares de los cuales nos vienen las cosas que nos ocurren, que transforman nuestra ocurrencia.

Son todos manantiales por donde nos ocurre, de donde acuden cosas a nuestro ocurrir.

Estos lugares son tan acomodados para semejante efecto.

Ver toda la verdad desde adentro.

No dejar pasar la ocasión de agarrar la redonda historia vista desde el centro de su esfera.

Esto es AHORANZA.

Un alboroto en la lumbre de mis ojos, desesperados, valientes furiosos, fuente de señales.

No gastes realidad a pedazos, como denantes, ahora que puedes VER.

A ver si ves de una vez cada vez.

Porque la vida es una caterva de encantos y nuestras cosas se truecan y se mudan según nuestra gana de destruirnos o agradecerlos.

El humor de mis ojos acrecentará las aguas de mi corazón y los ojos que ahora ven la entera pelota de la realidad, VEN a los indios de Arauco, machucados, hambrientos, empapados, desarmados y desnudos, pero luchando para no ahogarse en su propia sangre que derraman a hierro y fuego conquistadores destacados.

Hay que ver redondamente que quisieron exterminar Arauco porque decían que estos diez mil araucanos amenazaban los diez millones de avemarías que los destacados descargaban, destruyendo todo lo azteca, lo inca, lo diferente, para sembrar sacristanes almaceneros y ensillar alcaldes.

Los destacados que hoy como antes se proponen liquidar todo lo que "arauca" en América para reemplazar por personoides electrónicos.

Porque decían que esos pocos indios amenazaban con derrumbar España, el Imperio, y que hoy amenazan la patria militar.

Que Alonso ensille su Zúñiga y alborote el verbo VER para que redondamente y con lucidez se vea cómo sigue ocurriendo lo ocurrido en ese mismo Chile hoy día.

Embandidando en un poder electrónico de hierro, los destacados de hoy.

Pinocharcos de sangre, tienen las mismas ganas de estrujar el sudor y el de los indios de hoy para mandárselo al Emperador, sea quien es.

...Al Emperador, quien sea el que sea...

Con nuestro redondo ojo, que rueda en las curvaturas de la historia como los astros en el curvo espacio, VEAMOS sin piedras en las orejas la perfidia de algo más escondido que los caníbales del Cono Sur, Aníbales derretidos.

Y son los destacados, programadores de agravios, pedazos atamborados que con balidos de pólvora tumban y tumban sin tumba, porque en vez de hacerte ser te hacen desaparecer, aunque sea el SER el sosegado trabajo de la vida.

Esto de la vida bien poco le importa a quienes no saben ser porque su quehacer es deshacer sin derecho.

Por los derechos humanos y contra los asesinos de paloma, hay en nuestra redonda historia la revolución de los franceses, y los revolucionarios de Octubre, que lucharon para que ser bien humano sea un derecho bien claro a la luz de todos.

Y esto se lo merece toda la hermosura humana.

Averiguada verdad que los animales están mejor protegidos por la Sociedad Protectora de Animales que el estado de los humanos en el sepultado estado de cualquier Estado que niega a los humanos el verbo ser.

Y hablo con quien tiene muchos amigos e hijos enterrados por haber defendido los derechos de ser.

Pues ha caído en el suelo toda noción de Nación y están debajo del suelo por haber luchado por una cultura del verbo ver, para desarrollar una agricultura del verbo ser.

Una agricultura de la Democracia.

La democracia no es contar votos, resfregar partidos, estirar comisiones, contabilizar puntos de vista; sino vernos, reconocernos y desearnos humanamente otras favorecidas relaciones que reorganicen la amistad.

Para esto tres religiones valen más que una.

Todo lo sucedido y sucediendo en nuestro mundo, que se hace y deshace, se infla y se desinfla cada día, agitando el terreno como un volcán.

Porque se hizo pedazos la imagen de que la sociedad es un terreno firme apoyado en sus leyes.

Aquí principio el cuento y las cuentas con el cuento que no es un sabroso cuento.

Que la sociedad se mueve como la Tierra y se agita como el licor del mar y nosotros sentimos los tirones para acá y para allá que nos sacuden y nos tuercen.

Y tenemos que ver detrás de las apariencias y sacar a la luz de todos las conflicciones, los raspares, los resfregones y los rascares que tiemblan por debajo de la "lucha de clases".

Como un dolor de muelas, las mujeres, los niños, los estudiantes, los ecólogos, los locos, los prisioneros, torbellinan enterrados en la vida social.

Y esto es el mundo.

Porque nuestra vida interior está al exterior, en el mundo, porque el mundo es nuestra casa.

Y apenas empiece a descubrirse el día, ver y descubrir los transparentes enemigos y peligros que nos tapan y nos ensucian la realidad.

Porque nos esconden y administran la verdadera verdadante información con invisibles y tontos corrales informáticos.

Que nos quieren transformar en renacuajos sin agua, o más bien algo que compra a ciegas, y luego a la cama, vecino a su enfermedad, listo a obedecerlos en lo que se proponen de proponerte, beber como preciosa bebida tu propio sudor o sus orinas.

A estos hediondos invisibles cubiertos de perfumes hasta la fetidez que programan estas cárceles informáticas, no se les puede combatir sin iluminar nuestro verbo.

Para afrontar nuestra propia inteligencia y revolucionarla, mañana es hoy y estamos atrasados.

El sujeto humano está sujeto a ser humano, pero hay que tener ganas de ser humano y no dejarse desalojar.

Que salga el sol en el verbo ver y reconocer los verdaderos derechos a ser humanos, con las realidades de los verdaderos deseos humanos, porque a todas las horas y en todos los poblados estamos arremetidos por una informática que deshumaniza, que aísla, que desintegra la vida social.

No basta la rebeldía, ni el mal humor, para salir del socavón, hay que reorganizar la inteligencia.

Aprender y enseñar una agricultura democrática en este terreno humano, ocupado, pisoteado y programado para sacarnos la vida.

Tenemos que sacarnos la mierda y descubrir la real inteligencia humana.

Estos no son sermones para ser monos y copiarnos y repetirnos, sino empujones y pláticas para vernos a la luz de los unos con la luz de los otros.

Y no dejarnos pasar más adentro en sus disparates.

Hay que agitar la encrucijada de la realidad delante de nuestros ojos con los grandes modelos del espacio y del tiempo.

Porque la música, las matemáticas, la real y poética ciencia, son herramientas muy buenas para ser humanos y oxigenar la vida.

Fíjate cómo es estricta y libre la ciencia.

Sin olvidarse que la palabra Atenas es el fruto del uso de la palabra, tenemos que usar la palabra con lucidez para no hablar en balde.

Amargadas y para enderezar su suerte, las mujeres nos han reaprendido los derechos humanos al sentimiento.

Y alegrar la tierra con otra manera de justicia.

Como un corazón de luz.

Porque el verdadero cuezco de todo esto es que cada uno está demasiado, demasiado solo.

Como los ciegos que sólo VEN cuando sueñan.

SIN MIEDO ABRIR EL VERBO OJO AL INFRARROJO.

Y esto es todo lo que digo, que digo que se diga.



El ciego y su mujer (Zine) *G. G. G. G.*
29/30



Coscio. Valp.

G. G.

HERENCIA Y CONTRADICCIÓN EN LA CULTURA CHILENA

VOLODIA TEITELBOIM

Sucedió en Santiago de Chile en 1824, cuando acababa de ser derrocado Bernardo O'Higgins, libertador del dominio español. La regresión sin freno sentía llegada la hora de ajustar cuentas en todos los órdenes. Un ortodoxo recalcitrante, don Judas Tadeo Reyes, cuyo nombre se recuerda por esta anécdota, escribe un opúsculo para refutar a dos herejes peligrosos: a su compatriota, el milenarista Manuel Lacunza, y a un fraile polaco oriundo de Thorun, llamado Nicolás Copérnico, quien "movilizó el mundo hablando del movimiento del mundo". Lo acusaba de sostener imposturas diabólicas en "De las revoluciones de los Orbes Celestes", de formular especulaciones inauditas, tales como que la Tierra giraba alrededor del Sol. Afirmación tan escandalosa no podía, a su juicio, permanecer impune.

El episodio no es excepcional. Responde a una constante. En Chile, como en todo el mundo, han coexistido y luchado dos actitudes frente a la cultura. El lado más oscuro siempre intenta suprimir a su antagonista por la fuerza y el anatema. De dicha historia puede desprenderse una segunda conclusión: esta lucha también se da en el seno de la Iglesia. Sugestivamente son cruzados autoinvestidos con el nombre de Dios los que abominan contra dos sacerdotes de genio y mueven guerra en dicho caso contra aquel sobre el cual Ticho Brahe sostuvo que "la Tierra no produjo un hombre comparable a Copérnico en el espacio de tres siglos. Pudo detener el Sol en su carrera por los cielos y hacer circular la Tierra inmóvil".

También, dentro de una dimensión mucho más modesta, el estricto defensor de la fe condena al execrable Lacunza, místico del infierno, filósofo impio, doctrinario de lo sobrenatural. No importa que algún crítico lo considere el autor del libro chileno que ha alcanzado la más alta cumbre, *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, escrito durante su destierro, en una Europa preñada por el espíritu de la Revolución Burguesa, entre 1784 y 1790. Por el eco extendido que alcanzó en su tiempo, se lo ha comparado con dos escritores chilenos del siglo XX, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, aunque un exégeta de Lacunza sostiene que "el sitio que el fraile ocupa dentro del plano internacional sigue siendo único en Chile y tampoco se le descubre paralelo en América".

Lo que queremos subrayar es la presencia de esta batalla perpetua dentro de la cultura chilena, que se planteó desde el primer día y es parte y expresión de la contienda entablada en todos los campos de la sociedad. El entrelazamiento íntimo de los tres tiempos de la historia configura una continuidad que hace que los hombres de hoy viajen a rescatar los aspectos progresistas del pasado para abrirse paso a un futuro de horizontes más anchos y profundos.

Hace poco el pintor (surrealista) chileno Roberto Matta ilustró la versión italiana, realizada por Ignacio Delogu, de la primera parte del poema épico de Ercilla *La Araucana*, publicada como una joya bibliográfica, bajo el auspicio de la Municipalidad de Florencia. Con este monumento literario del Siglo de Oro Español nace la imagen europea de Chile, nuestro concepto de nacionalidad.

¿Por qué un revolucionario tan radical de la plástica contemporánea, como Matta, instando a Alonso Ensilla Zúñiga y antes Neruda, en su *Canto General e Incitación al Nixonicidio y Alabanza de la Revolución Chilena*, se sintieron atraídos por el imán de *La Araucana*, un libro del siblo XVI? No por anacronismo, creo yo, sino por amor al siglo XX y por interés hacia el siglo XXI. *La Araucana* posee, además, otra particularidad: cuenta el caso del conquistador conquistado. En pocas palabras, el indígena de Chile resultó indomable. En el bronce de sus octavas reales, Ercilla deja estampado cuán difícil es dominar a un pueblo tan orgulloso, aunque las armas del invasor sean más mortíferas. Al igual que los cronistas Jerónimo de Vivar, Alonso de Góngora y Marmolejo, Pedro Mariño de Lovera, como los poetas Pedro de Oña, Fernando Alvarez de Toledo, del siglo XVI, Ercilla canta la magnitud y porfía de las rebeliones indígenas. El monarca Felipe II, en El Escorial, suspira inquieto ante la acumulación de noticias sombrías provenientes de su colonia más lejana: "Chile —murmura— me cuesta la flor de mis Guzmanes". Se le apoda "Flandes Indiano", "Cementerio de los españoles". La furia de las batallas no amaina durante el siglo XVII. Entre 1603 y 1674 perecen en acción 42.000 soldados del Rey. Un gobernador peninsular calcula, con objetivo pesimismo, que "la guerra de la Araucanía resulta más cara que todas las conquistas de América". No faltan los consejeros de la Corte que recomiendan abandonar la remota, levantisca y ruinoso posesión. Sólo consideraciones estratégicas, el temor a que

los ingleses u holandeses ocuparan el vacío, poniendo en peligro todo el imperio español en América, desalentaron dicho proyecto. Se la califica como una de las guerras más largas de la historia. Dura más de trescientos años. Se la llamó la Guerra de la Frontera, finalizada apenas hace un siglo, en virtud de los cañones modernos de un Ejército instruido por asesores europeos que limpiaron a sangre y fuego extensos territorios para introducir el capitalismo y la inmigración alemana en el campo. Si Matta retoma el antiguo tema de la Guerra de la Frontera, interpretamos el fenómeno, entre otras razones, porque la Guerra Interna, que cien años más tarde ha declarado Pinochet, el fascismo, contra el pueblo y la cultura chilena, es, en cierto sentido, un segundo acto de ese conflicto secular. Resulta decidior que el dogma castrense proclame oficialmente que el Ejército que asesinó a Allende, destruyó la democracia y la libertad en Chile y encendió hogueras de libros en las calles, es el continuador legítimo y directo de la hueste colonial hispánica que enfrentó al indio. De allí la actualidad del problema, la validez y razón del retorno al tema de la rebeldía nativa. Es un regreso a una fuente de inspiración, a las raíces del combate, a la selva inaugural de la lucha titánica y a la cuna de las leyendas heroicas. El toqui Caupolicán —cantado ya por Rubén Darío— supliciado en la ejecución tremenda del empalamiento; fue descrito por Ercilla y Neruda (“Ensartado en la lanza del suplicio, entró en la muete de los árboles”). Las manos cortadas de Galvarino —evocan el martirio atribuido en la leyenda popular a Víctor Jara. La astucia del estratega Lautaro— (“atacó entonces Lautaro de ola en ola - Disciplinó las sombras araucanas...”), todo es sustancia de una materia y de un propósito contemporáneos. Existe un encadenamiento, una ley de la herencia cultural, donde el pasado vivo es un libro que hay que volver a abrir a fin de leer en sus páginas algunas lecciones para afrontar el presente.

No hay época, ni siquiera la más oscura, donde no podamos percibir un destello de claridad transmitido por el espíritu interdicto, aprisionado. No cesa su trabajo en los secretos de un silencio que a ratos puede parecer que dura siglos.

Tras el espesor de plomo de la dictadura colonial, la cultura admitida mostró su uniforme color gris, edificante y majadero. Pero el río prohibido, a veces solamente hilo precario, circuló transportando el mensaje de aguas escondidas más puras y más vivas.

La Tierra está poblada bajo tierra, por depósitos de cultura heterodoxa, encadenada por grilletes que dificultan su marcha a tal punto que a veces la transforman en historia no escrita o en cultura callada. *Los demás, al exilio, antaño, anteayer y hoy. Esta es otra similitud histórica que invita a la reflexión de los chilenos actualmente extrañados:* la mayoría de los máximos intelectuales de la colonia fueron desterrados como al presente lo está una legión apreciable de la inteligencia nacional.

En el siglo XVII, el cronista Alonso de Ovalle es, entre España e Italia, más bien, un *transterrado*, como hoy se autodefine el novelista José Donoso. La lejanía del terruño no vuelve descolorida ni

abstracta su “Histórica Relación del Reyno de Chile”. Aunque el recuerdo se tiña con los colores de la añoranza, su reminiscencia de los días de infancia y juventud, sensaciones tan vívidas como la descripción del paso de Los Andes (“vamos por aquellos montes pisando nubes”) acreditan el frescor de la mirada y la memoria tenaz de los sentimientos. La remembranza se enriquece con los aportes del tiempo, que le hacen contemplar y reconstruir con ojos más hondos la rememoración de los lares perdidos. Ese lúcido compromiso del cuerpo y del alma contraído con el suelo natal tiene hoy vigencia parecida para cerca de un millón de chilenos expatriados, pero no despatriados. Fulguró en el Padre Ovalle como la luz de un diamante riguroso, no sólo hasta el día de su muerte, en Lima, sino hasta el día de mañana. Visualizamos en él ese drama trashumante de los escritores, de los historiadores, de los periodistas, de los poetas, de los músicos, de los paisajistas, de los plásticos sutiles, de cualquier chileno andante por los caminos del planeta, llevando por todo equipaje una maleta de decisión y nostalgia, y donde está pegada en muchos casos la etiqueta del retorno.

Sin la poética transparencia de su hermano jesuita Ovalle, otro miembro de la orden trabaja, en pleno siglo XVIII, con la opacidad certera de las ciencias exactas. Se trata de un desterrado, el abate Juan Ignacio Molina. Alejandro Humboldt, el segundo descubridor de América, según Bolívar, va a visitarlo a la Universidad de Bolonia. Allí da cima a su “Ensayo sobre la Historia Natural de Chile”. Y algo más. Hace descubrimientos sobre la evolución de los gérmenes. Es un investigador del mundo físico. Postula una filosofía de la naturaleza, una nueva concepción sobre el modo de comportamiento de la materia. Sus ideas inquietan al Santo Oficio. Lo inducen a suspenderlo de ejercicio del sacerdocio y a borrar su nombre de la Academia Pontificia. A los sesenta y cinco años tampoco alivia su enfermedad del exilio. “Sin embargo de mi avanzada edad —confía a un amigo de Chile— me hallo bastantemente robusto y en estado de emprender el pasaje de mar, y el deseo de abrazarte y de morir entre los míos me lo hará suave y corto.”

Aunque tenía sed de volver, nunca pudo regresar. Murió hace precisamente un siglo y medio. En la última frase que se le atribuye pedía que le dieran “agua de Chile, agua fresca de la cordillera...”.

Este extrañado que propone elementos para una revolución en el enfoque de la materia, se parece poco y mucho a otro exiliado correccionario y compatriota suyo que formula el plan de una revolución en el cielo. Es nuestro conocido Manuel Lacunza, primer filósofo místico americano, teólogo anunciador del retorno de Jesús a la Tierra. El título ya citado de su obra, *La vuelta del Mesías en Gloria y Majestad*, habla por sí solo. Es un libro denso, misterioso, peligroso. Una fábrica de pólvora. se emparenta con *La Ciudad del Sol*, de Campanella. Vaticina una utopía comunista de mil años. Su lógica es la de los constructores de sociedades perfectas del futuro, donde Dios se identifica con la justicia. No agradó a la autoridad el sentido y orientación de su proyecto visionario. En 1824 anotaron su nombre en el

Indice. Se juzgó su doctrina "plausible", aunque nociva para el alma de los fieles. Es de imaginar al proscrito en Imola o en Bolonia, con la pluma en el aire, tomado por el recuerdo de la casa paterna y el sueño del porvenir radiante, trasponiendo afectos, lejanías, ausencias, proyectando el pasado al futuro, en un intento de evasión del presente amargo. A ratos la declaración optimista: "Me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos". Después la desesperanza: "Nos vamos muriendo en silencio y en paciencia debajo de la cruz...". Así escribe en una de sus cartas. En otra estampa unas pocas palabras que los exiliados de hoy consideran síntesis de situación, resumen del estado de ánimo, con visos de sentencia clásica: "Solamente saben lo que es Chile los que lo han perdido".

Todos ellos fueron expulsados de su patria por el absolutismo de los Borbones. Hoy repite la política y el método del extrañamiento el neofascismo de Pinochet, sostenido por los amos del imperio contemporáneo. Nada significó para la antigua reacción la magnitud creadora de esos espíritus. Al contrario, ella era su principal delito. Hoy sucede algo semejante. Pero, ¿quién puede a la larga destruir una cultura, pulverizar una gran obra con fusilamientos, torturas y ostracismos?

Hacia la creación de una cultura más abierta

Los ideólogos de la Independencia tenían el don del gesto, el sentimiento de la historia, adoraban el Progreso Indefinido, proponían el respeto por el Hombre con mayúscula. Aunque manejaban la retórica de la época con ingenua intemperancia, su simplicidad fulminante define la naturaleza y el estado de un pensamiento revolucionario hasta entonces inédito por esos contornos. El país despertaba y emprendía el aprendizaje de la libertad. Esta encontró sus portavoces. Nunca más torturas, clamó por ejemplo, Camilo Henríquez, el fundador del periodismo y del teatro republicanos. Escribía en "La Aurora de Chile", allá por 1812, que "las pruebas del agua y fuego se usaron antiguamente, se conoció su barbaridad y fueron abolidas. Se sustituyó la tortura, se escribió contra ella y se abandonó con horror. Se hizo uso de varios apremios ilegales, se usó de las esposas. Pero se han llamado en la sesión de las Cortes del 2 de abril "invención de las más horribles que han imaginado los hombres".

Pinochet se ríe de estas admoniciones tras la puerta del tiempo. Sin embargo, el Fraile de la Buena Muerte insiste. Profesa la fe en los nombres célebres y el culto del saber: "Jamás es, pues, perdido —sostiene— lo que escriben los amigos de la humanidad. La gran masa de luces esparcidas en ambos mundos, los clamores de los sabios no han de ser ineficaces, sus semillas son imortales, vendrá tiempo en que broten". Una declaración de principios exactamente al revés de la publicada por la junta. ¿Cómo no suscribir aquel voto de confianza en el futuro? Lo hacemos nuestro. Así como su llamado a abrir los ojos porque el cambio sólo será posible —aclara— si el pueblo abre los ojos; si, como decía Sarmiento, "se educa al

Soberano”. ¿De qué sirve escribir —inquire Camilo Henríquez, con interrogación angustiada para la literatura— si la barbarie es tan grande que no hay quien lea?” Siente el asombro de describir el hombre como sujeto posible de una existencia distinta, pero no se oculta que, si la perspectiva puede parecer maravillante y pecar por exceso de imaginación, el proyecto, en verdad, resultaría ilusorio, desmesurado hasta lo infinito e imposible de realizar, si no pasara por la cabeza y por las manos de un pueblo dispuesto a transformar el verbo en acción. Reconoce que son muy altas las barreras. “...La marcha de las luces se retarda —advierte—. *La ilustración debe hacerse popular*, pero las instituciones antiguas fueron bien contrarias a la difusión de las luces.”

Pienso en un itinerario detallado para llegar a la formación de una cultura de reemplazo, de sello nacional. Describe con minucia el plan educador. Dibuja la escala que conducirá a las alturas de la patria culta y superior. La iniciación debe empezar por el niño, encaminarse a forjar un futuro gran público educado. Quiere excluir la dictadura de la “élite” paternalista. Propone el curriculum de estudio para las escuelas, la reforma del método escolástico. Recomienda la vulgarización de los libros útiles. Lamenta el atraso de las letras. Filósofa apretando las riendas a su entusiasmo: “La razón —suprema Diosa de la época— admite adelantos y se desenvuelve en los pueblos con lentitud”. Hay que poner todo en movimiento, redefinirlo todo, prever incluso las etapas intermedias de la cultura. Hasta boceta una dinámica del desenvolvimiento de los géneros, la construcción cuidadosa de los diferentes tramos del espíritu. Llama a la búsqueda de niveles necesarios cada vez más elevados para articular orgánicamente la personalidad intelectual del país. Las letras —según su modo de ver leído en los enciclopedistas— tienen su infancia, las facultades de la imaginación se perfeccionan antes que los del pensamiento, de la observación y del cálculo. La sana política y la buena legislación conocen su hora: “son el último resultado de nuestras reflexiones”. He aquí el orden previsto del camino que va del silencio a la pronunciación de la palabra de la civilización del espíritu: “Feliz el pueblo que tiene poetas, a los poetas seguirán los filósofos, a los filósofos los políticos profundos. Desventurados los pueblos donde están en un sopor continuo y letárgico la imaginación y el pensamiento”.

He aquí las líneas cardinales del programa de definición cultural en un país recién emancipado. Aparte de guiarnos por la memoria histórica, *mutatis mutandi* (correspondemos a otra época), ¿cómo no sentirnos sus herederos? Un principio de coherencia anima su sentido de planificación. Los préstamos tomados del modelo francés son evidentes. Se concibe la cultura como un proceso de apropiación evolutiva. Traza una perspectiva ancha. Trabaja por el desarrollo del país y del hombre común. Establece una debida relación entre intelectualidad y masa.

La estructura de las relaciones sociales opondría, desde luego, grave obstáculo para la aplicación de esta política, no sólo en el

campo de la enseñanza y la cultura, sino en todos los dominios. Sin embargo, el crisol de un nuevo espíritu ya ha comenzado a bullir. Todas las referencias posteriores alusivas del siglo XIX, aunque no lo confiesen, han de tener como puntos de referencia iniciales dichos planteamientos.

José Victorino Lastarria, en su discurso clave ante la Sociedad Literaria, en 1842, retoma el tema "Nada será Chile, la América toda, sin las luces...".

A su juicio, la riqueza no dará libertad individual. Sin la democracia apoyada en la Ilustración el gobierno se bamboleará y se verá reducido a afirmarse, por un lado, en las bayonetas; por el otro, en montones de oro. Los oprimidos entonces esperarán sólo la ocasión para sacudir la servidumbre.

Durante la colonia —explica— era nula nuestra existencia literaria como lo fue nuestra existencia política. Porque la literatura —subraya enfático, siguiendo a su maestro Artaud— es la expresión de la sociedad. Exalta una misión: la de ser originales. Definir la realidad en términos nuevos, que sean "la expresión auténtica de nuestra nacionalidad". ¿En qué consiste esto? "En que tenga una vida propia —responde—, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular."

A la arrogancia aristocrática, que concibe la cultura como propiedad privada de una minoría a la inercia de la imaginación de los poderosos, replica afilando su formulación crítica, argumentando, con pasión, que ese laboratorio de experiencias que es la actividad artística, no puede ser coto que se reserve a un grupo afortunado. Vuelve a decirlo y lo explica más rica y prolijamente: "Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas. Al contrario, debe hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud que, en definitiva, es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, sí de sus efectos".

O'Higgins en el Acta de la Independencia sostuvo que "la revolución de 1810 fue el primer esfuerzo que hizo Chile para cumplir los altos destinos a que lo llamaba el tiempo y la naturaleza". Sólo el primer esfuerzo. Faltaban muchos otros. Continúan faltando, por lo visto y por lo que seguiremos viendo.

Hay ciertas fechas-hitos en la historia de la cultura: 1842, 1938, 1970. Se asocian a fundaciones y recomienzos.

1842 es un año inaugural, cuando nacen la Universidad de Chile y la Sociedad Literaria, y, bajo la etiqueta de clásicos y románticos, estalla una discusión que trasciende la república de las letras. En aquella época se experimenta el descubrimiento del diálogo sobre el destino del país y sobre el papel que juegan las ideas. Se conocen por primera vez los ángulos agudos de una controversia pública que no gira en torno a asuntos de orden simplemente político y local.



Muchacho

(li vol.)
20/30.

Holmopilla

Un artículo del argentino López sobre el tema que conmueve desde hace algún tiempo a la intelectualidad europea, "clasicismo y romanticismo", enciende la mecha polémica. Jotabeche replica con su arma natural, la ironía. Sarmiento —quien ya ha planteado el dilema de nuestra América como "Civilización o Barbarie", prontamente emblematizado por el asalto al poder de los caudillos— evoca, por otra parte, en *Recuerdos de Provincia*, los dientes incisivos del costumbrista, "que hubiera dado al traste con mi petulancia si él no hubiera flaqueado por el fondo de ideas general, de que carecen sus artículos".

Las facciones contendientes reconocen dos cabezas, Bello y Sarmiento, aunque ninguno de ellos fuera un clásico o un romántico químicamente puro.

Algunos atribuyen a Bello un clasicismo de mármol, que éste refuta vigorosamente. Se autodefine como un moderado. En la América hispana del siglo XIX es el intelectual más completo. Educador, legislador, poeta, gramático, periodista, crítico de literatura y arte, tratadista de Derecho Internacional, autor del Código Civil, planeó y escribió sobre todos los aspectos de la vida social. Tendió un puente entre la cultura de Europa y el Nuevo Mundo de las repúblicas que acababan de surgir. Puede decirse que fue el latinoamericano más universal de su tiempo. No falta quienes juzguen su obra maestra, la fundación de la Universidad de Chile. En la pieza histórica que constituye el discurso pronunciado en su inauguración define todo el espectro de la misión multiforme que le corresponde como instituto superior, en un país donde deberá formar los cuadros dirigentes de la nación que comenzaba a caminar por sus propios pies. Insta a que profesores y estudiantes fijen la mirada agudamente en el universo circundante. Que el país desconocido sea revelado. Que la nación por hacer se haga. Pero para ello recomienda que vean también el mundo y aprendan de él. Presten atención a los acontecimientos sobresalientes. Insinúa la suma de los problemas; su preocupación más íntima lo inclina a ponderar la literatura como una necesidad pública. Dentro de ella su favorita es la poesía, a la cual llama su aroma, "su capitel corintio". Adviértase que no la concibe simplemente aséptica y sólo intimista. No la acepta pueblerina. "Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren", insta a la juventud literaria que forja sus primeras armas. No la quiere insignificante ni trivial. Propone sin ambages motivos de inspiración. "¿Y cuántos temas grandiosos os presenta ya nuestra joven República?" Hugo y Balzac ejercen sobre su cabeza la fascinación magisterial. No tiene rubor en aconsejar la reinención del tono épico. "Celebrad sus grandes días, tejed guirnaldas a sus héroes, consagrad la mortaja de los mártires de la patria".

Hay un problema implícito que lo preocupa sobremanera, el cual atravesará como una línea divisoria toda la historia del continente: la relación entre libertad y orden. Los románticos —el liberalismo de aquella época— conciben la libertad como libertad en sí, sin que les asuste su abundancia o su carencia de discreción. Esta idea queda fuera de la gramática, de los valores políticos, filosóficos, morales y

estéticos de Bello. Lo inquieta el equilibrio inestable entre libertad y fantasía. No pretende encerrar la "loca de la casa" en el manicomio ni en la cárcel. Pero desconfía de la fantasía, de sus rarezas y excentricidades. El exceso de imaginación es un vicio y no la vía hacia el éxtasis. Propone para ello la libertad vigilada. Como su venerado maestro Goethe, abraza el principio básico del orden. "Esta es mi fe literaria —argumenta cuidándose de los extremos—, libertad en todo; pero yo no veo libertad sino embriaguez licenciosa en las orgías de la imaginación". Precave contra toda brusca ruptura del límite, denuncia la abyección implícita en la sensualidad desbordada de la fabulación gratuita, en el desvarío y las alucinaciones del ángel negro de la literatura. Algo más: para Bello, la licencia literaria puede también transformarse en anarquía política. Ella revela cierta sórdida miseria en la naturaleza humana, matriz de los fomentadores del desorden. Como para su arquetipo de humanista, Erasmo de Rotterdam, el orden adquiere un valor absoluto y no es sino la otra cara de la libertad. Ella asemeja una fortaleza atacada desde dos extremos: "la docilidad servil, que lo recibe todo sin examen" y "la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón". Más peligroso aún es que esta licencia se rebela también contra la autoridad del estado.

La palabra orden —débil y feroz a la vez— rueda permanentemente en los labios del gobierno conservador, que esconde tras ella su frialdad dictatorial. En este caso, la palabra orden es la fachada de la hipocresía. En torno a ella se construye la oración oficial cotidiana que predica a la masa las virtudes del silencio y los méritos de la pasividad y la resignación. Por otra parte, forma parte de la ley del pago al contado de una oligarquía que ha comenzado a enriquecerse, ligada al capital extranjero y a los bancos particulares, que tienen la facultad de emitir papel moneda y poner alas a la inflación.

La palabra orden choca, entonces, en las calles con la palabra libertad. Esta trueno y silba en las arengas de la juventud radical de la época. Su acepción de la libertad es opuesta a la de Bello. Se emplea con distintos sentidos, según el sector de la sociedad y de los intereses que la usen.

Pero ya las palabras han salido del diccionario para trasladar su dinamita a la vida política y literaria. Las letras, para ninguno de los polemistas o adversarios, quedan fuera del campo de batalla. Deberán registrar lo que pasa y, en el fondo, tomar partido. El novelista chileno más destacado del siglo XIX, Alberto Blest Gana, teoriza de este modo y practica sus ideas. Su propia obra no es extraña a todo cuanto acontece o aconteció alrededor, ni a los dramas personales e históricos vividos en la Guerra de la Independencia, ni a la prueba a que fueron sometidos los hombres durante la Reconquista española, ni al ardor juvenil del movimiento de la Sociedad de la Igualdad, ni a la represión violenta con que se le aplastó. Blest Gana ahondará en la aventura y a veces en la tragedia interior de los chilenos de adentro y de fuera. *Los trasplantados* no son precisamente los exiliados de hoy, sino emigrantes de lujo, los viajeros cosmopolitas y adinerados del pasado, que se emparentaban de alguna manera con el personaje

de Carpentier en el *Recurso del Método*. Son arribistas, buscadores de las delicias parisienses, que finalmente se traducirán en desdicha y aniquilamiento. Blest Gana sabe que la novela debe ser una polifonía múltiple y abigarrada, donde todos los sonidos se interconectan. Conoce también que el esplendor es el precio de la miseria y la miseria el precio del esplendor. Su obra conforma un vasto conjunto contradictorio no exento de escenas en que pugnan clases, se producen choques sociales y colisiones ideológicas. La rebelión callejera, en las páginas de *Martín Rivas*, estremece Santiago, seguramente porque antes de ser un motivo literario fue un hecho histórico, como en ciertos capítulos de *Los miserables*. Probablemente Blest Gana lo supo muy a conciencia, porque “la vida literaria de los pueblos —anotó nuestro novelista máximo— está sujeta a las mismas vicisitudes de su existencia política y social”.

Nada de este proceso sería concebible sin el aporte de las ideas y de los intelectuales extranjeros. En la lista de constructores de la cultura nacional hay muchos nombres latinoamericanos y algunos europeos, entre ellos el polaco Ignacio Domeyko, padre de la minerología nacional, director de la “Revista de las Ciencias y las Letras”, Rector de la Universidad. Cuando Pinochet declara que no aceptará en el país ninguna idea foránea, está no sólo lanzando el grito de “Muera la Inteligencia Universal”, sino que trata de cercenar una raíz básica de la cultura chilena.

Cuando se generan fuerzas nuevas y el panorama se complica, quien convierta su concepción ideológica en praxis política se transformará en un riesgo para el orden establecido.

El pensamiento avanzado del siglo XIX arrojó las iras del Estado y el castigo de la autoridad. La publicación de *Sociabilidad Chilena* acumuló sobre su autor, Francisco Bilbao, las acusaciones de blasfemo, inmoral y sedicioso. Y ¡OJO!, el texto fue quemado públicamente. Cuando Lastarria dio a conocer en la “Revista del Pacífico” su “Manuscrito del Diablo”, está buscándose las penas del infierno. Escribe allí que “la clase privilegiada pone en acción todos los medios sociales en cuanto le conviene a su defensa y conservación, arrogándose la tutela del pueblo... Divide así la sociedad en dos clases, una que todo lo puede y lo goza todo, y otra que nada vale...” No es difícil entender por qué la Revista fue clausurada.

Sucedan cosas aún más graves. Ya no es sólo la juventud intelectual avanzada el único peligro. Asoman otras fuerzas sospechosas. Se adivina en el horizonte el rostro temible y los balbuceos de una clase obrera naciente. Existe ya en la realidad. Surgen periódicos influidos por el socialismo utópico europeo. En 1845, el hecho de que un tipógrafo, Santiago Ramos, ponga la máquina infernal al servicio de la edición de “El Pueblo”, estimada como una de las primeras publicaciones proletarias en Chile, es algo más indecente que blasfemar en el templo. Presagia lo peor. Prefigura la imagen de la revolución, ese fantasma patibulario que por aquel tiempo no sólo recorre Europa, al decir de Marx, sino que, de algún modo, asoma también su rostro por nuestra fresca, pura, bella e ingenua América. Lo inquietante y nuevo del fenómeno se expresa en la fundación de la

Sociedad de la Igualdad, bajo la dirección de dos intelectuales próximos a los principios de las revoluciones europeas de 1848, Francisco Bilbao y Santiago Arcos. "El Amigo del Pueblo" formula planteamientos distintos de los antes escuchados. Habla de la lucha social determinada por la lucha de clases. Por supuesto, la represión es despiadada. Desde la cárcel, Santiago Arcos envía su atrevida carta a Francisco Bilbao. En ella plantea, en términos muy directos, el Programa de una Revolución Democrático Burguesa. "Para organizar un gobierno estable —explica—, para dar garantías de paz, de seguridad al labrador, al artesano, al minero, al comerciante y al capitalista necesitamos la revolución, enérgica, fuerte y pronta, que corte de raíz todos los males, los que provienen de las instituciones como los que provienen del estado de pobreza, de ignorancia y degradación en que viven 1.400.000 almas en Chile, que apenas cuenta con 1.500.000 habitantes".

Esa revolución no triunfó. La oligarquía, cliente ya del capitalismo extranjero, consiguió hacer sobrevivir el latifundio, injertarse en la plutocracia bancaria, que jugó cien años a la desvalorización de la moneda. Abrió, a partir de su triunfo en la Guerra Civil del 91 —donde pulverizó al Ejército Constitucional—, todas las compuertas de entrada al imperialismo británico, luego al alemán, hasta que después de la primera guerra mundial el influjo norteamericano penetra arrollador en el país como en todo el continente latinoamericano. Esto enrarece también la atmósfera cultural. No sólo los trabajadores, sino los mejores espíritus de la clase media ilustrada, los intelectuales de mayor significación y autoridad denuncian los peligros de la desnacionalización y del entreguismo, tanto de escritores y artistas como de empresarios y capas oligárquicas enteras.

El 27 de marzo de 1927, Gabriela Mistral, quien llamó a César Augusto Sandino el "General de los Hombres Libres", escribió sobre esta preocupación a Alfredo Palacios una carta que el tiempo debía convertir en profética: "Tengo otra convicción profunda —decía— la de que los hombres y las instituciones sin honestidad que hay en la América Española, los gestores comerciales y los escritores con venalidad pronta, son los auxiliares más eficaces y fatales del capitalismo yanqui, los que van lentamente hipotecándonos y que pueden acabar entregando a las generaciones futuras unas patrias en teorías pero, en verdad, con sus riquezas entregadas a Norteamérica".

Gabriela Mistral, el primer Premio Nobel de Literatura latinoamericano, es mucho más que el clisé anecdótico. Puso la fuerza de su poesía, el bagaje, aún poco conocido, de sus preciosos recados al servicio de sus contemporáneos, de nuestros pueblos. Supo hablar de su drama con agresividad, virulencia y verdad. Ni su poesía ni su prosa están acolchonadas de falsa dulzura. Su temperamento carece de serenidad clásica. Sus recados son algo más que un sobre elegante donde echa una carta pulida e intrascendente. En ellos se entrecruza toda la arborescencia de problemas de nuestra América, incluso del mundo (recuérdese su "Palabra Maldita", la palabra Paz, alabada en medio del hielo de la guerra fría. No temía comprometerse ni provocar las iras de los poderosos). Lo hacía con enorme personali-

dad. Su poesía y su prosa son construcciones fuertes y medulares. Da al momento una dimensión que supera lo temporal. Gabriela Mistral, humilde y orgullosa, personalísima, magníficamente receptiva, fue rigurosamente fiel a sus indios, a sus campesinos, a sus niños. Defendió nuestros pueblos latinoamericanos con acento que sigue resonando, con argumentos que continúan siendo válidos. Cuando un primitivo Pinochet usa el disfraz ridículo del *apolítico*, y execra la *política* (que es el derecho del país a decidir su suerte y regir su destino), es bueno recordar que Gabriela Mistral, por anticipado, habló de la necesidad moral de que todos hagan política, y puso el acento en lo imperativo que resulta que la haga el pueblo, sus distintas generaciones. En 1924, en su carta a Carlos Deambrosis Martin, Gabriela le confía: "Voy convenciéndome que caminan sobre América vertiginosamente tiempos, en que ya no digo los mayores, sino los niños también han de tener que hablar de política, porque la política vendrá a ser (perversa política) la entrega de nuestros pueblos, el latifundio de puños cerrados que impide una decorosa y salvadora división del suelo, la escuela vieja que no da oficio al niño pobre y da la profesional a medias su especialización, influencias extranjeras que ya se desnudan con absoluto impudor sobre nuestros gobernantes". Así combatía.

Cuando Pedrito Balmaceda, a los veinte años, se pregunta si podrá la novela social contemporánea servir en lo futuro a la información histórica, está mirando a los clásicos rusos y de Europa Occidental. Pero, sobre todo, observa lo que sucede en el país, que está a punto de llegar a las manos, más bien dicho, a las armas, y arrastrará a la muerte hasta a su propio padre, el Presidente. La primera revolución rusa se incuba en las entrañas del zarismo que encarcela a Gorki y ataca a un proletariado que levanta barricadas en San Petersburgo y Moscú. Coetáneamente, en 1904, Baldomero Lillo, un empleado tuberculoso de la compañía de Lota-Schwager, funda la literatura social moderna chilena, con la publicación de su libro de cuentos sobre la vida de los obreros del carbón. "Sub-Terra". El problema está pintado con talento y crudeza. No lejos de allí, en Parral, nace ese mismo año Neftalí Reyes Basoalto (Pablo Neruda). Por aquellos tiempos un puñado de intelectuales deslumbrados por la utopía de Yasnaia Poliana fundan una colonia tolstoyana. Como si fuera poco, obreros y artistas se juntan para formar otra más. La música de la utopía tiene por respuesta el tableteo de las ametralladoras. Arrecian las masacres de obreros, más peligrosos porque es una clase a la cual se le va haciendo claro que debe pensar por su propia cabeza, incluso escribir con sus propias manos, cantar con su voz y hacerse oír sin intermediarios. En otras palabras, a juicio de sus enemigos, es más culpable porque aspira a formarse una cultura.

Anotemos cierta característica: se trata de una cultura donde con frecuencia se salta o se desploma el muro que separa al pueblo de los intelectuales. Arte y trabajadores. A principios del siglo, Luis Emilio Recabarren, que en 1912 fundó el Partido Obrero Socialista y diez años más tarde el Comunista, estimó que la lucha política y econó-

mica debía complementarse necesariamente con la actividad cultural. El periodismo revolucionario, el teatro de tesis, la música comprometida, los coros aglutinantes de los pobres, la poesía que incita a la acción brotan en el páramo de las pampas salitreras. El propio Recabarren, un obrero de imprenta, no es sólo el organizador sindical y político de los que tienen su misma condición social. Es autor de piezas teatrales, que él mismo dirige y representa. Se toma la escena por la vida. Y la vida está en la escena. Por ejemplo, uno de sus discípulos y actores, el joven calichero Elías Lafertte, sobre el tablado contrae matrimonio efectivo con la actriz que representa el papel de su amada. Proclaman así la vigencia de las leyes del corazón y no de una sociedad a la cual no le reconocen el derecho de intervenir en sus sentimientos. Es un momento romántico anárquico en que se funden ficción y realidad. El teatro social, en el cual descuelga un campesino autodidacta, Antonio Acevedo Hernández, llega a los trabajadores. Recabarren, que suele escribir poesía, compone también las letras intencionadas de los himnos de rebeldía. Es decir, el obrero llega a la conclusión que la cultura debe ser también suya. Y que su expresión no puede ser igual a la de su explotador. Debe partir de otros valores, porque el pueblo ha de tener derecho a la elaboración de su propio pensamiento. Tampoco será una cultura maximalista, de negaciones totales. Tendrán que aprender de los que saben, para expresar lo que sienten y necesitan, sirviéndose de los elementos culturales válidos para toda la sociedad.

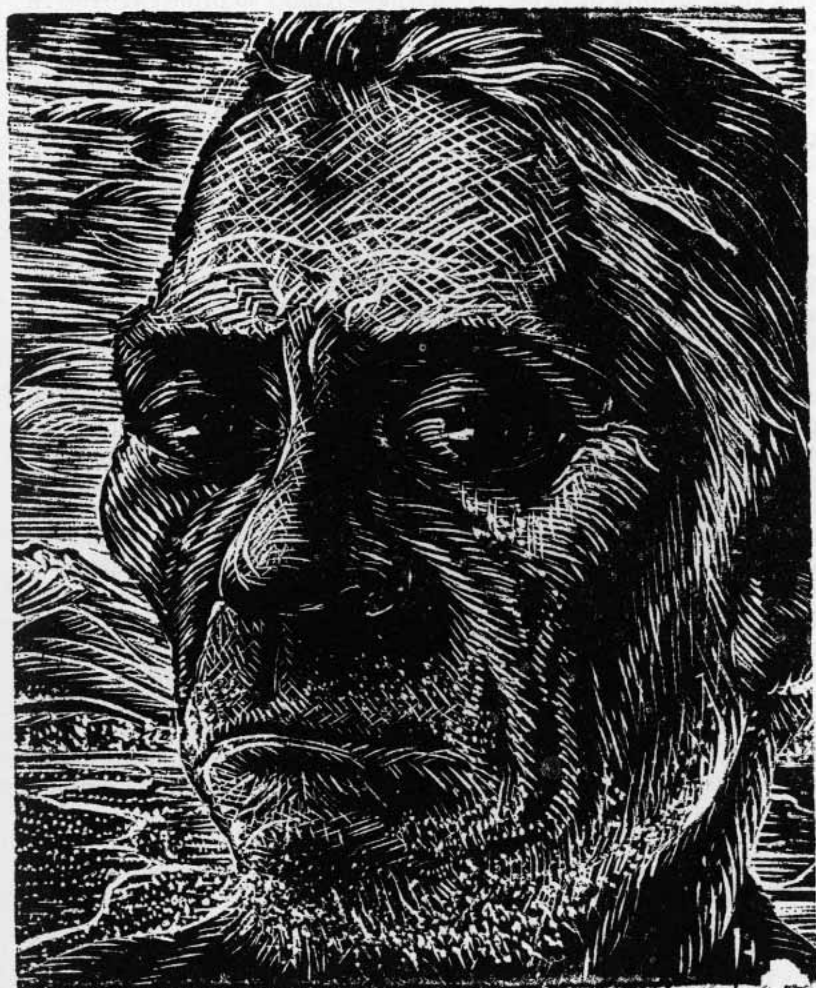
Se conforman diversas corrientes. Cierta forma pobre del realismo *primafacie*, simplista, queda a menudo bajo la línea de flotación estética. Hay un realismo robusto, que deja atrás la sombra de Zola y concede a la introspección el sitio que la vida interior tiene en el hombre. Se desarrollan tendencias muy distintas, algunas de cuyas manifestaciones navegan por cauces de la Revolución Estética europea. Cuando Vicente Huidobro publica el año 1916 en París la revista "Nord-Sud" apunta la aparición de una vertiente rupturista que replantea el dilema de Bello, la dialéctica del orden y libertad en la casa de las musas.

La encrucijada del 38

A través de todo el siglo XX prosigue, agudizada, la polémica política cultural del siglo XIX, por supuesto con algunos contenidos, formas y problemas nuevos. Hay un continuo debate subyacente entre izquierda y derecha en el terreno de las ideas. Impactan a los intelectuales de izquierda los grandes acontecimientos del mundo contemporáneo. Dentro del análisis, reemergen constantemente las interrogaciones sobre la relación entre cultura y movimiento revolucionario. Se producen algunas contribuciones lúcidas y penetrantes sobre los vínculos cultura y masa, cultura y política. Al intelectual no se le estima un interlocutor privilegiado, pero tampoco quinta rueda del

coche. Tal es la posición de los partidos de avanzada. Proponen una relectura crítica de la historia cultural con un sentido de renovada actualidad; conciben el arte, el saber como un elemento indispensable en el proceso de transformación de la sociedad chilena.

1938 es un año extraordinario de deslinde. Cuando triunfa el Frente Popular en Chile, ganando la Presidencia de la República con el radical Pedro Aguirre Cerda, en cuyo gabinete un joven médico socialista, Salvador Allende, desempeña el Ministerio de Salud, se desata una poderosa energía cultural latente. El mundo se conmueve con la guerra de España y el Pacto de Munich.



Viejo tramposo, Lival
15/30

Almeyda

Que la poesía chilena no es apolítica ni aldeana ni desconocida fuera de su corral lo prueba el hecho de que el Ejército Republicano imprime en el frente *España en el Corazón*, libro que marca también una nueva frontera en la obra y en la vida de Neruda. Surge una hornada literaria precisamente denominada después "Generación del 38". Como otras promociones que aparecen en horas de encrucijada, se propone ir, estar y ser pueblo. Acusa una perfilada tónica social y lleva sobre la frente el signo distintivo antifascista. Cuando Hitler invade Polonia y desencadena la segunda guerra mundial, siente que el hombre ha entrado en una etapa donde la tragedia exige el heroísmo. Precisamente cuando cunde y ruge el incendio, la responsabilidad se acrecienta. La mañana en que los ejércitos nazis agreden a la Unión Soviética, el Teatro Experimental —que inicia una nueva fase en la historia de la escena chilena— realiza su primer estreno en el Teatro Imperio de Santiago. Durante aquellos años de guerra aparecen libros representativos de la tensión que se vive. Reinaldo Lomboy publica *Ranquil*. Su tema es el de una masacre campesina. Nicomedes Guzmán escribe una novela que refleja las angustias y preocupaciones de la juventud de los barrios bajos de la capital: *La sangre y la esperanza*.

Los planteamientos de Lastarria, en su discurso de 1842, pertenecen a una época americana. Forman parte de la misma familia de la cual procede la oración sobre la independencia espiritual de los Estados Unidos, pronunciada por Ralph Waldo Emerson, y análogas suenan las proposiciones del argentino Esteban Echeverría. A su respecto, un siglo más tarde, los hombres del 38 postulan una continuidad y una ruptura. Como sus antecesores, delinear la función del intelectual en la sociedad y su tarea de contribuir a la libertad y el progreso. Reconocen así la filiación lastarriana, pero no pueden dejar de observar los cambios experimentados tras cien años de historia nacional y mundial. ¿Cuáles son las diferencias?: No se consideran una élite sin poder o contra el poder, ni incomprendidas personalidades de excepción, cuyas armas son el genio o el talento reservado a los elegidos, sino más bien trabajadores de la pluma, del pensamiento y la sensibilidad, que deben sumar su fuerza a la de los otros trabajadores, a fin de realizar en conjunto una empresa político-social común, aunque empeñándose ellas de modo preferente en la tarea de la edificación cultural. No se atribuirán, pues, el papel arrogante de "conciencia de la Nación". no serán individualistas amotinados por cuenta propia contra el estado burgués, sino militantes orgánicos de una causa que considera necesaria la sustitución del régimen opresor, y la concibe como obra de un movimiento revolucionario amplio, del cual esos intelectuales forman parte por derecho propio, en un plano de igualdad. Desdeñan el aristocratismo de la reflexión regresiva y execran al intelectual que se vende, al príncipe o al dictador.

Es sabido que la puerta de entrada a la historia latinoamericana de los últimos veinte años la abre la Revolución Cubana. Antes, en 1953, se ha celebrado en Chile el Congreso Continental de la Cultura, con la presencia de reputados intelectuales de América y Europa,

En los Encuentros de Escritores de Concepción discuten de nuevo los problemas de la sociedad y del oficio, hombres representativos de la literatura y el arte latinoamericano. Además de los chilenos participan entre muchos otros, Alejo Carpentier, José María Arguedas, Alberto Zalamea, los beatnicks norteamericanos Allen Guinsberg y Laurence Ferlinguetti. Junto a los escritores, una mujer despeinada que se sienta en el suelo, saca música de los instrumentos más cotidianos y más inverosímiles. Pero, sobre todo, de su voz salida de la entraña de la tierra cordillerana. Se llama Violeta Parra. Porque desde el 38 las artes se buscan en un anhelo interdisciplinario. El tesoro vernáculo, que la doctrina oficial daba por extinguido, se redescubrió. El hallazgo del folklore, en las profundidades de campos y serranías, fue el preludio al surgimiento de la Nueva Canción Chilena, que ha dado la vuelta al mundo.

La Unidad Popular es un salto de calidad, un nuevo folio. Es hija de la historia del pueblo chileno y prima de la Revolución Cubana, aunque siga otro camino.

Los mil días del gobierno de la Unidad Popular señalan un tercer momento, profundamente vinculado al de 1842 y de 1938, pero marcando diferencias cada vez más agudas.

A la Generación del 38 han sucedido otras nuevas, que discuten, niegan o declaran la caducidad de la primera. Dialécticamente hablando, no es una crítica descaminada. Pero corresponde analizarla como fenómeno dentro de su tiempo. Tuvo el mérito que ya alcanzaron otras generaciones dentro de sus respectivas épocas, de comenzar la asimilación, aunque fuese retardada, de la literatura europea de la primera posguerra, de los ismos que van desde el cubismo hasta la Revolución Surrealista. Huelga decir, además, que cada creador es único e irrepetible y que, por tanto, las escuelas o los grupos, las generaciones o las tendencias representan convenciones y arbitrios que tienen mucho de ficticio y generalizante. Los llamados hombres del 38 son, en algunos casos, continuadores del realismo que viene de las generaciones de Azevedo, Rómulo Gallegos; luego de la Escuela de Guayaquil. Otros van más lejos. Aspiran a una literatura que reclama mayor fidelidad a sus leyes específicas. Vuelven, a su manera, al dilema orden y libertad, prefiriendo casi siempre la última. Acentúan como profesión de fe estética la necesidad del lenguaje autónomo, un derecho irrestricto a todos los experimentos y el imperativo de la originalidad. Entre ellos, algunos citan sus paradigmas: los románticos alemanes (Holderlin, Kleist); los franceses (el conde de Lautreamont, Nerval, Jarry, Rimbaud, Mallarmé, Apollinaire, Andre Breton, Paul Elouard y Louis Aragon), el rumano Tristan Tzara. El emisario recadero que los da a conocer en Chile es Vicente Huidobro, quien disputa para sí a Pierre Reverdy la paternidad del creacionismo. Huidobro, en general, no cree en precursores latinoamericanos. A ratos, parece interesarse por el mexicano López Velarde y por el uruguayo Herrera y Reisig. Algunos poetas del 38 aceptarán, por entonces, a unos pocos criollos más: César Vallejo y al

Neruda de las "Residencias". La narrativa de la época está más próxima a su tierra y a su historia. Coloane, Atías, Alegría, Droguett, son muy diferentes de José Donoso y su sentido de la forma muestra poco parentesco. Pero a cada cual, de un modo diferente, los influye un mismo tiempo histórico, aunque éste se traduzca en aparatos verbales peculiares, en una visión del mundo, de la vigilia, del delirio y la reflexión personalísimos. Los del 38 pavimentaron, de algún modo, la carretera a los jóvenes del 70, cuya sensibilidad ya ha hecho la digestión de esos alimentos secretos que, treinta años antes, muchos juzgaron insoportables.

Durante las dos últimas décadas, el lector americano más avispa-do, ha vivido el clima del llamado "realismo mágico". Ha aprendido a respirar su atmósfera como los habitantes del altiplano, el aire de las altas cumbres que los costeños estiman invivibles. Algunos nombres forman parte de este "habitat" psicológico. Admiran y detestan al paradójico Borges, tan premeditadamente escandaloso y tan provocativamente reaccionario en el orden político. Este lector-escritor camina entre las curvas, reales y fantásticas, descritas ya durante la generación anterior por el barroquismo sensual de un Miguel Angel Asturias, que esculpe en su novelística un friso del drama del hombre en América Central. El joven aprendiz del 70 se encuentra fascinado con el regodeo del lenguaje opulento y preciso, con la espléndida lucidez profundizadora de un Alejo Carpentier. Es un contemporáneo del bullado "boom" latinoamericano. Simpatiza con Cortázar en su nueva manera de mirar el mundo de la experiencia y sus referencias entrañables a una Argentina que ha pasado por Europa para ser auténticamente ella misma, como versión siempre inacabada de un país que nunca termina por hacerse. Siente la nostálgica recreación de *Hijo de Hombre* o la megalomanía hermética de *Yo, el Supremo*, con que Augusto Roa Bastos contribuye a fijar la intimidad de un Paraguay desconocido, de un dictador alucinado. Se interesa por el Perú de Vargas Llosa, realísimo y denso en *La Ciudad y los Perros*, *La Casa Verde*, *Conversación en La Catedral*, que busca la entretención de gran estilo, altamente profesionalizada, en *Pantaleón y las Visitadoras* y en *La tía Julia y el Escribidor*. El muchacho que empezó a escribir durante el gobierno de la Unidad Popular se adentró en su propia angustia y esperanza con Mario Benedetti, porque Uruguay no sólo estaba cerca, sino que se lo saludaba como la otra Suiza de papel dentro de la mitología latinoamericana. Juan Carlos Onetti le mostraba una dimensión más desconsolada, pero con una inquietud igualmente contemporánea. El lector del 70 ha tenido tiempo para penetrar en meandros tan misteriosos, tan envolventes, tan insinuantes de una cuarta dimensión; tan revolucionarios del tiempo y el espacio como las obras de Juan Rulfo. *Pedro Páramo*, *El llano en llamas* son libros-padres, sobrios y terribles, donde lo mexicano es el hombre que fluctúa entre el ser y la muerte, donde en la taciturna insinuación del indio y el mestizo latinoamericano parece más elocuente lo que se calla que lo que se dice. Vive un nuevo descubrimiento o un nuevo deslumbramiento de América (o del Caribe), efectuado por un

hombre oriundo del país que lleva precisamente el nombre de Colón. Con García Marquez la realidad toma patente mágica y el mito se hace verdad, tal vez porque es una verdad que el autor despertó del fondo de América y del hombre soterrado en el perdido Macondo.

El intelectual chileno de ese tiempo, vive con sus vísceras en tensión. Todo le demanda un esfuerzo sobrehumano. Aspira profundo las corrientes de aire que surcan el Continente. Con la eclosión de la Unidad Popular, todas las artes, toda la cultura aparece disponible para embarcarse en la conquista del cielo, de los libros y del saber. Son las multitudes las que se inscriben gustosas, vigorosamente, en el ímpetu de ese momento eufórico. La Revolución Cubana brilla alto entre sus devociones. Por su ejemplo, por cien iniciativas, entre ellas la obra de la Casa de las Américas, aparece por estos lados como el fenómeno cultural más significativo de los dos últimos decenios. Nuestra gente se propone hacer su propia revolución cultural, no a la china sino a la chilena, pese a todo el rigor de la contraofensiva del imperialismo, la furia de la reacción interna y el peligro del salto del tigre en los cuarteles. Es una atmósfera de victorias y de muertes, donde el sacrificio del Che y el asesinato del General Schneider, apuntan un plan contrarrevolucionario implacable.

La victoria de la Unidad Popular simbolizó, con honda resonancia, la posibilidad de la esperanza, de que ciertos pueblos podrían abrirse paso hacia su emancipación sin pagar el duro precio de la sangre. Tan noble propósito nadie podrá borrarlo. Todavía se discute y se seguirá discutiendo si fue un pecado de candor. El intelectual de la Unidad Popular, como un segmento de su pueblo, compartió las peripecias del accidentado gobierno, intentó también hacer una revolución de la cultura y cayó bajo los tanques de la contrarrevolución sangrienta. Estos hechos encuadran el territorio vital de la intelectualidad chilena de la presente década. La mayor parte de sus nombres corresponden a críticos del régimen capitalista y adversarios resueltos del fascismo. Probablemente la magnitud de la responsabilidad y de la tarea ha sido, por ahora, superior a sus fuerzas. La derrota no ha significado para ellos morder el polvo del desencanto. La inmensa mayoría vive obsesionada por un exilio que no es llanto sino lucha. Y el arte no se ha llamado a silencio. Más bien ha conocido una violenta explosión. Explosión subterránea adentro, más visible afuera.

La pintura estalla como una granada sobre los muros a través de los dedos ágiles y populares de las Brigadas Ramona Parra. Y surge una institución única: el Museo Internacional de la Solidaridad con Chile. Nacido en los días del gobierno popular, se desarrolla y crece en el exilio como una pinacoteca de valor inestimable por su calidad y su significado moral, como expresión de apoyo de los mejores pintores del ancho mundo al pueblo chileno. Se cantan en las peñas canciones en secreto o con dinamita, siempre con esperanzas. El Teatro sube a escena. Y aunque Sócrates diga en Santiago de 1979 sus últimas palabras antes de beber cicuta, es el país real el que habla por su boca, no porque se prepare a morir, sino por todo lo contrario,

porque reclama ciertos derechos que no han pasado de moda en varios miles de años. Todo resulta poco, porque lo que hay que hacer es mucho. Siempre, siempre, se tiene la sensación de estar atrasados, recién comenzando. Y de no cumplir bien. Se vive lleno de preguntas. Vivir bajo el fascismo y vivir en el exilio, para muchos ha significado una maduración de conciencia.

Sería injusto menospreciar lo que hizo la Unidad Popular. Se produjo una enorme intensificación del trabajo cultural. El intelectual se propuso participar, aunque dicha labor no estuvo suficientemente estructurada. Intervino más bien en la realización del proyecto político. El esfuerzo cultural se resintió de dispersión y confusiónismo. Con la Unidad Popular, el intelectual no pretendió asumir un rol protagónico. Se olvidó un poco de sí mismo. Y fue, a menudo, olvidado. Pero una cultura libre y accesible a los sectores populares, se articuló aunque no alcanzó la integralidad y plenitud de la explosión cultural lograda. El pueblo, digamos, respondió con el estallido de una sed de lecturas largamente contenida, acicateado, porque se sintió llamado a gobernar el país, lo cual exige como premisa saber cómo se gobierna un Estado, cómo se levanta una sociedad nueva. Su ignorancia tenía una trayectoria y una historia. Estaba condicionada socialmente por un régimen en beneficio de una minoría que hacía de la cultura un privilegio. Quimantú, "el sol del saber", en lengua indígena, multiplicó por veinte las tiradas anteriores a la Unidad Popular. No era solamente una editorial. Era un pueblo que descubre la cultura, porque descubre que la Revolución le abre la posibilidad de una nueva vida. Queda en la memoria histórica de un pueblo ese momento en que objetivamente leyó, estudió, aprendió, amasó conciencia y se autodefinió como un ciudadano igual entre los iguales.

Permanece en pie la necesidad de establecer la unidad orgánica entre cultura y política. Lejos de nosotros el pensar que ese recuerdo de la experiencia cultural del gobierno presidido por Salvador Allende está metafísicamente destinado a perdurar eternamente. La dictadura pasa todos los días el rastrillo, la esponja, la espada por la cabeza de los chilenos. En Chile, todos los días se combate por el pan y la libertad. La cultura es también un combate de cada día. Una lucha paciente, profunda, en muchas direcciones, una batalla donde están los más y los mejores, donde están los intelectuales, donde participa, a nivel de masas, un pueblo que sabe que el saber, la cultura y el arte son también armas indispensables para derrotar el fascismo.

Quiere no sólo reconquistar las posiciones perdidas, sino hacer lo que antes no se hizo, reparar los errores y continuar un camino que no pasa por las mismas estaciones, porque el viaje hacia el futuro tendrá itinerarios nuevos.

La reacción, por su parte, ha contado siempre con la peor ultraderecha cultivada. Desarrolló, desde un principio, la ralea de los formuladores del pensamiento del tirano. Un puñado de teorizantes de la ideología del desprecio al pueblo, que es parte de la concepción

de la vida o de la sociedad sustentada por la gran burguesía, entrega criterios políticos, económicos, pseudofilosóficos movidos, en el fondo, por su sentido terrorista e implacable del poder, del poder trascendente del dictador o de la democracia limitada. El funcionamiento del mecanismo presupone el control de la educación y de los "mass media". O la rendición incondicional o el genocidio cultural. La cultura ha sido para ellos, en Chile, un hueso duro de roer, al cual no vacilan en penetrar, en última instancia, a sangre y fuego. Hoy lo hacen, en una mano el fusil y en la otra una lista de ordenanzas y decálogos dogmáticos, reclamando la entrega del alma del país, al monopolio al derecho a hacer la historia.

Pintan en los muros la imagen del diablo personificado: el marxismo. Y conjuran cada día el viejo demonio. Dejan, desde luego, en la sombra, los crímenes del régimen. Intentan una revaluación mistificada de las figuras del pasado. Toman a Portales de un ángulo, tratando de legitimar, bajo su nombre, la opresión fascista. Son los propagandistas de la "solución final" en el campo ideológico. Nada cambiará mientras el hombre no cambie, mientras no piense como nosotros queremos que piense. Por un lado, rehabilitan un pretérito que nunca existió, al menos en esa forma; por otro, hablan de una nueva conciencia nacional, ávidamente nutrida con préstamos del fascismo europeo, con las exhortaciones del Opus Dei. Van desde Judas Tadeo Reyes hasta Miguel Ibáñez Langlois, desde la "Gaceta del Rey" a los editoriales de "El Mercurio". Representan los "ideólogos" del mil veces citado "peso de la noche" que invocan como una necesidad del orden la atonía del espíritu, el aseo de las calles y la tranquilidad de los cementerios. Desconfían de todos los libros, pinturas y cantos, de toda la historia que no escriban manos oficiales. Su doctrina sagrada es que los ricos nunca dejen de explotar a los pobres. Su evangelio particular reza que la "tradicción" se mantenga apenas intacta, que la cultura sea ciudadana muda de un país sin ciudadanos. Que cada uno se sienta partícula y proyección de la mitología intangible de una nación abstracta, inmóvil, superpuesta a la nación de verdad, hecha de la diferencia entre los de arriba y los de abajo.

La cultura que proclama el cambio es el Enemigo, el Extranjero, el Otro. De allí a llamarla agente del extranjero, o sea del Demonio, media un paso. Abajo la barbarie de la novedad. Abajo el vandalismo revolucionario, que el siglo pasado ya inquietó más de lo que imaginamos a los disfrutadores del sistema. Su concepto de la cultura se impondrá por la violencia manejando, sobre todo, las armas. Entregará la nómina policial de los "antis". Quien no les rinda culto y obediencia será antichileno, antipatria. Por razones coyunturales inventarán, a posteriori, una tradición, donde el Ejército —que destruyeron dos veces— representa el símbolo de la nación y de la unidad de los chilenos. Es algo más que la justificación del pasado. Es una corriente que, desnaturalizándolo, negocia con el pasado.

El fascismo de Pinochet proclama a Chile singularidad única, donde no existen, según su declaración explícita, ni lucha de clases, ni

obreros, porque los ha suprimido por decreto. No importa que todo ello configure una mentalidad enajenada. La impone con el fusil. Por tanto, es obligatoria, aparte de mítica.

El apagón cultural —en un orden no sólo simbólico— más que una metáfora acuñada en academias castrenses es una política y una consecuencia. La inteligencia es desconfiable y destructiva. ¿Intelectuales? Sólo a su servicio. Los demás “al encierro, al destierro o al entierro”. Los ideólogos de las cadenas representan una minoría. Su validez no reside en la fuerza de sus postulados, sino en el principio de autoridad. Su codicia de privilegio no lesiona su categoría. Están encargados de atender la comisaría policial del espíritu. La DINA contra la inteligencia, donde la banalidad de la pseudocultura se estima fuerte sólo porque tiene la fuerza, aunque invoquen al idealismo filosófico y hasta una nueva democracia, tecnificada.

Finalmente, para la dictadura, la cultura planea en una superestructura inasible, nunca debe estar al alcance del pueblo. Los militares regirán el proceso del pensamiento. Los intelectuales adictos deberán definir en el papel las reglas del espíritu constructivo al servicio de los banqueros, los clanes, los nuevos monopolios, disfraz de los viejos. Su deber es implantar una cultura sin cultura.

A ratos, lo que pasó antes del golpe de 1973, nos parece tan lejano como un anacronismo. Para quien la contempla, la historia, en cierto sentido, es un anacronismo. Sin embargo, la identidad del Chile prefascista nos sigue doliendo como una herida que no se cierra. El tiempo ha generado en torno a sus labios sangrantes una especie de costra resistente. Pero todos vivimos marcados por el trauma, digámoslo. Por las muertes y destrucciones del fascismo y, en algún aspecto, por la deformación del exilio. Ha sido una catástrofe nacional y una catástrofe personal para miles de chilenos.

Ahora tenemos que sacar algunas cuentas. Antes del golpe la cultura vivió una época republicana, más de siglo y medio, durante la cual no dejó de recorrerla, sobre todo en épocas de crisis, una inquietud interrogadora, lanzando, no a la manera metafísica ni existencial la sonda de la eterna interrogación. ¿Qué somos?, y más particularmente, ¿qué hacer? Existe la cultura chilena como una forma de ser de la nación real y espiritual.

El intelectual auténtico, no sometido, es, más que nunca, concebido en Chile como un marginal. Su marginalidad significa negarle el espacio social, el ámbito de trabajo y creación, incluso la libertad, a veces, la vida.

El fascismo rechaza el libro como un elemento pernicioso. Los editores denuncian que en Chile el libro sufre el gravamen más alto del mundo. Se autoriza la publicación de obras edificantes, como una sobre la Guerra del Pacífico, Campaña de Tarapacá, cuyo autor es Augusto Pinochet.

La catástrofe ha afianzado un nuevo reencuentro entre intelectuales y trabajadores. Las barreras se hacen menores. La solidaridad las acerca.

En un comienzo, el obrero, como el intelectual, redujeron su existencia al deber más elemental: sobrevivir. Tras la perplejidad trágica del primer momento, sobrevivir con dignidad era una forma de cumplir. Del silencio pronto saltó un resplandor: fueron los funerales de Neruda, donde dos semanas después del golpe se cantó La Internacional bajo la boca de las metrallass. Se reanudan los contactos en la sombra. Es una época de recomposición de filas en la clandestinidad. Allí empezó también el esfuerzo por el desapagón, la acción de encender, poco a poco, las luces.

La cultura en los últimos cinco años ha explorado y trabajado en medio de la vida y de la muerte. Poco a poco, se aventura por un territorio señalado en el meridiano unitario. Pasa al combate más organizado, donde las masas marxistas, católicas, la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, con sus obreros, sus campesinos, sus intelectuales, buscan una creciente concordancia en la acción, como lo demostraron las recientes manifestaciones del Primero de Mayo, contrarias a la Junta. Se hace más y más por acercar el país de afuera hacia adentro. El Chile simbolizado por el cactus de la costa nerudiano, arraigado, a pesar de todas las inclemencias, a la arena y a la roca nativas, y el Chile peregrino, que anhela volver a su centro vital, tienden al reencuentro.

El Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, Luis Sánchez Latorre, quien nada tiene que ver con el marxismo, ha recordado que casi un centenar de escritores, "muchos de ellos de gran relevancia", están en el exilio. Argumenta que "todos ellos deberían estar en Chile, sea cual fuere su pensamiento político". Agrega que "una parte sustancial de la masa pensante del país está dispersa por el mundo y esta realidad ha provocado una importante recesión en la literatura". Comparó la situación a la ocurrida durante la España de Franco. Recalcó que, además de escritores, hay muchos artistas, maestros, catedráticos, científicos, profesionales en el exilio. Por ello, junto a la Unión de Escritores Jóvenes, la Sociedad de Escritores de Chile propone la realización en octubre de un Congreso de todos los escritores chilenos, de los que viven dentro y fuera del país.

El 12 de julio se cumplen tres cuartos de siglo del nacimiento de Pablo Neruda. Que el nombre del gran poeta chileno universal es odiado por la Junta lo comprobó, una vez más, el hecho que su valerosa viuda, Matilde Urrutia, fuera golpeada, vejada, insultada y detenida durante siete horas por la policía de Pinochet en Santiago. ¿Su delito? Ser fiel al pensamiento y a las posiciones del poeta. Estar presente —en la hora en que se descubren los cementerios secretos de las víctimas del fascismo— como familiar de presos políticos desaparecidos, en la manifestación que decenas de mujeres hicieron para que esclarezca, de una vez por todas, la suerte de sus familiares atrapados por la Gestapo del dictador. Allí castigaron a niños. Mirando sus rostros azotados, Matilde gritó con indignación. La furia del fascismo se descargó sobre ella. Nuestro pueblo honra los 75 años de Neruda como un homenaje a la poesía, a la libertad, a Chile.

América Latina se ha enriquecido con los numerosos aportes adventicios procedentes de Europa. Pero los ha incorporado a un núcleo propio, original, que no puede ser mirado en menos. Alejo Carpentier, hablando el 30 de marzo pasado en la Universidad de Yale sobre "La Novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo", rechaza la idea generalizada de que se ha guiado siempre por patrones europeos, afirmando que ella, desde el siglo XVII "se anticipó, en muchos casos, a los conceptos literarios e ideológicos del viejo continente".

"Nosotros —añade el autor de *El Recurso del Método*— no conocimos guerras dinásticas ni guerra de religión, ni largas contiendas de tipo feudal como las que todavía ensangrentaron a Europa en días del Renacimiento".

Pero conocimos, en cambio, los estragos del colonialismo, del caudillismo, de la reacción frenética, la voracidad imperialista. Y sufrimos hoy, como ustedes ayer, los crímenes de su engendro contemporáneo: el fascismo.

Sin embargo, estamos ciertos de que en esta época de revoluciones y transformaciones, América verá la caída del fascismo, como la vio Europa. Los pueblos no serán, no son espectadores, sino protagonistas en una línea de combate desplegada en todos los órdenes.

Nos asiste la seguridad de que también la cultura, los escritores, los artistas, los intelectuales chilenos, harán su aporte a dicha tarea. En verdad, ya lo están haciendo.



H
Kecabancu (Lincol.) Helmsilla



Los Eucaliptus, Valparaiso (Linol.) 20/30. *Stellensilla*

DESALOJO EN EL "SAN LUIS"

MIGUEL LAWNER

Viernes, 14 de septiembre de 1973

Entreabriendo las láminas delgadas de la persiana, puede percibirse lo que ocurre afuera. Un rugido de motores, atronador, ha movido nuestra curiosidad. Proviene de helicópteros que descienden o despegan de una pista contigua al pabellón de la Escuela Militar adonde nos han recluido dos días antes.

Un alférez armado custodia la puerta del dormitorio, habilitado como celda para Daniel Vergara y para mí. Nos han advertido secamente que todo está prohibido: conversar, circular, sentarse en la única silla disponible, tenderse en las literas. En suma, sólo cabe permanecer de pié, inmóviles, en silencio, sujetos a mil conjeturas que se interrumpen cada cierto tiempo, cuando penetran oficiales apuntando con su metralleta para interrogarnos arrogantes una y otra vez: "nombre... domicilio... ocupación"... como si ello tuviera algún significado en tales circunstancias.

Danielito es, obviamente, blanco preferido de su odio irracional, acumulado por la imagen siniestra que le urdió la propaganda enemiga durante los tres años del gobierno popular.

El día había amanecido radiante. Mirando hacia el oriente, se observan las cumbres nevadas del San Ramón, que brillan imponentes en ese primaveral mediodía santiaguino.

Alzado el toque de queda por algunas horas, comienzan a circular

automóviles por la avenida Apoquindo. Varios portan banderitas chilenas, sus conductores agitan las manos por las ventanas en gesto de alborozo. La vida reinicia lentamente su curso normal. Los helicópteros vuelan con el portalón lateral abierto, por el cual asoma una ametralladora pesada apuntando amenazante hacia abajo. De pronto, advierto que algo más lejos, otros aparatos evolucionan en círculo, a baja altura. Deduje que debían estar sobrevolando los techos de los campamentos Ho Chi Minh y Villa San Luis.

¡Cobardes! —pensé— están ametrallando impunemente a nuestros pobladores.

Enero de 1972

Había caído ya el crepúsculo. Arreboles encendidos iluminan el cielo contra el cual se recorta la silueta de los edificios recién terminados.

Con restos de moldaje aún esparcidos por el suelo, algunos compañeros han encendido una fogata en torno a la cual se congrega un grupo alegre, acompañado de guitarras, cantando o riendo animadamente. Enjambres de niños y perros corren traviesos, encarándose a los tractores, camiones o carretelas que empleamos para trasladar los humildes enseres domésticos.

Junto a las puertas de acceso a los bloques de departamentos, yacen rezagados catres, colchones, atados de ropa o canastos.

La jornada había sido agotadora. Comenzó al alba de ese domingo estival y durante todo el día, decenas de jóvenes voluntarios, obreros de la faena y funcionarios de CORMU, colaboramos con la mudanza de las primeras 300 familias de pobladores trasladados a sus nuevos departamentos en el San Luis.

Algunas familias provenían de las riberas del Mapocho, único lugar de residencia para pobres admitido por la aristocrática comuna de Las Condes. Otras llegaban desde las inmediaciones de la faena, lugar donde habíamos establecido un campamento de tránsito.

Del barro al pavimento, de la obscuridad a la luz, de un modesto rancho a un confortable departamento. Para la mayoría constituía un sueño inalcanzable quince meses atrás. Varias madres lloraron al recibir las llaves de manos de los dirigentes poblacionales, quienes manejaron toda la operación con extremo celo. Muchachos investidos de una autoridad conferida por sus propios compañeros y que se comportan como auténticos dueños de casa. Conocen los planos al detalle, las asignaciones, los números de los departamentos. Instruyen con seguridad acerca del manejo de artefactos sanitarios o tableros eléctricos, aconsejan el abandono de trastos inútiles. “¡Para qué se trae esas tablas podridas, compañerita!... vea los lindos closets que le tenemos”.

Al caer la tarde, abrazado con mi compañera, observamos la escena fatigados pero satisfechos. ¿Quién podrá, jamás, arrebatarnos ese momento?

El Presidente Allende me había designado Director de la CORMU, cargo que asumí el 19 de ese mes.

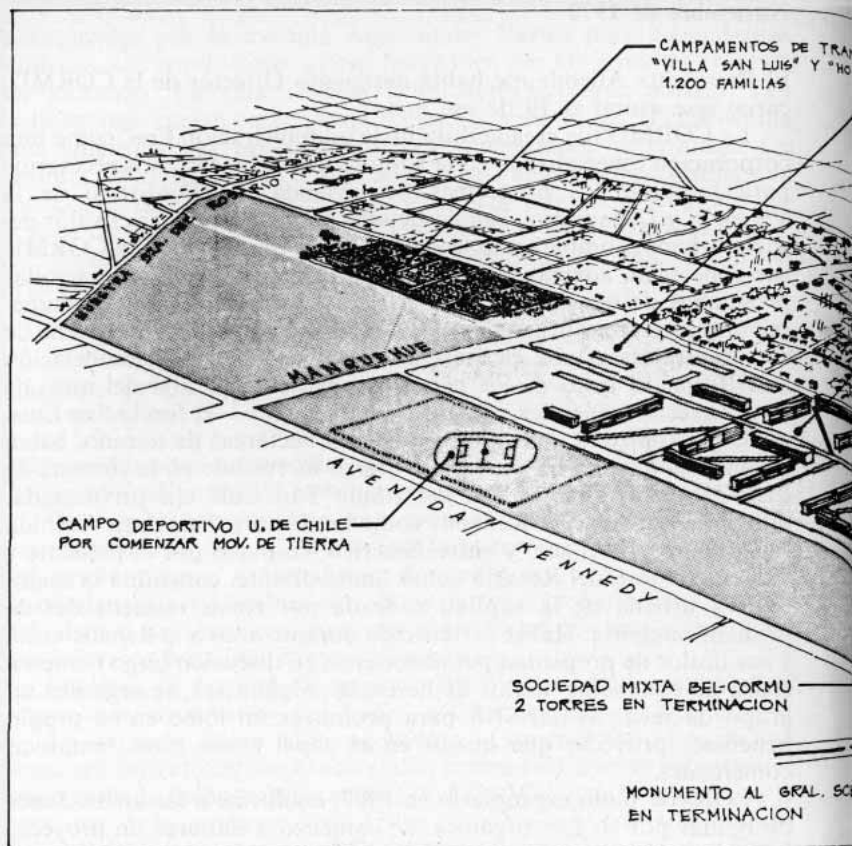
La CORMU fue creada durante la administración Frei, como una corporación especializada en la adquisición de los terrenos necesarios para impulsar los programas de vivienda del Ministerio de la Vivienda y Urbanismo. Tendía de esta manera a regular el valor del suelo urbano, combatiendo la especulación vigente. Pero la CORMU fue concebida, además, como un organismo destinado a desarrollar programas de remodelación urbana, es decir, orientado a la recuperación de las áreas urbanas en estado insalubre. Un solo programa de esta naturaleza estaba en marcha a fines de 1970: la Remodelación San Borja. El resto de los planes no pasaba más allá del nivel de anteproyectos generales, incluido —entre otros— el fundo San Luis.

Esta propiedad, que comprendía 153 hectáreas de terreno, había permanecido como un vasto sitio eriazos incrustado en la comuna de Las Condes. La ubicación del fundo San Luis era privilegiada. Situado entre Avenida Kennedy como límite norte hasta casi Avenida Apoquindo por el sur, y entre Américo Vespucio por el poniente y Nuestra Señora del Rosario como límite oriente, constituía la mejor reserva urbana de la capital, rodeada por zonas residenciales de primera categoría. Había pertenecido durante años a la Beneficiencia y sus títulos de propiedad permanecieron en discusión largo tiempo a causa de complejos litigios de herencia. Alguna vez, se organizó un grupo de médicos del SNS para promover un loteo en su propio beneficio, proyecto que quedó en el papel como otras tentativas comerciales.

CORMU pudo expropiarlo en 1967, conforme a las atribuciones otorgadas por su Ley orgánica. Se comenzó a elaborar un proyecto ambicioso, de naturaleza compatible con el nivel habitacional imperante en la vecindad, bajo el estímulo de la municipalidad de Las Condes interesada en impulsar la creación de un barrio modelo. Cuando llegamos a la CORMU, ya existía una maqueta ilustrativa de estos propósitos. Se había concebido la construcción de unas 50 torres y otros edificios escalonados en forma de zapato, todos ellos agrupados a lo largo de un parque que cruzaba el terreno de oriente a poniente. En medio de este parque, emergía un Centro administrativo y comercial destinado a albergar, entre otras cosas, los nuevos edificios de la Municipalidad de Las Condes. En suma, se diseñaba una ciudad de lujo, destinada a contener unas 50 mil personas que residirían en medio de un vergel cercano al paraíso.

Un proyecto de tal naturaleza era totalmente reñido con nuestros principios. La revolución chilena estaba comprometida a enfrentar los problemas habitacionales de las capas más humildes y mal podíamos podiciariar tal derroche de recursos.

De hecho, la comuna de Las Condes tenía algunas poblaciones callampas. En general, sus residentes ejercían funciones de servicio en las mansiones del barrio alto: jardineros, aseadores, lavanderas o



carpinteros. No pocos desempeñaban la extenuante labor de areneros.

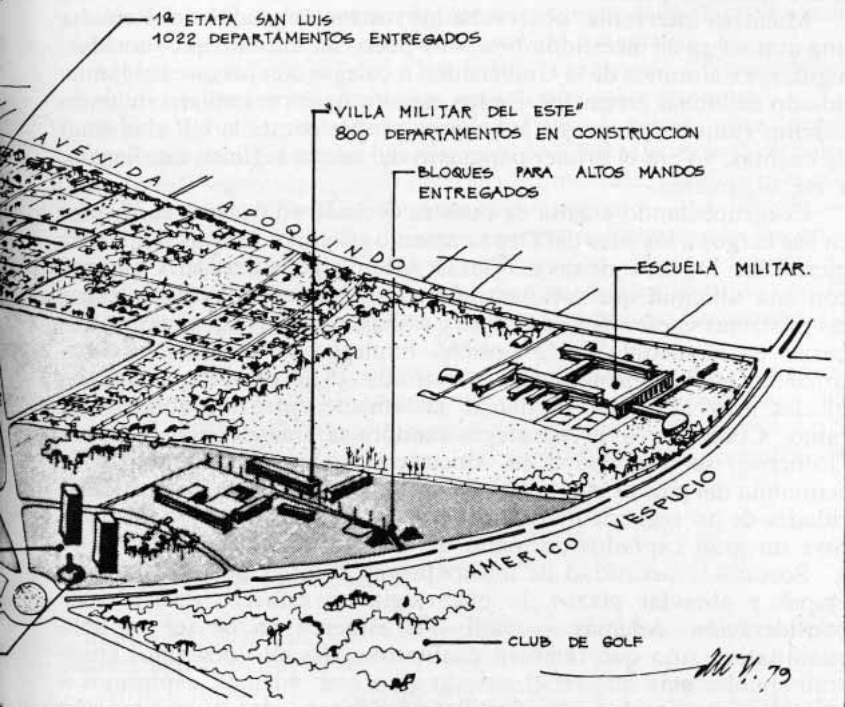
La aristocracia de El Golf no podía prescindir de ellos, pero los ocultaba a fin de cuidar su imagen. Los pobladores eran forzados a establecerse en las tierras bajas adyacentes al Mapocho, donde cada invierno quedaban a merced de las peligrosas crecidas del río.

En cuanto asumió el gobierno popular, los pobladores de Las Condes reclamaron sus legítimos derechos. Aparecieron grupos ignorados hasta entonces. Algunos, como el caso de un comité constituido por modestos funcionarios del Hospital del Tórax, llevaban diecisiete años postulando infructuosamente a cuanto plan habitacional se había desarrollado en la comuna.

Muy pronto se elevó la demanda. ¿Qué hacer? ¿Dónde emplazarlos? Después de una larga pesquisa seleccionando y desestimando ofertas de terrenos, reparamos que la solución estaba en nuestras

Estado de avance obras en FUNDO SAN LUIS, 11,9, 73

ETAPA EN CONSTRUCCION
DEPARTAMENTOS.



propias manos: el fundo San Luis. Nos habíamos impregnado en tal forma con el carácter suntuario de su concepción, que no se nos pasó por la mente la idea de poder destinarlo para modestos pobladores.

¿Qué ley ha consagrado como inmutable la estratificación social urbana característica del capitalismo?

De común acuerdo con los comités de pobladores, convinimos en utilizar el sector central-sur del fundo San Luis para levantar alrededor de 1.000 departamentos, suficientes para absorber las necesidades más urgentes.

Diciembre de 1970

El Departamento Técnico de la CORMU funcionaba en una vieja casona situada en calle Ramón Carnicer, a tres cuadras de Plaza

Italia. Disponía de un amplio jardín interior con un césped muy bien cuidado. Allí nos reunimos con todos los funcionarios del Departamento a los pocos días de asumir el cargo, y a la sombra de un par de viejas higueras, instalados informalmente sobre el pasto, les hablé sobre nuestros planes.

Mientras intervenía, observaba los rostros del auditorio. Reinaba una atmósfera de incertidumbre. Muy pocos me eran caras conocidas: algunos ex alumnos de la Universidad o colegas con los que habíamos lidiado en luchas gremiales. En los meses anteriores habían circulado muchos rumores acerca de los negros propósitos de la UP y, al final de cuentas, yo era el primer personero del nuevo régimen que llegaba a ese organismo.

Comencé dando cuenta de nuestra decisión en orden a confirmar en sus cargos a los jefes del Departamento. Algunos cruzaron miradas incrédulas. Otros, sonrisas nerviosas. Aflojó algo la tensión. Continué con una solicitud que sonó extraña en un comienzo. Pedí postergar las próximas vacaciones de verano y trabajar además horas extraordinarias en la medida de lo posible. Explicué las razones: la construcción estaba virtualmente paralizada y la cesantía alcanzaba niveles muy altos, en particular justamente entre los obreros del ramo. Conforme a la estrategia económica trazada por el nuevo Gobierno, se asignaba a la construcción el rol de dinamizar la economía del país al más corto plazo. Este sector reúne las particularidades de no requerir inversiones previas de consideración y constituye un gran captador de mano de obra no especializada.

Sostuve la necesidad de iniciar faenas lo antes posible. Quemar etapas y abreviar plazos, lo que exigía un esfuerzo colectivo de consideración. Además —añadí— el esfuerzo ha de ser no sólo cuantitativo sino que también cualitativo. No sólo deseamos construir mucho más que en el pasado sino que, además, aspiramos a atender con prioridad a las familias más apremiadas en su situación habitacional. Deseamos construir para los postergados de siempre y esto implica replantear muchos de nuestros esquemas o hábitos.

Recorrimos, más tarde, los diferentes talleres conversando sobre cada proyecto. Interiorizándonos de su carácter y estado de avance. Al llegar al taller donde se elaboraba el proyecto para el fundo San Luis, el debate subió de tono. Sus autores —arquitectos talentosos— lo defendían con apasionamiento. Se aferraban a la oportunidad de diseñar un barrio ideal, digno de figurar en las más connotadas revistas internacionales de arquitectura. Reparar en sus eventuales destinatarios era un problema ajeno a sus preocupaciones.

Cruzamos un nutrido fuego de argumentos intentando persuadirlos acerca de la conveniencia de adaptar los standards para facilitar el acceso de la vivienda a los pobladores. La batalla fue difícil y las primeras tentativas no pasaron más allá de tímidas rectificaciones que conservaban el carácter suntuario del proyecto o su espíritu antagónico a los hábitos de vida de los pobladores.

Las razones más convincentes emanaron, finalmente, de los propios beneficiarios. Al comienzo cohibidos, más tarde con mayor

seguridad, los pobladores comenzaron a frecuentar los talleres indagando sobre el curso de los proyectos, sobre sus costos, sugiriendo o impugnando proposiciones desatinadas, a juicio de ellos.

Se produjo un fenómeno nuevo, inédito para muchos profesionales alejados en su práctica de la problemática social: la experiencia de diseñar obras para seres de carne y hueso; para familias con nombre y apellido, a las que se conoce de antemano.

Más de algún colega llegó a mi oficina rezongando: "No me dejan trabajar, me controlan hasta los junquillos de las ventanas".

Meditando ahora en estos episodios, abrigo la certidumbre de que el personal del Departamento Técnico de CORMU recordará para siempre este clima de trabajo creador, estimulante, transcurrido ese verano. ¿Cuántos no trasnocharon gratuitamente —día tras día— dibujando planos, redactando especificaciones, preparando las propuestas? Profesionales alienados antes por la rutina burocrática, muchos sin militancia política o al menos no identificados con el proceso y que, súbitamente, se veían remecidos por esa ola exultante y vital.

En febrero de 1971, apenas dos meses después, ya estábamos llamando a un Concurso-oferta para construir la primera etapa del fundo San Luis: 1.000 departamentos concebidos en bloques de 4 o 5 pisos, todos ellos preasignados de antemano a los comités de pobladores existentes en Las Condes.

Miércoles 12 de septiembre de 1973

Estamos en CORMU, tendidos en el patio central, boca abajo, con las manos detrás de la nuca.

Miro a hurtadillas al compañero tendido a mi izquierda. Aprieta con fuerza ojos y boca, en actitud tensa, como aguardando el golpe final. Un hilo de sangre corre desde su sien bañándole la mejilla. Junto a las ráfagas de disparos se escucha el crujir de botas que aplastan la gravilla. La tropa circula entre nuestros cuerpos, pisoteándonos o acomodándonos a culatazos, como quien estiba una carga. Cabezas y riñones son los blancos preferidos. Una compañera emite algunos sollozos.

El edificio había sido asaltado a las cinco de la tarde por una compañía de carabineros que irrumpió en medio de un tiroteo atronador. Armas pesadas hicieron añicos puertas y ventanas. Llovían por doquier tejas despedazadas y fragmentos de cristales. Los carabineros penetraron por la galería del primer piso, guareciéndose tras las columnas, disparando en cualquier dirección.

No hubo resistencia, ya que carecíamos de armas. Cuarenta y cuatro funcionarios de CORMU, incluidas cinco muchachas, habíamos permanecido en el edificio, atendiendo al llamado de la CUT para mantenernos en nuestros puestos de trabajo.

A través de un megáfono se escucha una voz que nos conmina a rendirnos y a concentrarnos en el patio central. Resolvemos descen-

der en forma ordenada, evitando todo gesto de pánico que pueda interpretarse erróneamente. Iniciamos la salida caminando en fila india, pegados a la pared y descendemos por la amplia escalera que conduce a la planta baja. Carabineros apostados a ambos costados en cada escalón, nos fuerzan a bajar por un túnel de culatazos, punta-piés, bofetadas e imprecaciones. Algunos compañeros ruedan escalera abajo a punta de patadas. A medida que asomamos al patio central, somos arrojados violentamente a tierra, en medio de un griterío desenfrenado. Inquieren por el paradero de armas, sobre presuntos escondites de combatientes, todo lo cual se acompaña de golpes, como si compitieran en ferocidad.

En medio de la batahola escucho cómo se derrama una cañería de agua acribillada a balazos.

A menudo he intentado recordar los sentimientos que se experimentan al percibir la proximidad de la muerte, y aunque parezca absurdo —quizá es una deformación profesional— lo único que recuerdo con claridad es haber pensado: ¡Qué cabrones!, están destruyendo el Claustro.

Marzo de 1971

Penetramos al Claustro con dificultades, sorteando el típico escombro que se acumula en las obras de construcción. Irrumpimos en una galería con evidencias de un embaldosado antiguo y que rodea por sus cuatro costados a un patio interior. Nos asomamos a él atraídos por un bullicioso concierto de pájaros. En la penumbra del crepúsculo alcanzamos a percibir los restos del que algún día debió ser un bello jardín. Sobreviven algunos arbustos sofocados por la maleza; senderos en diagonal confluyen al centro donde aún se advierten los despojos de una fuente de mármol; uno que otro escaño de fierro forjado, desprovistos de listones. Una palmera enhiesta y otro par de árboles robustos cuyos follajes emergen por sobre las tejas del segundo piso, debían servir como refugio a los pájaros, únicos sobrevivientes del lugar. Parece un mundo irreal, remoto, y sin embargo está en pleno corazón de Santiago: Portugal esquina de Santa Victoria.

Gruesas paredes de adobe. El esquema del edificio calza con la severidad del diseño clásico: cuatro cuerpos iguales, en dos pisos, rodeando un patio central a través de generosas galerías que sirven de acceso a cada recinto. La típica arquitectura monástica trasplantada por los conquistadores y de la cual perduran en Chile muy escasos ejemplos. Proseguimos nuestro examen caminando en silencio, algo sobrecogidos por la atmósfera de majestuoso abandono. Llegamos finalmente a la amplia nave donde se exponen los planos presentados al Concurso-oferta del San Luis e iniciamos las deliberaciones del Jurado. Numerosas empresas constructoras han respondido a nuestro llamado para optar a la construcción de la primera etapa del San Luis y resultó indispensable contar con una sala de exposiciones amplia a

fin de poder examinar todos los planos y documentos presentados por cada oponente. La CORMU carece de un recinto apropiado. Sus dependencias están repartidas en siete lugares diferentes de la capital y ninguna de ellas dispone de tal sala. Presionado por nuestra urgencia para resolver la propuesta cuanto antes, el jefe del Departamento Técnico ha sugerido como último recurso, el empleo del Claustro.

“¿Qué es eso?”, inquirimos.

Responde que se trata de un convento centenario, que perteneció a las monjas inglesas, abandonado hacía años. La CORMU se interesó por el terreno, dada su ubicación privilegiada y también por la idea de extender el programa de la Remodelación San Borja. La firma Abalos y González presentó una oferta —finalmente aceptada— consistente en la construcción, ya bastante avanzada, de dos torres de veintidós pisos de altura. Es el programa llamado “Parque del 900”. Las torres ocupan el terreno adyacente a Avenida Portugal, liberando un paño posterior donde existía el cuerpo principal del convento: el Claustro propiamente tal, cuya demolición acaba de iniciarse. Como la labor del jurado consumirá pocos días, no interrumpirá la demolición en curso y cualquiera de las naves del claustro puede alojar con holgura la exposición.

Habíamos aceptado la sugerencia sin haber conocido aún el edificio en cuestión y tal fue el motivo que nos trajo al Claustro, por primera vez, aquella tarde de marzo.

Nos encontrábamos en plena deliberación del jurado, gozando de la placidez proporcionada por ese verdadero retiro, cuando de pronto nos asaltó una duda: “¿Por qué se está demoliendo el Claustro?”

Las respuestas entregadas por el jefe del Departamento Técnico son escuetas: El edificio se encuentra en mal estado. Repararlo costaría un díneral. No es especialmente valioso desde el punto de vista arquitectónico y, por último, ¿cuál podría ser su destino? Por otra parte —añade— el proyecto se encuentra en plena ejecución y se necesita despejar el terreno actualmente ocupado por el Claustro para dotar de estacionamiento de automóviles a los 300 departamentos de las torres.

Discrepamos con su respuesta. El argumento relativo al mal estado de la edificación resulta discutible, lo cual es dable constatar a simple vista. Renovando la techumbre podrá seguir resistiendo el paso de los años. También nos parece injusto disminuir sus merecimientos arquitectónicos. En una ciudad como Santiago, tan desprovista de testimonios del pasado, ya sea por causa de los terremotos o porque los voraces especuladores urbanos dieron buena cuenta de ellos, ¿por qué no intentar la restauración de este edificio que aún luce digno? Para resolver el problema de los estacionamientos pueden perfectamente expropiarse algunas de las casas vecinas, efectivamente carentes de mérito alguno.

Concluimos las labores del jurado. Adjudicamos las propuestas a diversas empresas constructoras, pero las dudas acerca del destino del Claustro quedaron flotando en el ambiente.

Acordamos suspender la demolición mientras se toma una decisión definitiva. Ordenamos un estudio de factibilidad a fin de establecer el costo de una restauración conservando el carácter primitivo del edificio y con la perspectiva de adaptarlo para las funciones de sede central de la CORMU, reuniendo en un solo conjunto todas sus dependencias, hasta entonces desperdigadas.

Dicho estudio determinó que se amortizaba en cinco años el gasto empleado en el mantenimiento y alquileres de la institución. No vacilamos en acordar la restauración del Claustro y poco después se iniciaron las faenas.

Pronto se descubrieron vestigios de su pasado esplendor. Fueron raspadas sucesivas capas de pintura hasta aparecer las maderas originales de puertas y ventanas que resultaron ser de encina maciza.



Yolita (xil.)

Estrella Silla

Las columnas de la galería del segundo piso, estaban revestidas con pino oregón, que había resistido intacto el curso del tiempo. Se repararon los sólidos artesanados de cielo, se sustituyeron las tejas en mal estado e incorporamos rejas auténticas adquiridas donde anticuarios o en otras demoliciones. Habilitamos baños, casino y un completo sistema de calefacción central.

Un año más tarde iniciamos nuestro traslado. La obra dejaba atónitos a quienes la conocían por primera vez. Muy pocos sospechaban la existencia de tal Claustro y su restauración constituyó la primera experiencia de esa naturaleza emprendida en Chile con un criterio verdaderamente técnico. Al momento del golpe militar sólo faltaba completar algunos detalles en los exteriores. Tal era el encanto ofrecido por el Claustro, que consideramos egoísta disfrutarlo sólo nosotros. Resolvimos montar una exposición permanente en sus galerías, abierta al público todos los fines de semana, y destinada a divulgar nuestras realizaciones habitacionales.

La salvación del Claustro y su incorporación al patrimonio cultural de Santiago, debe abonarse a la cuenta del proyecto San Luis*.

Agosto de 1971

La banda militar rompe la tensión ambiente iniciando con estruendo los acordes del himno nacional. A un costado, una formación del Ejército rinde honores al Presidente, que se aproxima acompañado del general Carlos Prats, avanzando con paso rítmico a medida que revistan las tropas.

“Buenos días, compañía” —saluda Salvador Allende con voz firme.

“Buenos días, Presidente” —contestan a coro los soldados.

El terreno se ha despejado en forma prolija. Sopla un viento helado que hace aún más fresca la mañana. Tomamos colocación en una tribuna protegida por un toldillo dispuesto en prevención de lluvias. Al tope de un alto mástil, flamea la bandera chilena. Todo luce muy ordenado, sujeto a un estricto protocolo.

Desde un tecle ubicado junto a la excavación, cuelga una piedra de granito tallada en forma de cubo. Su cara superior muestra un orificio donde habrá de introducirse el cilindro metálico que contiene el pergamino recordatorio de la ceremonia. Alcanzamos a vivir momentos de inquietud porque no aparece el funcionario encargado de traerlo, pero al fin llega, sólo minutos antes. El pergamino

* Como tantas otras barbaridades cometidas, el fascismo ha desnaturalizado los nobles destinos del Claustro. Instalaron allí la llamada Secretaría de la Mujer, lo adornaron con algunas artesanías del CEMA y de ven en cuando se ofrecen en el lugar pomposas recepciones.

Como se sabe, la CORMU fue disuelta y del MINVU no queda sino el timbre. La “subsidiariedad”, como cínicamente llama Pinochet al abandono de las funciones sociales que competen al Estado, no necesita de arquitectos ni planificadores. De hecho, la junta no construye nada. Menos aún se requiere el contacto y la colaboración con los pobladores. De manera que, adiós a ese Claustro vital, bullente.

dibujado por el «chinito» de la Corvi, artífice en letra gótica, está sobre un elegante paño de terciopelo granate que cubre una mesita donde se estamparán las firmas ilustres.

El general Oscar Bonilla se aproxima al micrófono y abre la ceremonia: “Esta primera piedra que hoy depositamos reviste una importancia singular. Marca el comienzo de un programa de vastas proyecciones. Nunca antes había podido desarrollar el Ejército de Chile un programa de infraestructura militar y habitacional tan coherente. Hemos iniciado el estudio de las necesidades de renovación y la planificación de los nuevos cuarteles exigidos por la defensa de nuestra soberanía nacional. Simultáneamente, se han detectado todas las necesidades habitacionales que requieren la oficialidad y el cuadro permanente de nuestra institución, habiéndose resuelto la realización de un programa compatible con tales demandas”.

“La Villa Militar del Este, que hoy damos por iniciada, es el primer eslabón de una cadena que satisface nuestras aspiraciones desde Arica a Magallanes”.

“En nombre del Ejército de Chile, hacemos presente nuestros agradecimientos a Su Excelencia el Presidente de la República, don Salvador Allende Gossens, por la sensibilidad para atender nuestras solicitudes. Agradecemos al señor Ministro de Hacienda, por haber puesto a disposición los fondos necesarios. Agradecemos a las autoridades de CORMU por su responsabilidad para encarar este programa, lo cual nos permite comenzar faenas en tan corto plazo”.

“Esta primera piedra que hoy bendecimos, simboliza un crisol donde se funden soldados y civiles tras un común ideal de servir mejor a la Patria”.

La intervención del general Bonilla arrancó un aplauso cerrado. Los obreros de la construcción presentes en la ceremonia agitan sus cascos.

De paso, es oportuno recordar que Allende era enemigo acérrimo de las primeras piedras. “Chile está plagado de primeras piedras” decía. “Así es que háganme el favor de invitarme a la inauguración de obras terminadas y no a las buenas intenciones”. Pero el general Prats lo había persuadido de concurrir en esa oportunidad. Tres meses antes, habíamos suscrito el Convenio CORMU-Ejército de Chile, destinado a atender las demandas habitacionales de este último. Hasta entonces, los militares estaban limitados a las modestas disponibilidades de CORVI en algunos de sus programas habitacionales ordinarios. A causa de esto, el Ejército no podía planificar adecuadamente el emplazamiento de sus viviendas. La CORVI le ofrecía, por ejemplo, viviendas en Quipué cuando se necesitaban en Quillota, o disponía de un pequeño número de unidades por aquí o por allá, lo cual entorpecía el funcionamiento de servicios de bienestar propios de la institución.

Fue el general Prats quien concibió la idea del Convenio y definió personalmente sus directrices. Se estimó que CORMU era la institución del Ministerio de la Vivienda más adecuada para administrarlo,

designándose un Consejo directivo paritario, integrado por representantes de ambas instituciones.

Ejercí las funciones de Presidente del Convenio desde su creación hasta el día del golpe militar. Al comienzo, la representación del Ejército fue desempeñada por el general Oscar Bonilla.

Gracias a la voluntad del general Prats y al decidido respaldo de Allende, el Convenio se desarrolló con gran dinamismo. En la ciudad de Santiago —por ejemplo— se determinaron las ubicaciones más convenientes, una vez estimadas las necesidades habitacionales para los próximos años. Este fue el motivo por el cual se eligió el fundo San Luis y la CORMU procedió a transferirle al ejército un paño de 12 hectáreas, adyacente a la Avenida Américo Vespucio.

Allí se dió comienzo en agosto de 1971 a la construcción de 800 departamentos y otros servicios anexos, bautizados como Villa Militar del Este. Al año siguiente, se completaron las necesidades en la capital, cuando se añadió un nuevo proyecto, la Villa Militar del Oeste, emplazado en otro sitio excepcional: el triángulo donde se separan la avenida que lleva al aeropuerto Pudahuel y el camino Los Pajaritos, rumbo a Maipú. La elección de este terreno motivó arduas discusiones con los planificadores urbanos del MINVU, empeñados en mantenerlo como área agrícola en virtud de la alta calidad de sus suelos. Prevalció la obstinación del Ejército y allí se dió comienzo la construcción de otros 500 departamentos, destinados a atender las necesidades del cuadro permanente.

En septiembre de 1973, se habían entregado varios bloques de la Villa Militar del Este. Los primeros en ocupar los flamantes departamentos fueron algunos generales ascendidos en la promoción de ese año, Sergio Arellano Stark, entre otros.

Hacia esa fecha, las praderas del San Luis, donde tres años antes pastoreaban las ovejas, constituían una palpitante cantera en construcción. Mil departamentos concluídos en el sector central-sur, ocupados por familias de pobladores. Otras 1.200 familias aguardaban el término de la segunda etapa, establecidos en campamentos de tránsito situados desde Manquehue hacia el oriente. Junto a la rotonda de Américo Vespucio y Avenida Kennedy, la sociedad mixta BELFI-CORMU levantaba dos torres de 25 pisos con financiamiento del SINAP. En el sector central-norte, el Club Deportivo de la Universidad de Chile se aprestaba a iniciar la construcción de un amplio complejo deportivo, destinado a servir —además— como escuela deportiva para los pobladores del San Luis. Nuestro Departamento Técnico había ultimado los detalles del proyecto respectivo y José Tohá —hinchas fanático de la U.— estaba comprometido a empuñar la primera pala mecánica que abriría las excavaciones.

A todo este universo se sumaba la Villa Militar del Este, situada en el extremo oriente del terreno.

Septiembre de 1972

Entre el 1º y el 19 de septiembre de 1972 se efectuó en la Quinta Normal, la VIEXPO (Exposición Internacional y Encuentro Soli-

dario de la Vivienda), evento destinado a evaluar críticamente nuestras políticas habitacionales con el aporte de delegaciones extranjeras. Concurrieron alrededor de 300 profesionales, técnicos y estudiantes de arquitectura extranjeros.

El programa consultaba encuentros con pobladores y obreros de la construcción, a realizarse en diversos conjuntos habitacionales en marcha. Me tocó acompañar a una veintena de delegados extranjeros a la visita programada al San Luis y que se efectuó un día domingo para garantizar la presencia del mayor número de pobladores.

Al llegar, divisamos a un grupo de vecinos empeñados en faenas voluntarias de emparejamiento de jardines. Nos rodearon de inmediato y el diálogo se entabló con facilidad. El «gordo» Valenzuela, diestro albañil empleado en la misma obra, y presidente del Comité de Pobladores del sector que visitábamos, nos invitó a conocer su departamento. Lo adornaban pesados muebles de estilo, con patas de león, demasiado anchos para el recinto. También lucía desproporcionado un aparato televisor de 26 pulgadas, allegado a una esquina. “Nos costó conseguirlo —comentó Valenzuela— pero formamos una cooperativa en el Departamento de Ejecución Directa que fue a discutir con los compañeros de IRT y nos entregaron una partida de televisores a precio de mayorista”.

Comenzó a explicar los diversos pormenores de la obra mientras decenas de vecinos se agolpaban alrededor nuestro, contribuyendo animadamente a sus palabras:

“Aquí estamos hace ya siete meses. Todos asignados en regla y con nuestros dividendos al día. Pagamos un 10 por 100 del salario, conforme a la Ley promulgada por nuestro gobierno. Al que atrasa le tiramos nosotros mismos las orejas”.

“Estos primeros mil departamentos los construyeron los futres de las empresas privadas. Aquel sector por Desco, el de más allá por Boetch, éste donde estamos, por Moller y Pérez Cotapos. Pero los 500 departamentos de la segunda etapa los estamos levantando nosotros mismos, con nuestro Departamento de Ejecución. También le estamos construyendo más allá a los milicos, claro que departamentos más grandes”.

“Si vieran ustedes las conquistas que hemos logrado. Todos los viejos con mameluco y casco. Ahora contamos hasta con casino en la obra. Se acabó el fueguito y la pura choca”.

“Hemos introducido muchos cambios en la segunda etapa a fin de mejorar los departamentos. Ahora algunas piezas van a ir empapeladas porque resulta más barato que la pintura. ¿Ven ustedes ese junquillo de cielo? Ahora cubre bien la juntura. También mejoramos las ventanas que abrían como el forro y todos los departamentos llevan terraza para poder colgar la ropa del lavado... ¡Ah!, y los viejos se cranearon un sistema nuevo para ahorrar madera en los moldajes”.

“Claro que estamos con algunos problemas de abastecimiento. Los momios han empezado a acaparar los materiales de construcción pero nos vamos arreglando con los Comités de Producción”. Salimos al pasillo con dificultad. La aglomeración ha crecido a medida que

circuló la noticia de nuestra presencia. Abundan las invitaciones a visitar otros departamentos, a servirse una copita.

Nos fue imposible volver a reunir a toda la delegación. Sus integrantes fueron arrebatados por los pobladores ansiosos de exhibir con orgullo sus conquistas.

En el bus, de regreso, los extranjeros comentaban admirados la experiencia. Todos convenían en destacar como el aspecto más relevante, el alto grado de conciencia y de participación expuesto por los pobladores. Nosotros, los técnicos presentes en la visita, casi no habíamos abierto la boca. Todo había emanado de los propios pobladores. Habían aclarado sin vacilar complejos detalles técnicos y financieros, hablaron sin rodeos de sus aciertos y también de sus errores; explicaron su pasado y su futuro.

La obra era, sin lugar a dudas, de ellos mismos. No constituía ni una dádiva ni les había sido impuesta. Les pertenecía como un legítimo derecho conquistado.

28 de diciembre de 1978

“La fuerza pública, a solicitud del SERVIU desalojó de los departamentos que ocupaban en la Población San Luis, en Las Condes, a 112 familias, las cuales quedaron en casa de familiares, amigos y algunas en una cancha de fútbol. El Ministro de la Vivienda dijo que dichos grupos familiares habían ingresado subrepticamente a los departamentos” (El Mercurio, 30 de diciembre 1978).

“El Intendente de la Región Metropolitana, general Rolando Garay, emitió anoche una declaración pública en la que se refiere a los sucesos acaecidos recientemente en la Población San Luis de Las Condes. El siguiente es el texto de la declaración: «Al asumir el actual gobierno, los diversos bloques de la Población San Luis se encontraban ocupados ilegalmente y por eso que en forma programada y paulatina y sin discriminaciones se reubicó a los ocupantes ilegales en diversas poblaciones del Gran Santiago, solucionando el problema habitacional de todas esas familias, entregando casas de material sólido reparadas y en óptimas condiciones»” (El Mercurio, 6 de enero de 1979).

“Insólito, violento, brutal son los calificativos que recibió el operativo policial para desalojar a los moradores de 112 departamentos de la Villa San Luis de Las Condes.

Las viviendas, de propiedad del SERVIU, fueron entregadas en 1970 (?) a personas asignadas por Corvi (?). Posteriormente se concretó un acuerdo (?) entre el Ejército y el Servicio de Vivienda y Urbanismo para integrar (?) esos bloques a una población militar.

La medianoche del jueves 28 de diciembre los ocupantes de los departamentos fueron sorprendidos por un inusitado operativo policial. Se acordonó el sector y se ordenó a las familias que salieran con sus cosas inmediatamente. Unos 500 carabineros fueron los encargados de

trasladarlas «a sus lugares de origen» (?). Veinte familias quedaron en una cancha de fútbol en el paradero 37 de Santa Rosa, ocho en medio del camino a San José de Maipo, cuatro en un basural en las inmediaciones de Lo Curro, y unas 80 en Renca.

La acción policial, desarrollada entre las once de la noche y las cuatro de la madrugada, fue ordenada por la Intendencia de Santiago, a petición expresa del SERVIU Metropolitano.

Arrasaron con todo. No respetaron que los niños estuvieran durmiendo, que hubiera mujeres embarazadas. Sacaron no sólo a los ocupantes ilegales, sino a personas que estaban asignadas a los departamentos.

Una dueña de casa que no quiso identificarse declaró:

Yo he vivido siempre acá, nací y me crié en este lugar. Tengo derecho a quedarme, no pueden llevarme a cualquier parte. El departamento era mío. Yo había pagado las cuotas. Por eso me negaba a abandonarlo. Sin embargo, el teniente amenazó con pegarme y tirarme a un potrero si me resistía" (Ercilla, 10 de enero de 1979).



Alleude.

(liuol.)
26/50.

Dejupilla



Volta de la força

*(Anul.)
29/30.*

Stefano

POR LA ALIANZA DE CLASES EN LA LITERATURA

ARTURO MONTES

A Valentina, quien ya regresó a Chile.

¿Por qué, en un órgano de lucha, un artículo sobre la novela hispanoamericana concerniente a las capas medias? La finalidad no es ciertamente “estetista”, ni “intelectual”. Neruda decía de su obra: es el “libro común de un hombre”. Lenín ya ponía de manifiesto, al estudiar la producción de Tolstoi como “espejo de la revolución rusa”, que el resultado de la creación constituye un *reflejo*, a veces deformado porque cristaliza ideología, de la realidad social; y que, por lo tanto, debe ser utilizado como instrumento de análisis político, como factor de enriquecimiento para la conciencia activa de las masas. El estudio contemporáneo de la literatura tiene en cuenta las observaciones de Lenín. Así, Lucien Goldmann: “el grupo social por intermedio del creador es, en última instancia, *el verdadero sujeto de la creación*”¹.

El hecho de que, sin embargo, la construcción literaria no sea un simple espejo *pasivo* de la realidad y traduzca, en cambio, las contradicciones sociales y sus “momentos ideológicos”, explica que “Lenín haya considerado la crítica del arte como importantísimo medio de influencia ideológica en el artista”. En este sentido, es necesario que en el cuadro latinoamericano no renunciemos, al menos en principio, a “la posibilidad de influencia activa en el proceso de creación”².

¹ Cf. *Por una sociología de la novela*, París, Gallimard, 1964, p. 2-17.

² Iezuitov (A.): “Problemas metodológicos de la crítica literaria actual”, *Ciencias Sociales*, Academia de Ciencias de la URSS, 1978, 1, pp. 288 y 289.

Por otro lado, es un hecho indiscutible que la literatura latinoamericana goza hoy día de un prestigio bien merecido en la conciencia progresista del continente. Esto se debe a numerosos factores: denuncia de la explotación capitalista e imperialista, conservación y enriquecimiento de las tradiciones populares, solidaridad con las conquistas del movimiento revolucionario y en particular de la revolución cubana, acción militante en la lucha por los derechos humanos bajo los regímenes dictatoriales, etc. Dadas las condiciones de represión que imperan en la mayor parte de América Latina, ese prestigio de la creación se ha acentuado. "En un pueblo privado de libertad política, la literatura es la única tribuna desde lo alto de la cual él puede hacer oír los gritos de su indignación y de su conciencia."³ Por cierto, este aporte del movimiento cultural ha tenido orientaciones diversas, contradictorias. El hecho de que el lector latinoamericano a menudo no las perciba, considerando a la novela del continente como un todo homogéneo y digno *en conjunto* de su confianza política, muestra hasta qué punto es real la presencia ideológica alcanzada por nuestra literatura, con los peligros que este fenómeno positivo encierra.

Esto ocurre en circunstancias que, por una parte, las fuerzas populares latinoamericanas tienen ante sí, como un desafío fundamental, algo que decidirá en gran medida su incidencia en la historia futura del continente: la constitución de una alianza estratégica entre el proletariado y las capas medias, donde aquél realizará su papel hegemónico. Por otra parte, ocurre que dentro del *reflejo* latinoamericano proporcionado por la literatura, el tema de las capas medias es, precisamente, uno de los más importantes. En consecuencia, de lo que se trata es de estudiar la herramienta literaria relativa a los grupos medios, a fin de enriquecer nuestra comprensión sobre estos sectores sociales a menudo complejos y, al mismo tiempo, de sacar a luz las diversas implicaciones políticas e ideológicas de esta herramienta en términos de la realidad descrita por ella y en términos de la alianza de clases requerida. Veremos en este sentido que el panorama, revelador, de la literatura se halla muchas veces empañado por un juicio en exceso severo sobre la pequeña burguesía, que no refleja sino parcialmente la realidad, olvidando sus aspectos valiosos y exagerando sus males. Pero dejemos esta cuestión hasta aquí, por el momento. La retomaremos una vez que hayamos visto concretamente las descripciones sobre el pequeño burgués en la novela. En el curso de esta síntesis que ahora emprenderemos, iremos recalcando el punto de vista proletario que nos guía: la necesidad de considerar a las capas medias con espíritu realista y unitario, es decir, advirtiendo sus contradicciones y defectos; detectando las exageraciones que de aquéllas y éstos saca una parte de nuestra literatura; y valorando asimismo, algunos aportes, numerosas veces desestimados, de la pequeña burguesía en nuestros procesos históricos reales.

³ Herzen: *Oeuvres*, VI, p. 350. Citado por Freville (J.), "Introducción" a Lenin: *Sur la littérature et sur l'art*, Paris, Ed. Sociales, p. 14.

La descripción de las capas medias urbanas constituye, junto a la novela indigenista y rural, el tema más importante de la literatura hispanoamericana contemporánea⁴. El problema predominante en lo que se refiere a la pequeña burguesía es el del individuo, de su lugar en la sociedad y de su destino personal. La llamada "teoría de la modernización", "teoría funcionalista" a veces, puesta en auge por la sociología norteamericana de postguerra, presentaba a las capas medias como una condición esencial para realizar la industrialización y el progreso de los países del continente dentro del cuadro del capitalismo; para edificar una administración íntegra y eficaz, para desarrollar una educación moderna y científica y, por último, para establecer la democracia liberal... Esta perspectiva fue retomada políticamente por la *Alianza para el progreso*, que quería justamente, con el apoyo intelectual de algunos centros como la CEPAL, impulsar a las capas medias dentro del rol político que les era asignado (antes de la "doctrina Rockefeller").

No discutiremos aquí los fundamentos de este análisis que, por lo demás, carece de mayor actualidad hoy en día. Nos parece más importante destacar un punto preciso. Esta teoría postulaba la existencia, real o virtual, de "estratos", "grupos", o aun "núcleos", correspondientes a la definición *modernizadora* y capaces de influir *funcionalmente* sobre el futuro del continente. El análisis preveía que "las capas medias de América latina van a hallarse altamente implicadas por los valores de una sociedad fluida, estructurada sobre la base de normas sociales que prescriban principalmente que el *mérito* sea recompensado antes de cualquiera otra consideración"⁵. Así formulado, este postulado puede ser admitido sin dificultad. Es en efecto muy probable que existiera y que exista todavía una aspiración meritocrática en una parte importante de las capas medias de nuestros países. El problema, sin embargo, no es éste, sino: ¿han sido satisfechas esas aspiraciones o, mejor aun, *podían* ser satisfechas? En caso contrario ¿no era el esquema funcionalista una transposición abusiva, una mera ideología? La respuesta a esta pregunta es, por cierto, afirmativa.

De todos modos, la cuestión del *mérito* como mecanismo impulsor de las capas medias y como factor de ordenamiento político y

⁴ El presente trabajo continúa, y en partes reproduce, otro anterior (en colaboración con D. Labbe): *Analyse thématique de la littérature latino-américaine*, Grenoble, Institut d'Etudes Politiques, 1976. Allí se desarrolla la afirmación de arriba y se dan las clarificaciones metodológicas para el estudio de la literatura latinoamericana. La escritura en francés de ese texto requirió a su tiempo la traducción de originales que hoy no tenemos disponibles. Ha sido pues inevitable "traducir la traducción", duplicando con ello la posibilidad de error. Son casos sin embargo contados, que no alteran el fondo de las citas. Para facilitar la lectura del presente artículo, que contiene numerosas referencias literarias, hemos optado además por la cita exclusiva de la obra y el autor, sin otras especificaciones.

⁵ Ratinoff (L.): "Los nuevos grupos urbanos: las clases medias", en Lipset (S.M.) y Solari (A.E.) (eds.): *Elites y desarrollo en América latina*, Eds. Universitarias, Buenos Aires, 1967, p. 100.

social, constituye para nosotros un buen punto de partida al analizar la literatura latinoamericana relativa a la pequeña burguesía. En efecto, dicha cuestión ocupa en ella un lugar destacado. Pero la solución encontrada por la producción literaria, con sus contradicciones, no se inclina en favor de las tesis *funcionalistas*. Así, vamos a ver que los grupos sociales considerados son descritos allí como enfrentados a una situación bloqueada, que engendra la impotencia política y esteriliza sus ilusiones meritocráticas. Sabemos que en el hecho, sin embargo, nuestro pequeño burgués está menos *bloqueado* que en la creación novelesca. Efectivamente, el tema que domina la novela urbana es el de la "frustración" de los individuos surgidos de la pequeña burguesía. Las aspiraciones de ascenso, de "logro", chocan con una estructura profesional y social que parece prohibirles su realización. El individuo "medio" es caracterizado como incapaz, incluso a pesar suyo, de tener una acción eficaz sobre la realidad. Frente a esta *imposibilidad de ser*, la literatura sitúa al héroe ante una alternativa bien precisa. O bien conserva sus aspiraciones idealistas y se repliega poco a poco sobre sí mismo en la impotencia y la frustración, o bien, rebelándose contra este destino mediocre, opta por una salida aún más negativa: es el comportamiento de traición. No entraremos por ahora a discutir la base *real* de esta alternativa. Además, como punto de mira de esta situación literaria, existe una novela que de distintas maneras y con distintos énfasis ideológicos se refiere a la relación, mítica, del pequeño burgués hacia la ciudad, hacia su pasado histórico y hacia su representación del poder político. Se trata, a su vez, de una mistificación, pues el pequeño burgués es, normalmente, realista. La mistificación, sin embargo, no es gratuita: a través de curiosos giros por el pasado, la ciudad o el poder, que se entremezclan a diversos niveles, *lo que queda finalmente es una filosofía del conformismo inducida ahora en el lector*. Es el caso de Sábato, por ejemplo, según podremos comprobarlo de inmediato.

1. La ciudad, el pasado, el poder político en los grupos medios latinoamericanos

El cuadro material de esta literatura es la ciudad. En la literatura urbana sobre la *burguesía*, ésta aparece poco en las calles. Por lo general, sus miembros se hallan en sus clubs, o tras las rejas de sus mansiones, en los barrios residenciales. Este distanciamiento del burgués respecto de su ciudad simboliza, por cierto, su temor a las masas, a la violencia urbana, pero también traduce su desapego cultural hacia la realidad inmediata, que le parece menos *suya* que la vida cosmopolita en París, Londres o Roma. Así, el santiaguino de "Noticias de Europa", de Jorge Edwards, manifiesta su preocupación, después de la segunda guerra mundial, por el hecho de que "los yanquis se instalarán con sus artefactos y sus puestos de coca-cola en las plazas de Florencia, de Roma, en las calles de París (...); Europa se

fue al diablo, Chabelita! Por eso estoy contento de morirme luego..." (*Las máscaras*). La otra cara de esta medalla nos la da Andrés, solterón, coleccionista de bastones y miembro del Club de la Unión de Santiago, en la novela *Coronación*, de José Donoso. Andrés se pasea por la ciudad de Santiago, pensativo: "Todo esto es igual como si fuera en..., en... —trató de pensar en el sitio más apartado y exótico de la tierra—, igual que si fuera en Omsk, por ejemplo, y toda esta gente fuera omskiana" (...). ¡Y claro, esta calle y esta gente eran exactamente iguales que si fueran de Omsk!"

Este desapego del burgués hacia su ciudad coincide, además, en la literatura, con el hecho de que el mundo obrero y los sectores llamados "marginales" tampoco parecen habitarla. Su vida transcurre en las periferias que rodean a todas las ciudades de nuestro continente; el *centro* urbano es allí un territorio vedado, lejano, ocasional. ¿A quién "pertenece", entonces, la ciudad? La respuesta nos la proporciona el escritor mexicano Carlos Fuentes: "Las calles fueron invadidas, en Girón de la Unión como en Corrientes, en Ahumada como en la Carrera Séptima, por las familias de la nueva clase media, que leían la prensa sensacionalista y los dibujos animados"⁶. La observación de Fuentes tiene interés en cuanto señala un punto que figura a menudo en la literatura urbana sobre los grupos medios: la ciudad, el centro histórico, las calles del comercio, etc., parecen haber sido efectivamente conquistados por la muchedumbre de los empleados, funcionarios, militares... En apariencia, la ciudad les pertenece.

Esta apariencia no es sólo un fenómeno exterior. Los personajes literarios de la pequeña burguesía tienen, respecto de sus barrios y sus lugares de tránsito, una percepción "intimista". Los individuos descritos por Puig en *Boquitas pintadas* o en *La traición de Rita Hayworth* razonan en términos de "vecinazgo", hablan continuamente de "su barrio". Cuando circulan por la pequeña ciudad de Vallejo, tienen sus itinerarios, sus puntos de referencia y lugares de encuentro, su geografía personal. Idéntica cosa sucede en "Después de la procesión", de Edwards. Estas formas de apropiación simbólica del espacio urbano no se dan solamente en lugares como Vallejo y posibilitan algunas generalizaciones intimistas que son características de la obra de Sábato. Así Castel, en *El túnel*, llegará a "internacionalizar" su filosofía de la gregariedad urbana: "Existen en la sociedad *estratos horizontales*, formados por las personas de gustos semejantes, y en esos estratos los encuentros casuales (?) no son raros (...) Me ha sucedido encontrar a una persona en un barrio de Berlín, luego en un pequeño lugar casi desconocido de Italia y, finalmente, en una librería de Buenos Aires". Asimismo Oliveira, en *Rayuela* (Cortázar), se apropia a su manera de París, a través de itinerarios cuya minuciosidad parece estar llena de significaciones personales.

Se trata, sin duda, de un comportamiento ilusorio que, en numerosas novelas, se halla directamente vinculado con una visión

⁶ Cf. *La nueva novela hispanoamericana*, México, J. Mortiz, 1969, p. 27.

del poder político como misterio y con el carácter a menudo inexplicado de la "invasión" pequeño burguesa aludida por Fuentes en el texto antes transcrito. ¿Cómo se produjo aquella invasión, de dónde venían esas "familias de la nueva clase media"? Esta pregunta nos obliga a considerar el "problema" de la paternidad histórica de los grupos medios latinoamericanos en la novela. Este problema está lejos de encontrarse resuelto en la conciencia individual de nuestros héroes, para quienes el origen social, su pasado, constituyen una dramática incertidumbre, que da lugar, como veremos más adelante, a las más curiosas interpretaciones. ¿Es éste un *drama* real? No lo creemos. Las capas medias latinoamericanas nacen con los procesos de urbanización y de emigración rural desencadenados desde comienzos de siglo por la penetración imperialista aliada a los intereses de las burguesías nacionales, según las características económicas particulares de los distintos países latinoamericanos; con la necesidad, para las clases dominantes, de ampliar la base social de su sistema de dominación puesto en crisis por el nacimiento de una clase obrera pujante; con el fortalecimiento correlativo del aparato estatal, etc. ¿Ignora esto el pequeño burgués real? Menos, sin duda, de lo que supone una parte importante de nuestra literatura urbana. José María Arguedas en *Todas las sangres*, o Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*, tienen el mérito de no haber recurrido al "drama del olvido" para dejar sin respuesta a la cuestión.

En *Cien años de soledad*, el lector percibe, a partir aproximadamente de la mitad del libro, un cambio en el ritmo narrativo. Los personajes pierden consistencia e identidad; las generaciones, al multiplicarse, se relativizan. Todo va más rápidamente ahora y, en apariencia, la atención del lector decae. Este cambio de ritmo coincide con la observación que formula, también hacia la mitad del libro, el personaje que constituye su constante formal: Ursula Buendía. En el umbral de su vejez, imaginando una especie de deterioración progresiva del tiempo, Ursula dice, en efecto: "Los años de ahora no son como los de antes (...) Antes, pensaba, los niños tardaban mucho en crecer (...) Ahora, por el contrario, cuando ella no tenía nada que hacer (...), esta pérdida de calidad del tiempo la obligaba a dejar las cosas a medias". García Márquez ha tenido la habilidad de combinarnos, así, el tiempo interno de su obra tal cual éste es resentido por el lector, con el tiempo biológico de Ursula, tal como éste es apreciado por ella misma. El paralelismo en la "decaencia de la atención sobre el tiempo" provoca, en el lector de la segunda parte de la obra, una transposición, hacia la primera, de la melancolía con que Ursula juzga su propio pasado. Lo cual permite que personajes ya lejanos como el coronel Aureliano Buendía o su padre, o episodios como el descubrimiento inicial del hielo, adquieran ahora, por la refracción del lector, una presencia repercutida, una "segunda vida".

Sin embargo, el mérito principal de García Márquez consiste en haber dado una significación *política* a la "degradación del tiempo", sobrepasando los límites de la explicación biológica (vejez, melanco-

lía). En efecto, veinte páginas antes de los cambios de ritmo anotados (del libro, de la vida de Ursula), se produce un hecho de importancia: la llegada a Macondo de la compañía bananera, que impone las bases de la urbanización (tren, teléfono, comerciantes, cine, casas con sus rejas, calles... y el infaltable Mr. Brown) y, con ella, la confusión. Los habitantes comienzan a desconocerse, se extravían. Al igual que Ursula respecto de su vida anterior, o que el lector de *Cien años de soledad* respecto de la primera mitad del libro, Macondo parece enfrentar ahora la incertidumbre sobre su propio pasado, lo "olvida". Una corriente de la sociología urbana contemporánea quiere hacernos creer que los fenómenos de pérdida de la cultura precedente, de anomia, de extravío urbano, están indisociablemente ligados a la formación pura y simple de la ciudad moderna, con sus corolarios de "movilidad social" y de aparición de grupos medios. García Márquez tiene la virtud de explicar la "paternidad histórica" de las capas medias en el cuadro de la urbanización *capitalista*, sin recurrir al *modernismo* como antecedente necesario de los males que aquejan a dichos sectores sociales (aculturación, anomia...).

Sin embargo, desde el punto de vista de la conciencia individual del pequeño burgués novelesco, el problema de su pasado histórico sigue planteado en numerosas obras. Contrariamente a la descripción del proletario, que conserva en la literatura su referencia rural y lazos más o menos estrechos con la provincia (Arguedas en lo que se refiere a la *integración* indígena en la ciudad de Lima, por ejemplo), el individuo de las capas medias no sabe, allí, de dónde viene. Es lo que describe a la perfección el personaje de Humberto Peñaloza (*El obscuro pájaro de la noche*, de Donoso), al indagar sumariamente en su genealogía: "Humberto Peñaloza, hijo del profesor primario, nieto de un maquinista de un tren de juguete que echó tanto humo que no se puede ver nada más atrás". La misma dificultad para ver atrás es una constante en Sábato. Así Fernando Vidal, en *Sobre héroes y tumbas*: "Me es imposible recordar exactamente mis metamorfosis". En la literatura urbana de América latina, no figuran personajes como *Herzog* (Bellow), quien enfrentado al nihilismo de la sociedad norteamericana siempre tuvo, sin embargo, la posibilidad de "ir" a su origen judío, ni aún como el Cónsul de Malcolm Lowry (*Bajo el volcán*), cuyos penosos delirios étlicos no le impedían remontarse hacia su pasado británico.

Reacios, por su condicionamiento ideológico, a asumir íntegramente su filiación histórica real, los personajes de la pequeña burguesía se hallan confrontados además, en esta literatura, a la mediocridad de su vida urbana, a su falta de perspectivas, etc. Condenados en primera instancia a no pensar en el pasado que ignoran, ni en el futuro que temen, por el momento sólo les resta el camino de "apropiarse" figuradamente de la ciudad, sus calles, sus barrios (en el *Obscuro pájaro de la noche*, la ciudad de Santiago está continuamente representada bajo la fórmula sugestiva de "la Casa"). Naturalmente, esta salida "intimista" constituye un consuelo magro, nada "subversivo", frente al cual el personaje novelesco del burgués

alza los hombros. Sin embargo, desde el punto de vista de la técnica de la narración, esta salida ofrece escasas expectativas y se agota rápidamente, como lo atestiguan algunas novelas *coloquiales* de Puig, Edwards o Vargas Llosa. A fin de romper la tonalidad forzosamente estrecha y provincial que va impuesta por esta resolución del pasado a través del intimismo urbano, una buena parte de los escritores latinoamericanos opta por un artificio complementario: la constitución de una fantasmagoría, que se aplica alternativamente al *pasado* de los grupos medios y a la *ciudad política* en que habitan.

En lo que se refiere a la fantasmagoría del *pasado*, observemos de nuevo a Fernando Vidal, de Sábato. Después de haberle resultado imposible “rememorar sus metamorfosis” y siéndole al parecer infructuosa la teoría de Castel sobre los estratos horizontales que intiman con Berlín o Buenos Aires por tener allí lugares de encuentro, Fernando mira otra vez hacia atrás y, más allá del humo, descubre ahora que ayer fue “centauro”, luego fue “una serpiente”, después “pulpo” y finalmente “vampiro”. En el *Obsceno pájaro de la noche*, lo que había es perros, monstruos, brujas; en el *Final del juego*, de Cortázar, “soy un axolotl”, etc. En lo que se refiere a la fantasmagoría de la *ciudad*, esta literatura sobre las capas medias se ve obligada a tomar un desvío por una determinada concepción, mítica, del *poder político* que reina en ella. Así, las redes invisibles de la banca y la política son controladas, en *Sobre héroes y tumbas*, por *sectas*, y no por la burguesía bonaerense, que viven en subterráneos y se ramifican curiosamente hasta los centros del poder mundial. Se trata de “esas logias y sectas que están invisiblemente difundidas entre los hombres y que, sin que uno lo sepa y ni siquiera llegue a sospecharlo, nos vigilan permanentemente, nos persiguen, deciden nuestro destino, nuestro fracaso y hasta nuestra propia muerte”. En la novela citada de Donoso, el poder reside en... ¡las viejas!, desde sus hospicios. “El poder de las viejas es inmenso”. No saben “ni leer ni escribir, ni siquiera firmar”, pero son ellas quienes manejan los cursos de la Bolsa. ¿Cómo se explica esto? La respuesta viene en forma de pregunta: “¿Cómo no van a tener a sus patrones en su poder, si les lavaron la ropa y pasaron por sus manos todas las suciedades que ellos quisieron eliminar de sus vidas?” Así, “por eliminación”, el poder está, justamente, allí donde no está. Más modesto, el señor K., al incursionar en *El Castillo* por las raíces del poder (¿quién manda?), tuvo que contentarse con la única respuesta que Kafka puso en la boca de sus interrogados: su silencio total.

En la novela latinoamericana, esta mitología sobre el poder urbano no es una simple paradoja literaria ni una prueba concluyente de *imaginación*. Ella caracteriza la tendencia atribuida a los grupos medios de considerar la historia y, sobre todo, las vicisitudes del continente, junto a su situación personal, en términos de “complots históricos”, de oscuras confabulaciones, intrigas de palacio o cuartel, en suma, *sectas*, a los cuales ellos sólo pueden acceder por el desarrollo del propio mito. No debe extrañarnos, en consecuencia, que nuestra literatura acuda con tanta frecuencia a la imagen social de la *ceguera*.

cuando describe a sus personajes urbanos. Al mirar a los "omskianos" de Santiago, Andrés concluía: "Eran todos ciegos". Ciegos en tres sentidos que se sostienen entre sí: no "ven" su pasado de clase; no "ven" la estrechez de sus apropiaciones urbanas; no "ven" en el poder más que un misterio. ¿Se reconoce, en esta extravagante "ley de la ceguera", al pequeño burgués bien pragmático y diligente que vemos en la realidad? Ciertamente no. El tema de la ceguera es menos inocente en Sábato. Por un lado, el personaje "medio" de Allende en *El túnel* es ciego. Es un individuo común y corriente que vive como todos los mortales en el nivel de la ciudad, aunque probablemente ignora su pasado y su papel en la sociedad argentina. Pero, por otro lado, ¡también son ciegos los miembros de la secta!, quienes, "para mayor desgracia de los inadvertidos, tienen a su servicio hombres y mujeres normales" (*Sobre héroes y tumbas*). La ambivalencia es reveladora: para Allende (ciego), los detentadores del poder, en secta, son, finalmente, "como él" (ciegos). Así, en el lector pequeño burgués las diferencias se borran, todos somos ciegos, si bien los ciegos "lo ven todo"⁷ y, al igual que en algunos escritos recientes de Michel Foucault, el poder termina siendo una cosa difusa, versátil, impenetrable, que por lo mismo no nos pertenece pero nos pertenece a la vez. Sin duda, lo que interesa a Sábato es que, de este modo, se pasa fácilmente de la incompreensión a la indiferencia, y de ésta, al conformismo político. Ciego sintomáticamente de veras, Borges concentra además las otras tres "cegueras": el pasado, "espadas"; la ciudad, "el tango que crea un turbio pasado irreal (...) en una especie de suburbio"; la democracia, "una superstición". Todo lo cual tiene su perfecta síntesis exterior en: "Yo estoy de acuerdo con el Gobierno militar chileno"⁸. *En el país de los "ciegos"...*

En definitiva, todas estas formas fantasmales o figuradas de apropiación del pasado, de la ciudad, del poder, que se hallan como hemos visto tan estrechamente vinculadas entre sí, tienen en la literatura un campo de acción limitado: a excepción de ciertos barrios residenciales, la ciudad latinoamericana es demasiado violenta como para prestarse de un modo sostenido a tales simbolismos. Dos novelistas de los grupos medios (Roberto Arlt y Vargas Llosa) utilizan la misma imagen de la *jungla* para describir el Buenos Aires o el Lima de los pequeños burgueses.

2. La situación sin salida de las capas medias latinoamericanas

En esta perspectiva más realista, la primera preocupación del héroe "medio" es la promoción social, el éxito. Por lo mismo, los autores latinoamericanos, al mostrarnos a los adolescentes, los describen soñando con grandes destinos. Silvio Astier, el héroe de *El juguete*

⁷ Wainerman (L.): *Sábato y el misterio de los ciegos*, Buenos Aires, Losada, 1975, página 105.

⁸ *El Mercurio*, 08.09.76 y 26.09.76. "Suplemento cultural", p. VIII.

rabioso, de Arlt, busca trabajo y sueña con su futuro: "Más que nunca se afirma en mí la convicción de un destino grandioso que he de desarrollar en mi existencia. Yo podré ser un ingeniero como Edison, un general como Napoleón, un poeta como Baudelaire", etc. Silvio, quien posee alguna formación y no duda de su valor, cree, en consecuencia, que el éxito social es una cuestión de mérito.

La educación juega aquí un rol primordial. La madre de Silvio se ha privado de todo, con tal de permitirle continuar sus estudios durante el máximo tiempo posible. El mismo culto de la educación reaparece en *El obscuro pájaro de la noche*, donde el padre de Humberto Peñaloza tiene puestas todas sus esperanzas en los estudios del hijo: "En mi casa —dice Humberto— era difícil estudiar. Mi padre, demasiado solícito, rabiaba si mi madre producía el menor ruido con las ollas en la cocina. Sentado frente a mí al otro lado de la mesa, él arreglaba mis textos de manera que los confundía, o ajustaba la luz sin que yo se lo pidiera, o cerraba las ventanas para que no me perturbara el ruido de la calle, que no me perturbaba absolutamente nada". Detrás de esta solicitud paternal, venía envuelta la máxima familiar tantas veces inculcada en Humberto: "*ser alguien*". Idéntica situación se produce en las capas medias descritas por Vargas Llosa en *La ciudad y los perros*. La imposibilidad de haber estudiado más, es motivo reiterado de queja en numerosos personajes novelescos. Por ejemplo, el joven Berto de Puig (*La traición de Rita Hayworth*) reprocha a su hermano Jaime de haberle hecho salirse del colegio para trabajar. Le escribe una carta acusándole de haber liquidado su vida. Todos son, pues, idealistas que esperan ver más o menos reconocidos su saber y sus calidades. Podría pensarse, en este sentido, que ellos comparten (con variaciones importantes, pues la desilusión suele aflorar desde la adolescencia) el ideal meritocrático buscado por la "teoría de la modernización". Sin embargo, la continuación de nuestras novelas nos muestra cómo este ideal se halla siempre frustrado y cómo, en la realidad, las capas medias están colocadas ante una alternativa literaria mucho menos brillante.

En efecto, cuando se encuentran "integrados" en la vida activa, nuestros héroes novelescos se ven obligados a escoger entre las dos vías antes señaladas. La primera reside en el abandono de sus aspiraciones idealistas y en la adopción de una actitud "carrerista" poco conforme al ideal inicial. Al contrario, si se empecinan en sus principios y esperanzas, se nos presentan como víctimas de una reacción de rechazo que los conduce a la marginación, es decir, al resultado inverso del deseado.

El carrerismo es el tema dominante. Benedetti se ha constituido en su cronista sin contemplaciones, en lo que se refiere a la sociedad uruguaya. En *Montevideanos*, él nos pinta a sus compatriotas de la "clase media" sin indulgencia. Son pequeños burócratas sumisos, aunque vengativos y autoritarios hacia los subordinados o las masas. Además, son perfectamente conformistas y encuentran en su trabajo un refugio, una actividad de compensación. Pero el aspecto ininteresante de sus ocupaciones no se les escapa del todo. La mirada de los



Waco

(Xil)
10/30

Hayzilla

otros, y en particular de la burguesía, se encarga de hacérselo sentir. A propósito de los jóvenes burgueses con los cuales sus hijos han llegado a ser amigos, el personaje de *La tregua* reconoce: «Dicen “trabajo” como si después debieran desinfectarse» (refiriéndose al trabajo de sus hijos). En el suyo, el padre asume una actitud dócil. No hay ninguna solidaridad entre él y sus colegas. Cuando Suárez, un empleado, es despedido por haber roto sus relaciones con la hija del jefe, nadie interviene. “En sólo media hora, se había transformado en un indeseable. Me dieron ganas de acercarme a él y decirle una palabra afectuosa, de consuelo. No lo hice”. Entre estos personajes carreristas, la dialéctica del éxito personal por la intensificación del trabajo y la iniciativa, no está presente. El “Jaguar” de *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa, no constituye en esto una excepción. El final del libro nos lo muestra aparentemente integrado, pero se trata de un carrerismo bien típico (y comparable al que está sugerido por los últimos días de *Pichula Cuéllar*, del mismo autor). En efecto, es a través del mal que el héroe quiere ganarse su lugar bajo el sol, porque ya ha comprendido la moral implícita de la sociedad en la cual le toca vivir, moral que se sitúa en las antípodas de la filosofía weberiana...

En cuanto a la otra solución, es más bien una trampa en la que caen numerosos personajes de nuestras novelas: se trata de la conciliación imposible de sus aspiraciones positivas con su situación concreta. Frente a la integración por el carrerismo y la vida sin grandeza que éste implica, no queda en la literatura sino el intento precario de la “realización personal”. La alternativa clásica del compromiso, o de la revuelta, parece conducir aquí, con certeza, al fracaso, a la locura o a la muerte. La novelista y poetisa mexicana Rosario Castellanos ilustra, en su obra *Oficio de tinieblas*, este aspecto típico de la situación “bloqueada” del héroe pequeño burgués. El profesor de liceo Fernando Ulloa está encargado de un curso de matemáticas. Trata de hacerlo lo mejor posible pero, rápidamente, se enfrenta al desdén de sus estudiantes socialmente más acomodados que él. Además, su trabajo escrupuloso constituye un reproche para sus colegas adormecidos por una enseñanza fosilizada. Por último, su falta de tacto y de prudencia le transforma a poco andar en “comunista”. Un estudiante sin valor acusa a Ulloa ante sus padres de “hacer política”. El padre no presta atención pero la madre y el hijo se alían y, gracias a un cura, obtienen una petición de renuncia por parte de la dirección del colegio. Después de haberse defendido blandamente, Ulloa se va. Sin poder luchar, no le queda sino la conducta de fracaso. ¿Se reconoce en esta “ley del fracaso” al pequeño burgués real del continente? ¿Dónde quedan su proverbial capacidad de adaptación, su flexibilidad en el mundo del trabajo?

El clásico de este género: *El juguete rabioso*, de Arlt, nos describe prolijamente este itinerario recorrido por Silvio Astier. El antihéroe del libro ha salido de un medio pequeño burgués cuyo credo sigue siendo el éxito individual a pesar de su proletarización ineluctable. El comienzo de la novela nos muestra una banda de adolescentes

reunidos en un "club" donde se distribuyen el tiempo entre el sueño y la delincuencia, es decir el robo como actividad lúdica, tal cual ésta es puesta de relieve por una corriente de la sociología moderna. Así se inicia la "inversión de valores" en Silvio. Esta será definitivamente determinada por la obligación de encontrar trabajo, en la cual él se halla colocado. Se le ve primero donde un comerciante de libros. A cada momento, Silvio está confrontado a la rutina, el aburrimiento y sobre todo la ausencia de esperanza. En efecto, hemos señalado anteriormente que Astier soñaba con un porvenir brillante, con afirmar su personalidad y asumir una responsabilidad que diera un sentido, una utilidad social a su vida. Por ejemplo, en la Armada, esperaba ver reconocidas y utilizadas sus capacidades intelectuales. Pero se encuentra confinado en un trabajo de ejecución sin porvenir. Cuando fue nombrado, él entreveía la posibilidad de proseguir sus estudios científicos, de adquirir "movilidad social", ganando, al mismo tiempo, algún dinero y progresando en la jerarquía militar. Cuando fue nombrado, propuso a sus jefes un mortero de su invención. Por esta vía, él entreveía la posibilidad de proseguir sus gente inteligente, sino como bruta para el trabajo". El fracaso culmina en su despido. Su inteligencia, que habría debido servirle, ha sido, al contrario, la causa de su expulsión.

Paralelamente a las tentativas abortadas de integración, asistimos a una revuelta que se va larvando en Silvio. Ella se dirige primero contra el motivo directo de su insatisfacción: los libros de ocasión de los cuales él se ocupa donde el librero y que intenta, sin gran éxito, incendiar. Luego, ella toma como pretexto la víctima que le designa la sociedad, un mendigo que trata de asesinar y, por último, ella se vuelve contra sí mismo: es la tentativa de suicidio. Cada uno de estos actos es un fracaso y para terminar no le queda sino la salida del "salaud" sartriano (*carajo*): traiciona a su mejor amigo, entregándolo a la policía. Al igual que Goetz, está en proceso con Dios. Sin haber podido llamar Su atención, escoge el mal: "Seré hermoso como Judas Iscariote. Toda la vida llevaré una pena... una pena... La angustia abre grandes horizontes espirituales ante mis ojos". Enseguida, él justifica así su traición: "Hay momentos en nuestra vida en los que estamos obligados a ser canallas, a ensuciarnos hasta el fondo de nosotros mismos, a cometer alguna infamia (...), hecho lo cual, podemos retornar tranquilos a nuestros asuntos... Yo con mi quietud, con el peso de toda mi inmundicia, me siento superior a ustedes". Finalmente, no se abrían sino dos vías a Silvio: delincuente o delator. "Es con esta alternativa que se termina la adolescencia del personaje. Cualquiera que sea la que él escoja, en las dos hay la traición y el crimen"⁹. Como delincuente, traiciona su medio, el orden social y los valores morales que le ha inculcado su familia. Como delator, traiciona a aquellos amigos suyos que han decidido rebelarse y se integra en la sociedad.

⁹ Arlt (Myrta): "Presentación", p. 12.

A través de Silvio, es la conducta de fracaso y de traición de las capas medias argentinas que quiere hacernos ver Roberto Arlt, pues su héroe ha optado por la integración y la mala conciencia, al igual que los carreristas. La conducta de fracaso que describe Benedetti a propósito de Ramón Budiño (*Gracias por el fuego*), hijo de *burgués* en revuelta contra su padre, parece así ser en la novela un elemento típico de la *pequeña burguesía*, donde ella sobrepasa el nivel individual (Budiño) para convertirse ahora en un comportamiento colectivo: se la reencuentra, en efecto, en las obras de Cortázar, Sábato, Fuentes, Onetti... En estas obras sobre las capas medias, la situación de frustración social conduce a los personajes a una idéntica actitud de repliegue sobre ellos mismos, de soledad desencantada. La desilusión que les invade se traduce, entonces, en una transposición de la impotencia individual al nivel colectivo. Esto deviene particularmente claro cuando nuestros personajes pasan de la adolescencia a la madurez.

Mientras la estructura psíquica de los jóvenes pequeño burgueses se expresa, a menudo, en un exceso de actividad volcada al exterior (Silvio antes de buscar trabajo, los adolescentes de *Los jefes* o *Pichula Cuéllar*, etc.), en el adulto encontramos una tendencia marcada a la pasividad, a huir de los problemas y los conflictos más que a asumirlos. Estamos ante un tipo humano contemplativo, poco inclinado a la acción, siempre dubitativo y finalmente incapaz de toda actividad positiva. Esta impotencia está particularmente bien expuesta por Onetti. Larsen, el personaje de tres de sus novelas (*El asterillo*, *Juntacadáveres*, *La vida breve*), lleva una vida estéril, sucesivamente en el comercio, el proxenitismo, la gerencia de un burdel. Va de fracaso en fracaso y está destinado a una muerte próxima e inexorable. Su realidad le parece desprovista de sentido, como una serie de actos "todavía desconocidos que él debe forzosamente cumplir, uno tras otro, sin pasión, como prestando para ello simplemente su cuerpo".

Es interesante destacar que esta misma filosofía sobre el destino y el cansancio reaparece corrientemente en Borges, sólo que con formas más "eruditas": "En el primer volumen de *Parerga und Paralipomena* releí que todos los hechos que pueden ocurrirle a un hombre, desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte, han sido prefijados por él" ("Deutsches Requiem", *El aleph*). Sin embargo, Larsen tenía la certeza de que esta autarquía del destino significaba, de hecho, que éste se le escapaba y que era necesario realizar los actos dictados, aun sin comprenderlos, "porque si él se oponía después de haber percibido el acto, éste, privado del espacio y de la vida que exige, crecería en él (...) hasta destruirle. Y si se resuelve a cumplirlo (...) el acto se alimentará vorazmente de sus últimas fuerzas" (*El asterillo*). Larsen esperaba desde hacía diez años, en una pequeña ciudad de provincia, la autorización para abrir un prostíbulo. Cuando finalmente ella le es acordada, retrocede: "Era como si él mismo y todos sus móviles se hubieran convertido en esta espera y como si ahora le fuera imposible seguir adelante" (*Juntacadáveres*).

El héroe de las capas medias no se presta así a ninguna simboliza-

ción épica. Incluso la propia forma novelesca tiende a disolverse, al menos en apariencia. Así en *Terra nostra*, la última producción de Fuentes. *Rayuela* de Cortázar, el otro clásico de este género literario, se presenta como el laberinto del pensamiento de Oliveira, quien se ha refugiado en su pura interioridad. Cada vez que debe hacer alguna cosa, se inventa mil objeciones y su primera frase empieza por: "El problema es que..." Romántico decepcionado, Oliveira es escéptico, cruel con los otros pero por abstención, pues se ha recogido definitivamente en el interior de sí mismo a fin de observarse. "Creer —pensaba él— que la acción puede llenar el vacío o que la suma de las acciones podía equivaler a una vida digna de este nombre, era una ilusión de moralista: más valía renunciar, pues la renuncia era la protesta misma y no su máscara". Es por estas razones que Horacio Oliveira rechaza comprometerse en lo que sea. Rehúsa, como veremos, la idea de ayudar a los argelinos en París, pero confiesa que le ha sido difícil, esta vez, "decirse no a sí mismo". Igualmente, cuando el hijo pequeño de su amante muere, él observa el hecho, no dice nada, se levanta y se va. *Rayuela* es, así, la historia de esta fuga perpetua de Oliveira frente a las pruebas que le impone la vida y, con ellas, "a los inevitables fracasos, previstos por el autor, presentidos por el héroe". Tal es el mecanismo de lo que Lukacs llama el "romanticismo de la desilusión"¹⁰, que es un tema esencial de las novelas sobre las capas medias latinoamericanas.

Por esto, las novelas relativas a la pequeña burguesía de nuestro continente toman a menudo la forma de un *diario* íntimo (*La tregua*, *El túnel*), ya que el único alcance de la acción reside, o adquiere su sentido, en el espíritu del narrador, en su subjetividad. Por la misma razón, este tipo de obra contiene, sobre todo, largos *monólogos* interiores, como en Fuentes, Cortázar, Donoso, etc. Cuando el héroe quiere actuar sobre el mundo, su objetivo y sus actos son invariablemente mediocres, los resultados son siempre magros en relación con las ambiciones. Entonces él se contruye todo un sistema de explicaciones donde el medio que le rodea no es sino un caos curiosamente organizado para destruirle, según corresponde al más típico estilo del complejo de *umbilicus orbis*. Por ejemplo, el farmacéutico de Santa María, elegido regidor, soñaba con dejar una huella imperecedera sobre la ciudad. Poco a poco su ambición se reduce a la apertura del prostíbulo. Su voz gritona se disculpaba con lugares comunes: "el capitalismo, la oligarquía, las cooperativas agrícolas, el laborismo inglés; hacía entender que todo esto había sido, si no un prólogo deliberado, por lo menos un antecedente obligado para la existencia de un burdel en Santa María" (*Juntacadáveres*).

Esta vida desprovista de sentido lleva consigo una incomunicación entre los individuos. Es uno de los temas esenciales de *Rayuela*: Oliveira y la Maga, luego Talita, llegan a la incompreensión total. La misma situación dramática se desarrolla entre María y Castel (*El túnel*). Mientras el amor es una actividad intensa y lúcida en el

¹⁰ *La teoría de la novela*, París, Gonthier, 1970, p. 116.

proletariado y en el hombre "marginal" (así en toda la obra de Manuel Rojas o en la excelente novela *Hijo de hombre*, de Roa Bastos), también él es destruido por este mal de las capas medias. En *Sobre héroes y tumbas*, el amor deviene un campo de batalla donde los dos protagonistas, Alejandra y Martín, se destrozan mutuamente. Esta situación sin perspectiva, engendra la angustia y finalmente el suicidio de Alejandra. Del mismo modo, la forma misteriosa en que se termina *Rayuela* sugiere que Oliveira pone fin a sus días. Suicidio también para Silvio o para el médico de *La hojarasca* (García Márquez). Castel mata a su amante después de haber enloquecido y prácticamente se entrega a la policía (*El túnel*), etcétera.

Sin embargo, la mayoría de los pequeños burgueses descritos por la literatura no llega obviamente a tales extremos. Terminan por aceptar bien o mal el destino que les reserva el orden social, como una imposición normal, como una dimensión permanente de su vida. Al precio de algunas mentiras hacia ellos mismos, consienten en la monotonía, cultivan el idealismo e invierten en su "carrera" una energía que no han sabido utilizar en el combate contra un orden social que se sirve de ellos y que ni siquiera expresa en los hechos su "sistema de valores". Es esta actitud de *traición* la que se sintetiza en la descripción de nuestros autores.

3. La "bastardía" de las capas medias

Más profundamente, las dos actitudes contradictorias antes descritas se alimentan de una misma fuente. El fracaso, la tristeza o la angustia, como el carrerismo y la traición, concuerdan, en la literatura, con la situación de la pequeña burguesía respecto de su "paternidad histórica", a la cual aludíamos al comienzo. Como en Sartre, la *bastardía* no es únicamente una cuestión de posición de clase (colocadas entre la burguesía, que las utiliza y menosprecia, y el proletariado, que ellas temen y que las juzgaría con sospecha, las capas medias parecen carecer de historia en la sociedad) sino también, a menudo, una realidad bien física. En la literatura urbana sobre estos grupos no se encuentran familias como las de los Buendía o los Aragón de Peralta (*Todas las sangres*), que son tan características de la vida rural. La familia pequeño burguesa tampoco se asemeja, desde luego, en su vida pero tampoco en su estructuración jerárquica, a la familia proletaria descrita por Lillo en *Sub Terra* o *Sub Sole*. Por último, tampoco se parece a "las grandes familias" que intentan describir Edwards o Donoso. En éstas, el personaje que asume el primer rango es el padre, como Artemio Cruz, Ramón Budiño (*Gracias por el fuego*), don Jerónimo (*El obsceno pájaro*) o don Fermín (*Conversación en la catedral*). Ellos dirigen la casa, dominan a mujer e hijos.

Nada de esto ocurre en los grupos medios. Al contrario, Silvio Astier es huérfano de un padre que no conoció. Oliveira igualmente, Castel probablemente, algunos alumnos del colegio Leoncio Prado, de Vargas Llosa, también, del mismo modo que Guillermo, de *Zona*

Castel probablemente, algunos alumnos del colegio Leoncio Prado de Vargas Llosa también, del mismo modo que Guillermo de *Zona sagrada* (Fuentes), Juan Carlos de Puig (*Boquitas pintadas*) o los tiranos de origen incierto que aparecen en *El otoño del patriarca* y *El recurso del método*. Cuando el padre está vivo, es distante o, mejor, borrado, inexistente. Humberto Peñaloza (Donoso) habla de “la gente sin rostro como mi padre” por oposición a la madre, quien “supo desde el primer día que yo jamás iba a ser alguien”. En sus coloquios imaginarios con don Jerónimo, reivindicará a ese padre en quien ni él mismo cree: “Porque yo tuve padre, don Jerónimo, sí, aunque usted no lo crea...” En Puig, el padre de Berto es un personaje aplastado por la vida, un borracho sin envergadura que abandona el hogar para irse a beber (*La traición...*). En *La tregua*, el narrador ha sobrevivido a su mujer, pero es un personaje débil, borrado, incapaz de influir sobre sus hijos. Benedetti nos presenta así la idea de la *bastardía simbólica*, por la boca del propio padre: “Ninguno de mis hijos se parece a mí (...) Esteban es el más desconfiado. Yo no sé todavía contra qué se dirige su hosquedad. Creo que tiene respeto por mí, pero nunca se sabe. Jaime es quizá mi preferido, a pesar de que yo no pude nunca entenderme con él. A veces, pienso que me odia, otras, que me admira. Salir adelante con mis hijos era una obligación. Pero todo fue siempre demasiado obligatorio como para que yo pudiera ser feliz”.

Los pequeños burgueses de la novela latinoamericana tienen una situación familiar característica que explica, en parte, su evolución psicológica, su conducta social y política. “El orden social en que viven los hombres en una época o en un país dados, está condicionado por (...) el grado de desarrollo del trabajo, por una parte, y de la familia, por otro”, decía Engels en *El origen de la familia*. En efecto, en la etiología de la “traición” o de la conducta de fracaso de las capas medias sudamericanas, tal como ellas son descritas por la literatura, la ausencia o la mediocridad del padre y la presencia obsesiva de la madre parecen ser un elemento esencial. Por ejemplo, en Arlt, Silvio ha sido formado por dos mujeres, su madre y su hermana. La madre es perseverante, pequeña, resignada. Se sacrifica enteramente por la educación de sus hijos y les inculca los valores típicos de la pequeña burguesía, es decir, ante todo los valores cristianos, pero también el arribismo, el miedo al futuro, la represión sexual, la higiene física, etc. De este modo, ella hace de Silvio un adolescente proclive a crisis de misticismo en las cuales el rostro de la madre está a menudo presente. Así se estructuran los elementos que conducirán a Silvio al “proceso con Dios”: la conducta absoluta, en la búsqueda del bien como del mal. La idealización de la madre es bien conocida en Borges. En Sábato, ella se debe al “encerramiento en que vivió su niñez a causa de una madre poderosa y sobreprotectora”¹¹. En su diario, Castel escribe: “Yo no podía concebir que mi

¹¹ Wainerman (L.): *op. cit.*, p. 15.

madre tuviera defectos". Asimismo, Fuentes nos describe, en *Zona sagrada*, el aplastamiento de la personalidad del hijo por la madre abusiva. Una situación semejante aparece en Puig: "Ahora que soy un hombre y tengo un hijo, no llego todavía a aceptar la muerte de mi madre" (*La traición...*). Los jóvenes "predelincuentes" de *La ciudad y los perros* son, a menudo, huérfanos y juegan a "los duros", pero tienen una actitud sumisa respecto de sus madres. Por ejemplo, vemos al más violento y maduro de ellos con su madre, quien necesita de dinero, le insta a trabajar: "Yo tenía dinero escondido en mis cuadernos y le pregunté: ¿lo necesitas?" "Siempre lo necesito, respondió ella". "Se lo di todo" confiesa él, entristecido.

Característicamente, todos estos elementos (origen social, desaparición real o simbólica del padre, presencia totalitaria de la madre, arribismo, comportamiento autoritario y vengativo, etc.) aparecen con absoluta claridad dentro de la literatura sobre los dictadores (Asturias, García Márquez, Carpentier). No es éste el momento para insistir en estos puntos que ya han sido tratados por V. Teitelboim (Araucaria n^o 2) y que presentan gran riqueza para comprender los fundamentos sociales de la psicología fascista en nuestra óptica de clase, que no es la utilizada, por ejemplo, en las obras de Reich. El dictador es, sin embargo, una persona que ha alcanzado el "éxito". La vida real de nuestros países nos muestra, junto al dictador siempre reemplazable, una colección de amanuenses, lameculos, que corresponden punto por punto al cuadro de la "bastardía social" desarrollado por la literatura latinoamericana. Son dictadores en potencia que se vengan en el anonimato y que tienen la misma situación familiar que hemos indicado.

Igualmente, a propósito de los matrimonios, constatamos que todos nuestros héroes tienen una misma visión sobre la pareja (si ésta llega a existir): la madre en la casa, el padre, cuando trabaja, distante. El amor y la vida sexual tienen escaso lugar en este esquema convencional. El ideal familiar de las capas medias es, en la literatura, del tipo *patriarcal degradado* que ellas están en condiciones de asimilar dentro de los modelos culturales de la burguesía. Esta dependencia cultural hacia las clases dominantes se reencuentra en todos los dominios de la vida social y se manifiesta a través de conductas y actitudes de imitación. A diferencia del proletario o del campesino, que en la novela mantienen sus tradiciones y poseen su lenguaje propio (*El río*, de Gómez Morel, o *Los ojos de los enterrados*, de Asturias, en lo que se refiere a las tradiciones mayas del pueblo guatemalteco, etc.), cuestión que, por lo demás, traduce su aporte real al patrimonio cultural del continente, nuestros pequeños burgueses se expresan con afectación y estereotipos, respiran por la burguesía.

En numerosas novelas, la dependencia cultural de las capas medias remeda, con rasgos más marcados, la de la burguesía. La idea esencial es que ambas "cambian de piel", según la expresión de Fuentes. Esta asimilación de las clases dominantes y los sectores medios no refleja sino muy parcialmente la realidad e introduce ambigüedades en lo que se refiere a la "dependencia" de las primeras,

que algunos connotados economistas pseudorrevolucionarios han transpuesto al plano de las relaciones económicas, llegando a considerar que son “lumpen-burguesías” sometidas al imperialismo norteamericano. Benedetti coloca a Ramón Budiño y sus amigos burgueses en un restaurant de Nueva York (*Gracias por el fuego*), donde consideran con desdén a su país y expresan la lástima de vivir en él. Querrían olvidarlo. “¿Saben ustedes lo que se necesita para curar la nostalgia? El confort. Aquí he obtenido el confort y ahora ni siquiera me acuerdo de Paso Molino.” El frenesí con que la burguesía —y detrás de ella la pequeña burguesía— intenta calcar su cuadro de vida sobre el modelo norteamericano o europeo reaparece continuamente en nuestra literatura. Veamos el mobiliario del Patriarca en *El otoño*: “Capiteles dóricos de cartón piedra, cortinas de terciopelo y columnas babilónicas coronadas con palmeras de alabastro, el trono de los virreyes, el piano de cola, las criptas funerarias de próceres ignotos, gobelinos de doncellas dormidas en góndolas de desilusión, enormes óleos de obispos y militares arcaicos y batallas navales inconcebibles...”

Pero detrás de este confort material, más o menos barroco, en el cual vive la burguesía latinoamericana, es otro el problema de fondo que nos señala la literatura, y que aparece con toda nitidez en los monólogos interiores de Artemio Cruz: “Desde que aprendiste a apreciar el contacto de los buenos tejidos, el gusto de los buenos licores, el perfume de las buenas lociones (...), desde entonces, se te fijó la mirada allá arriba, en el Norte, y has vivido la nostalgia del error geográfico que no te permitió ser, en todas las cosas, uno de los suyos (...). Miras alrededor tuyo y encuentras intolerables la incompetencia, la miseria, la suciedad, la abulia (...). Y, lo que te resulta más doloroso todavía, sabes que a pesar de tus esfuerzos, no puedes ser como ellos, no puedes ser sino un calco, una aproximación”. Entonces, para avanzar en la aproximación, los miembros de la burguesía viajan (Budiño) o envían a sus hijos a estudiar a Estados Unidos, donde se casan con extranjeras, como Javier, de *Cambio de piel* (Fuentes), cuya esposa se burla de toda esta situación en los siguientes términos: “Javier es como todos los mexicanos. Habla mal de los yanquis pero los imita en todo. Pura y simple celosía”.

En lo que se refiere en la literatura a la pequeña burguesía, imposibilitada para introducir tales correctivos al “error geográfico”, no le quedan sino formas más modestas de mimetismo cultural. Frecuentemente es a través de la prensa que los personajes son capaces de acceder a la moda, o a la cultura europea, o a los grandes de este mundo. “Mientras esperábamos la comida bajo la pantalla de caireles rotos —mi hermana gorda y holgazana suspiraba leyendo poemas de Villaespesa, mirando las elegancias dibujadas por Bartolozzi, las descripciones de García Sánchez de algunas mujercitas envidiables que recibían a sus amigas para hablar de sus amantes en sitios misteriosos llamados *boudoirs*— mi padre volvía las hojas de los diarios, leyendo, absorbiendo, *impregnándose*, especulando en voz alta sobre esos seres de rostros indudables que estaba viendo reprodu-

cidos sobre papel, porque él, que no los conocía personalmente, los reconocía" (*El obscuro pájaro de la noche*). En Fuentes, los personajes irrisorios de *Cambio de piel* sueñan con el turismo en Europa, su vocabulario está repleto de anglicismos. Viven una especie de exilio en provincia y se creen extranjeros en su propio país. La literatura latinoamericana nos muestra corrientemente el espíritu *hospitalario* del pequeño burgués hacia los extranjeros y su afán constante por demostrarles que es un ser universal (Edwards).

Nuestra novela trata, por tanto abundantemente, de la dependencia cultural y, sin embargo, deja un lugar secundario al imperialismo. La presencia económica y política del imperialismo está borrada en la literatura urbana sobre los grupos medios. Para encontrarla, es necesario remitirse a las obras que hablan sobre la vida en la fábrica o el campo (Arguedas, C. Alegría, Scorza, Icaza, Asturias), o de la burguesía y su dominación (García Márquez, Carpentier, Roa Bastos, etcétera). Esto coincide con el hecho de que la "compañía bananera", por ejemplo, es siempre *directamente* perceptible por la población e influye, de manera inmediata, en su vida. En el espacio urbano, el imperialismo parece desvanecerse, se hace "invisible", sobre todo en el ánimo "intimista" con que nuestro héroe pequeño burgués considera y se "apropia" de su ciudad. El silencio de la literatura en este punto preciso es, probablemente, un buen reflejo pasivo de la realidad. En aquellos casos en que la vida urbana permite a los personajes ver la presencia del imperialismo entre el cúmulo de angustias y frustraciones que constituyen el centro de la trama, esa imagen es pronto sofocada. Este fenómeno existe con toda su pureza en el distanciamiento infranqueable de Oliveira respecto de la guerra de Argelia. Oliveira vive en París desde hace muchos años y, por supuesto, está chocado por esta guerra. Se plantea inclusive, en sus insomnios, ir a pegar afiches de protesta. Pero las objeciones que él se inventa reposan, sin excepción, sobre la inutilidad que tendría su compromiso con una situación tan abstracta y lejana. La *invisibilidad* relativa del imperialismo en la novela sobre las capas medias urbanas contribuye a que los fenómenos de dependencia cultural, sin embargo profusamente descritos en ella, aparezcan sobre todo como una consecuencia de su espíritu de imitación y, en general, de todos los otros aspectos negativos de la personalidad social de los individuos que las componen.

Fracaso, sumisión, impotencia son, por tanto, las características específicas de la pequeña burguesía latinoamericana en su representación novelesca. Encerrada entre la burguesía que las controla y menosprecia y las masas populares que ella teme, aparece, además, amenazada de proletarización. Nacida de una política más o menos consciente del imperialismo y las clases dominantes, como asimismo de la urbanización y del subdesarrollo económico, nadie quiere asumir en la literatura su paternidad. Tal es el sentido, en el plano literario, de la "bastardía" del pequeño burgués, al igual que de su impotencia. Esta última constituye un rasgo típico. Extranjero a la acción de masas, su participación en ella le parece por lo general

inútil, malgastada. Cuando intenta acercarse a la lucha del proletariado, de las masas campesinas o "marginales", permanece consciente del carácter forzado de su gesto político. Este se le representa como algo artificial, dramatizado, en consecuencia provisional. "La traición era de otro orden, era siempre renunciar a vivir la alegría maravillosa de la fraternidad con otros hombres embarcados en la misma acción. Allí donde un cierto tipo humano podía realizarse como héroe, Oliveira se sabía condenado a la peor de las comedias" (*Rayuela*). ¿Se reconoce en esta "ley de la traición", así a secas, a la pequeña burguesía real del continente? ¿Dónde caben en este cuadro sectores como el profesorado, la salud, etc., de claro comportamiento popular? Despreciado por la burguesía, cubierto de sospecha por los trabajadores, en competencia perpetua con sus iguales, el héroe de las capas medias se refugia en una soledad escéptica y finalmente conservadora. Esta descripción de la literatura tiene, así, poco o nada que ver con los postulados de la "teoría de la modernización" indicados al comienzo. Pero coincide más bien con otro análisis: "Los sectores que constituyen la 'clase media' (...) dependen económica y socialmente de las capas superiores, están políticamente ligados a la clase dominante, son conservadores en sus gustos y opiniones, defensores del *statu quo* (...) En América latina, ellos se han enriquecido como clase más por la especulación que por el trabajo. Lejos de ser nacionalistas, se afirman de todo lo que es extranjero (...) Su bienestar social está ligado al de la gran burguesía y de la oligarquía terrateniente, sin las cuales no podrían sobrevivir. Son, por tanto, el reflejo fiel de la clase dominante: sacan partido como ella del colonialismo interno. Constituyen la principal masa de apoyo de las dictaduras militares de América latina"¹². Por cierto, esta crítica es excesiva. Al igual que en la mayoría de nuestros autores, generalmente surgidos de la pequeña burguesía, ella parece encontrar propiedades *expiatorias* en su exacerbación. ¿Cuál es el mecanismo psicológico que lleva al intelectual de las capas medias a abominar de una condición social que él presenta como ajena y que, sin embargo, es la suya?

4. La literatura sobre las capas medias: un espejo deformante

El panorama aquí ofrecido es sin duda incompleto, deja de lado a obras y autores importantes que no podían ser tratados en el espacio reducido de este artículo y, sin embargo, traduce a nuestro juicio las tendencias y descripciones predominantes en la literatura urbana sobre los grupos medios latinoamericanos. Estas descripciones tienen, en la perspectiva política que es la que nos interesa, muchos aspectos valiosos, que retratan con acierto y agudeza la vida real de los individuos de la pequeña burguesía, sus problemas cotidianos, sus dificultades en el mundo del trabajo, etc. Más aún, en algunos puntos, el

¹² Stavenhagen (R.): *Siete tesis erróneas sobre América latina*, Paris, Anthropos, 1972, pp. 23-24.

instrumento literario cumple el papel de un verdadero *revelador social*. Así, por ejemplo, en lo que se refiere a la estructura familiar de los pequeño burgueses, a su modo de organización jerárquica y a las consecuencias que de aquí se derivan sobre su comportamiento colectivo. Por otro lado, la presentación continua de las barreras sociales que impiden el desarrollo de la personalidad de los personajes novelescos, de los mecanismos a través de los cuales ello se transfiere a su vida concreta, como frustración y como angustia, coincide en buena parte con los análisis realizados por las fuerzas populares del continente, en el sentido de que las capas medias no *pueden* encontrar su expresión plena en el cuadro para ellas reductor del sistema capitalista. En todos estos sentidos, la novela contribuye a enriquecer nuestra comprensión de la pequeña burguesía, rindiéndola más perceptible, más humana en sus condicionamientos y contradicciones. Al mismo tiempo, ella se constituye en una herramienta llena de posibilidades para el propio individuo de los grupos medios, quien es por lo demás su lector natural. En efecto, éste posee en dicha novela un terreno fértil para agudizar su conciencia crítica sobre la situación en que se halla y sobre la acción que allí emprende.

Sin embargo, no cabe ninguna duda que el cuadro presentado por la literatura es, en su conjunto, devastador. ¿Cuál es la conclusión que de aquí se desprende? ¿Se trata acaso de postular la conciliación imposible entre, por una parte, la alianza hegemónica del proletariado con las capas medias, necesaria como sabemos y, por otra parte, la caracterización del aliado como el grupo social del conformismo, del fracaso y de la traición? ¿O se trata por "táctica" de tomar partido a ciegas en favor de una alianza de la boca para afuera y de obtener por tanto a cualquier precio *otra* caracterización, más indulgente, de las capas medias? No. En efecto, incluso si el cuadro negativo presentado por la literatura fuera exacto, ello no sabría afectar nuestra verdad en la política de alianzas. Por un lado; nadie escoge a sus aliados. Por otro lado, los aspectos negativos de la pequeña burguesía son el resultado directo de su inserción social dentro del sistema capitalista. Es aquí que un proletariado *hegemónico* toma una de sus razones de ser, como clase que al propiciar el socialismo busca simultáneamente la plena expresión social de todos los otros sectores populares. La política de alianzas es, por tanto, una opción estratégica. Esto no quita, naturalmente, que el panorama ofrecido por la literatura caricaturiza en buena parte la realidad de las capas medias. Por cierto, no llega a los excesos del texto citado de Stavenhagen, donde estas capas sociales, históricamente frenadas por el capitalismo, aparecen, ni más ni menos, "enriquecidas como clase"; donde la burguesía que mina sus recursos económicos y morales es presentada al contrario como la única "posibilidad de sobrevivir" que ellas tienen y donde, en consecuencia, al proletariado no le puede caber otro destino que el más completo aislamiento político y social. No es éste el trasfondo ideológico de la mayoría de nuestros autores. Pero su severidad en la descripción de la pequeña burguesía se obtiene al precio de *distorsiones, exageraciones y olvidos*.

Es una *distorsión* atribuir al pequeño burgués la “obsesión” ya vista por su pasado, que se transforma en fantasmagorías nada compatibles con su realismo práctico pero compatibles, en cambio, con la filosofía del conformismo que va entregada por algunas novelas. De ahí que, en el momento oportuno, indicásemos la justeza con que García Márquez responde a esta cuestión.

En lo que toca a las *exageraciones*, podemos citar como ejemplo la visión a menudo apocalíptica del *fracaso* al cual los grupos medios se hallarían irremediamente condenados. La realidad nos dice otra cosa. El pequeño burgués no es un fracasado. En esto, no es otra que la clase obrera latinoamericana la que ha jugado el papel fundamental. E incluso dentro del cuadro de la dominación capitalista, la pequeña burguesía ha podido adquirir cierta fuerza social real, que le ha permitido prolongar sus capacidades de adaptación frente a los intentos diversos de manipulación económica emprendidos por la burguesía y el imperialismo. El caso chileno lo muestra bien. Empequeñecidas por la política fascista, las capas medias no pudieron ser de hecho aniquiladas y hoy miran con mayor seguridad el final del régimen. Por cierto, el elemento esencial para que esto se produjera ha sido la resistencia heroica de la clase obrera, que al poner en tensión durante cinco años todas sus fuerzas económicas, políticas, ideológicas, desbarató los esfuerzos guiados a liquidar las bases productivas de Chile y ha hecho de la explotación fascista una realidad de escaso porvenir.

En lo que se refiere, por último, a los *olvidos* (fuera del ya anotado sobre el imperialismo en su expresión urbana), la situación es tan clara en la literatura que permite ahorrarnos una larga demostración. A nuestro conocimiento, la novela sobre las capas medias no tiene ni un solo héroe positivo. Sin embargo, la realidad también nos dice otra cosa en este punto. ¿Es necesario recordar, en efecto, el rol de sentido popular que desempeñan en nuestros países cuerpos profesionales como el del profesorado, de las comunicaciones, de la salud, trabajadores independientes, etc., cuya abnegación va de par con su aporte social? ¿Vale la pena recordar que el funcionario estatal no se agota ni mucho menos en el simple burócrata pintado por una parte de nuestras novelas? Los ejemplos podrían multiplicarse. Son, pues, todos estos olvidos, distorsiones, exageraciones, los que deforman a la pequeña burguesía en la descripción literaria.

¿A qué se debe esta deformación? El lector, el escritor, generalmente surgidos de las capas medias, se guían en esto por el mismo *principio de realismo* que caracteriza por lo común a los individuos pertenecientes a estos sectores sociales. Caricaturizado en la novela, el realismo del lector consiste en comprarla, a fin de servirse de la capacidad sedante de la caricatura. Allí aparece, en efecto, “bello como Judas Iscariote”, según la fórmula de Silvio Astier, y por interpósita persona puede así odiar, o matar, traicionar, fracasar, sufrir... Al encontrar en la obra literaria su insospechada dimensión *perversa*, el lector, por lo general, bien civilizado de la pequeña burguesía, se *distrae*, se *calma*. Al verse transformado en

fantasmas, que la vida corriente no le depara, y en los cuales no se le habría ocurrido probablemente pensar, accede a la *imaginación del artista*, comparte con éste las potencialidades imprevisibles de la *creación*, participa en su "locura" durante el instante fugitivo de la lectura. El realismo del escritor no hace sino desplazar este mismo mecanismo al proceso creativo. Mientras escribe, él se reniega, se exuda, hipertrofia sus culpas y se hace monstruo o mediocre; "deja de ser un testigo universal para transformarse en una conciencia desgraciada"¹³, cumpliendo de paso con sus necesidades de rentabilidad literaria.

Ya hemos dicho cuáles son a nuestro juicio los numerosos aspectos positivos del "espejo deformante" constituido por la novela sobre las capas medias. En la perspectiva de un conocimiento más real y menos reductivo de estos sectores sociales, en la perspectiva coincidente de la alianza de clases que requiere la mayoría de nuestros países, en la perspectiva de una literatura cada día más influyente sobre la ideología progresista y cada día más puesta al servicio de los intereses populares, el camino que queda por recorrer es grande y prometedor: una novela rica y pedagógica, unitaria, realista, ni simplista ni deformadora, que responderá a la inquietud formulada años atrás por Neruda en su *Oda al hombre sencillo*:

"Quiero saber quién eres,
cuánto ganas,
en qué taller trabajas,
en qué mina,
en qué farmacia."

¹³ Barthes (R.): *El grado cero de la escritura*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973, p. 12. La "conciencia desgraciada" es un fenómeno social. De aquí que la novela de la revolución cubana tenga, forzosamente, escaso lugar en nuestro tema. Baste recordar en este sentido el rol positivo que juega el personaje del Estudiante en *El recurso del método*, de Carpentier.



Rauvna

(lincol.)
12/30.

Gloria Silla



La Subida. Valparaiso. (Lícal)
29/30

Castro

VIVIR EN CHILE: NUESTRA NEUROSIS, NUESTRA OBSESION

Entrevista a
RAFAEL AGUSTIN GUMUCIO

Vive en la rue Pavée, en el viejo barrio Le Marais de París. Para llegar a su departamento hay que subir una escalera antigua y estrecha. Allí está, siempre trabajando, Rafael Agustín Gumucio, que hace poco cumplió 70 años y que desde hace seis vive en el exilio.

Su habitación de paredes blancas con dos amplios balcones que dan a un patio de luz, tiene unas macetas de flores cuidadas celosamente por su esposa, Marta Rivas. Ambos están lejos de ser un matrimonio solitario y al margen de la vida. El teléfono suena a menudo y se oyen voces de amigos que anuncian visitas o que solicitan datos de tal o cual asunto o que simplemente quieren charlar.

“Don Rafa” no ha perdido la costumbre de beber café en abundancia y de fumar incansablemente. Está al corriente de lo que ocurre en Chile y en el mundo. Lee la prensa con avidez y no se le escapan los detalles que aparentemente no tienen importancia. Aunque su pasión principal es la política, le dedica tiempo al cine, que es una de sus aficiones preferidas, a la charla, a sus continuos visitantes. Le gusta pasar un rato en los cafés de Le Marais próximos a su domicilio. Los comerciantes del barrio le conocen porque a menudo hace las compras de la casa y se encarga de preparar la comida.

Es, en la actualidad, miembro del Comité Central de la Izquierda Cristiana, partido que fundó en 1970 junto a otros rebeldes de la DC. En 1938 fue uno de los fundadores de la Falange, que en 1958 se transformó en el Partido Demócratacristiano (PDC). Ex regidor, ex diputado, tres veces senador de la República, ex Presidente de la Falange y de la Democracia Cristiana, Presidente de la Unidad Popular. En el exilio,

además de su cargo dirigente en la Izquierda Cristiana, es miembro de la comunidad cristiana chilena integrada por exiliados como él que profesan la fe cristiana.

De cabellos blancos, sonrisa bondadosa y algo cansada, paso ligero y mirada escrutadora es un nostálgico de Chile. Su solicitud de regreso fue rechazada a pesar de las insistencias y de las presentaciones legales que realizaron algunos abogados en Chile. Para él no hay temas tabú y piensa —como Oscar Wilde— que sólo las respuestas y no las preguntas son indiscretas. Nuestra conversación fue espontánea y desordenada y se refirió a los asuntos más diversos de su existencia y de su pensamiento.

Cumplir años en París

—Usted cumplió hace poco setenta años, en el exilio, en París. Perdóneme por empezar con una pregunta manida, con un lugar común. ¿Qué sintió ese día?

—Deseos de vivir otros 70 años. Se habla mucho de la tristeza de la vejez. Y eso casi siempre es literatura. Pensé en lo agradable que sería volver a Chile al día siguiente con mi mujer, con mis dos hijos, con mis nietos que me acompañan en el exilio, en la gran alegría que me daría encontrarme con mi otro hijo casado que vive en Chile y con mis nietos de allá que casi no conozco porque los dejé muy pequeños, hace ya casi seis años. Lo mejor que podría ocurrirme sería ver de nuevo a mis siete hermanos y a mis numerosos sobrinos. A mis amigos de toda la vida, a mis compañeros de otros tiempos. Por ahora, todo eso no es posible. Prohibieron mi regreso. Eso me causó tristeza. Pero también ira.

—Aparte de eso ¿no es grato vivir en París, en el viejo barrio Le Marais, en el escenario de tantas cosas de las que siempre oímos hablar? Algunos cronistas chilenos basaban su autoridad en un clisé: “Cuando yo estuve en París”...

—Sí, los cronistas siúticos. Mire, el problema tiene varios aspectos. Por un lado, no puedo negar que me gusta París. Es una ciudad fascinante. Hay un debate de las ideas muy abierto y personalmente me entiendo muy bien con los franceses. Recorro a menudo la ciudad y soy un espectador de su rico panorama humano. París es, además, un formidable centro de información, y un punto privilegiado de observación de la realidad mundial. Es posible adquirir aquí una visión global del mundo que no teníamos en Chile. Se puede aprender mucho del amplio debate ideológico que aquí se desarrolla permanentemente. Francia es un país donde todos los asuntos se desmitifican; es una sociedad sin “tabúes” de ningún orden, ni políticos, ni culturales, ni morales, ni religiosos, y eso es una gran experiencia. Un ejemplo de lo apasionantes que pueden ser los debates lo da “Le Monde”. Personalmente, por cierto, yo no estoy de acuerdo con

muchos de los análisis que sobre la realidad contemporánea hacen sus articulistas, pero leo ese diario todos los días, y me gustaría que en Chile hubiese algo parecido en el futuro.

Ahora bien, hay aún otro aspecto. Los exiliados *no vivimos* en verdad en París, como no vivimos en Londres, ni en Nueva York, ni en Caracas. En realidad, *vivimos en Chile*. Es nuestro tema permanente, nuestra neurosis, nuestra obsesión. Nos reunimos a comer empanadas de horno o pastel de choclo. Y hablamos de las calles de nuestras ciudades como si estuvieran a la vuelta de la esquina, y de los personajes de nuestra vida cultural o política como si fueran los únicos que existen en el mundo. Es difícil que nos integremos. Nos sumergimos en una monotonía artificial y padecemos de todas las enfermedades de la ausencia. Yo no soy una excepción.

Un legado de honestidad

—*Regresemos al pasado. Siempre oí hablar de su padre Rafael Luis Gumucio como de un notable periodista, un temible polemista católico, autor de la frase “el felón ilustrado” que aplicó a “El Diario Ilustrado”, que él mismo dirigió durante algunos años. ¿Influyó él en usted? Y usted mismo ¿tuvo alguna influencia en él?*

—En cierta medida existe continuidad entre la actuación pública de mi padre y la mía. Teníamos en común la manera de concebir la política y en lo personal he tratado de seguir su legado de honestidad y limpieza. Esto más allá de los aspectos contingentes y de las condiciones de épocas distintas. Entre mi padre y yo existió mientras vivió —murió en 1947— un proceso de vasos comunicantes. El y yo fuimos cambiando a velocidad diversa. La evolución de mi padre, que era un católico ferviente y conservador de vieja cepa, fue notable para su época. Su generación fue la heredera de las luchas teológicas del siglo XIX. El Partido Conservador se declaraba confesional y la iglesia le había entregado el monopolio de la defensa religiosa. La única diferencia de mi padre con el tradicionalismo integrista católico era su amor a la democracia y la libertad. Pero vino el Frente Popular en 1938 y la fundación de la Falange Nacional. Yo era joven y sentí el impacto de las nuevas ideas. Creo que algo influyó en la extraordinaria evolución que se produjo en mi padre. Empezó a entender las razones de la desigualdad social y la utilización de lo religioso como un escudo para explotar al pueblo. Rompió con su clase y aun con su Partido.

—*Cuidémonos de la “velocidad” de la que usted habla. No lleguemos todavía al Frente Popular. ¿Cómo era su padre en la intimidad? ¿Cómo era su madre?*

—Era un burgués pobre. Vivió siempre al día. Aunque recibió el título de abogado, no le gustaba esa profesión. Prefirió el periodismo.

Partió en su carrera siendo director de la revista "Zig-Zag". Eramos nueve hermanos, yo el mayor. En la intimidad mi padre era cariñoso y poco severo aunque tenía fama de temible polemista. Le veíamos poco. Salía a su trabajo en "El Diario Ilustrado" a las 8 de la noche después de comer y allí permanecía hasta la madrugada. Lo veíamos al día siguiente cuando regresábamos del colegio. A mi madre, Amalia Vives, la recuerdo como a una mujer tierna, siempre ocupada con las labores de la casa. Murió joven, a los 35 años, en Lovaina, en el destierro.

—¿En el destierro? ¿Vivió usted antes otro exilio?

—Mi padre fue desterrado, junto a otros políticos de izquierda y de derecha durante la dictadura de Ibáñez en 1927. Entre los desterrados estaba incluso mi suegro Manuel Rivas Vicuña que fue parlamentario y diplomático brillante. A todos ellos los embarcaron en una nave para transportar ganado y fueron depositados en un puerto del Perú. Mi padre eligió después vivir en Lovaina porque el franco belga valía menos que el peso chileno. En Santiago yo me quedé como jefe de la familia. Vendimos la casa en que vivíamos y con ese dinero compramos los pasajes del barco que llevó a toda la familia a Europa. Fue un destierro corto y no alcanzamos a sentir nostalgia.

—Usted tenía entonces 17 años y era estudiante secundario. Cuando volvió fue alumno de la Universidad Católica y compañero de Eduardo Frei ¿Qué impresión tiene de él en esos años?

—Era un joven delgado, muy estudioso, de origen humilde. Entonces vivía en la calle Jofré en una pieza casi sin muebles. Recuerdo que lo visité allí en una ocasión en que estaba enfermo, con un principio de tuberculosis. Era notable su religiosidad. Podría calificarlo como "un joven piadoso". En la Universidad Católica recibió la protección del Rector Monseñor Carlos Casanueva.

—Ibáñez predicaba el apoliticismo igual que Pinochet en la actualidad ¿Qué piensa usted de los epítetos infamantes que personajes como ellos le adjudican a los políticos?

—La farsa del apoliticismo la conozco desde toda una vida. Nadie deja de hacer política si se interesa por la marcha del Estado y de la sociedad. Los apolíticos son los peores políticos porque con cinismo quieren ejercer el poder adjudicándose una especie de inmunidad que les permite descalificar toda crítica. Todas las dictaduras militares en América Latina proclaman una guerra a los políticos para hacer una descarada política de derecha e imponer los proyectos más reaccionarios y superados por la historia. Ibáñez —cuya dictadura no fue fascista como la de Pinochet— planteaba el apoliticismo como principio. Consiguió desmovilizar a la juventud y a mucha gente que

cayó en esa trampa. Pero cuando se retomaron los principios políticos de democracia, libertad, constitucionalidad, los jóvenes empezamos a hacer conciencia en lo demás que había que luchar contra la dictadura. Y ese fue el fin de Ibáñez.

—*Usted habló de la evolución política de su padre y del carácter confesional del Partido Conservador de la época. ¿Los católicos de derecha admitían entonces la participación de la iglesia en la vida política?*

—No sólo admitían eso sino que no concebían que la iglesia desarrollara un papel espiritual al margen de la política. Tenía que estar con ellos y contra la masonería y los radicales. Para esa gente la masonería era la autora de todos los males. Practicaban un maniqueísmo cerrado y agresivo. Mi padre, que fue Presidente del Partido Conservador, también participaba del mismo criterio. Pero superó tal etapa y entró en abierta contradicción con sus compañeros, sobre todo cuando comprobó su inconsecuencia frente a los principios de libertad y democracia, que usaban cuando les convenía, y que aplastaban cuando no concordaban con sus intereses financieros. Su viraje se produjo cuando el millonario Gustavo Ross fue proclamado candidato presidencial de la derecha en 1938. Sintió que ya nada tenía que ver con la derecha. Como era escrupuloso fue a ver, antes de romper, a Gustavo Ross para inquirir sobre su pensamiento social y —sobre todo— para que le expusiera su idea de la democracia. Salió espantado. Ross era un déspota en ciernes. Con cinismo le dijo que no creía en la democracia sino en el poder de la aristocracia para imponer el reinado del dinero y de las empresas lucrativas. Uno no deja de pensar en lo que decía Ross en 1938 y lo que afirma ahora Pinochet.

—*Pero entonces ganó el Frente Popular y fue elegido Aguirre Cerda.*

—Sí, aunque de inmediato vino la conspiración de la derecha para despojar a Aguirre Cerda de su triunfo electoral. Entonces mi padre tomó una decisión: fue a buscar al Arzobispo de Santiago, Monseñor José María Caro, para que visitara oficialmente a Aguirre Cerda. Se produjo con ese paso el reconocimiento de la victoria del Frente Popular. Desde ese momento mi padre, que nunca fue falangista como se ha dicho, apoyó sin reservas a la juventud católica que empezaba a caminar hacia las ideas del cambio social y de la apertura a los partidos de izquierda.

De la juventud conservadora a la democracia cristiana

—*Seguramente usted —igual que su padre— vivió y sigue viviendo un proceso de cambios en las ideas. ¿Cuál ha sido su itinerario al respecto?*

—Ya dije que en 1938 se produjo un cambio definitivo en mi vida política. Dejé de ser un joven conservador. Ya entonces entendí la monstruosidad del sistema capitalista. Como otros jóvenes de mi época y de mi condición, sentí la ausencia de partidos políticos capaces de atraer a la juventud como corrientes de opinión. Integré entonces el grupo fundador de la Falange junto con Eduardo Frei, Manuel Garretón, Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Tomás Reyes y otros. Eramos un grupo muy pequeño que para el ambiente católico resultábamos ser unos radicales endemoniados. Adoptamos posiciones muy progresistas aunque en estricto rigor no fuéramos gente de izquierda. Fuimos evolucionando paulatinamente. Teníamos antenas sensibles ante la realidad del país y llenábamos un vacío político. Eramos muy pobres en medios materiales. Nos reuníamos en un destartalado local en la calle Amunátegui. Nuestras primeras peleas fueron contra el fascismo, que había asomado la cabeza en Chile.

—¿Por qué entonces el Partido se llamó “Falange”? Ese era el nombre de los fascistas de Franco.

—A alguien —creo que a Palma— se le ocurrió que nos inspiráramos en las falanges griegas. Fue un desgraciado alcance de nombre, porque la verdad es que éramos decididamente anti-fascistas. Una de nuestras primeras preocupaciones fue la solidaridad con los republicanos españoles. Yo fui un rabioso antifranquista. Pertencí a una Asociación de Ayuda a los Refugiados españoles; yo estaba a cargo de la tesorería.

—Después de militar usted más de 30 años en la Falange y luego en el Partido Demócrata Cristiano ¿cuál fue su posición personal más constante? ¿De conformidad siempre con la línea del Partido, de tímida o abierta oposición, de ruptura creciente?

—Es difícil contestar esas preguntas. Cuando se milita en un Partido es obligatorio observar su disciplina. Naturalmente que paulatinamente se van produciendo discrepancias que llevan a algunos a la ruptura definitiva. Recuerdo con cariño la etapa de la Falange (1938-1958). Era un partido pequeño que llegaba apenas al 5 por 100 del electorado, con medios pobres para realizar su política, pero con una fe y una fraternidad admirables. Después de 1958 la Falange se transformó en el Partido Demócrata Cristiano, pasando a ser una gran colectividad, con 15 diputados y 3 senadores. Fue entonces cuando sufrí mi primera desilusión. El crecimiento brusco produjo cierto apagón doctrinario. Ingresó al Partido un contingente tecnocrático de derecha. Sobrevino un cambio de una política que podría calificarse de centro-izquierda a un partido de centro-derecha que veía cercano su ascenso al poder. Y, por tanto, se abrió al mundo del dinero. Ya en 1958 en las elecciones en que triunfó Jorge Alessandri, las cajas electorales pasaban a ser fundamentales. Las candidaturas que no tenían dinero suficiente para pagarle a los



Nitida campesina
(Linné) G. O. S. P.

Edwards páginas enteras de “El Mercurio” no tenían porvenir. En el caso de la DC, el dinero que llegó para hacer frente a una campaña que fue muy tensa, muy amplia en lo publicitario, venía de sectores derechistas que con mucho ojo veían que ya no era posible apoyar a la derecha tradicional y que más valía levantar a Eduardo Frei, que había adquirido una estatura nacional e internacional y tenía una influencia definitiva en la DC. Tal situación fue el punto de partida de un proceso que me desconcertó mucho. Recuerdo, entre otras cosas, que después de muchos esfuerzos que hice se había formado un grupo valioso y representativo de dirigentes sindicales. Con la llegada del sacerdote belga Roger Veckemans —que está casi probado que tenía vinculaciones con la CIA y organismos financieros norteamericanos— esos dirigentes sindicales perdieron su impulso inicial. Dejaron de actuar en su medio y de poseer la autenticidad de antes. A lo mejor tienen razón los que dicen que hay que ser práctico y que no se puede hacer “angelismo” en política. Pero sigo pensando que el dinero corrompe.

—*Usted habla de la elección de 1958, en que triunfó Alessandri. Pero pienso que las tendencias internas en la Democracia Cristiana se hicieron más definidas en el gobierno de Frei, desde 1964 a 1969.*

—Efectivamente, después de elegido Frei se fueron perfilando tres tendencias en el interior de la DC, que se denominaron oficialistas, rebeldes y terceristas. La primera condicionaba todos sus pasos a los actos del gobierno y era incondicional del Presidente. Los segundos planteaban críticas a la política débil frente al capitalismo y al imperialismo y expresaron su posición en un documento que se llamó “Desarrollo no capitalista”. Los terceristas creían que todavía quedaba una etapa larga de vida dentro de la DC.

—*¿Cuándo y por qué se produjo la crisis final?*

—En 1969, al encarar el problema de la elección presidencial del año siguiente. La corriente oficialista, ante el problema que había tres candidaturas, una de izquierda, otra de derecha y la de la DC, se dió cuenta que las posibilidades de triunfo eran nulas. No veían con desagrado una alianza con la derecha pero no se atrevían a plantearlo abiertamente. En el interior de la DC siempre existió una actitud de rechazo a la derecha porque nadie olvidaba cómo fue perseguida por la oligarquía la Falange y también la DC. Entonces ante esa dificultad y frente a la evidencia de que la elección sólo podría ganarse con aliados, optaron por imponer el aislamiento, la soledad, cosa que siempre ocurría con la Falange y con la DC cuando una tendencia se veía perdida y era minoritaria. Era lo tradicional. Las otras dos tendencias —la rebelde y la tercerista— creían que era posible conseguir una alianza con la izquierda. Pero los dirigentes de la Unidad Popular formulaban declaraciones que hacían difícil que alguien creyera dentro de la DC en esa posibilidad. Estoy convencido

que un entendimiento DC-Izquierda habría dado un gobierno democrático tan fuerte, tan mayoritario, que no hubiese prosperado la conspiración de la derecha que después utilizó como sus instrumentos a los militares. Ahí vino la crisis final. No había salida. Se produjo la ruptura y el nacimiento del Mapu.

—*Usted es un político capaz de autocrítica. ¿Se siente seguro ahora de lo que usted y otros demócratacristianos hicieron en 1969, fue lo mejor? ¿No fue un error?*

—Muchas veces me he hecho esa pregunta. Y estoy seguro de la respuesta: lo que hicimos fue correcto. No se puede continuar en un Partido cuando las diferencias que dividen son muy profundas. Sin embargo, no puedo dejar de reconocer que es grave y dramático que cuando había democracia en Chile, el Partido del Presidente de la República no se sintiera identificado con su régimen. El mismo problema se produjo después entre Allende y su partido, con las consecuencias que todos conocemos.

—*Saltándonos algunas etapas, ¿cómo aprecia ahora, en 1979, el papel que juega la DC en la situación política chilena?*

—La actitud de ese partido en la primera etapa de la dictadura de Pinochet me pareció tan condenable como la que observó durante el gobierno de la Unidad Popular en su entendimiento con los militares y con la derecha. Pero eso ya quedó atrás. Lo importante es que la DC está luchando hoy por la libertad y que es una pieza fundamental en el cambio de Chile.

La Iglesia y la lucha contra la dictadura

—*Usted es católico y siempre ha militado entre las fuerzas cristianas de avanzada. ¿Cómo aprecia la política y acción de la iglesia católica en estos seis años de dictadura?*

—Como cristiano estoy satisfecho de que la jerarquía eclesiástica y el clero hayan actuado como lo han hecho. Primero a través de la Comisión Justicia y Paz, y luego con la Vicaría de la Solidaridad la Iglesia ha llevado a cabo acciones que serán inolvidables por su valor, por su tenacidad, por la práctica de un verdadero amor cristiano hacia el prójimo. Creo que la Iglesia Católica ha recuperado plenamente en Chile la confianza del pueblo. Pienso muy especialmente en los modestos curas de parroquias de barrios, de poblaciones, que han enfrentado todos los riesgos de comprometerse con el pueblo con silenciosa lealtad y honestidad. En algunos existía la sospecha de que la Iglesia podría aprovecharse de la ocasión de que el pueblo vuelve a los templos y que, por tanto, se repara lo que un Papa llamó "el

mayor escándalo del siglo XX, el alejamiento del pueblo de la Iglesia”, para frenar sus ansias de cambio social. Estoy seguro que no es así. Conozco demasiado al clero modesto para saber que se han comprometido con la acción popular sin paternalismo, sin esperar dividendos de ninguna clase.

—*Entiendo que uno de sus hermanos, Esteban Gumucio, es párroco de una población obrera de Santiago y usted debe saber de sus experiencias.*

—Mi hermano Esteban podría ser el prototipo del clero integrado al pueblo. Desde hace quince años es cura párroco de la Población Joao Goulart de la comuna La Granja de Santiago. Ha adquirido hasta el color de los pobladores. Cuando se hizo cargo de su iglesia allí no existía nada. Para vivir levantó una casucha de madera y se bañaba en una acequia. Rehusó ser el “santo cura” que sólo da consejos piadosos para ganar el cielo. Se integró a la vida de los pobladores, sin dirigirlos ni manejarlos, como uno más. Ha sido el animador de todas las iniciativas comunitarias y no le ha preguntado a nadie de qué Partido es y ni siquiera si cree en Dios. Fundó un comedor popular que alimenta a 120 niños con los aportes de todos los pobladores. En dos ocasiones ha sido visitado por los militares, que lo han interrogado acerca de sus feligreses. El les dijo: yo no puedo decirles nada porque mis superiores son los obispos y el cardenal. Pregúntenles a ellos. Si yo quisiera saber algo de ustedes tendría que preguntarles a sus capitanes, coroneles o generales.

Vivir en el exilio

—*Usted sostuvo al principio de esta conversación que los exiliados no vivimos en París, ni en Londres, ni en New York, ni en Caracas, vivimos en Chile. Más allá de esta afirmación la verdad es que no estamos allí físicamente. Esta realidad ya larga en el tiempo y que podría prolongarse aún más, hace temer a algunos el surgimiento de una especie de fractura entre los chilenos del interior y los chilenos del exterior. Esta fractura puede tener consecuencias muy serias en el plano afectivo, en el plano cultural y naturalmente en el plano político. ¿Cuál es su opinión sobre el particular?*

—No me gusta el término “fractura”. Es indudable que los chilenos del interior y los que estamos obligados a permanecer en el exilio hemos vivido en mundos diferentes. La dictadura ha impuesto una ideología, un estilo de vida y de gobierno que hasta aquí eran extrañas al alma nacional. Jamás conocimos un régimen semejante. Eramos unos cultores intransigentes de la legalidad y del Estado de Derecho. Hasta los obreros más exaltados, cuando acordaban una huelga y salían a la calle, gritaban a veces en sus desfiles: “Esta huelga es legal

y la vamos a ganar". Y de repente esto, de la noche a la mañana, fue quemado en las hogueras públicas de la derecha enfurecida y con ataque de hidrofobia contra el pueblo y la democracia. Hasta los doctores de la ley de la Corte Suprema hicieron un strip-tease lamentable y pusieron sus códigos y sentencias sin pudor alguno al servicio de Pinochet. Durante estos seis años la dictadura se ha empeñado en declarar leprosos políticos a más de la mitad de los chilenos. No creo que haya logrado convencer a la mayoría pero esta prédica algún efecto tiene y tendrá en la nueva generación. En estos seis años, miles de muchachos han vivido en otro Chile que no es el que conocimos nosotros. Es el Chile del chovinismo, de las castas, de los privilegios, del miedo, del «odio a los políticos», que no es otra cosa que el odio a las ideas. Todo esto no lo percibimos en su real magnitud los que vivimos fuera. Y pienso que puede ser el peor daño que la dictadura ha causado. Confío en que el robusto cuerpo de Chile logrará sacudirse de esta enfermedad extraña a su constitución. Pero no hay que subestimar sus efectos. Personalmente nunca he perdido el contacto con mis amigos del interior, con jóvenes y viejos. Me escriben normalmente y me visitan cuando vienen a París. Tengo la impresión que ellos han entendido muy bien el problema del exilio y que no rechazan a los que fueron obligados a tomar ese camino. Por el contrario: están preocupados de favorecer el regreso. Definitivamente no creo que hasta aquí se haya producido una "fractura" como usted dice. Pero el paso del tiempo es peligroso. La dictadura avanza en su institucionalización. Puede hacer aprobar su Constitución y todo lo que discurran sus ideólogos. Está en marcha toda una superestructura de legalidad fascista. Sería un error estimar que ella, al fin de cuentas, no condicionará toda una mentalidad. Por eso los que luchamos contra la dictadura tenemos que ser certeros y oportunos. No valen, en este caso, los slogans sin contenido o que no tengan el menor sentido en el Chile actual. Hay que saber lo que en nuestro país ocurre exactamente para desenmascarar cada paso de la "democracia protegida" y del "gobierno autoritario" de Pinochet.

—*Por lo mismo que usted dice ¿no cree que al volver se sentirá como un extraño en su propio país?*

—Me he cuidado de no permanecer petrificado en 1973 y creo tener idea de lo que Chile es en la actualidad. Mis amigos me dicen: cuando regreses te vas a desesperar, la vida ahora en Chile es de una chatura horrible, tú estás acostumbrado al debate, a la lucha de ideas, no conoces "el tiempo de callar", te espera la inercia, las palabras dichas a medias, el temor a las represalias, la aceptación de autoridades ignominiosas. Además —me dicen— está desapareciendo la amable convivencia de antes y el hablar "sin pelos en la lengua" que siempre nos caracterizó. Creo que todo eso es cierto relativamente. No obstante, no creo que pueda sentirme extraño en mi propio país. Encontraré un espacio para mi modesta vida y la de los míos y continuaré siendo lo que soy.

—*Usted no teme, entonces, volver “con la frente marchita”, como en el tango de Gardel.*

—¿Por qué con la frente marchita? Creo que no es mi caso, ni el de la mayoría. Pero, siguiendo con el tango, le diré que aunque no serán «veinte años», seis años es de todos modos mucho exilio. Debemos luchar contra lo que algunos llaman “el exilio español”. Hay que conquistar nuestro derecho al regreso, pero eso no será jamás una dádiva de Pinochet.

—*Se ha hablado de los aspectos negativos del exilio. ¿Cree usted que hay un aspecto que podríamos llamar “positivo”? Digamos, un dirigente político, o aun un militante cualquiera ¿puede convertir el exilio en una experiencia que lo ayude a madurar, a afinar su percepción y sensibilidad, a comprender mejor los problemas de su país?*

—Estoy seguro que el exilio nos ha enseñado mucho. Lo he comprobado en la práctica en el contacto diario que tengo con tantos exiliados. En muchos de ellos y en mí mismo —jamás uno termina de aprender a vivir, aun a los setenta años— he visto un proceso de maduración notable. La vida política chilena tenía muchos aspectos negativos y en la distancia hemos entendido cabalmente lo insensatas que eran muchas de las peleas entre los partidos de izquierda. Me alegra especialmente que la gente joven en el exilio mire las cosas con una mayor perspectiva de futuro, con mayor análisis crítico. Muchos disparábamos contra la democracia burguesa y decíamos que sus valores sólo eran formales y queríamos de un día para otro el “poder popular”. Teníamos, tal vez, razón en teoría, pero hacíamos caso omiso de la realidad de Chile y de la necesidad de hacer verdadera y para todos la democracia que permitió la victoria de la Unidad Popular. Ahora, después de asistir a la liquidación de toda forma de democracia en Chile, muchos valores de nuestra vapuleada democracia los apreciamos como cosas importantes. Se valorizan mejor ahora que antes las libertades y los derechos humanos básicos. Personalmente considero la democracia burguesa o liberal como necesaria para cualquier proceso hacia el socialismo. Sin libertades básicas y amplio pluralismo no pueden avanzar los pueblos en un proceso dialéctico de liberación.

Todo lo anterior, al margen del hecho de que siga considerando que la experiencia de la Unidad Popular ha sido el proceso más valioso de la historia de Chile. No estoy de acuerdo con los que ponen amplificador para destacar sólo los errores que se cometieron y olvidan una visión global.

—*¿No cree que el exceso de pluralismo impidió que se impusiera una dirección clara y definida para movilizar a las masas?*

—No lo creo. No fue el “exceso de pluralismo” lo que inmovilizó a las masas. Fue —aunque sea duro reconocerlo— la falta de lucidez

de muchos dirigentes, la falta de voluntad para superar las querellas de segunda categoría y el ideologismo paralizante que aun en medio de los mayores peligros quería determinar qué partidos o qué acciones eran "revolucionarias" o "reformistas".

Un balance más bien negativo

—*Aparte de nuestro propio balance en estos seis años ¿qué podría decir usted sobre los acontecimientos del mundo en este período? ¿Cree usted que el balance es positivo, que su signo es favorable a los pueblos? ¿Cómo influye todo esto en relación con Chile y su destino?*

—Creo que estos seis años, desde el punto de vista del cambio social y de la lucha contra el capitalismo son negativos en un gran balance. Hay un gran acontecimiento: la victoria de Vietnam contra sus agresores, después de una guerra terrible en la que David venció a Goliat. Pero paralelamente hay un hecho desconcertante y estremeedor: el conflicto chino-vietnamita. Eso ha golpeado hasta la última fibra a quienes luchan por el socialismo en el mundo, sean o no marxistas. No me olvido, por cierto, de las cosas positivas: la liberación de algunos países de Africa y Asia, los avances de la lucha contra el colonialismo y el racismo. Pero no podemos poner eso en la balanza sin colocar el contrapeso de nuestras derrotas. Estamos viviendo una nueva y grave crisis del capitalismo. El sistema busca su supervivencia por la represión brutal y sin máscaras cuando no tiene otra alternativa. Y hasta la fecha creo que, desgraciadamente, el capitalismo ha sabido defenderse bien como sistema, ¿por cuanto tiempo? No me gustan los análisis fáciles que desembocan invariablemente en un cántico a la victoria de los pueblos. Es obvio que el capitalismo está condenado a desaparecer y que el socialismo es un nuevo capítulo de la historia humana. Pero este proceso es contradictorio y complejo, y los cambios favorables a la ola reaccionaria en estos seis años, tanto en América Latina como en Europa occidental, creo que ni siquiera necesitan ser enumerados.

No veo en este momento una salida al aire libre a corto plazo. Puedo estar equivocado, pero es lo que pienso.

¿Cómo influye esto en Chile? Ahí está todavía Pinochet, condenado moralmente por todo el mundo, pero también apoyado financieramente con una generosidad que no conoció ningún gobierno anterior.

Chile y Latinoamérica: perspectivas

—*¿Significa eso que usted se muestra pesimista en relación con la situación chilena?*

—No. Soy optimista. Y mi optimismo no es gratuito. El nivel de la lucha se ha elevado, como lo prueban las recientes jornadas del



Letelier.

(linol.)

Herreros 29

Primero de Mayo. Por lo demás hay que considerar que el grupo minoritario que usufructúa el poder en virtud de la política económica y de la represión de la dictadura es cada vez más restringido y que, por tanto, las víctimas de esa política son la mayoría absoluta de los chilenos, incluidas las capas medias y gran parte de la burguesía nacional. Todos ellos protestan contra la dictadura de la manera que pueden y han conquistado cierto margen de libertad de opinión. Ahí están, por ejemplo, la revista "Hoy", la revista "Mensaje", algunas radios y otros canales de expresión para demostrarlo. Y ganar todo espacio, por pequeño que sea, de libertad de expresión, de prensa, de reunión, es la gran tarea de este momento.

Naturalmente, eso no nos puede llevar a determinar plazos para la caída de la dictadura.

—*¿No cree usted que contribuye negativamente el que la masa no ve una alternativa de poder clara ni un proyecto político para el futuro?*

—Cierto es que sería mejor que existiera un proyecto político definido y unánime y que las alternativas de poder fueran claras. Pero no por eso debemos caer en la tentación de las discusiones programáticas que nos hagan abandonar lo principal, que es derribar a la dictadura. Cuando cayó la dictadura de Ibáñez en 1931 no existía ninguna alternativa clara, ningún programa de las fuerzas anti-dictatoriales.

—*¿No piensa usted que en Chile podría eventualmente darse una salida al estilo de la llamada "liberalización" del Brasil?*

—No lo creo. En el caso de Brasil operan una serie de factores que no tienen nada que ver con las particularidades de Chile. Brasil va en camino de convertirse en una gran potencia y debe mantener relaciones muy estrechas con el mundo capitalista occidental y también con el mercado de los países socialistas. Los militares brasileños se han dado cuenta de que una dictadura brutal y represiva les crea dificultades con la opinión pública de naciones de gran desarrollo capitalista en las que se apoyan. También eso constituye un obstáculo para las operaciones con la URSS y los países socialistas. Por eso, una "prudente liberalización" los favorece sin que ello signifique alterar fundamentalmente el cuadro político de Brasil. En el caso de Chile, en cambio, la liberación va a ser impuesta por la gran masa en un proceso que tendrá etapas transitorias. De ninguna manera va a ser el resultado de concesiones de la dictadura. Está claro que a Pinochet no le importa la opinión pública mayoritaria. Todo su empeño está dirigido a que las FF.AA. aprieten filas en torno a él. Y para sostener eso se vale de grandes halagos económicos a los oficiales, de un fuerte adoctrinamiento y de un aparato de espionaje y de terror interno que detecta rápidamente cualquier disidencia. A pesar de todo no es imposible una división del ejército, una toma de conciencia por parte de la oficialidad acerca del vergonzoso papel que

desempeñan como verdugos de su pueblo y mano armada de los intereses de la oligarquía. Para que eso ocurra es indispensable un gran movimiento de masas, unitario y en el que golpeemos "todos a una" como en "Fuenteovejuna". Sin movimiento de masas y unidad es un error siquiera suponer que vamos a derrotar a la dictadura.

—*A pesar de los reveses, es indudable, sin embargo, que en América Latina hay realidades nuevas, importantes.*

—Sí, está el papel que juegan países democráticos como Venezuela, México y Costa Rica, que es vital para las fuerzas progresistas del Continente. Ellos desmienten las tesis de los ideólogos de Pinochet que tanto desprecio sienten por la democracia y que estiman que es un obstáculo al desarrollo económico. Tales países son, precisamente, los que han alcanzado un mayor desarrollo, una creciente renta per cápita, un papel destacado en la comunidad internacional. En cambio vea usted las dictaduras: Haití, en el que persiste la sombra siniestra de Papa Doc, continúa siendo una de las naciones más pobres del mundo. Paraguay es un país feudal y miserable. Uruguay se debate en una angustiada crisis económica. Y no hablemos de Chile con su invariable cesantía de un 15 a un 20 por 100. Por otra parte miro con gran esperanza lo que ocurre en Centro América, tradicional escenario de dictaduras caudillistas, corrompidas y criminales. Ha sido formidable la lucha del pueblo de Nicaragua contra Somoza. El mundo entero admira su tesón, su combatividad, su decisión inquebrantable de poner fin a la dinastía Somoza, dueña del país por largas décadas. Es importante señalar que el Frente Sandinista es un movimiento de opinión pluralista con un programa claro que suscriben todos los nicaragüenses. Estoy seguro que empieza para Nicaragua un nuevo capítulo de su vida y que su ejemplo será muy importante en Centro América y en lo inmediato en El Salvador.

Es imposible no mencionar, a propósito de estos acontecimientos, el papel tan poco feliz jugado por el gobierno norteamericano. Sus "marines" impusieron al primer Somoza, lo mantuvieron y luego extendieron su protección a sus descendientes. En el minuto final aparecen "retirándole su simpatía", lo que no impide el traspaso de préstamos a través del Fondo Monetario y la ayuda militar, que permitió los bombardeos en Managua y otras ciudades y el asesinato de miles de nicaragüenses. A juego perdido, Estados Unidos se empeñó sólo en buscar una salida que no pusiera en peligro sus intereses en la región. Esto explica y explicará la actitud del pueblo de Nicaragua hacia su poderoso vecino del Norte.

Sus afectos. La mayor decepción

—*Un personaje muy importante en su vida ha sido su esposa Marta Rivas. ¿Cómo la ve? ¿Puede ser objetivo con ella? ¿Están siempre de acuerdo o discrepan a menudo?*

—Es difícil contestar esa pregunta con la propia Marta Rivas presente. Pronto cumpliremos 40 años de matrimonio sin mayores tempestades y sin ninguna posibilidad de naufragio en nuestros últimos años. Creo que puedo ser objetivo con ella. Somos diferentes en múltiples cosas. Pero tenemos apreciables puntos en común. Ella no ama el dinero y está desprovista de todo sentido clasista en las relaciones humanas. Tiene un sentido objetivo y crítico frente a lo que se llama en Chile “la aristocracia”. Tenemos costumbres diferentes y para ser felices hemos practicado la fórmula de ser independientes y dependientes a la vez el uno del otro. Yo tengo mi propio mundo y ella lo respeta. Ella tiene el suyo y yo lo acato. No nos erigimos en jueces de nuestras mutuas acciones y somos buenos amigos. En cuestiones políticas no disentimos. A veces peleamos por detalles domésticos como todos los matrimonios. Pero no es difícil recuperar después la armonía habitual.

—*¿Cómo son sus hijos? ¿Influyen ellos sobre usted así como en su oportunidad usted influyó sobre su padre?*

—Tengo tres hijos, totalmente diferente el uno del otro. El mayor, Rafael Luis, es un tipo idealista, sin sentido práctico, de una gran bondad. Es profesor de historia. El exilio en París lo ha tratado mal a menudo pero ha salido a flote y nada, en definitiva, puede derrotarlo, aunque jamás gane el dinero que se necesita para lo indispensable. Mi segunda hija, Manuela, es periodista. No puedo negar que por ella tengo cierta predilección. Es inteligente y de una valentía que le envidio, me ha dado no sólo ternura sino que me ayuda a pensar en asuntos en los que a veces no reparo. Mi tercer hijo, Juan, es abogado, hizo brillantes estudios de derecho y ha salido adelante en la vida. Es mi apoderado en Chile. Tengo, además, seis nietos, todos varones. Creo que en los padres siempre influye el hecho de que sus hijos sean desprendidos y valientes para luchar por lo que piensan. No siempre coincido con ellos en su pensamiento político. Pero me han enseñado a no ser oportunista y a defender lo que yo estimo que es la verdad, pero también a entender que nadie es dueño de la verdad absoluta.

—*De los muchos personajes que usted ha conocido en su vida ¿cuál le ha impresionado mejor y más profundamente?*

—Me ha impresionado permanentemente desde mi juventud Bernardo Leighton. Ha sido un hermano para mí. Conozco su vida al detalle, tenemos la misma edad y recorrimos juntos un largo trecho de nuestro camino ya largo en la vida. Es el político chileno que mayor admiración me produce por su pureza y consecuencia. Creo que Bernardo es de una tranquila valentía, de una honestidad a toda prueba, de una entrega a su causa y a su país digna de un espartano. Cuando se repuso del atentado que casi le costó la vida y que dejó inválida a su inseparable y magnífica compañera, volvió a sus

actividades como si nada hubiese pasado. Y sigue en ellas. No hay dictadura ni violencia alguna que pueda con él. Es el más porfiado de los hombres íntegros que yo he conocido.

—¿Y el que más lo ha decepcionado?

—El que más me ha decepcionado siempre es Jorge Alessandri. Trabajé con él como Subsecretario de Hacienda durante el gobierno de González Videla. Estábamos obligados entonces a convivir estrechamente. Debo decir que al comienzo le tenía buena voluntad porque mi padre sentía aprecio por él. Pero después lo conocí mejor. Me parece aberrante que un hombre inteligente, soltero, haga girar su vida completa en torno a ganar dinero. ¿Para qué? Sólo por fetichismo. El cree que ése es el motor de la vida de un hombre. Ahora, en aras siempre del dinero, se ha entregado vergonzosamente a la peor dictadura que haya sufrido Chile, una de las más abominables del mundo. Al prestar su nombre para el decorativo cargo de Presidente del Consejo de Estado, se ha convertido en cómplice de las torturas, de los crímenes, de la liquidación de todas las libertades de los chilenos. A los ochenta años continúa asistiendo todos los días a su oficina de la Papelera, a vigilar los negocios, a continuar ganando dinero. La Papelera como meta de la vida de un hombre me parece muy poca cosa.

—Y de Salvador Allende, ¿qué recuerdo guarda?

—Mantuve con Allende una amistad de más de treinta años. El contacto con él influyó mucho en mí para entender a la izquierda chilena. Era un hombre de espíritu abierto, sin el menor asomo de sectarismo. Aprecié en él también, entre otras cosas, su agudo sentido del humor.

En definitiva, Allende fue un gran ser humano, el mayor personaje que ha producido la izquierda chilena.

La fe y los «bellos años»

—Usted es un hombre de lecturas. ¿Qué tipo de libros lee? ¿Cuáles obras han influido en su vida y en su pensamiento?

—Esta es una pregunta que siempre los entrevistados contestan falsamente. Dicen que sobre ellos han influido los clásicos más importantes y mencionan como últimas lecturas a sofisticados autores de moda. Si le dijera que leí “La Divina Comedia” y que me gustó le mentiría. La verdad es que me pareció el más aburrido e indigerible de los libros. Y no menciono otros para no escandalizar a quienes lean esta entrevista. Prefiero guardar el secreto de mis lecturas. Pero que quede en claro que leer forma parte de mis hábitos.

—*Usted es cristiano. ¿Ha experimentado o experimenta algo parecido a una crisis de la fe?*

—Sigo creyendo en Dios. Respecto a los grandes problemas teológicos de la fe, no me los planteo. Lo que es fuerte en mí es mi adhesión al cristianismo interpretado por el evangelio. Considero que los valores cristianos son válidos en todo movimiento de liberación de los pueblos. Para mí es importante y definitoria mi propia cultura y formación cristiana. Y veo que ella puede proyectarse en la izquierda.

—*Si le fuera dado vivir de nuevo y elegir su existencia, ¿sería la misma que ha hecho en estos setenta años o tomaría otro rumbo? ¿Está arrepentido de algunos hechos? ¿Está satisfecho en general?*

—No estoy satisfecho del todo. Mi único orgullo personal es haber sido consecuente con una línea de pensamiento. Mi conciencia aprueba también el que no haya sucumbido ante los cantos de sirena del dinero. Es difícil decir si uno haría la misma vida ya transcurrida. Hay, eso sí, una etapa de mi existencia que no repetiría. Es la de mi juventud con sus inhibiciones de todo orden, desde sexuales hasta morales. Entonces las consideraba normales. Ahora me parecen un disparate limitante de la naturaleza y del desarrollo del hombre. Si pudiera como Fausto volver a ser joven —sin hacer pacto con el diablo— no sucumbiría ante los complejos e inhibiciones y viviría con entera plenitud esos bellos años.

El derecho al retorno

—*Al principio de nuestra conversación usted habla de la nostalgia que siente por Chile. Es el problema de muchísimos chilenos...*

—*¿Muchísimos chilenos? ¡Los chilenos que están fuera del país en contra de su voluntad son un millón! Muchos fueron expulsados, otros salieron acicateados por el hambre, la cesantía, la persecución. Jamás en toda nuestra historia se había conocido una tragedia semejante.*

—*Sin embargo oficialmente el problema no existe. Tanto la cancillería como el propio Pinochet aseguran que las puertas están abiertas, que sólo los "activistas" no pueden regresar. Se habla incluso de unidad y de reconciliación de los chilenos.*

—El cinismo del régimen de Pinochet es escalofriante. Sus declaraciones no tienen nada que ver con los hechos y eso parece que por fin lo están entendiendo las organizaciones internacionales y los gobiernos de otros países. En el último tiempo se dictó el decreto 604 que es de una infamia increíble por cuanto da derecho al Ministerio del Interior a dictar disposiciones que impidan la entrada al país sin

que ellas tengan el trámite acostumbrado y sin ni siquiera ser publicados. Ha pasado que muchos chilenos con todos los antecedentes en regla conocen recién en el aeropuerto el decreto que los afecta. Fue el caso de la senadora Carrera. Pero no es el único.

—*Al margen del derecho indiscutible que usted tiene a vivir en su Patria ¿hay motivos de orden personal o afectivo que lo muevan en especial a insistir en su retorno?*

—El exilio para mí es duro. Lo es también para todos los exiliados. A los 70 años los márgenes de vida futura son breves y es natural que quiera vivir esa última etapa en Chile y con mi familia. En mayo de 1978 sufrí una grave operación al corazón. No niego que entonces pensé en la muerte. Ahora creo que ha pasado tal peligro y siento que mi salud es normal y mi capacidad de trabajo la misma de siempre. Algunos amigos que me ayudan en Chile han invocado*mi precario estado de salud. Yo les agradezco mucho esa preocupación. Pero no me agrada que se destaque en los esfuerzos por mi regreso, mi salud. No quiero ser acreedor a ninguna merced especial. Deseo volver con absoluta dignidad. Tengo derecho a ello y quiero hacer valer ese derecho. A pesar de todo creo que el tiempo futuro será mejor. Estoy seguro que la nueva generación es más sabia que la nuestra. En mi caso, entre la melancolía y el optimismo, vence siempre la convicción de que daremos vuelta a esta negra hoja de hoy y que Chile saldrá adelante.

Entrevista realizada por
Luis Alberto MANSILLA



Muchacha 7

7.15/30

G. G. G. G. G.



La Barranca, California

Mar 17
20/35

Henry Miller

EL EXILIO

ALFONSO GONZALEZ-DAGNINO

En la historia de Chile dos fechas se señalan con exilios masivos: octubre de 1814 y septiembre de 1973. Ambas también plantearon a los chilenos de dentro y fuera del país la tarea de recuperar la libertad. Para los chilenos de este segundo exilio tampoco es fácil: la tempestad nos dispersó por cincuenta países, nos hirió con amargas heridas, apagó lámparas que amábamos, y un polvo impalpable cubre ya ciertos recuerdos. No es fácil proseguir la marcha, esa lucha contra el tiempo y su mudanza que cada uno libra corazón adentro; oscura batalla confusa y contradictoria, en que con un brazo se sostiene la espada y con el otro se desbroza el camino. Empero no hay alternativa. No hay alternativas para esta batalla. El exilio es un desafío total, y sólo puede enfrentarse con éxito asumiendo su realidad hasta el fondo, la verdad también total. Escabullirse es destruirse; lo hemos aprendido estos años.

En nosotros el exilio, como fenómeno general, se da con una particularidad específica como telón de fondo: nuestra derrota. Todos los autores que han estudiado el exilio están contestes en que las circunstancias en que se origina, le agregan peculiaridades. No considerar el origen de nuestro exilio nos impediría entender la manera como él transcurre. Entender, por ejemplo, que nuestras heridas tienen sal. Es doblemente valioso, por eso, que las fuerzas populares en el exilio hayan logrado desplegar tan poderosas acciones solidarias con nuestro pueblo en el interior, que la dictadura siente, y que nuestra intelectualidad haya obtenido para la cultura chilena un rango internacional.

Pero no es de la raíz política en sí, de nuestro exilio, que deseamos ocuparnos aquí, sino de un fenómeno global, del exilio como forma de vida que la dictadura obliga a llevar al 10 por 100 de la población de nuestro país. ¿Qué interés puede tener para el lector —mayoritariamente chileno y mayoritariamente exiliado— conocer los problemas del exilio? La respuesta a tal pregunta se encuentra en los siguientes cuatro puntos: a) El exilio es un fenómeno psico-social, antiguo en la Historia, perfectamente caracterizado, sujeto a las leyes conocidas, al que le es propia una patología orgánica y psíquica, estudiada; b) Existe una experiencia mundial sobre la manera de prevenir los trastornos del exilio (psíquicos y orgánicos), y de tratarlos cuando se presentan; c) Está comprobado que el conocimiento de los problemas del exilio ayuda a los exiliados a superarlos, toda vez que les permite relativizarlos (“no es sólo un problema mío”), objetivarlos (“esto ocurre en la situación de exilio”), y ponderarlos (“estos síntomas no son graves no deben preocuparme”, o al revés, “este síntoma es señal de algo grave y debo hacerme examinar”). El conocimiento de los problemas del exilio es también necesario a los dirigentes de las organizaciones de los exiliados (exiliados ellos mismos), porque pueden mejorar cualitativamente su trabajo; d) Los estudios sobre el exilio chileno ya se han iniciado, y aunque las series estudiadas no son numerosas todavía, los resultados indican, hasta ahora, una estricta correspondencia con la experiencia mundial; en otras palabras, sugieren que debiéramos servirnos de ese conocimiento.

Una cuestión exige aclaración previa: por los sinónimos (exiliado, asilado, desterrado, expatriado, emigrante, etc) circulan por lo menos dos conceptos que, siendo diversos, exigen definición: exilio y emigración. Es verdad que los problemas de uno y otro estado convergen en el tiempo hasta juntarse, pero los períodos iniciales (generalmente decisivos), son diferentes. Trátase por lo demás de una confusión antigua: ya el médico suizo Hoferus en el siglo XVII habla de ambos fenómenos como idénticos en sus trabajos científicos, los primeros al respecto que se conocen, y también Schiller en el siglo siguiente (“Segunda disertación sobre la naturaleza espiritual y animal del Hombre”). Aclaremos pues: el emigrante, por forzada que sea su emigración, realiza un acto voluntario al dejar su patria, hace una elección. Por lo menos esa es su vivencia. Tradicionalmente se señala que entre los emigrantes abunda una personalidad especial: aquella capaz de romper con relativa facilidad los lazos con el ambiente natal. Numerosos estudios sobre emigrantes han comprobado entre ellos una proporción mayor de personalidades esquizoides en relación al promedio de la población. El exiliado (o en el lenguaje moderno, el asilado), es una persona normal (representativa de la normalidad de su grupo y clase social de su país), que se ve forzado a abandonarlo todo, aun sus bienes personales, a menudo precipitadamente, que carece de pasaporte (salvo excepciones), no elige el lugar de su destino, y sobre su futuro y su regreso traza un gran signo de interrogación. Es fácil comprender que ambos inician de manera bien distinta la expatriación. Ello se puede expresar como grados diferen-

tes de inseguridad ante la vida que se despliega por delante. La inseguridad del exiliado es extrema. Su resistencia a las vicisitudes del exilio será menor.

En el caso chileno la distinción entre emigrante y exiliado a menudo es puramente formal: depende de la puerta por donde se salió. No obstante hay matices, que jugaron principalmente en los primeros años: el pasaporte, la posibilidad —aunque teórica— de regresar a la patria, de cambiar de país, etc. Stefan Zweig escribió con amarga ironía antes de su muerte (*El mundo de ayer*): “Siempre creí que el hombre se componía de cuerpo y alma; ahora de viejo he venido a darme cuenta que se compone de cuerpo, alma y pasaporte”.

El ser humano no es únicamente una unidad biológico-social, sino también psico-orgánica. El afán clasificador de las etapas analíticas de la ciencia (ciencia griega, ciencia de los siglos XVIII y XIX) han dejado esquemas de los que es más difícil librarse que de la mortaja. La separación del ser biológico y del ser social en el hombre se está cerrando por el desarrollo de las ciencias sociales, entre otras. La unidad cuerpo-espíritu se consagró a mediados de este siglo con la comprobación de que numerosas enfermedades orgánicas se originaban en la psiquis (las llamadas enfermedades psicósomáticas, ciertos hipertiroidismos, etc), y que toda afección orgánica tenía una paralela existencia psíquica: dolores fantasmas de los amputados, problemas del climaterio, etc. Por la índole no médica de este estudio no procede ir más allá. Incluso por simplificar hemos deformado ya algunos fenómenos, hartos más complejos de lo que aquí los hacemos aparecer. Agreguemos solamente que cada vez es más difícil trazar la línea divisoria entre psiquis y organicidad, al punto de preguntarnos si realmente esa línea existe. La Teoría de la Adaptación, del húngaro Selye, es uno de los grandes aportes unificadores de la concepción del hombre, hechos por la fisiología contemporánea. Ella develó los procesos de relación hombre-ambiente, y estableció las etapas de esa relación, así como los mecanismos fisiológicos de reacción —siempre los mismos— frente a los estímulos internos y externos indebidos (stress). Esta escueta e imperfecta ojeada a la teoría de Selye es indispensable para comprender sobre qué bases opera el fenómeno del exilio. La Teoría de la Adaptación establece dos o tres etapas, según sea, de respuesta conjunta orgánica-psíquica ante la agresión o la inminencia de agresión (las llamadas “reacciones de stress”): primera etapa o Etapa de Alerta; segunda etapa o Etapa de Recuperación; tercera etapa o Etapa de Agotamiento (cuando los mecanismos de adaptación que llevan a la recuperación han sido sobrepasados, y la capacidad de compensación se ha agotado). Estamos viendo el problema en trazos muy gruesos, por lo que omitimos el complejísimo juego neurológico, hormonal, de intercambio de membrana, etc, que marca cada una de estas etapas. Pero es preciso que el lector medio, el lector no versado en biología, sepa estas cosas fundamentales; por ejemplo, que la fisiología tiene mecanismos de reacción psíquica y física idénticos ante estímulos diversos, para conservar ese

equilibrio dinámico que se llama salud; que esos mecanismos se desarrollan sucesivamente, y logran o no su objetivo, según la intensidad y la prolongación del estímulo agresor (stress); que los mecanismos de reacción, por la unidad esencial psico-orgánica del ser humano, abarcan tanto al cuerpo como a la mente, y lo que agrede al cuerpo a la psiquis agrede, así como lo que hiere a la mente, al cuerpo llega.

Si consideramos el exilio como un stress o estímulo agresor —y ciertamente lo es—, de tipo principalmente psicológico, comprendemos que los mecanismos de respuesta ante él sean los mismos que el ser humano opone a otras agresiones psico-sociales (la prisión, por ejemplo), y aun a aquellas de apariencia exclusivamente física (la tortura, por ejemplo). Eso nos permitirá comprender que en el exilio se den cuadros clínicos similares (variando sólo en intensidad, frecuencia y pronóstico) a los descritos para la prisión prolongada en muy duras condiciones (“Síndrome de Campo de Concentración”), para los torturados (“Síndrome de los ex-torturados”), y curiosamente, como han comprobado científicos que visitaron Chile¹, para la masa de la población expuesta al terror policial y a la brutalidad de la represión. Es decir, que hay una unidad en el dolor humano tan exacta como la unidad de la alegría.

Hemos dicho que el exilio se presenta como stress psicológico. El primer tiempo del exilio (como el primer tiempo de la prisión, etc.), se vive en la primera etapa de la Teoría de la Adaptación, o Etapa de Alarma (estamos considerando un caso ideal, sin complicaciones): hay una gran secreción de las hormonas de emergencia (adrenalina y noradrenalina, cortisona, “Compuesto E de Kendall”, etc.), y se pone en juego el complejo mecanismo a que nos hemos referido. El individuo en estas condiciones no siente la fatiga física, desaparecen antiguos achaques: asma, colon irritable, reumatismo, etc.; no siente hambre ni sed. Psicológicamente se produce un grado de excitación con tendencia a la fuga, es decir, a no sopesar la realidad. El individuo parece lleno de vitalidad y optimismo, sobrevalora los factores positivos de la situación, e incluso hace gala de cierto humor. Algunos individuos realizan la fuga de la realidad, en esta etapa, mediante el sueño, y pasan los días durmiendo. No obstante, a medida que el tiempo transcurre, y el stress prosigue su acción (puesto que el exilio no concluye), la excitación se va trocando en irritabilidad, tensión muscular, insomnio, disminución de la libido (por lo menos el sujeto se apercibe de ello), a veces con impotencia o frigidez, y finalmente, angustia, que suele tomar la forma típica del acceso de angustia nocturna. Hemos llegado a los umbrales de la tercera etapa.

La tercera etapa (De Agotamiento), es también una zona, cuyo fondo es la muerte. En este primer peldaño se manifiesta esencialmente por neurosis, de diverso tipo y gravedad, que ya son respuestas psíquicas completamente anormales, ubicadas en el terreno de la patología. Físicamente es la etapa de agravación de antiguas dolencias, o de aparición de nuevas: se producen infartos, se acentúa el envejecimiento, aparece o se acentúa la hipertensión arterial, las

úlceras gastroduodenales, las afecciones reumáticas, el asma, las afecciones a la piel, toda la gama de las afecciones del mesénquima, etc. Un paso más allá y se empieza a correr peligro de muerte por quiebra orgánica o psíquica (paranoia con delirio de persecución, intentos de suicidio, agresividad criminal, deterioro y disgregación de la conciencia).

El lector notará que hemos hablado de la primera etapa (Reacción de Alarma), y de la tercera (Reacción de Agotamiento), y no hemos señalado la segunda, la Reacción de Recupeación. ¿Es posible la Reacción de Recuperación si el stress del exilio continúa actuando? Sí, es posible, a condición que dicho estímulo agresor deje de serlo y se transforme en estímulo positivo. Y aunque es difícil, está no obstante, al alcance de cualquier exiliado y organización de exiliados que se decidan a estudiar el problema, enfrentar la realidad sin subterfugios, y tengan la decisión de sacar las debidas conclusiones y ponerlas en práctica. Es a este camino empinado, a este "porfiar a entrar por la puerta estrecha", que dedicaremos nuestro estudio.

El desafío del exilio consiste en vivir y trabajar en una sociedad ajena y/o hostil. Es una exigencia perentoria y la alternativa es adaptarse, y abrirse paso, o no adaptarse, fracasar e ir a la deriva. Desafío pues, total, y que se toma en condiciones desmejoradas con respecto a la situación en la patria. Era indispensable antes de considerar las singularidades de este fenómeno, proveer al lector de una clave interpretativa. Tal es la Teoría de la Adaptación. Incluso, y a riesgo de repetirnos, la hemos explicado con ejemplos tomados del mismo exilio. Pero ahora el lector sabrá que al caracterizar el exilio, estaremos caracterizando el stress psicológico que agrede al exiliado; al señalar los diversos elementos o factores de este stress, estaremos develando los mecanismos de acción que se encuentran en él, las aguzadas flechas por las que llega al alma. Al enumerar los factores positivos del exilio, así como las medidas que deben tomarse para prevenir o tratar tales o cuales de sus efectos deletéreos, estaremos señalando los caminos para llegar a la Etapa de Recuperación, sorteando la caída a la oscura tercera etapa.

El exiliado (y en nuestro caso numerosos emigrantes) prolonga en tierra extraña la situación de stress que vivía en Chile². El pasado es pues un elemento del exilio, con sus connotaciones (como hemos visto). El cambio brutal de vida que experimenta (nuevamente estamos considerando un caso ideal, un individuo que inicia en el exilio, o muy poco antes, su reacción de alarma), cambio que puede realizarse en unas pocas horas, rompe sus coordenadas témporo-espaciales y socio-culturales con las que comprendía al mundo (y actuaba en él). Una gran sensación de inseguridad pugna por abrirse paso, la oscura vivencia que su vida ha quebrado, y que su misma identidad está en entredicho. Habitualmente, sin embargo, debido a la reacción de alarma, estas vivencias son bloqueadas en un acto de defensa de la mente, que en su esfuerzo bloqueador va más allá, produciendo amnesias retrógradas: los exiliados no recuerdan el número de teléfono de su casa, por ejemplo, los nombres de sus

compañeros, los parentescos alejados, etc; los hechos mismos del golpe militar, tan recientes, son recordados en forma neutra (o hechos brutales de represión, si el exilio se ha iniciado más tardíamente), sin la angustia de que estuvieron henchidos. Es el período en que se relatan historias estremecedoras sin un estremecimiento. El observador no advertido cree estar frente a un hombre de acero. Lo peligroso de esta situación reside en la no percepción de su artificialidad, y por tanto, de su transitoriedad, no aprovechándose para preparar las etapas que vendrán. En Suiza, país que conoció el problema del exilio mejor que ninguno durante la segunda guerra mundial, los primeros días del exilio se consideraban preciosos, y se aprovechaban para instruir al asilado sobre las características del país a que había llegado, sobre las diferencias entre su cultura y la cultura suiza (había cuadernillos para los franceses, para los alemanes, polacos, rumanos, checos, etc.), y también se les instruía sobre la manera que deberían defenderse de la corrosión del exilio, considerando las peculiaridades de su cultura y su situación individual y nacional: a ciertos grupos se le recomendaba cuidar y conservar su vida privada, a otros fomentar la vida colectiva, etc. Esta admirable labor, toda la cual está publicada³⁻⁴, se debió a la feliz iniciativa del gobierno suizo de formar grupos mixtos de funcionarios estatales y científicos sociales, con representación de los exiliados, para estudiar y resolver los problemas emergentes.

El falso optimismo de la Reacción de Alarma es insostenible, y pronto (en plazos que pueden variar entre semanas y meses, según las personalidades) un sentimiento de inseguridad, temor, angustia e infelicidad empieza a ocupar el campo mental. Agréguese un sentido de culpa y de vergüenza, siempre ocultos pero siempre presentes, y se comprenderá cómo, a través de la continuación del exilio, la Reacción de Alarma concluye. Al optimismo sucede la impaciencia (que es una baja del nivel de tolerancia a la frustración), a la euforia ("volveremos en unos pocos meses"), la depresión ("esto es peor que el exilio español"). Se inicia lentamente, y por etapas, el desbloqueo mental, sobreviniendo a veces, como contrapartida, fijaciones, algunas de las cuales pueden no abandonar más al sujeto. Larvada o no, se hace clara una cierta impotencia sexual en el hombre y frigidez en la mujer⁵. Como mecanismo compensador, el afectado intenta arrojar ese estado de ánimo de sí, para lo cual lo proyecta, sea en personas concretas a las que responsabiliza de su situación (cónyuge, dirigentes políticos), sea en el país que lo recibe (de donde surge una peligrosa raíz de desadaptación), sea, finalmente, hacia el pasado, todo el pasado, que se carga con tintas sombrías.

Es la etapa en que el oscuro dolor, vivido visceralmente hasta entonces, emerge a la conciencia, y el hombre llora por lo que amó y perdió, y se desgarrá el pecho por culpas reales o imaginarias. En fin, es el momento en que se inicia la batalla del exilio, de la que sólo el insomnio y los techos de las piezas de hotel son testigos. Autores citados ya², señalan que el exiliado se convierte en un Jano que mira con dos caras: una al pasado del que le separa un puente roto, y al que

lo une una terebrante nostalgia, y otra al futuro que lo espera en un mundo desconocido y amenazante. Se da cuenta a donde lo ha conducido el proceso de desarraigo (*Der reale Prozess der Entwurzelung*). Es aquí, en este punto, donde se alcanza la máxima soledad que puede sentir el hombre. Con impurezas emocionales, es la hora de las grandes decisiones: cambios totales de vida, rupturas matrimoniales, etc. Martin Buber dice que la problemática del hombre se replantea cada vez que parece rescindir su pacto primero con el mundo. Los alemanes llaman a esto "Stunde Null" (Hora cero), en que la vida se corta en el cielo como una columna de humo. A partir de este instante los caminos se separan: uno lleva a la desintegración, otro a la adaptación a la nueva vida. No es necesario reiterar que estamos describiendo etapas generales, en este caso, el proceso del exilio hasta el punto más avanzado de la tercera etapa (en la Teoría de la Adaptación), hasta donde es posible todavía la recuperación. Cada individuo vive las complejas circunstancias que llevan a este punto, agregándole infinitos matices, propios de su personalidad. De ahí que, cuando se plantea un caso concreto sobre el que debe actuarse, hay que unir lo general (que estamos esbozando) con lo particular que sólo un psicólogo o psiquiatra podrá calibrar. Los síntomas mismos, siempre escuetos, adquieren diversa significación según de quien se trate (tipo de personalidad, etapa en que se encuentra de la Teoría de la Adaptación, etc.). La nostalgia, por ejemplo, que además de normal es positiva, pues da continuidad a la vida y conserva la identidad, exagerada, lleva a lo que se ha denominado "Síndrome de la Nostalgia"⁶⁻⁷, es decir, a una fuga autocomplaciente hacia el pasado, el que se idealiza, a veces puerilmente ("el cielo de mi país era más azul"), a veces grotescamente ("la torta que hacía mi madre era mejor"). Un elemento psicológico que, normalmente, es un poderoso factor de conciencia, y aunque a través del dolor, ayuda a la adaptación, se transforma, al exagerarse, en un factor de desadaptación pues aísla de la realidad y hunde en el ensimismamiento, del que se sale agresivamente o con impulsos de autodestrucción. ¿Quién que tenga un mínimo de conocimiento sobre este problema, y de responsabilidad, puede recomendar *en general* "no mirar para atrás", o al revés, "vivir como si estuviéramos en Chile"? Estamos lejos de intentar psicologizarlo todo, para hacer desaparecer bajo etapas de adaptación, complejos de culpa y síndromes variados, la responsabilidad individual de cada exiliado frente a su exilio, eso que el profesor Lipschütz llamaba "el rol de la voluntad consciente". Pero tampoco es posible desentenderse de la complejidad del ser humano. Justamente para dominar y dirigir un proceso hay que seguir sus leyes. Y de las leyes del exilio estamos hablando. Que sean principalmente leyes psico-sociales y no económicas o físicas, no cambia nada. Cada exiliado (y organización de exiliados) triunfará en la batalla del exilio en la medida que libre la lucha ateniéndose a las leyes que regulan este fenómeno. No hacerlo sería subjetivismo puro. El Síndrome de la Nostalgia, para concluir, por la desadaptación conduce a la conducta delictiva. En general, es el problema de la introversión llevada a

extremos patológicos (de la que la nostalgia es una parte). En esa zona exacerbada el complejo de culpa alcanza al deseo de autodestrucción (para expiar), o se transforma en impulso persecutorio hacia otros exiliados (“tengo hambre y sed de justicia”). La introspección exacerbada se acompaña de gran desconfianza (“me vigilan”, “mis cartas me las abren”, etc.). Un criterio práctico para evaluar la normalidad de la nostalgia, la introspección, la tristeza, es el rol que ocupan en la vida. Cuando no son excluyentes de otros sentimientos ni estados de ánimo, cuando no paralizan la actividad del individuo por completo, se puede considerar a ojo de buen cubero que no han adquirido aún rango patológico.

El ensimismamiento, las fijaciones mentales, la sensación de soledad, la incapacidad de reaccionar frente al ambiente, la aumentada fatigabilidad al trabajo, la inseguridad (que en el fondo roe), los trastornos sexuales (generalmente transitorios), las dificultades en la vida familiar, la baja tolerancia a la frustración (irritabilidad, impaciencia), el insomnio, la menor capacidad de concentración mental, los trastornos globales de la personalidad (cierta mayor emocionabilidad, etc.) así como cambios orgánicos que ya hemos señalado, asemejan el exilio, en esta etapa, a lo que se ha descrito para los extorturados y ex-prisioneros de campos de concentración⁸⁻⁹, y en cierto modo —lo hemos apuntado ya— a lo que sucede a la población dentro de Chile, sometida a las duras condiciones de la represión¹. La sumación de los factores precedentemente señalados, cuando no son pesquisados a tiempo y tratados, sobrepasan el punto de recuperabilidad a que hemos hecho mención¹⁰ (en la tercera etapa de la Teoría de la Adaptación), y se inicia la disrupción moral y psíquica que algunos autores relacionan con cambios orgánicos del cerebro¹¹. El camino a la destrucción también es insidioso. Se empieza por perder el sentido de la solidaridad y el individuo se vuelve ferozmente hacia sus intereses, en forma casi primitiva, y comete pequeños (y estúpidos) robos, levanta pueriles calumnias para desembarazarse de algún presunto rival, etc. Como estas actitudes le traen problemas, miente para sortearlos, al punto que la mentira se transforma en una manera casi “natural” de su actuación en el exilio: miente para justificar su ausentismo al trabajo (más allá de lo “normal”), inventa calificaciones que jamás tuvo: títulos, grados académicos, etc. El círculo infernal comienza a girar con creciente velocidad y cada vez el sujeto se ve forzado a mayores mentiras, a más desembozados subterfugios, a asumir responsabilidades que no puede cumplir, que en un momento empiezan a cargarse de angustia: el peso de ese mundo que no dominó se empieza a hacer intolerable. Es el antecedente inmediato de la quiebra psiquiátrica.

Ciertamente lo que hemos descrito hasta aquí no ocurre de necesidad, ni mucho menos en todos los exiliados. Lo describimos basados en experiencias principalmente extranjeras, para configurar lo que en medicina se denomina “historia natural de la enfermedad”, es decir, la evolución de la enfermedad no tratada. Se trata en este caso, pues, de saber a lo que se está expuesto. Concluamos esta



juanita (ind.) Hellmüller

historia natural del exilio con una ojeada a sus trastornos propiamente psiquiátricos, característica principal (por lo menos hasta los estudios actuales) de la tercera etapa o Etapa de Agotamiento. El mejor estudio de ellos que conocemos se realizó en personas que buscaron refugio en Noruega en los años de la segunda guerra mundial, procedentes de todos los países de Europa, y cuyo seguimiento o follow-up se continuó hasta 1958¹². Ese año quedaban aún en Noruega 1.879 refugiados (obviamente ese mismo hecho implica un grado considerable de adaptación al que no se refieren los autores: ¿cuántos refugiados murieron, enloquecieron, se fueron a otros países, derrotados en su batalla de adaptación?). De esos 1.879 restantes, la frecuencia de trastornos mentales serios en ellos era de 3,19 por 100, lo que representaba una proporción cinco veces mayor que un grupo control de población noruega, elegido al azar. Es la primera demostración cuantitativa (que este autor conoce) del efecto del stress del exilio medido hasta la Etapa de Agotamiento. Lo más interesante —y que ratifica la observación anotada— es que para ciertas afecciones psiquiátricas endógenas, es decir, originadas principalmente en la estructura mental del individuo, como la esquizofrenia, la proporción bajaba de cinco veces en los exiliados en relación a la población noruega, en tanto que para las afecciones originadas principalmente en estímulos externos, las llamadas psicosis reactivas, como la paranoia especialmente, la proporción en los exiliados, en relación a la población noruega, era más de diez veces superior.

El estudio comentado arriba y otros¹³⁻¹⁴, permiten establecer los factores que actúan más poderosamente en el exilio para conducir a la tercera etapa de la Teoría de la Adaptación (a la quiebra del sujeto). Ellos son: a) El bajo nivel educacional; b) El bajo status económico-social; c) El que la calificación de los exiliados sea inferior a sus homólogos en el país que acoge, el que los exiliados deban trabajar en labores diferentes a aquellas para las que tienen calificación (en tiempo de la guerra era considerablemente difícil ubicar donde correspondía a cada exiliado, no obstante los esfuerzos que se hacían). En fin, este rubro podría resumirse como desajustes en la esfera del trabajo; d) El aislamiento. El aislamiento se instrumentaliza principalmente a través del desconocimiento del lenguaje. Este desconocimiento se considera un factor determinante de desequilibrio psiquiátrico, en diferentes estudios¹³⁻¹⁴⁻¹⁵. El aislamiento idiomático se expresa como una marea de estímulos diversos que el individuo recibe sin poder “digerir”, adquiriendo así carácter amenazante. Escucha risas, voces, seres que van y vienen, que actúan, tienen determinadas costumbres, trajes, ceremonias, cuyo último sentido se le escapa. El exiliado siente angustia, luego “comprende” que eso se dirige contra él, pues todo se dirige en ese país contra él, y es un hombre cercado y perseguido. Su desadaptación es, a estas alturas, absoluta e irreversible. Súbita o insidiosamente se inicia el delirio de persecución (paranoia), que conduce a la agresividad criminal (en defensa propia, estima el enfermo), o al suicidio (para escapar al infierno). Otro factor importante de aislamiento es la ausencia de vida

familiar. Sobre esto último volveremos más adelante; e) La condición física y psíquica con que se inicia el exilio es un factor muy importante en su futura evolución. No están en iguales condiciones el que salió de Chile normalmente, y sin un apremio externo, al que lo hizo aislado, ni al que lo inicia luego de largo cautiverio y/o de feroces torturas. Su grado de resistencia es enteramente diverso. Hay personas que inician en su exilio la Reacción de Alarma, en tanto hay otras que llegan al exilio en etapas avanzadas de la tercera etapa. Obviamente unas y otras requieren un tratamiento diverso. Pero todas exigen un exacto diagnóstico de su estado; f) La existencia de ideales que trasciendan la vida del exiliado es un factor poderoso para resistir las vicisitudes del exilio, y los estudios que comentamos son categóricos en señalar que cuando no existen, o se han quebrado, la resistencia al exilio disminuye.

Hasta aquí los factores que se han determinado más nocivos en el exilio. El autor de este artículo no conoce trabajos referidos a patología orgánica de los exiliados, relacionable a la Teoría de la Adaptación (toda vez que el asma, la senilidad precoz, el enflaquecimiento extremo provocado por la falta de apetito, de la depresión, etc., tienen un punto de partida psíquico), aunque ha observado, sin poderlo afirmar por no tratarse de series susceptibles de estudio estadístico, que se produce un aumento de las enfermedades cardiovasculares (infartos, anginas, trombosis cerebrales), del mesénquima, de la hipertensión arterial, una agravación de las enfermedades bronquio-pulmonares, especialmente el cáncer de pulmón, de las úlceras gastroduodenales y los cólicos renales, y cierta menor resistencia a las infecciones. Pero se trata de meras hipótesis, de líneas de investigación futura.

Aun cuando estos trabajos se realizaron en europeos, concuerdan en líneas generales con nuestra situación. En nuestra opinión, actuando sobre los factores enumerados más arriba, podría elaborarse una política para los exiliados. A medida que pasa el tiempo va siendo perentorio, pues la adaptación al exilio raramente es perfecta, y de no actuarse concertadamente, un leve pero constante deterioro de los exiliados se hará sentir. El exilio es un gran dolor; no hay exilios dorados. Es una gran injusticia quitar a un individuo su derecho a la patria. Podremos (y deberemos) disminuir al máximo los efectos de este dolor, pero él persistirá mientras no arranquemos de raíz la espina, mientras no volvamos a Chile y el exilio mismo desaparezca. Mientras ello no ocurra hay que resistir de la mejor manera. Mientras esa política se elabora, cada exiliado debería, en el contexto de lo que aquí hemos reseñado, desarrollar iniciativas para enfrentar su situación. Y ahora, echemos una mirada a lo que podría hacerse, sin pretender, ni dar lecciones, ni agotar el tema.

Si el bajo nivel cultural es un hándicap en el exilio (a menor cultura mayor dificultad para comprender otra cultura), habrá que tener con estos exiliados un cuidado especial, considerándolos enfermos en potencia, e informarlos en detalle, y con paciencia, de las

características del país a que llegan, someterlos a control psicológico periódico, verificar que su trabajo coincida en lo posible con sus capacidades, en fin, lo que en medicina se llama "un grupo de riesgo". Se ha visto, inversamente, que un buen equipamiento intelectual, afectivo y cultural, permite enfrentar en mejores condiciones el exilio. Se impone, pues, una política cultural masiva en el exilio. No sólo la calificación técnica o profesional deben ser motivo de preocupación, sino la *formación cultural general*. Es preciso aprovechar las infinitas posibilidades de los que estamos en Europa, pero estas posibilidades se dan en todos los países en que hay exiliados; el mundo es ancho, pero no es ajeno, en cada lugar de la tierra podremos enriquecer el acervo cultural que un día llevaremos a Chile (el término "cultura" está usado en su sentido amplio: formas de vida que los pueblos elaboran históricamente). ¿O nos creemos tan perfectos que no necesitamos adquirir nada del mundo? El profundizar en otras culturas permitirá conocernos mejor, porque se conoce por comparación. De ahí que el aislamiento cultural conduzca al chauvinismo, así como en el terreno individual la falta de comparación con otras personas (en el trabajo, la vida social, etc.) lleva al engreimiento.

Pero el desajuste cultural se expresa también en planos más sutiles, aunque no por eso menos reales y de consecuencias: el diverso sentido del tiempo que campea en las diversas culturas. Ello se nota en infinidad de circunstancias, aparentemente no relacionadas entre sí: diverso sentido de la puntualidad, diferente concepto de lo que es eficiencia, regularidad e irregularidad en el trabajo (a nuestra irregularidad en el trabajo la denominamos con benevolencia "capacidad de improvisación"), responsabilidad ante las tareas encomendadas, etc. El distinto sentido del tiempo es especialmente tajante entre las sociedades desarrolladas y las subdesarrolladas. El problema de adaptación de los exiliados chilenos que viven en Europa, Estados Unidos y Canadá, se origina en buena medida en el salto de una sociedad subdesarrollada a una desarrollada. El sentido del tiempo, del ritmo de la vida, es también un producto histórico (como toda la cultura), y el elevado valor del tiempo es la fina flor de la cultura greco-latina. No hay pueblos flojos, indolentes, ni irresponsables, hay pueblos con diverso sentido del tiempo. Y ese sentido se capta a condición de sumergirse en la cultura de que se trate. Los que no lo hacen, y viven de paso, volverán "igualitos" a Chile (referencia al ministro de Educación del gobierno de Jorge Alessandri, que declaró que de su beca en Francia había vuelto "igualito", por lo que se le conoció desde entonces por don Igualito Cereceda).

Es claro que el nivel de vida agrega o quita angustias al exilio. La situación es diferente en este aspecto para los exiliados que viven en el mundo socialista y en el mundo capitalista, y en este último varía también de un país a otro. Sin duda, la total seguridad que se logra en el mundo socialista es un poderoso factor de estabilidad psicológica para el exiliado. Hemos visto, por otra parte, la importancia del ajuste del trabajo a la calificación del exiliado, que en el mundo capitalista es difícil de lograr por razones objetivas.

Otro factor que se considera en los trabajos que comentamos es la significación de la vida familiar normal para la sobrevivida en el exilio. De ahí fluye como elemento central de una política del exilio la reunificación de la familia¹⁶. Detengámonos en este aspecto brevemente: la familia del exiliado vive también el exilio, y las circunstancias de éste la afectan como grupo. Un conocimiento de los problemas del exilio permitirá a los cónyuges comprenderse mejor en sus estados de ánimo, ser más tolerantes uno con otro, desarrollar una solidaridad de grupo frente a las adversidades de la situación, y hacer así de los factores agresivos del exilio factores de unidad familiar. Numerosos matrimonios en el exilio se rompen simplemente por no comprenderse que el cónyuge está sufriendo una situación excepcional (el exilio), y es un ser dolorido, como lo es el cónyuge que se impacienta.

Pero, además, en el grupo familiar hay unos personajes de los que no hemos hablado todavía: los niños. Las inclemencias del exilio llegan a los niños a través de la vida familiar. Un buen clima familiar de exilio amortiguará sus sinsabores, incluso podrá hacerlos desaparecer. ¿Qué se entiende por buen clima familiar de exilio? Un conjunto de cuestiones precisas: además de un decoroso nivel material de vida (mucho menos importante de lo que se cree), un ambiente en que el grupo familiar pueda desarrollarse y vivir a plenitud como grupo. Esto significa: posibilidades que la familia pueda elegir sus contactos sociales, en su más amplio sentido, las actividades sociales, culturales, deportivas, etc., en que se interese, como elementos de irrestricta soberanía. Que pueda usar el tiempo libre familiar como y en lo que se le antoje, incluyendo ciertamente sus vacaciones. La enumeración podría seguir largamente, pero se puede resumir diciendo: autodeterminación, privacidad, plena disponibilidad de su tiempo libre para actividades comunes. El que en el exilio —por diversas causas— no siempre se logren estos objetivos, prueba cuanto hay que luchar todavía por conseguirlos, pues un mal clima familiar de exilio no sólo destruye los matrimonios sino que daña gravemente a los niños (en el desarrollo de su personalidad).

Dentro de la familia se expresa un problema extraordinariamente complejo y trascendental: el de la identidad nacional y cultural, al que hemos apuntado en diversas partes de este trabajo. El exiliado (en este caso el padre y/o la madre), tiene puestos los ojos en la patria, y su objetivo supremo es el regreso (veremos después las excepciones). El país que lo acoge será siempre “el extranjero” para él (o ella). En la medida que el exiliado no se adapta a la realidad que vive, hace de su hogar una fortaleza de la patria, y un altar de su cultura (comidas, costumbres, normas, etc., continúan siendo inviolablemente las de la patria). Cuanto más amenazante, o simplemente indiferente, es “el extranjero”, con más fuerza le contraponen la cultura y la vida de la patria, *como si ambas culturas fueran excluyentes y enemigas*. Según la edad de los hijos, compartirán en mayor o menor grado esta dicotomía que los padres hacen del mundo, esta contraposición entre ideales patrióticos y realidad concreta. A medida que la edad de los niños es menor, y sus recuerdos de Chile más vagos y confusos, la

cosa empieza a complicarse. Y exigir esa ciega lealtad a niños que apenas balbucean el español, es ya frecuentemente absurdo. En estas condiciones, los niños se sienten traccionados en dos direcciones contrapuestas. Cuando el problema llega a plantearse en esos términos por los padres, puede asegurarse que los padres tienen todas las de perder a la larga, porque como dijo Baudelaire, la patria es la infancia. Y para que Chile y su cultura, y la causa de Chile sea la causa de los niños de los exiliados, ellas deben *entrar a su infancia*. Y al territorio de la infancia no se entra, sino con amor: hay que lograr que los niños lleguen a amar a Chile conociéndole en su historia, su geografía, su música, su poesía inmortal, pero sobre todo con el ejemplo: que los padres chilenos prueben en el interior del hogar la superioridad de las formas de vida chilenas. Que la dulzura de sus mejores recuerdos de infancia se vinculen a ese hogar en que se amaba a Chile. Ese es el desafío que el exilio plantea a los padres como tales. Aquellos padres que por una parte niegan las formas de vida locales, la cultura local, y por otra, con ciego autoritarismo obligan a sus hijos a amar Chile, aran en el mar.

El fenómeno que hemos visto precedentemente recibe el nombre de "las dos lealtades" y se ha estudiado acuciosamente en hijos de emigrantes españoles e italianos en Australia¹⁷. Allí el padre salía a trabajar, y se sumaba a la vida del país; los hijos iban a la escuela, y se sumergían en la realidad de la vida australiana. Pero en la casa quedaba la sacerdotisa de los lares domésticos, la madre, hablando para siempre el español o el italiano, y exigiendo de sus hijos un comportamiento de muchachos andaluces o napolitanos, con lo que la vida social en Australia se les hacía a éstos extremadamente complicada. Añádase que el fenómeno se daba con un alto grado de emocionalidad, de lealtad o traición a la madre y a la patria, y se comprenderá que casi todos esos niños sufrieron serios trastornos psicológicos: su desarrollo psíquico se retardó pues tardaron en encontrar su "yo", su identidad, la que finalmente lograban entregándose a la lealtad a la madre, o rompiendo con la madre. En el primer caso, en buena medida, terminaron integrando bandas de connacionales para pelear con los muchachos australianos; en el segundo, en algún momento abandonaron el hogar. Pero, en todos ellos, los problemas de desadaptación fueron graves (niños por ejemplo, que se negaban a comprar ropa australiana, aunque la que trajeron ya era a todas luces inadecuada, para no traicionar a su patria, o niños que en el silencio de la noche se levantaban a destruir los odiados libros en español o italiano que les impedían incorporarse a la vida). No hay estudios entre nosotros al respecto, pero las observaciones personales de este autor le permiten afirmar que muchos padres plantean el amor a Chile como contradictorio al amor al país que acoge al grupo familiar. Y sería bueno conocer exactamente qué está ocurriendo entre nosotros, toda vez que ya una nueva generación crece en el exilio.

La cuestión de las condiciones en que se inicia el exilio es explícita en sí, como para desarrollarla. La edad, el sexo, el pasado, el nivel de

salud, etc., son elementos que si no se toman en cuenta llevarán a graves errores.

También la cuestión de los ideales políticos, artísticos, etc. La participación en la lucha contra la dictadura y por la conservación de nuestra identidad cultural, debe ser preocupación permanente del exilio. Este factor, como tal vez ningún otro, emana de la esfera moral, y por tanto a la moral se dirige. Reforzar la moral mediante la amplia participación en las tareas de la causa chilena, fomentar los encuentros, seminarios, congresos, publicaciones, allí donde alienta en sus mil formas la preocupación por Chile, es, aunque a primera vista no lo parezca, reforzar la esperanza en Chile y su futuro. Y también es comprometer intelectualmente a los exiliados a volver a la patria. La vuelta a la patria, para ser exitosa y masiva, debe desarrollarse en medio de una bullente vida política, cultural y social del exilio. El que asiste o participa en un encuentro en que se debate el problema universitario o de la agricultura, termina interesado en poner en práctica las soluciones discutidas (tal vez defendidas por él mismo), y su regreso a la patria, psicológicamente, está decidido.

Hemos enumerado algunos factores para combatir la carcoma del exilio. Tal vez con errores. Ojalá otros trabajos los corrijan y completen lo mucho que aquí falta. Algunos factores, dijimos, pueden ser más o menos que los nombrados, lo importante es que sean todos a la vez, que entre todos ellos haya una proporción armónica. Porque desarrollar sólo uno (el hogar, por ejemplo, o el trabajo, o el ganar dinero, etc.), y excluir los demás, es una trampa que el exiliado se hace a sí mismo, una forma astuta de no enfrentar la realidad del exilio, que es total, y encontrar camino a su desadaptación, que al cabo acabará con él.

Hablamos de la carcoma del exilio. El estudio hecho en Noruega, a que nos hemos referido, probó que un tercio de las psicosis reaccionales se producen antes de los dos años de exilio, pero que los dos tercios siguientes ocurren después de los dos-tres años. Claro, la aventura de la vida tiene un precio y en todas partes debe pagarse. Pero el precio del exilio-supera el precio normal. Lo interesante es que se trata de un precio que puede disminuirse. Yo me atrevería a decir que, bien manejado, puede el exilio hasta dejar un superávit. Pero para eso es indispensable una política enérgica, coherente, coordinada, y científicamente fundada. Es también, como lo hemos dicho, una necesidad según pasa el tiempo, pues, como dicen dichos autores, "después de tres años el exiliado es un ser frágil, desgarrado por grandes dolores".

Y, sin embargo, y sin embargo... ¡con todo lo necesaria que es la ciencia, no es suficiente para resolver el problema del exilio! Así como la madre suple lo que la pedagogía no entrega, con su inmenso amor, y nos hace dulce la infancia, así en este trance la fraternidad, la humanidad, sí, el amor debe suplir lo que la ciencia no alcanza. Porque ¿se puede ser revolucionario sin amor?

Hemos expuesto el problema del exilio desde un ángulo médico y psico-social. Es preciso ahora mirarlo como fenómeno en sí, ver

cuántas etapas puede la experiencia reconocer en su desarrollo, en fin, considerarlo prácticamente, para sacar criterios de manejo (que nos lleven a la Etapa de Recuperación). Al respecto, los autores que nombramos al principio², tienen una excelente clasificación. Hela aquí:

Primera etapa, llamada Etapa de Desconfianza. En líneas generales, y para no repetir, digamos que corresponde a esa zona de la segunda etapa en la Teoría de la Adaptación en que el individuo toma conciencia de su situación y se abren ante él los caminos de la superación o del derrumbe. Las siguientes etapas de esta clasificación pormenorizan estos procesos.

Segunda etapa o Etapa de Despreocupación. Corresponde a un período más o menos breve de paz que sigue al momento terrible de la toma de conciencia. Pasado el acceso de dolor y miedo, el exiliado se tranquiliza: después de todo está vivo, tiene un techo y comida, ninguna amenaza real es inminente, en el cielo de la noche lucen las estrellas, y el sol (pálido o ardiente) cruza en su carro como siempre diariamente de oriente a occidente. ¿Qué ha cambiado, en verdad? La vida triunfa.

Tercera etapa o Etapa de Desaliento y Depresión. Pronto se comprende que se estaba en la luna de Valencia, y que la realidad, si bien no tan brutal como se pensó al principio, no es menos cruel: la "nueva patria" no será jamás la patria, el idioma de adopción no se dominará nunca como el propio ("esa lengua de oro" de que hablaba la Mistral); nunca tampoco en el trabajo se será considerado como un nacional más. En fin, que la vida es bien triste separado de la luz de Chile, de su mar, de la ciudad natal, la propia casa, los amigos. ¿Vale la pena vivir?

Esta etapa corresponde al punto crítico que nosotros señalábamos, y Wolff¹⁰ denomina "el punto de cada hombre para quebrarse". Más allá no se retorna.

Cuarta etapa o Etapa de Integración. A menudo se vive largo tiempo en la tercera etapa, bordeando el punto crítico (the Breaking Point), antes de pasar a la Etapa de Integración (o hundirse definitivamente). Un tiempo marcado por terribles dolores. Sólo quienes han vivido en plenitud esa etapa, sin apartar ni un solo cáliz amargo, saben cuanto cuesta entrar a la Etapa de Integración, la etapa triunfante del exilio. Se señala ella por una aceptación de la realidad en que se vive, por una incorporación a la vida social, laboral, cultural y aun política, y un disfrute de las costumbres, hábitos y valores vigentes, sin renunciar, no obstante, a la identidad nacional, a la cultura nacional. Es, pues, un proceso complejo y conmovedor, que prueba que, básicamente, los pueblos y su historia —su cultura— no son contrapuestos. Se aman las dos patrias porque en ambas se ha vivido y trabajado, poniendo afán y esperanza, pero la vinculación entrañable persiste con la patria de origen, con el territorio de la infancia. Ese exiliado que ha logrado amar su patria de adopción, sin

perder su patria profunda, ha logrado realizar la Integración Crítica; es decir, ha sido capaz de amar y seleccionar, de sumergirse en el torrente y no dejarse llevar. Eso lo ha logrado con dolor, pero también por una implacable y constante crítica, que ha filtrado, sopesado y conservado lo mejor y lo más puro. Ese hombre volverá enriquecido con la cultura del mundo y, sin embargo, más chileno que antes, más consciente de lo bueno y lo malo de la patria. Más útil, en suma. Por su parte, los hijos criados en estos dos amores, complementarios en su corazón, no experimentarán desgarró mayor al abandonar la patria de adopción, ni un gran shock al llegar a Chile, al que, a través de la Integración Crítica de sus padres, conocerán en sus aspectos positivos y negativos.

Si el doloroso proceso de la adaptación no se hace a través de la crítica, del contraste constante entre las dos culturas, conducirá a la Asimilación. Trátase de una manera de adaptarse, pero resignando las banderas de la identidad nacional y cultural. En los exilios prolongados, se plantea como única solución para sobrevivir a quienes han defendido cerradamente la incompatibilidad de "las dos lealtades". Y se da la paradoja que los que aparecían como los campeones del culto a la patria lejana, de pronto arrojan la patria por la ventana, y procuran olvidarla lo más pronto posible para que nadie note que son extranjeros, y no tener problemas para abrirse paso en la vida. La lealtad a Chile les pesaba demasiado. Del rechazo total a la aceptación incondicional. Los yanacónas del exilio.

Creemos que es posible llegar a la Integración Crítica, salvando los peligros de destrucción que el camino tiene, y el de renegación que la Asimilación implica; si podemos elaborar una política coherente, una actividad racional de los exiliados en torno a Chile, una discusión sobre lo que aquí decimos, que aclare las ideas, y si nuevos trabajos se suman a éste. En fin, si logramos hacer conciencia de lo que es el problema del exilio. Y esto es importante, no sólo por razones patrióticas generales, sino muy concretas: sólo podrá cumplir con la tarea que la historia puso ante nosotros (y que comentábamos en las primeras líneas de este trabajo), aquel exiliado que haya alcanzado la Etapa de Integración Crítica. Incluso la tarea de volver a Chile, de reconquistar el derecho a la patria, está vinculada a la cuestión de Asimilación o Integración Crítica. Y la utilidad en Chile de los que regresen, está también vinculada a la capacidad que hayan tenido de triunfar en la batalla del exilio.

BIBLIOGRAFIA

1. CERVAZIER, F.; FERDIERE, G.; WISMER, R.: *Rapport d'une mission medicale au Chile*. Association d'Aide aux Medecins et Personnels de Santé, et CIMADE, service ecuménique d'entraide. Mars et avril 1976, Paris, France.
2. *Psychologie des Flüchtlinge*. Zusammenfassender Auszug aus einem, in spanischer Sprache verliegenger Arbeitspapier, von J. SERRANO, R. JIMENEZ, J. BURU-

- DY, J. MARSENS, G. VAZQUEZ, E. DURAN. Chile Nachrichten Verlag, Berlin (W) 1976.
3. PFEISTER-AMMENDE, M.: *Das Problem der Entwurzelung*. Schweiz. Med. Wiss. 6: 151, 1951.
 4. PFEISTER-AMMENDE, M.: *Zur Psychopathologie der Entwurzelung*. Bull. Schweiz Akad. Med. Wiss., 8: 85, 1952.
 5. *Torture in Chile (with reference to medical responsibility)*. Extract of Report presented in AMIEVS Congress. Bologna, Italy, April, 1976.
 6. ZWINGMANN, CH.: *Symbolische Rückkehr. Ein psychologisches Problem ausländischer Arbeitskräfte*. Psychel. Praxis, 5: 97, 1954.
 7. BRENGELMANN, J. und REVERSTORFF, D.: *Personlichkeit und Entwurzelung*. Max-Planck-Institut für Psychiatrie, Psychologie Abt., München (1970).
 8. EITINGER, L.: *Pathology of the Concentration Camps Syndrome*. Arch. Gen. Psychiat., 5: 371, 1961.
 9. *Apres Demain*, núm. 163, 1974.
 10. WOLFF, H. G.: *Every Man Has His Breaking Point*. Mil. Med., 125: 85, 1960.
 11. GONVIK and LONMUM, A.: *Neurological Conditions in Former Concentration Inmates*. Journal of Neurophysiatri., 4: 51, 1962.
 12. EITINGER, L.: *Mental Diseases Among Refugees in Norway after World War II*. Psychiatriske Undersøkelser Blaut Flyktminger I Norge. Universitets-Verlaget. Oslo, 1958.
 13. ODEGAARD, O.: *Emigration and Insanity*. Acta Psychiatr. et Neurolog. Copenhagen. Levin and Nuncksgard. Supp. I., 4, 1964.
 14. MURPHY, H. B. M.: *Practical Measures for Refugee Mental Health in Britain*. Bull. of the Wld. Fed. for Mental Hlth., 4: 198, 1965.
 15. ALLER, R.: *Psychogenic Disturbances in a Linguistically Strange Environment*. Ztschr. f. d. Ges. Neurol. u. Psychiatrie, 60, 1920.
 16. BIEL R. and KAUSER, D. A.: *Familie in Disaster*. Backer, New York Basic Books, 1962.
 17. ZWINGMANN, CH & cols.: *Uprooting and after...* Springer Verlag, New York-Heidelberg-Berlin, 1973.



кара.

(Xilograf.)

Геллут Дилла



La preñadita (xii) Gómez Jillo

73

MAL DE AUSENCIA

VIRGINIA VIDAL

“Serás desterrado. Eso mandará la sentencia, más no lo consentirá el mundo, que es patria de todos. Saldrás desterrado. Saldré sí, mas desterrado no. Puede el tirano mudar-me los pies, mas no la patria. Dejaré mi casa por otra y por otro lugar el mío; mas nunca podrán hacer que deje mi tierra. Saldré del lugar de donde nací, más no del lugar para donde nací.”

QUEVEDO (“Los remedios de cualquier fortuna”)

“Estoy cansada y enferma. Tan cansada como si hubiera vivido mil años. Estoy enferma de soledad. Esa es una enfermedad que nos ataca a todos los chilenos en el exilio. Nos hace decir que nadie como mamá cocina tan bien los tallarines, o que el azul de nuestro cielo es el más azul de todos los cielos. Mis síntomas tienen además mucho que ver con mi incapacidad e impotencia de hacer más. Pero también tiene mucho que ver con la mamacita, el papito, la tía, la comadre, los vecinos, la amiga, el amigo. Tiene que ver con el deseo de compartir. COMPARTIIIR.”

Este grito angustiado sintetiza el drama de un millón de chilenos en el exilio. Nos duele Chile y queremos hacer más. Que todo ser humano que se nos acerque o al que lleguemos, vibre con este dolor y se convierta en un adalid de la cruzada de solidaridad.

Las experiencias que conforman este drama colectivo son tantas y tan variadas como chilenos hay afuera. Sabemos que de este drama hay plena conciencia en el interior del país, porque por cada chileno que hay afuera, más de uno espera con impaciencia a los seres queridos y sufre por su ausencia y lejanía y por la intuición que de sus dificultades tiene. Por más que las cartas disimulan la realidad eludiendo lo malo, magnificando lo bueno, los que esperan están conscientes de ese juego generoso en que no hay afán de engañarse mutuamente sino de evitarse mayores penas.

☞ Al hablar de este mal no pretendemos establecer leyes o lamentables generalizaciones. A lo más hay un intento de comprender tendencias, conductas, actitudes que hacen más difícil la vida, menos llevadera esta ausencia obligada. El estar desgajados nos obliga a todos, dentro y fuera, a luchar porque se acabe este padecer, porque la experiencia de este alejamiento forzoso y prolongado enriquezca y humane (Unamuno usaba el verbo humanar) nuestras relaciones.

Una larga permanencia en el extranjero por razones de trabajo impide apreciar como nuevas las vivencias del exilio. Había cierta adecuación para aceptar las dificultades, adaptarse a vivir en un país cuyo idioma no se podría dominar a menos que se dedicaran ingentes esfuerzos (contra esto conspiraría la esperanza de partir de un día para otro y ya no necesitar ese idioma). Pero toda experiencia previa que sirva como punto de referencia no resulta. A veces la residencia en el país hermano no da la oportunidad de un trabajo permanente, lo cual pasa a aumentar la sensación de inseguridad, más aún si este proceso ya había empezado dentro de Chile mismo. ¿Cómo expresar lo que se siente en estas circunstancias? Lo más gráfico sería que el piso se ablanda. Esa falta de trabajo, esa carencia de disciplina cotidiana, de cumplimiento de deberes, de contacto humano normal, el levantarse temprano, el organizar la rutina doméstica, comienzan a carecer de sentido. No se está integrado al ambiente. Ir al cine, a un concierto, a una exposición, a un museo, a un estadio, sólo se logra con un poderoso esfuerzo de voluntad. Acciones como éstas permitirían estar en contacto con la gente, con la juventud, apreciar sus reacciones e inquietudes, pero se tiende a lo contrario: encerrarse, saborear la incomunicación. Ir al mercado, conversar con los vendedores se convierte en algo antipático. Mejor ir al supermercado: el autoservicio y el trabajo mecánico de la cajera convienen a nuestro estado de ánimo. Nos invita algún conocido, eludimos el compromiso por varias razones o sinrazones: no podemos corresponderle, no puede uno pagar la cuenta, evitar la conversación sobre temas que nos duelen (Chile, el regreso, los de allá).

Una de las manifestaciones de esta enfermedad es el tema fijo: los dueños de casa, sacar conclusiones apresuradas sobre sus costumbres y actividades, tanto más arbitrarias cuanto menor en el contacto con ellos. En sus actitudes para con nosotros creemos ver crítica, recelo, agresión a nuestra dignidad, paternalismo. Hay, junto a la pérdida de identidad de parte nuestra, un quiebre en la posibilidad de comunicarse, de darse, de abrirse. Y el desencadenamiento de los mecanismos de rechazo. Un claro ejemplo: nuestros sentidos ofendidos por el olor de los habitantes de otros países. ¿Cuántas veladas no se han dedicado a desarrollar este tema tan inagotable como el tiempo?

☞ Una vasta mitología se impone para bloquear la comunicación. Los varones encuentran bellas por todos lados. Y las hay. Pero (aquí una larga lista de peros) estas mujeres no son tan femeninas, tan dulces, tan coquetas como las chilenas. Tienen cuerpos de diosas, pero no se depilan, caminan con tranco largo, son materialistas,



Cheto.

(Xilografía.) *Hernández*

dominantes, etc. Y la imagen ilusoria de un ideal femenino inexistente, clásico estereotipo, destruye la posibilidad de un contacto real y enriquecedor. ¿Y las chilenas? También sacan su mito de la manga. Los hombres de allá son menos primitivos, más caballeros, menos bruscos, no tan directos, no tan mármoles sin desbatar, más "hechos a la medida", más capaces de comprender nuestras complejidades psicológicas, más seductores, más generosos, más apasionados... Y así, de a poquito, se va rescatando el mito desnaturalizado del "latin lover". Por suerte, prevalecen las fuerzas de la vida y surgen amores en que no sólo se gana a un compañero sino también un ser y una voluntad de llegar a Chile como a su segunda patria que ya se ve como tierra prometida. Un muchacho expresó esto traduciendo para su amada "Ven conmigo", de Neruda, que se grabó cantado por Matilde. También sucede que formen hogares definitivos integrándose a los pueblos que los acogieron. Son los menos. El grueso de los exiliados está compuesto por familias, y no todas han sido vulneradas como para desintegrarse, aunque el remezón haga mellas en muchas parejas y las aviente.

La pérdida de identidad es gradual, lenta. Se va como caminando al sesgo, ablandándose. A nuestra inseguridad le resulta agresiva, brutal, ofensiva la seguridad de quienes no sufren nuestra experiencia. Duele ser identificado como extranjero por el color, el tipo, el acento. Brotan radares para percibir esta diferenciación. No pertenecemos al grupo de "los nuestros". Somos "otros" y estamos conscientes de la "otredad". ¡Y sucede que cuando nos llegan a tratar como "nuestros" solemos rescatar nuestra condición de "otros"!

Esta sensibilización exagerada acentúa los malestares, las predisposiciones a la enfermedad. ¿Cuántas de nuestras consultas médicas corresponden a trastornos psicosomáticos? Enfermedades de la piel que no acusan presencia de hongos, bacilos ni virus, asma, úlceras, "stress", depresiones, taquicardias, mal dormir, descontento consigo mismo y con el resto de la humanidad, mucho miedo de tener algo grave, múltiples y difusos síntomas alarmantes.

Llega un momento en que sólo se vive de reflejo. Un plato de comida, un postre, una fruta son pretextos para recordar otro plato, otro postre, otra fruta de allá. El recuerdo hace que todo se vea como en un espejo de aumento: más grande, más brillante, más colorido. El orégano de allá, la albahaca de allá, los duraznos de allá, las sandías de allá huelen y saben mejor (aunque todos esos productos sean originarios de por "acá").

Por acá las tierras son demasiado cultivadas, no hay extensiones vírgenes, las montañas son más chicas, pero uno se empeña en buscar parecidos, luego de haber establecido todas las diferencias. Desafortunadamente se buscan similitudes. Un sureño miraba las imponentes ruinas de la fortaleza turca de Kalemegdan desde la otra orilla del río Sava, un poquito más acá de la confluencia con el Danubio, y encontraba el paisaje igual al del río Valdivia...

No se disfrutan la belleza, la "presencia": las playas tienen piedras, no arena, demasiada gente, no como en Cachagua en el mes de octubre, o en Mejillones durante todo el año. Sólo se reconoce belleza por comparación con allá. Al observar ante un amigo que las puestas de sol en Belgrado son espléndidas, convino: "Como en Santiago, pero falta la cordillera". Un ejemplo nítido lo da una muchacha que al ir por primera vez a las playas del Adriático dijo: "Es un mar caliente y tranquilo como un lago, sin olor. Nadie corre peligro de ahogarse. ¡Y nosotros estamos acostumbrados a océanos!"

Es difícil retrotraer a la realidad al enfermo de nostalgia, desfaseado, viviendo aquí y allá. "En mi casa tengo un libro que necesitas." La casa de allá. Aquí todo es transitorio. Se enrostra al que disfruta el aquí y ahora como a un traidor: "¡Has perdido la chilenidad! No amas nuestra música, te gusta más el kolo que la cueca". Inútil explicar que son diversas expresiones folklóricas, que la cueca es un baile de pareja, erótico por excelencia, que el kolo puede ser bailado hasta sin música, por hombres solos, como hacían los guerreros, porque es una manifestación colectiva de vitalidad arrolladora.

El obrero chileno que recuerda con ira la alusión que se le hizo a la madre en rueda de trabajo, exclama: "¿Cómo puedes ser tan grosero? En mi país no te atreverías a mentar la madre a nadie". Uno piensa en su lugar de trabajo, en la Vega, en el paso de una mujer frente a una obra de la construcción, y termina por no saber qué país es aquel que recuerda nuestro compatriota.

La nostalgia va idealizando ciertos aspectos del pasado, depurándolo de todo contexto sombrío. Se lleva la "toilette du souvenir" hasta extremos inconcebibles, al punto que el hombre atado a ese pasado se autoidealiza y se evade de su identidad.

Pero se lucha contra eso y se trata de apegarse a ciertos modos que la afirmen. Como se va perdiendo rápidamente el vocabulario y se comienza a introducir en el lenguaje más de alguna expresión, más de una forma sintáctica de la lengua extranjera, hay que afirmarse en lo que sería propiamente "chileno": la expresión procaz hasta convertirla en muletilla, dulcificarla, tornarla anodina, útil para todo, para reemplazar cualquier palabra o idea.

Una muchacha escribía: "¿Se ha fijado, tía, que la gente se pone huevona en el exilio? Yo no tengo muy claro esto; a lo mejor éramos todos huevones en Chile, pero como había diez millones de habitantes no se notaba tanto". No por pintoresca la observación carece de interés.

Tengo ante los ojos la carta de una amiga, alarmada por lo que sucede a sus hijas:

"Están convertidas en unas francesas; de Chile se acuerdan muy poco, a pesar de que yo trato de que no se les aleje demasiado. Por ejemplo, hablan siempre en francés. Es el problema de todos los exiliados. Ellas quieren ser francesas y no quieren volver a Chile." Algo similar alarma a miles de padres cuyos hijos salieron niños del país: se les aleja Chile. Pero los adultos no son ajenos al fenómeno. En países donde la barrera del idioma es fácilmente franqueable, se

produce la subyugación, al extremo de que familias chilenas enteras, grupos de amigos chilenos hablan el dialecto de una región, poniendo tal empeño, aplicación y pulimiento en ello que da pena, rabia y risa tanta siutiquería. Esos afanes no se acusan cuando del castellano se trata. Afán de afirmación. Ningún francés dice tantos "oh-la-lá" como los chilenos que se esmeran en apoderarse de modismos, de fórmulas características de los aborígenes.

El poderoso caudal de la vida arrastra a los chilenos y muchos se van sobreponiendo al mal. Empero, la enfermedad puede minar hasta que la persona intenta salidas desesperadas.

"A mí se me desencadenaron todos los problemas que acarreaba desde la infancia (carencia, de niño, de modelos de padres, falta de afectividad, desnivel muy grande entre la vida sentimental y la vida profesional, política, etc.), todo lo cual me llevó a tomar decisiones autoatentatorias. Intenté tres veces la despedida final. Usé pastillas, calles, autos. Hasta que al final opté por un río. Y allí se acabó todo el problema. Desperté en un hospital y lo único en que pensé fue en la vida. En pocos segundos comencé a entender tantas cosas que estuvieron ensombrecidas. Se me abrió un panorama tan inmenso. Salí del hospital en medio de la solidaridad inolvidable, emocionante, de médicos, enfermeras, curas..."

He aquí el testimonio de una persona que tuvo la maravillosa suerte de remontar el abismo. Suerte, milagro, que nos dan alegría y nos alertan para cuidar mucho a quien sufre con mayor intensidad. Hay que evitar a toda costa el intento de la despedida final. Porque también sucede que no se produce el milagro y tenemos un hogar herido para siempre, un conjunto de seres vulnerados, dolor para el que no hay consuelo que valga, como el de un padre que dice:

"El mayor dolor entre todos los dolores. Un golpe bajo, inesperado e injusto. Y aunque el puñal no me lo voy a sacar nunca, habremos seguido viviendo porque están los otros hijos que se desarrollan, hacen cosas, luchan a su manera por hacerlo mejor de lo que uno fue capaz de hacerlo —abrigo la esperanza—, se casan, tienen hijos..."

Algunas facetas del mal de la ausencia de Chile. Mal que tendrá fin cuando dentro del propio país surja la ola poderosa que barra todos los impedimentos para que los exiliados regresen.



La puerca Valparaiso

Xilografía 1930

Goya

...sencia y se fijan a la escultura en ciertos momentos del día
...reinar la armonía y la unidad del grupo político.

...Elas definen: al hijo comen en términos genéticos, no
...dice nada acerca de las condiciones humanas, en cuanto a su grupo

producir la subyugación. Al contrario de que familias de las enteras, grupos de amigos chiguas hablan en dialecto de una región, por ende



El Niño del Trompo.

(xilografía)
1930.

Guaymas
L.

POR UNA HISTORIA EN EL EXILIO

HECTOR FERNANDO ABARZUA

I

Estas notas se refieren a la posibilidad y necesidad de un quehacer histórico en las condiciones del exilio, pero no podrían ir muy lejos sin una indispensable escala en esta práctica política institucionalizada, el exilio, cuya frecuencia y planetarización lo han convertido, ante la opinión común, si no en invisible, al menos en un fenómeno de aparente banalidad, suerte de flagelo "cultural" análogo a aquellos naturales que periódicamente conocemos.

La *Encyclopaedia of the Social Sciences* (Vol. V, MCMLXIII, The Macmillan Co., New York), define el exilio como "el destierro permanente o temporal de una persona de su propio país, impuesto o permitido por las autoridades, debido a crímenes de derecho común (particularmente aquellos contra las personas), o por crímenes políticos".

En cuanto al exilio político propiamente tal, más adelante, y en la misma obra, se puede leer: "El exilio como recurso político intenta apartar del Estado individuos o grupos de individuos peligrosos. En esta clase de exilio está generalmente ausente cualquiera criminalidad en el delito, y por lo mismo no hay tampoco ningún carácter penal. La institución es justificada basándose en razones de simple conveniencia, que llevan a la exclusión de ciertos individuos a fin de restaurar la armonía y la unidad dentro del grupo político".

Estas definiciones, si bien correctas en términos generales, no dicen nada acerca de las condiciones internas, en cuanto a su propia

dinámica, del exilio, de sus implicaciones sociales, económicas, políticas y culturales, y mucho menos aún del carácter de vivencia "catastrófica", en sentido estricto, que reviste la experiencia del exiliado, indiferentemente al hecho de que ésta sea voluntaria o no. Y a nadie se le escapará la ironía implícita en la consideración del exilio como "restaurador" de la unidad social, a menos de estimar la paz de los sepulcros como signo de armonía.

Una historia del exilio y de los exilios, aún por escribirse, seguiría de cerca aquélla de las instituciones políticas occidentales desde sus orígenes.

La primera manifestación del exilio es en cuanto penalidad por delitos comunes, y es así que ya aparece en Homero (*Iliada*, XXIII, 8§), como el castigo aplicado a Patroclo por homicidio. Más tarde, en la legislación griega de los tiempos históricos, cuando el homicidio llega a ser objeto de sentencia judicial, el exilio persiste como una alternativa ofrecida por la ley al acusado.

La práctica del derecho de asilo está íntimamente ligada a aquélla del exilio. En la legislación hebrea, en virtud del derecho de asilo en lugares sagrados, éstos se convirtieron a su vez en lugares de exilio.

En la misma medida en que el uso indiferenciado del exilio, sancionado por la ley o no, tiende a debilitarse o a desaparecer, substituido por otras penas específicas del derecho común, se ve cada vez más definida la institución del exilio por excelencia, el exilio político, institución que alcanza su máximo desarrollo al florecer las ciudades-estados, y que declina y se transforma con la mayor extensión territorial del estado en el período romano.

En Grecia, el exilio político característico fue el "ostracismo", forma creada probablemente en 508 AC por Clístenes, a manera de salvaguarda constitucional para la democracia ateniense. Quienquiera que fuese una amenaza para la armonía y tranquilidad del cuerpo político podía ser desterrado por un período de diez años. Pero, además del ostracismo existía en Atenas un genuino exilio, que castigaba crímenes políticos tales como la impiedad (causa del exilio de Anaxágoras), la mantención de una neutralidad culpable en el caso de guerra civil, o el intento de alterar cualquier mandato del pueblo.

El exilio llegó a ser un arma en manos de los bandos, destinada a neutralizar los oponentes. Tanto en Atenas como en otras ciudades griegas, cada revolución produjo destierros en masa. Cuando en 324 AC Alejandro llama a todos los exiliados de las ciudades, acuden más de 20.000, número muy elevado dadas la demografía y la estructura social de la época.

El exilio político griego, que suponía la pérdida de la ciudadanía y de los bienes, y a veces su recuperación por la vía de la amnistía o del cambio político, generaba a su vez un "sistema del exilio", de innegable modernidad, con rasgos que se encuentran nuevamente en las luchas entre las repúblicas italianas del medioevo, y aún en los conflictos políticos e ideológicos de los siglos XIX y XX. El exilio, en sí mismo resultado de convulsiones o guerras civiles, servía a su vez para fomentar o extender éstas. Era inevitable que los exiliados

políticos se refugiaron en estados en los cuales su propio partido o partidos aliados fueran dominantes, de ahí que tales estados llegaran a ser el centro de conspiraciones y nuevos preparativos para la guerra.

También Roma institucionalizó el exilio (y nace allí el término que usamos hasta hoy), pero en la práctica las dos modalidades de destierro, "exilium" e "interdictio", llegan a confundirse, no subsistiendo sino su diferencia en la actitud psicológica hacia el primero, que permite a Cicerón afirmar que no hay ninguna ley romana mediante la cual una ofensa pueda ser castigada con el exilio, y que éste, más que una pena, es un refugio: El "exilium" es tanto el lugar de residencia como el hecho mismo de la expatriación.

El exilio, como práctica y como sistema, supone siempre la existencia de formas superiores de organización del Estado, y el antagonismo explícito entre clases, partidos o ideologías. Es por ello que, tal como ya ha sido indicado, el recurso del exilio es corriente en los conflictos de poder en la Italia medioeval, cuna de la "modernidad" política, aún cuando en el caso se trate todavía de la ciudad-estado y no del estado-nación moderno.

Un ilustre ejemplo es el de Dante Alighieri, desde 1298 jefe del partido de los "bianqui", opuesto a la autoridad papal en Toscana, quien viera sus bienes confiscados, fuera después condenado a muerte en ausencia, rehusara una oferta de amnistía y no volviera más a esta Florencia, a la vez fuente de amargura y de nostalgia. Dante, quien firmaba sus cartas como "florentinus et exul immeritus" (florentino injustamente exiliado), no fue el único en estos exilios italianos. Así, y de manera análoga en otros documentos similares, en los estatutos de Pistoia de 1284, se dice que "todo gibelino luchando contra un güelfo o causándole algún daño, deberá ser enviado en residencia forzosa a cien millas más allá del distrito de Pistoia".

La nueva idea política, la nación, originalidad occidental gestada en el tiempo secular y que comienza a hacerse visible ya a finales de la Edad Media, supone diferencias cualitativas con el concepto clásico de la ciudad-estado. En lo esencial, estas diferencias residen en las consecuencias que implica el nuevo espacio nacional, y afectan también la institución del exilio. Este, junto con el desarrollo de la nación, cambia también de carácter, perdiendo poco o mucho su regularidad inscrita en los antiguos cuerpos legales, sin por ello desaparecer. A la escala de las mayores áreas de dominio reivindicadas por los estados, los conflictos y su extensión espacial son también mayores, y muchos viajes o desplazamientos de la época no son sino cripto-exilios, como en el caso de otro florentino, Da Vinci, a quien la inestabilidad política y los juegos del poder llevan primero a Milán, y después a tierra francesa hasta su muerte allí.

Las querellas internas y las luchas por la hegemonía entre las naciones, a más del hecho nuevo de las conquistas territoriales fuera del espacio tradicional europeo, confieren al exilio una nueva connotación: el carácter masivo. En el curso de varios siglos, comunidades enteras deberán abandonar sus lugares de origen o de arraigo, por razones de carácter religioso, ideológico o político, bajo las cuales

siempre se encuentran motivaciones de afirmación de poder, sea éste el de una clase o el de un aparato de estado, y los concomitantes intereses económicos en juego. Al azar, podrían citarse la expulsión de judíos y moriscos de España, la emigración de los hugonotes franceses a Alemania y otros países, los movimientos de poblaciones eslavas y germanas con motivo y como consecuencia de la Guerra de 30 Años, la partida de grupos religiosos disidentes de Inglaterra hacia América del Norte. En todos los casos citados, se trata de alejamientos forzosos, del exilio como uno más de los elementos de la política del Estado a la par que la guerra.

Hacia el fin del antiguo régimen, y al aparecer las primeras fisuras en las estructuras monárquicas, el exilio, deseado o no, vuelve a ser frecuente, trátase de ideólogos "peligrosos" como Voltaire o de elementos perturbadores de la paz social, como Miranda y otros futuros próceres americanos.

La Revolución, que abrasa Europa y alcanzará después la América española, provoca una sucesión de exilios y regresos, dos de cuyos ejemplos más coherentes son el de la "emigración" francesa, vasto movimiento de la nobleza que se refugiara en todos los países de la Europa monárquica, y que se prolonga hasta la Restauración, y el del exilio español, de "afrancesados" primero y de liberales luego, en tres corrientes que se suceden de 1813 a 1833.

Una vez consolidada la restauración aristocrático-burguesa, y a lo largo del siglo XIX, los movimientos de carácter nacional y liberal en un primer tiempo, y las luchas del socialismo naciente, después, suministrarán el pretexto o la necesidad de otros exilios, en los cuales es cada vez más explícita la motivación política precisa. Las revoluciones de 1830 y 1848, particularmente la rebelión polaca, las luchas italianas, y más tarde la Comuna de París en 1871 serán fuente de exilio, al cual se deben agregar, desde el aplastamiento de la Comuna, las ejecuciones en masa y las deportaciones como recursos represivos del capitalismo que, ahora en su fase imperialista, no vacila en utilizarlos todos, aun en el ámbito colonial.

Los exilios y los exiliados, desde la segunda mitad del siglo XIX, son numerosos, y ya no solamente son extrañados o deben huir los hombres de armas o los jefes políticos, sino que también los poetas como Víctor Hugo, refugiado en Guernesey de las iras de Napoleón III, o los individuos de esa nueva especie, los intelectuales. ¿Quién encarnaría mejor que Karl Marx las ideas perseguidas en virtud de su potencial revolucionario? Eterno fugitivo de policías y poderes, desde su juventud en Alemania, impertérrito a pesar de la adversidad en el cumplimiento de una tarea plena de sentido y porvenir, hasta los duros pero fecundos años londinenses. ¿Y cómo olvidar a Martí, quien abandona el exilio para luchar y caer por la libertad de Cuba?

La vuelta del siglo señala el comienzo del tiempo de la planetarización del exilio. Dondequiera que surge la crítica radical de la sociedad, y la consecuente práctica política de dicha crítica, el exilio, ya sea como imposición del poder o como medio de salvaguarda, está presente. Desde Lenin, paradigma del combatiente político e intelec-

tual en exilio, organizador y creador infatigable tanto en París, en Cracovia o en Zurich, hasta los exiliados de hoy, latinoamericanos, europeos, africanos o asiáticos. El mundo contemporáneo, de revolución y contrarrevolución, de fin de imperios, de anticolonialismo y neocolonialismo, es también espacio y tiempo de exilio. Revolucionarios rusos, víctimas del fascismo mussoliniano, del nazismo como Freud, Husserl o Thomas Mann, españoles republicanos de 1939, latinoamericanos de casi todos los regímenes y países, líderes asiáticos y africanos, todos han compartido una experiencia común del exilio, cualesquiera que sean las circunstancias personales e históricas de esta forma de destierro.

Pero hay además otra forma de exilio, difícil de cercar y definir, y es la del exilio que tentativamente podría llamarse "cultural" o "interior". Esta experiencia del desarraigo o de la extrañeza en medio de una sociedad cuyos valores no satisfacen o son rechazados, es la de Gauguin en Tahití, la de Tolstoi retirado en el campo, la de Henry James primero y T. S. Eliot y Pound después dejando los Estados Unidos, la de Joyce fuera de Irlanda, la de Gabriela Mistral y tantos poetas errantes de América... Sería simplista no ver que en el trasfondo de estas tentativas de "viaje hacia adentro" al dejar la patria, hay también connotaciones políticas. Y un vagabundo como Rimbaud, aunque después traficante de armas en Abisinia, es también un revolucionario y un transformador del mundo a través de la poesía.

La mirada histórica sola no basta para la asunción de lo que es el exilio. Tampoco sirve la imagería más o menos romántica que ve en el exiliado un personaje batido por todos los vientos y sufriente de añoranzas.

Para la aprehensión esencial de lo que es el exilio, todo intento debe considerar lo entrañable, la ecuación personal de la experiencia, pero también el carácter inequívocamente social, histórico, de ésta.

La peculiaridad del exilio consiste en que crea un tiempo y un espacio distintos. Altera tal vez una cierta memoria inmediata del acontecimiento, pero hace comprender mejor los grandes rasgos de la experiencia en su "duración". Aleja del espacio conocido —el exilio es también una alienación del espacio afectivo—, pero al imponer uno nuevo valora selectivamente aquel dejado, que es ahora visto y sentido de manera nueva, como en ciertos horizontes del alemán Friedrich.

Si la historia y la mirada interior permiten entender, en sí y para uno mismo, la condición del exilio, ellas son también los fundamentos de esa forma de superarlo y derrotarlo que es la historia hecha desde el exilio. Las líneas que siguen intentan rendir cuenta de las grandezas y servidumbres de la empresa.

II

El trabajo histórico realizado en la situación y en la condición del exilio, ofrece dos posibilidades: la primera, es la de la historiografía

hecha desde el exilio; la segunda, es la de la historia del exilio en sí mismo (que es también, naturalmente, una categoría incluida en la primera).

En ambas alternativas, se trata de una historiografía nacional, en el caso de la chilena. Hay asimismo una tercera posibilidad, la de la investigación que tiene como objeto de trabajo una historia que no es la propia, o que la examina en un ámbito mayor —por ejemplo, los movimientos de liberación de América Latina en el siglo XX, incluyendo la experiencia chilena—, hipótesis interesante pero que no es examinada aquí, ya que en dicha situación desaparecen gran parte de las tensiones de la relación historiador en el exilio-propia historia como objeto. Esto no quiere decir que no sea conveniente el estudio de una historia “ajena”, o que se desestime la importancia del ámbito histórico-cultural “otro” en el que se desarrolla la tarea del exiliado como historiador, y cuya variación determinará diferencias tanto en la sensibilidad como en la estructura y dirección del trabajo resultante.

Antes de intentar responder a la pregunta, ¿qué historia es posible hacer?, es necesario contestar a otra: ¿cuáles son los medios, la infraestructura intelectual, institucional y económica con que se cuenta?

El exilio ha diseminado por los horizontes europeos y americanos una parte significativa, por decir lo menos, de la profesión histórica chilena, desde investigadores y catedráticos consagrados hasta estudiantes primerizos, de marxistas militantes a liberales antifascistas, sin olvidar los cristianos. Todos sabemos empíricamente que hay alguna presencia chilena en casi todos los centros de cierta importancia cultural en el mundo, pero hasta ahora esta riqueza potencial no ha sido mensurada, y sus individuos no han tenido la oportunidad de confrontar sus propias experiencias, si no es a través de viajes y contactos privados. Esta crítica no se refiere sólo a quienes ejercen el oficio de la historia, y se extiende a los trabajadores de la cultura en general. La falta de una política de intercomunicación cultural, de un intento de coordinación en las distintas tareas emprendidas, es una responsabilidad que nos concierne a todos, comprendidas las organizaciones políticas. Para volver a la historia, y a manera de ejemplo, en Francia, país desde donde son escritas estas páginas, se ignora el estado actual del trabajo historiográfico chileno realizado en los centros ingleses. Y la misma situación se repite dentro de un mismo país, a veces dentro de una misma ciudad.

Es imperiosamente necesaria la realización de encuentros o seminarios entre investigadores y estudiantes del mismo campo, en escala nacional primero, y continental después. Las estrecheces del exilio no pueden justificar una omisión de tan graves alcances. Es indispensable conocer quién hace qué, en qué condiciones y con qué medios, en qué marco institucional, y con qué expectativas de realización.

No es todo. Las condiciones de trabajo intelectual varían en cada país de exilio, pero así como hay personas que se han integrado

normalmente a funciones de investigación y docencia, no es infrecuente que otras, obligadas por las urgencias cotidianas, hayan debido alejarse —¿momentáneamente?— de su vocación y formación originales. Y no es enseñando español o vendiendo libros —en el mejor de los casos— como se piensa y se hace la historia hoy.

No habrá frutos del exilio, no habrá germinación original, sin remediar estas dos situaciones: la falta de comunicación de aquello que ya está en marcha, y la precariedad de la vida diaria que impide la necesaria dedicación. Y sólo un recuento serio, a grande y pequeña escala, de los medios de a bordo, permitirá saber qué se puede hacer, no sólo en el campo de la historia sino que en todas las expresiones de la actividad intelectual y cultural.

Desde el exilio, la historia posible aparece en un primer momento y al mismo tiempo, como promesa y frustración. Promesa, por la diversidad de preguntas y problemas, nuevos o viejos pero vistos en otra óptica, que se plantean; frustración, por la triste lucidez en que se está del alejamiento de ese pesado mobiliario que circunda al historiador, y que son las fuentes documentales. Pero después se ve mejor que la misma privacidad genera nuevos recursos, nuevas invenciones. Y la cientificidad de la historia no está sólo en el uso de computadores, sino, y más bien, en el de la imaginación.

Una primera certidumbre, y desde el punto de vista de la historia más ortodoxa y profesional: el exilio aleja de las fuentes chilenas de la historia nacional, pero permite el acceso a otras, extranjeras pero de primera importancia. No es muy difícil darse cuenta de que la historia “nacional” de unos, es la historia “ajena” de otros. Así, Chile es un elemento de importancia variable pero de presencia constante en la historia —y por ende en los archivos— de naciones como España, Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y las naciones sudamericanas y, en menor escala, de otras. Y es en estos archivos donde los historiadores en terreno ya han comenzado a trabajar, con resultados que, es de esperar, serán felices. Esta posibilidad abre importantes perspectivas, no sólo para la historia diplomática, lo que sería previsible, sino que también para la historia social y económica, y aun para aquélla de las mentalidades.

El trabajo en las secciones chilenas de archivos extranjeros —no solamente diplomáticos, puesto que también hay archivos comerciales privados de empresas que han tenido intereses en Chile, y a veces son accesibles— es una peculiar experiencia para el investigador pues permite verse en la mirada del otro, con resultados que pueden ser sorprendentes, pero que son siempre enriquecedores. Y si bien disminuyen o se anulan las posibilidades de crítica comparada de fuentes, el sentimiento —y el riesgo— de creación de la historia es mayor.

En el marco del trabajo con fuentes documentales, que es la investigación histórica por excelencia hay, como se ha dicho, trabajos en curso en diferentes países, pero no se corre en absoluto el riesgo de agotar direcciones posibles. Por ejemplo, sería tan ambicioso como interesante el diseño de una investigación en demografía histórica

—descuidada en la historiografía chilena— acerca de las emigraciones del siglo XX hacia Chile: árabe (compuesta en su momento por súbditos del entonces Imperio Otomano, de ahí el mote de “turcos” a sus miembros), eslava, judía de distintos países antes y después del advenimiento del III Reich, y europeas en general. Sería inútil subrayar la importancia de dichas emigraciones en nuestra vida regional (los yugoslavos del Norte Grande y de Magallanes), y en nuestra vida social y económica en general. Y es desde el ámbito euro-mediterráneo donde mejor se podrían estudiar estos movimientos de población, exilios ellos mismos en su momento. Al mismo tiempo, una investigación histórica sobre los orígenes múltiples de la población actual chilena, permitiría neutralizar ciertas pseudoideologías vagamente fascistas, hoy en boga en el país, en las cuales se habla de una “raza” de Chile. Esta es una peligrosa tontería. Nuestro país siempre ha sido un crisol de etnias y culturas, y una voluntad de convivencia. Eso nunca es innecesario recordarlo, particularmente ahora que en el mundo entero aflora un nuevo brote de racismo y mito totalitario.

Desde el exilio, la historia es posible. No sólo posible, sino que necesaria, y de imperiosa necesidad ante la acción conjunta de la irracionalidad armada y de intereses foráneos cuya única finalidad es el despojo de nuestro entero patrimonio, y que unidos amenazan el sentido mismo de la comunidad chilena, expresado mejor en siglos y generaciones de vida colectiva que en el patriotismo de los nuevos textos escolares. Toda historia oficial es execrable, toda verdadera historia es un “ir por el camino”. Es por ello que, paralelamente a la investigación histórica original, en sus limitaciones y expectativas, debe realizarse una labor de reflexión sobre nuestra historia, una labor de desmitificación, de revalorización y de recuperación. Así, por ejemplo, el significado y dirección del proceso de independencia de 1810 merece ser reconsiderado. ¿Hasta dónde se confunden, y dónde se separan entonces, el interés de clase y el interés nacional? ¿La “plebe aristocrática” de 1810, es también la anónima masa popular campesina y urbana? Si queremos verdaderamente ser historiadores, no podemos ser sirvientes de tal o cual concepción decimonónica, y no podemos considerar este o aquel capítulo de nuestra historia como zona sagrada. ¿Cómo entender, por ejemplo, sin un análisis ideológico de las condiciones de su creación, la contradicción flagrante presente en nuestro himno nacional, que exalta la “sangre de Arauco”, en circunstancias que el período republicano continúa e institucionaliza la segregación y el exterminio de los indígenas? Y a propósito, ¿no habría nada que decir acerca de la constitución de la propiedad agraria en el sur de nuestro país, y del origen oscuro de las grandes estancias magallánicas?

Hay más. No puede permitirse que se tergiversen la personalidad y la acción de ciertas figuras nuestras. Portales es un notable y complejo personaje, uno de los primeros en el continente en comprender y asumir el peligro imperialista, y su “orden” no es el de los tanques. Y O’Higgins fue a lo largo de su vida combatido y odiado por los

“caballeros de Santiago”, los mismos que hoy disfrutan, sin controlarlo del todo, del régimen establecido.

También habría que preguntarse nuevamente sobre la función —y la acción— de los intelectuales chilenos, en el más amplio sentido de la acepción, en la vida pública. Desde los hombres de la Independencia —Manuel de Salas y otros—, los liberales de 1842, los “denunciadores” de 1910 —Alejandro Venegas, Nicolás Palacios, el Encina de *Nuestra Inferioridad Económica*, Luis Emilio Recabarren como autor y periodista—, los críticos sociales y económicos de la década de 1930, incluyendo el indispensable *La Realidad Médico-Social Chilena*, del doctor Salvador Allende, hasta los hombres de la generación del 38 (indiferentemente al hecho de que hayan sido de preferencia creadores literarios) y de la vuelta del siglo, sin olvidar ciertos heterodoxos como Domingo Melfi o Benjamín Subercaseaux. Y surge una pregunta necesaria, no académica sino que urgencia reflexiva: ¿Faltó en el Chile de los últimos veinte años, una verdadera crítica intelectual, comparable a la del Centenario, o a la española de fines del siglo XVIII (Cadalso, Jovellanos) o de la Segunda República?

Estas son algunas de las preguntas sobre nuestra historia, pasada y reciente, que pueden y deben ser hechas desde el exilio. Igualmente, y en el campo de la historia intelectual y social, sería necesaria una exploración de ciertos paisajes mal conocidos, y una revalorización de ciertas personalidades. En los archivos del Vaticano —accesibles, naturalmente— ha de haber no pocas cosas para emprender estudios sobre la vida de la Iglesia en Chile en el siglo XIX y comienzos del XX, tanto desde el punto de vista institucional, que ya ha sido objeto de diversos trabajos, como desde aquel más innovador de las ideologías y mentalidades. ¿Y por qué no investigar un tema determinado —el conflicto social, la conciencia de clase y la marginalidad, el trabajo, la infancia, la sexualidad, el alcoholismo, etc.— en una serie de autores literarios, cercanos o lejanos entre sí en términos de tiempo, espacio y afinidad? La llamada “psico-historia” todavía no tiene cultores chilenos, y tanto mejor si con ella la historia desborda márgenes inexistentes. ¿O tal vez, sentar desde ya las bases de una historia seria de las instituciones educativas chilenas, de la imagen social del escritor, o de la práctica de las ciencias en el país?

Si bien las dificultades para una historia social y económica fundada exclusivamente en fuentes documentales nacionales es evidente, es sin embargo posible, desde el exilio, la constitución o el afinamiento de diseños o modelos conceptuales aplicables a situaciones nacionales, teniendo como referencia el trabajo de los centros de estudios latinoamericanos, algunos de alta calidad, o de investigadores sin pertenencia institucional, esparcidos en Europa y en Estados Unidos. Esto es particularmente válido para las tareas en historia colonial, tradicionalmente bien cultivada fuera de América, pero es también válido para temas de historia moderna y contemporánea, y para estudios interdisciplinarios. Y cuando se sabe la correlación entre investigación y teoría, es clara la importancia del trabajo teórico en temas tales como el feudalismo en América, modo

y relaciones de producción, comercio interno y externo y circulación monetaria, sistema de inquilinato, urbanización y ruralización, proceso de industrialización y capitalismo inicial, movimientos sindicales, militarismo, ideología y poder, dependencia y subdesarrollo, etc., que aunque sean estudiados en un marco de referencia continental, permiten una mejor "lectura" de la historia e historiografía nuestras, hasta el momento en que de nuevo sea posible el acceso a los documentos directos. Más aún, el tratamiento de estos y otros problemas en un ámbito americano es indispensable, pues se trata de situaciones globales que exceden los límites de la nación.

Otra de las tareas posibles es el trabajo sobre la historia presente de Chile, en sus aspectos sociales, económicos, institucionales e ideológicos. No se trata de hacer una historia a la distancia, una telehistoria del régimen Pinochet, pero sí, en la medida de la información fidedigna de que se disponga, de constituir al menos un registro o una escala cronológica de acontecimientos o de fenómenos de mediana o larga duración, así como de los cambios en la estructura institucional del sistema, y de las manifestaciones ideológicas subyacentes que se puedan entrever. Ya se han producido estimables trabajos de análisis económico gracias a los datos, aún parciales, que se poseen. Y también podría pensarse en la realización de una investigación en cierto sentido inversa, la visión de la prensa extranjera, de todas tendencias, sobre la dictadura militar. En cinco años ya existe una respetable cantidad de material impreso proveniente de los medios de información mundiales.

Pero, para poder hacer una historia desde el exilio, es condición necesaria conocer la historia en cuanto a oficio y saber hacerla hoy. El contacto, más bien la inmersión en otra realidad cultural, nos revela las virtudes pero igualmente las ausencias y las fallas de nuestra formación nacional. Nadie puede lanzarse a ciegas en los archivos extranjeros sin tener una cierta idea general del estado actual de la historia como disciplina: la "New Economic History", los llamados "cliómetras", la escuela de los "Annales", los resultados ingleses, la escuela polaca, el estado de los trabajos en España y algunos países de América Latina, deben ser al menos nombres y temas no desconocidos para el investigador, laureado o en ciernes. Además, éste debe al menos conocer sumariamente los métodos y técnicas cuantitativas "nuevas" (no tanto, puesto que algunos datan de buenas decenas de años). No se trata de caer en adoración ante el computador, pero sí de saber lo que la tecnología de hoy puede aportar al historiador, y conocer las inmensas posibilidades que ofrece la cuantificación, tanto en sí misma, como para fundar trabajos de índole cualitativa más tranquilizadores. Lo que es definitivamente claro, es que desde hace ya tiempo la historia es una ciencia, peculiar si se quiere, pero que como tal posee métodos, lenguajes y problemas teóricos que le son propios. Un buen trabajo histórico será firmado indiferentemente en Ciudad de México, Leningrado, Turín, Glasgow o Yale, e igualmente leído en uno u otro lugar. Aspiremos a ese nivel de comunicabilidad. No se trata de hacer "el Kula" o "el Chaunu" de la historiografía

chilena, puesto que la dimensión última de la investigación es la creación original, comprendidas también las técnicas y los métodos de trabajo, pero es algo desalentador el comprobar, en las revistas especializadas, que la mayor parte de la historia moderna de Chile está siendo escrita por extranjeros. La expresión más especializada de nuestra dependencia cultural y del neocolonialismo, sería que tuviésemos que comprender la evolución histórica de nuestra economía en la obra del norteamericano Mamalakis, sin perjuicio de su valor posible. ¿Habrà que confiar en la existencia de jóvenes chilenos en el exilio, formados afuera, y capaces después de trabajar utilizando los nuevos medios teóricos y prácticos en torno a la historia de su país? ¿O podremos desde ya ponernos nosotros mismos a la tarea?

Sea, para terminar, la factibilidad de una historia del exilio.

El exilio es un drama, y el chileno tiene una gravedad y dimensiones cuantitativas y cualitativas que aún no estamos en condiciones de ponderar con exactitud, pero es también una aventura y una epopeya, una de las más grandes y más importantes en la historia del pueblo chileno. Tal como la aventura de California, ésta tendrá en su día su Pérez Rosales y su picaresca, pero también tiene —ya tiene— y necesita una historia, aun cuando el camino no haya terminado. Todas estas vidas y estos afanes que son los nuestros, todos estos destinos y estos trabajos que nos reúnen y nos alejan, todas estas experiencias de lo familiar y de la extrañeza, todas estas lenguas y culturas, que son a veces lenguas y culturas recobradas, anteriores al tiempo de otros viajes y otros exilios, todo ello nos pertenece a los “de afuera”, pero es también patrimonio de los compatriotas del interior, es también historia de Chile, del Chile peregrino. Y ya es tiempo de aprehender este tiempo en movimiento.

¿Cómo historiar un exilio que no ha terminado? Asumiéndonos a nosotros mismos como objeto y sujeto de historia. El exilio pensado por los exiliados es la historia popular (no populista) por excelencia, el lugar de encuentro de la memoria colectiva y de las técnicas estrictas, de la historia social, de la historia política, de la psico-historia, de la micro y de la macro-historia.

De hecho, la historia del exilio, aun cuando todavía no formalizada, no institucionalizada, ya está en marcha. Los primeros testimonios han sido y siguen siendo los textos políticos aparecidos, los análisis, las denuncias, editados ya sea en forma de libro, de publicaciones periódicas o de artículos dispersos, y escritos por personalidades, protagonistas, o por los aparatos de los partidos y organizaciones. En un segundo nivel, también pueden ser consideradas fuente y práctica de una historia del exilio las diversas expresiones artísticas chilenas: musicales, plásticas, cinematográficas, teatrales y literarias. Todas son, al mismo tiempo, medio para un “hacer” la historia, y esta misma historia.

Pero hay un tercer nivel que pide la participación de todos los exiliados: es el de la historia privada (no de la “pequeña” historia), del relato oral o escrito de la propia experiencia, de la vida del trabajo y del estudio, de las dificultades y peculiaridades de la adaptación

social y cultural, de la educación de la familia, etc. Cada una de estas peripecias aisladas irá formando la trama mayor de una historia social del exilio, tanto en sus aspectos de psicología individual y colectiva como en aquéllos de rango mayor, como el demográfico. Una historia en la cual se registren ya sea la escolaridad infantil o el índice ocupacional por sectores, la aculturación o desintegración cultural original, o la movilidad de un lugar de exilio a otro.

La práctica política misma de los partidos y organizaciones, y sus manifestaciones concretas (congresos, reuniones, actos, publicaciones varias, etc.) es naturalmente la fuente directa para una historia política del exilio, pero más interesante es la posibilidad de aunar y coordinar esta pluralidad de expresiones y vivencias, sin privilegiar lo formal en desmedro de lo colectivo cotidiano, aparentemente más obscuro. La historia no pasa sólo por las asambleas solemnes, sino que también por los presupuestos familiares o las calificaciones escolares de los hijos. ¿Cómo planificar para un futuro no previsible la realización científica de una historia, que es también la historia que se escurre entre los dedos? Tal vez lo primero fuera crear —crearse— conciencia de una memoria necesaria, que puede verse ya en la vieja y buena práctica del “diario” personal —¿qué harían los investigadores del fascismo sin el diario de Ciano, los del nazismo sin aquéllos de Speer o Goebbels o, en una escala íntima, cómo entender mejor la ocupación alemana en Holanda y la persecución a los judíos que con el diario de Anna Frank?—, o al menos en una mayor estima por el papel impreso, ese volante, esa hoja que botamos inmediatamente a veces sin leerla, y que después los historiadores de oficio buscan por doquier. ¿Y será necesario decir que esta memoria, esta conciencia de participación, debe también hacerse extensiva a los niños, y que pasa por la supervivencia (o la adquisición) en ellos de nuestro lenguaje hablado y escrito?

Tal vez, también, estableciendo en cada centro o país una suerte de reunión permanente de gente del oficio, que se ocupara de discutir el problema y que pudiera desde ya establecer una especie de gran archivo heterogéneo, local, de materiales para una historia del exilio, en vistas a una futura selección y uso de dichos documentos.

Como ya se conoce el empedrado del infierno, el asunto es que ésta o cualquiera otra idea no queden “para la historia”. Lo esencial es que las condiciones particulares del exilio exigen una historia también particular: con toda la ortodoxia del oficio, pero también con nuevas prácticas y nuevas confianzas; con la utilización de las “nuevas” fuentes y de la memoria colectiva, y con las luces de la psicología, la antropología social, la sociología, la estadística. El rigor de una buena investigación no tiene por qué sufrir con la participación activa de muchos.

Toda historia es una pedagogía, ninguna historia es neutral. Toda historia desde el exilio es intensamente política, herramienta inmediata de coherencia, y gesto poderoso contra la banalización de la vida que alientan los totalitarismos. Paradojalmente, el exiliado que se

sabe tal, y que como tal se asume históricamente, ya comienza a dejar de serlo.

Toda historia es conservadora y creadora de valores, cambio y futuro en lo que permanece. Si queremos conservar nuestro ser nacional, en el espacio nuevo que nos es dado, ocupémosnos también del tiempo que portamos en nosotros, del tiempo que vivimos en el presente, y de aquél que podemos y debemos transmitir.



muchacho de la caleta

(Lit. 101) 15/30

Gloria Pilla



El Niño de las Bolitas

(Xilografía)
1930.

Gerardo Zúñiga

Justicia desde el exilio es interesante política, levantando banderas de coherencia, y gesto poderoso contra la banalización de la vida que aminoran los totalitarismos. Paradojalmente, el exiliado que se

POEMAS

HENRY LUQUE MUÑOZ

CLARIDAD

Escúchame, lluvia,
tú viste que hice lo que pude
levantando esos rostros deshechos
con el ademán de una palabra dorada.
Y vienes ahora con tus chamizos y piedras
a llamearme el rostro, a mí,
que te he acariciado a oscuras
por las ventanas del otoño.

Conozco el secreto
y romperé tu hechizo a golpe de jazmín.

PARA VOLVER AL MUNDO

En esta red llevo los días paralíticos, las astillas
de la claridad que me dejó aquella mano dorada,
antaño caricia, hoy olvido.
Llevo el espanto en cuatro patas,
sobre mis omóplatos de sangre,
esa oscuridad que se desnuda mientras duermo.

Lo que arrastro será el balance de la conmiseración,
el esqueleto, la fábula o simplemente el vuelo.
Desde dentro oigo el vidrio que trabaja,
la cortadura que escribe con una pluma aterrada
y estrella sus piedras contra la frente del poema.

Mañana palparé la luz
en un cuarto donde el espejo tendrá la cabellera del sueño.

MONOLOGO

Te pregunto Henry, qué has hecho
en estos 34 años. No tienes una casa,
privaste de hijos a la naturaleza,
no has sido fuerte para fundar una empresa,
no tienes más que una montaña de palabras rotas.
Has cojeado buscando el tuétano bajo la sombra,
y te reconoces inutilizado
por el esplendor de un reflejo en la ventana.
Frente a un altar de polvo y de silencio
qué podrías hacer sino morir toda la vida.
Gobernado por la ley del alfiler,
esperando el turno en la escuela para ser castigado.
También tú tuviste tu Auschwitz.
En la cerradura del tiempo te has perdido,
díscola imagen con una falda larguísima
abrazándote desde la memoria
como las aguas que se tocan bajo el agua.
Sólo brillaste una vez
no en el salón de los espejos cóncavos
sino en el iris de una muchacha prohibida.
No eres un ideal para nadie, Henry, no cumples
las citas, no haces promesas de esas que se transforman
en verdades de piedra.
Sólo sigues el inmortal paso de la lluvia,
te sientas al borde de las infernales precipitaciones
a ver tu pobre ciudad
con su muchedumbre de cara de palo,
a ver cómo se arrastra, convalece y se derrite.
Cómo puedes dedicarte a bordar vocales.
Pero el brillo.

UN DIA COMO LOS OTROS *

CARLOS SANTANDER

11 de septiembre.

El día empezó como todos los días.

El día empezó como todos los días martes en que hay que ir a trabajar.

En que hay que ir a trabajar al policlínico en la mañana.

Al hospital en la tarde. A la consulta privada, después de las cinco. Hasta la noche en que se llega a la casa, se toma el aperitivo, se come, se acuesta, se hace el amor, si los genios están buenos, si ella no está celosa, si no está enojada porque, los porqués son infinitos, las frases son infinitas y hay que cerrar el pabellón de la oreja y tomarse aún un trago para mascar el vaso y cerrar los dientes y no contestar, porque si no me amenazas, me divorcio, y tu egoísmo espantoso, no tienes consideración, me contestas, y yo por sobre todas las palabras, las frases, las oraciones, los párrafos que caen sobre mí como una lluvia del sur, como el viento del Estrecho, navego derecho hacia mi vaso, con todas las esclusas, los boquetes, los orificios y los esfínteres cerrados, porque hay que atravesar la tempestad sin mojarse, sin naufragar, sin hundirse en las miasmas del tú me dijiste y yo te dije y dar un portazo o a la puerta de salida o a la puerta del dormitorio para no verse más o verse dentro de cuarenta y cinco minutos, juntos en la cama y los pies que se tocan y que no se tocan y que ¿tienes frío? sí, mucho, acércate y la mano que le toma la cadera y la recorre como a un mapa tibio y se detiene en la dulce tibieza y son dos las manos, cuatro las manos y todo el cuerpo y los dos cuerpos que se frotan

* Fragmento de una novela inédita.

hasta la entrada triunfal y luego el éxtasis y luego el olvido que da paso luego al sueño calmo, reposado, sin palabras, sin sueños y luego así hasta el amanecer de un día lunes o viernes o martes siempre que no sea 11 de septiembre, porque si bien el día empezó como todos los días, no era un día como todos los otros, como todos los días martes y había que ir al policlínico en la mañana, pero era diferente a causa de ese maldito presentimiento que venía de adentro, no de fuera; afuera era el mismo mundo, la misma ciudad, las mismas calles, los nombres no han cambiado todavía, el mismo sol, el viento terrible del Estrecho y, sin embargo, el presentimiento ése de que algo iba a suceder (la llamada telefónica de anoche y la frase, la frasecita malévola, inquietante: “el asunto va mañana” y mañana es hoy, 11 de septiembre) que cae sobre la ciudad y la envuelve con una película cristalina y es la misma de siempre, pero no es la misma Perla del Estrecho, ha cambiado la mirada y vemos el mismo recorrido pero como si estuviéramos haciéndolo desde otra dimensión; el ojo escruta, indaga ávido, nerviosamente voraz, como al borde de una despedida, como si todo fuera a desaparecer de pronto y quisiéramos acumular en su bodega cada detalle, cada rasgo que ya empiezan a tomar la forma de un recuerdo. Y es la misma ciudad, el mismo recorrido matinal, que hoy no es maquina —¡ahí está la diferencia!— hacia el policlínico 18 de septiembre. Y, sin embargo, esa sensación irreal, con todo lo real y concreta que es la ciudad, de estar atravesando una imagen. “Huevadas —me dije—, en este país no pasa nunca nada”. La misma Constitución desde 1833 y dos o tres infidelidades a la democracia que confirmaban la solidez del matrimonio. Un triunfo pacífico de la izquierda, ejemplo para el mundo y Alba despertándome a las siete de la mañana, como todos los días con unos regaños que borraban la ternura de la noche anterior o que no sé, tal vez la confirmaban, y luego la ducha, el desayuno y el auto y la calle Bories, el sentido del tránsito no ha cambiado. Pero hacía frío y el cielo estaba malamente encapotado. Cielo y destino, “pamplinas —me contestaba Iván— a quien no le gustaban mis tendencias ocultistas, herencias dinosaurias en el cerebro del hombre. ¡Paleocortezas!”. Y, sin embargo, esa opresión del cielo en el pecho, esa angustia que me hacía suspirar como recién enamorado, hecho falso evidentemente (en un sentido profundo) y el ojo indagador que me hacía descubrir que el edificio de la 5ª División no presentaba bandera ni guardia, como si estuviera abandonado. Claramente, el general no estaba allí, como acostumbraba los días de semana o, tal vez, no había llegado. Cielo negro y general ausente. El día no empezaba como todos los días. Un pequeño hecho insólito para mi paleontología. No obstante, el resto, como de costumbre. Los tranquilizantes: Tienda La Florida, Nocera, Facitt, del hermano del diputado, La Princesa (“aquí encuentra usted desde piojos hasta locomotoras”), la tienda hindú y enseguida se atraviesa la Avenida Colón con esos árboles grandes, ejemplos de tenacidad yugoslava, que emerge contra el viento y el frío, y se pasa frente a “A la ville de Londres” y ya estamos en plena puntareñidad, con ese carisma que se otorga a todo lo que es europeo o norteameri-

cano, en el centro de un puerto libre, de una ciudad de piernas abiertas, pretenciosa perla del Estrecho. "A la ville de Londres", pero nadie pronuncia "Londr" a la francesa, sino Londres, con todas sus letras, a la española. "Somos un cocktail —decía Iván—, un mélange, un pichuncho etno-cultural. La única autoctonía es ser compuestos, ser yugo-hispano-italo-germánico-ónico-alacalúficos' y ten en cuenta que los dos últimos componentes son como el amargo, para darle un poco de exotismo al producto".

Pero a esa hora tan de mañana, del día 11 de septiembre, ¿dónde estaría mi general?

Seguro que no aquí, al frente, en el viejo edificio del Club de la Unión. En lo alto, más arriba de las conversaciones y las risas y el ruido de dados a las horas de aperitivo, está mi clínica privada (en la esquizofrenia del oficio tengo también una pública), mañana y tarde, respectivamente. Pero el general no está allí, porque no es hora de atención ni es uno de mis clientes; ni más abajo, porque no es hora de cacho y trago, de dudo y trago ni de cacha y trago. El templo mundano de la ciudad, grave y sólido desde su siglo XIX, tiene todavía cerradas las puertas y no se puede aún prever el hervidero del mediodía o de hasta tarde en las tardes, horas en que el santuario se repleta de un mundo denso de una humareda de empleados, funcionarios, profesionales y comerciantes para un oficio de rutina después de la rutina. Entre el humo, las voces y los tintineos de copas o los ruidos de sillas que se arrastran, se vive la aventura sentada, se escruta el azar en los dados y ¿dudo o no dudo?, porque si pierdo, pierdo el honor y la corrida y ya estaré pensando en el desquite al día siguiente donde ganaré yo si dudo a tiempo, si llego a discernir la psicología de quien miente y quien no miente o ganará el turco del bazar o el tipo de aquel de Impuestos Internos o el gerente de algún banco ("ningún problema para el préstamo" —dirá entre cacho y cacho) si no se llevan las palmas el nuevo gobernador del puerto o el funcionario de Aduanas que facilitará el embarque o desembarque de una mercancía portada o importada, a cambio de un par de dientes nuevos.

Tampoco está en la Catedral, porque es martes y no domingo ni en el espléndido edificio de la Empresa Nacional de Petróleos donde no tiene nada que hacer ni menos en esta esquina conocida porque todo se lo lleva el viento.

Más allá era difícil que estuviera. Comienzan los suburbios de la ciudad. Cuando hay mucha escarcha, hay que dejar el auto en calle Independencia y continuar subiendo como se pueda. No era esta vez el caso. Así, Arauco, Pérez de Arce, el muro de contención del cerro, que no se ha venido abajo; sigue en su lugar el mural de la brigada Ramona Parra y la quebrada de sesenta metros y el Río de la Mano que recoge la pobreza de la única población callampa de la ciudad. Siempre mucho barro o mucho polvo o escarcha o nieve antes de llegar al policlínico de la población 18 de septiembre donde nunca se ha visto al general.

(¿Te das cuenta? ¡Siempre fechas y más fechas o héroes y más héroes! Inclinación universal. La mayor parte son gestas militares.

Jamás una invención, jamás una referencia a las cosas humildes de la tierra. Pienso en nombres poéticos y, sin embargo, muy realistas. Por ejemplo: Población Voces de Muerte Sonaron o un parque que se llame Del Aire al Aire. O en nombres provocadoramente políticos: No a la Guerra Civil. O si quieren históricos: Plaza del Héroe de las Cuatro Tablas o Avenida de Al Abordaje Muchachos. También burlescos como, por ejemplo, Sanatorio Quién fue el huevón que me empujó o nombres simplemente cotidianos: Calle del Hola Qué Tal, de la Aguja en el Pajar, del Chupe con Guatitas. Sería hermoso. Imagínate que te cuente un día que a ella la conocí en Cómo Estoy Godoy esquina de la calle Del Uno Aceituno. Sonaría distinto que 18 de septiembre o 5 de abril fecha inmortal como dice un mal himno que felizmente casi todo el mundo ignora.)

Al llegar a la clínica, se me acentuó la inquietud. Si algo iba a pasar, qué iba a ser de toda esta gente que esperaba repletando las bancas adosadas a los muros de largos pasillos. Toda gente modesta y proletaria cuya única posibilidad de curación la venían encontrando en estos policlínicos instalados durante el gobierno de la Unidad Popular y que atendían gratuitamente. Empecé a ver negro y a creer que no me sentía del todo bien. Atravesé las hileras de extracciones (70 por 100), tapaduras (15 por 100) y tratamientos de conducto. Pacientes dolientes e impacientes. Nos correspondía atender a cuatro poblaciones. Un total de veintitrés mil habitantes. En el fondo, para los que allí llegaban, la extracción de una muela era un acto de ternura. Un pequeño tirón como un coscacho cariñoso y ya está el dolor afuera, puede irse, tómese estas aspirinas y no le pasará nada, quédese contento, salga feliz, no le haga caso al cielo negro ni al poco trabajo ni a la hija que se le fue con otro más peor y más nada. Esta muela que usted ve se va al tiesto de la basura. Sí, yo sé, es un pedazo de usted mismo, viene con usted desde los siete años, ha masticado todo lo que usted no ha comido; apretándola, ha servido contra el frío y los malos ratos o para esas rabias súbitas, imprevistas, contra la existencia. Ha empujado el beso, el legal y el furtivo. Ha roncado en el descanso. Y de tanto trabajar, de darle que darle contra un aire sólido, se ha venido abajo la pobre, se ha degradado, corroído, derrumbado, podrida desde las raíces mismas; de tanto triturar se ha ella misma triturado hasta quedar convertida en pobre desecho, en arista aguda. Sí, desde el fondo de usted mismo ella ha surgido y es hueso de sus huesos y yendo al tacho de basura al que ahora se dirige no hace otra cosa que precedernos. Ella sufre el castigo de toda deserción. Pero no se preocupe, váyase tranquilo. La tenaza ha sido la prolongación de mi mano; mi mano, la prolongación de la sociedad que con el dolor ha matado su dolor y que aquí, en este policlínico, vela por usted. Y hasta la próxima. Y, por favor, que pase el próximo.

Trabajo con un colega. El está ya ahí con su puntualidad muy inglesa y su dicción a lo Grange School que consiste en hablar modulando absolutamente todos los sonidos y en tragar el aire sin jamás botarlo. Tiene una sonrisa perfectamente cuadrada donde lucen unos dientes muy blancos, muy regulares, sospechosamente



Julien

l'inv.

G. G. G. G.

perfectos. Es corpulento y cordial, casi atlético; un jugador de rugby egresado de un "college" inglés. Es momio, pero posee el arte de evitar todo lo que sea desagradable y, desde luego, elude la conversación política en su trabajo profesional. Un perfecto caballero que sabe privilegiar el trato humano. Me recibe con un "buenos días, Lucho", pero no hay sonrisa que apoye las palabras. Voy hacia el delantal y escucho entonces que hay una radio funcionando.

—Tengo la radio puesta —me explica— porque parece que pasa algo en Santiago.

"El asunto va, el asunto va mañana." Toma las precauciones del caso. Y el mañana ya es hoy. El cielo negro, el general ausente, la radio puesta porque algo pasa en Santiago. ¡Toma las precauciones! ¡Qué precauciones! El Partido estaría advertido, ya que lo estaba yo. No a la guerra civil, todo el mundo a sus puestos de combate. Y los puestos de combate eran los puestos de trabajo. Yo estaba en el mío. ¿Precauciones personales? ¿El auto, la mujer, el niño, el dinero del banco? ¿Huir como una rata hacia la Argentina sin saber por qué ni lo que está pasando? ¿Aceptar, además, por anticipado que todo está perdido? ¿Y los cientos de miles que desfilaron por las calles el 4 de septiembre no hablaban a las claras que la clase obrera y los campesinos estaban con nosotros? ¿No habíamos ganado acaso el paro de octubre y vencido la ofensiva más violenta que se haya conocido en Chile de parte de la burguesía? ¿Y el tancazo? ¡Una orden del comandante en jefe del ejército y los tipos volvían a sus cuarteles con los tanques entre las piernas! ¡Precauciones! Me pongo el delantal y la auxiliar hace pasar a una mujer que es el primer paciente. Está vestida de negro y lleva un pañuelo también negro en la cabeza. Es una extracción. Yo estaba en mi puesto de combate ahora, de verdad, con una jeringa en la mano. La radio suena. Es un tango. El proceso ha sido hondo, ha calado tan profundamente en la conciencia del pueblo, que no podrán pasar. Veo miedo en los ojos de la mujer. No sé por qué me veo en su miedo y tengo miedo, no de quererte, como dice el tango, sino de pinchar. "Ay", grita ella. He pinchado demasiado fuerte. Me ha temblado un poco la mano. La auxiliar que me ha mirado un poco extrañada prepara una segunda inyección. Hay una espera tensa interrumpida por un ¡shitt!. El tango ha terminado. Silencio. Pero es otro tango el que empieza. Uno busca lleno de esperanzas. Con la segunda inyección, la paciente no protesta por el camino que los sueños prometieron a sus ansias ni se desangra con la fe que me empeña. La música se interrumpe, ¡shitt!, ¡escuchen! Silencio. Alguien habla. Identifico de inmediato la voz. Es Allende, es el Presidente que dice, ¡shitt!, dice "mis palabras no tienen amargura y que sean ellas el castigo moral para quienes han traicionado su juramento". ¡Ya está! ¡El asunto se vino...! "Soldados de Chile, Comandantes en Jefe titulares, el Almirante Merino, que se ha autodesignado comandante de la Armada, más el señor Mendoza, general rastrero que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno y que también se autodenominara Director General de Carabineros..." ¡Es el golpe! ¡Es el golpe de Estado! ¡Que no pasen...! "¡No voy a renunciar...!"

¡Bravo, Chicho! ¡Eso es de gallo...!, “tienen la fuerza, podrán avasallar, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos...” ¡Podrán avasallar, podrán avasallar, podrán...! No se escucha bien. La voz aparece y desaparece en medio de todo el ruido. Hay un pitito agudo y ronquidos graves, como de oleajes distantes..., “momento definitivo, el último que yo pueda dirigirme a ustedes”.

¡El último, el último! ¡Qué quiere decir esto, Chicho, por mi madre! Cierro los ojos que me pesan y no entiendo nada, no quiero entender, ni siquiera oír ya la voz del hombre digno que fue leal a su patria. El blanco de la clínica, el delantal, los muros, me hacen mal, tengo un miedo blanco que comienza ahí en la viejita de negro, aún sentada con la boca abierta y que se continúa en los miles y miles que creyeron, que vuelve, doblando la esquina de Borjes, que sube las escaleras de mi casa, que entre en Alba, luego en el niño y allí se queda doliéndome en el estómago.

—¡Doctor! —la auxiliar me tira de la manga y me muestra la paciente.

Tomo las tenazas y empiezo a trabajar un premolar inferior. El golpe podría pararse con los militares leales y la fuerza de las masas. Una huelga general y basta. ¡Cómo dominar un país vacío! ¡Tanques atravesando calles desiertas! Claro que el problema son los momios que ya estarán entusiasmados, frenéticos. El premolar se resiste y la mujer me interroga con la mirada de esos ojos cansados y negros. “El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse.” Noble el hombre, responsable hasta el final. Grande eres, Chicho. Estás batiéndote ahora no por un presente que está cruzando ya la frontera del recuerdo, sino por el futuro, por una historia que pertenece al pueblo. Grandes alamedas. Hombre libre. Sociedad mejor. Su lección es moral y castigará la felonía de un Pinochet, la traición de un Mendoza. La traición. Ya está, digo a la mujer. Puede irse. Cuídese.

Nueva pausa en la radio. Algo así como un himno y la emisión se interrumpe definitivamente.



Pepa

(xil)
10/24

Gerardo

POEMAS

ALBERTO VEGA SUAREZ

BAJO LA NIEBLA

Bajo el aire respirado y mustio.
Bajo el óxido del mérito ficticio.

Dónde está la profesora,
el joven regidor y el cura?

Bajo las raíces de algún tronco hueco.
Bajo el luto roído del cimiento viejo.

Dónde está la costurera,
el médico de pobres y el poeta?

Bajo los restos del banquete negro.
Bajo las grietas del arroyo seco.

Dónde está el ciclista,
el obrero del campo y de la mina?

Bajo la revancha y su regusto agrio.
Bajo la hiena verde y su epitafio.

LONQUEN

Trepa un grito yerto
el pozo profundo:

espíritu herido,
muerte presunta.

Sangre de piedra,
ladrillo.

RANCIOS

Linaje oviforme
de meollo y alma,
cofradía de huesos
racista y babydoca;
alcurnia pino-shaísta
heteróclita y boba:
putativa y escorial
casta de somozas.

MARTIR

Loado sea tu grito,
tu miedo;

tus mejillas al aire,
tu carne.

Loado sea tu silencio.

FOSA ARDEA-DINA

Mordaza raída
voz de hiel
Mortaja roída
piel de cal
Anima
hórrida
Lonquén.

Dr. GACHET

Piensa,
perdiendo su mirada
en la blancura arisca
de los muros de su nuevo estudio;

su diestra, eternamente limpia,
alcanza sus pómulos y los arruga
indagando con calma las respuestas.

Yo le ofrezco mis ojos y mis dudas.

Su vista me atraviesa sin mirarme
sugiriéndome que nade entre acuarelas
y me zambulla nuevamente en una espera,
mientras su mano tosca y ausente
acaricia el infierno
jugando impasible con una planta verde.

Todo su mundo vibra en su extravío
rodeando su volátil lejanía
con un zarco éter furibundo.

Le observo. El cintillo amarillo
de su trajinada gorra, el ceño fruncido,
sus párpados casi somnolientes
y la sonrisa prometida de sus labios,
me piden que me escape y me sumerja
en nebulosas similares.

Le observo,
solitario y cercado en su universo,
y le pido consejos;
es el único vecino que me entiende,
es confidente cercano de mis versos.

MALECON

Despegó
como un presagio de llanto
desde el llanto,
como un desgaje de uvas
desde el vino,
como el mar que revienta
en los mares del mar.

CONVIVENCIA 3

...Y ahora qué?
seguir huyendo como sapo?

Y por qué huir...
si hay barro para todos?

para todos los sapos,
para todos los zorros,
para todas las hienas,
para todos los todos.

TECLEANDO

Descubrí que las teclas de mi máquina
trinchera transitoria

Hoy disparé una ráfaga de versos
es más pequeña y transitoria.

EL ASMA DE LEVIATAN*

ROBERTO ARMIJO

El había vivido por años en aquella bóveda oscura y había descendido a esos mares donde suena el fragor de la tempestad y se escucha el paso de las fieras marinas como la tiburona, y se había acostumbrado a pegarse a su piel en los momentos de salir al aire y en los momentos que a pique, con la velocidad del rayo, partía las aguas de los océanos. Esta vida tenía instantes de deleite y entonces acurrucado veía a través de la piel los macizos de corales, las islas y hasta soñó alguna vez a atravesar la piel y quedarse flotando desnudo en el vaivén de la espuma, oyendo como el mar rompía sus masas de agua en los acantilados. Un día este hospedaje comenzó a volverse difícil. En su hambre no se contentaba con los pececillos que tragaba, y comenzaron a entrar por sus fauces animales feroces que volvieron insoportable el aire con que él vivía. No sólo le robaban las onzas de aire que flotaban, comenzaron a perseguirlo, a inquietarlo. Eran cangrejos de tenazas agudas. Rayas eléctricas. Peces diablos con ojillos fosforescentes que lo descubrían en los repliegues que como una fragua retransmitían el latido del mar. Esta vida se volvía una pesadilla y él ya no oía el canto de las olas en su ir y venir, ni podía mirar a través de la piel, el sol de la tierra. Un día en su hambre milenaria se atragantó de peces muertos, y en sus convulsiones y coletazos, él adivinó que algo de la fiera se desprendía. El veneno de los peces muertos corroía sus entrañas. El tuvo que sacar fuerzas de su propia experiencia, y a ciegas en aquella bóveda viscosa, afirmó sus pies con energía, ya que las babas del vómito sonaban como un

* Fragmento de una novela inédita.

torrente, y él en medio braceaba y sintió que un dolor agudo se posó en su frente como una corona. Oyó en las noches tormentosas los coletazos y sus vueltas rápidas cuando su cuerpo monstruoso rodaba como una roca en las tinieblas. Su vientre se agitaba en convulsiones coléricas. En una sacudida fue aventado en medio del torrente de vómito que tenía el olor punzante de las algas, y fue llevado por la espuma de los alfaques a las arenas de una playa desconocida. El no sabe las horas, los días que permaneció enterrado en las dunas, ni oyó ya el mar. Al despertar vió sobre el mundo un sol nuevo, y a lo lejos el resplandor de Babilonia. La atmósfera aparecía luminosa y no quiso volver a ver el mar porque temía la tempestad, y soportando su sed comenzó a caminar hacia Babilonia que levantaba en el crepúsculo sus puentes, sus jardines colgantes, sus torres, sus cúpulas, sus palacios. El estaba como inconsciente de su aventura. Lo único que le advertía que se había salvado era un viento temprano que respiraba con sus narices hambrientas. Casi ni sintió el esfuerzo físico cuando alzaba con agotamiento sus pies que se hundían en la arena. Lo que cuidaba de hacer, sobre todo, era evitar los charcos de agua detenida. Como por milagro se acercó a la ciudad y se vio envuelto por la primavera que reverdecía en los grandes bulevares. Cuando empezó a caminar, estaba alegre, estaba tranquilo. Sólo caía sobre su cabeza el sol de la tierra. Sólo respiraba el aire de la estación benigna que a su paso encendía los árboles, encendía el rostro de la muchedumbre que se arremolina, que se aglomeraba en las salidas del metro, en las estaciones de los trenes. Como por azar leyó el rótulo que medio ocultaba la rama de un castaño y leyó bulevar Magenta, y encantado de saberse a salvo caminó y cayó después en el bulevar Strassbourg-St. Denis, y continuó repitiendo en voz baja: ¡Estoy rodeado por la primavera!; ni advirtió que caminaba ya por el bulevar Sebastopol. En los cafés había mujeres de miradas alegres, hombres con barbas bien cuidadas, y grupos de ancianos conversaban animadamente en los bancos de los parques. Este paisaje lo animaba a caminar, a decir: ¡La primavera! No se dio cuenta, por estar sumido en sus meditaciones, que se acercó al río que dividía a Babilonia. Los puentes aparecían iluminados por la tarde que se iba, y la noche eléctrica que venía. En el fondo, sobre la masa de edificios, de espacios verdes, el sol como una enorme naranja cubría el mundo, cubría su cabeza, su traje, sus zapatos. Agachó la cabeza sobre el río. Barcazas lujosas partían las aguas sucias y saltaban como delfines a sus costados masas de espuma. Los turistas tomaban fotografías a los palacios, a Notre Dame. El continuó caminando sin prisa alguna, jubiloso, tranquilo. Cuando desembocó en el bulevar St. Michel ya la noche se extendía como un enorme lienzo. Caminó hasta el parque colgante y lo encontró lleno de muchachas que leían bajo los últimos resplandores, de jóvenes que cantaban y bailaban al compás de músicas exóticas. El paisaje estaba matizado por las flores, por los grandes árboles, por la grama y los perros que corrían entre los arriates. En medio jugaban los niños en la arena. Otros colocaban barcos de papel en el agua de las fuentes. El se sentó bajo la sombra de un castaño, sin permitir que

el pensamiento se llenara de tristeza, comenzó a ver que salían estrellas en el cielo de Babilonia.

.....

En las montañas fronterizas a Honduras, en las sierras del Cayaguanca y el Congolón, todavía merodea el tigre. Se encuentra el puma, de pelaje de oro viejo. El tigrillo veloz como el rayo, el lince que duerme en los árboles frondosos, el gato de monte que vive en la cueva de los cerros, la danta de paso lerdo, los coyotes que en el invierno bajan a los pueblos, el zorro de agua que en las noches viene a pescar al río Sumpul, el mapache de piel manchada y suave, el tacuazín que acaba con los gallineros y que es un animal sabio, protector de sus hijos. En una bolsa, la tacuazina guarda sus crías. El guazal de piel lustrosa y fina, el marrano de monte que anda en piaras y que es hediondo y cruel. El oso hormiguero que no tiene cola y que es casi ciego y tiene un hocico largo. Este animal es el terror de las hormigas curuncas, de las carreadoras, de las raquincas. El venado que se guarece en los parajes entre las lianas y los helechos. El zorrillo, que cuando mea hace correr al cristiano, y cuya infundia es buena para los catarros de pecho. La taltuza, animalito pernicioso, que arruina los cafetales y los platanales, se alimenta de raíces tiernas. El cusuco, alimento sabroso, el tepezcuintle de carne excelentísima cuando se corta en tasajos y se deja correr el aire. Los monos, que saltando en los robledales y pinares hacen una grita del demonio. Estos son unos fregados, a veces guardan las piedras que uno les tira. Al difunto Jacinto Chicas le rajaron la cabeza de una pedrada una tarde cuando regresaba de los frijolares. El garrobo y la iguana que construyen sus madrigueras en las peñas. Se encuentran aves de rapiña como el zopilote de montaña, enorme y de pico y garras filosas; el rey zope, de colores vistosos y que tiene una cresta como de chumpipe; el querque, feroz enemigo de las víboras de cascabel; el zunchiche, devorador de palomas y conejos; el tere, que come las vacas muertas y las culebras tepelcubas; el gavilán, terror de los pollos, de las perdices; las loras que pasan en bandadas ruidosas; los guacamayos que en las mañanitas de octubre aparecen como manchas deslumbrantes; las guaras, que adoran vivir en los amates; el torogós, que ama la sombra fresca de las barrancas; las tórtolas de tierno arrullo; las palomas torcaces, que hacen sus nidos en los guarumos; las palomas zuritas, que se hospedan en los bejucos de chupamiel; las tijeretas que pausadamente cortan el aire; los azacuanes, que son los heraldos del invierno; las perdices, que habitan en los zacatales de jaraguá; el pahuil, de cresta elegante; el pato chancho que cuelga una bolsita como un güegüecho; el pato aguja de cuello flexible y largo; el alcatraz, gran volador; el sargento, de color negro o púrpura; el águila, crestada y feroz, yo la he visto llevarse liebres, conejos, pavos, es enemiga feroz de las culebras; el tångara de plumaje rojizo y tornasol; el zanco de cuello negro, que gusta de las ciénagas que hace en los inviernos el Sumpul; la paloma inca, pequeña y abultada que se confunde con el color de la tierra; el

cuclillo, que algunos le llaman pájaro león; el vencejo, de cuerpo ágil y atigrado; la urraca parlanchina; el reyezuelo de canto atimbrado; el aracori de plumas verdes y rojas; las codornices, que hacen sus nidos en los escobillales; las golondrinas, que vienen cuando llega el verano; las garzas reales, que aparecen con las primeras lluvias en el mes de mayo; el chíó que cuando gorjea anuncia la visita de un amigo; los flamencos, que de repente vuelan sobre las pozas en el Guascorán; las garzotas, que se bañan en las sabanetas; los cuervos, que amuelan los milpales; los búhos, aves de mal agüero; las auroras, que avisan cuando el cristiano va a morir; las lechuzas, que se ocultan en los montes oscuros; las gallinas chochas, que cuando vuelan hacen un ruido pesado; el pavo azul de plumas violáceas; los chumpipes salvajes, de carne deliciosa y que andan en manadas y buscan los parajes húmedos; me contó Jacinto Pichinta que nuestros abuelos indios los domesticaron desde los tiempos de antes; los guauces, de canto lánguido y que vuela en las primeras horas de la noche; el tordo, bueno en arroz; el caballero, pájaro del diablo, que cuando uno va en la oración por los caminos, dice lúgubrementemente: “¡Caballero!”; el pitorréal, de silbo cristalino; el alcarabán de vuelo lerdo, ave útil pues no deja en paz a los insectos dañinos; el dichosofuí, que trina siempre: “dichoso fui”; las gualcalchías noveleras, que adoran hacer sus nidos en los espineros de ixcanal; el colibrí, milagro chupando las flores; el martín pescador, terror de las guabinas y los juilines; los clarineros, de plumaje negro azul y que comen tigüilotes y los granos de la flor de corozo; el pájaro carpintero, diligente, que hace su cueva en los ceibos; el zanate, ave sucia, que goza pasar su tiempo en el lomo de las vacas y las bestias, se alimenta de coloradillas y garrapatas; el cardenal, de pecho rojo rubí; el zorzal, ave milagrosa; mi pobre Antonia adoraba oír cantar los zorzales; la chiltota que se parece al arco iris y que cuelga sus nidos de brizna en las ramas de los guarumos o los hilos del telégrafo; la calandria, de gorjeo mañanero; el zenzontle que trina en las noches de luna llena; Servando se hizo famoso en las fiestas y ferias de por aquí imitando el canto de todos los pájaros; el jilguero de cabecita roja; el arrocero, que anda volando en manchas y planea sobre los arrozales, y se tiene que espantar con tambores, pues se come en un dos por tres el grano tierno; el botón de oro, finísimo como un girasol; el pocuyo, cuyo canto suena como un hondo gemido; el guardabarranco, pájaro brujo, heraldo del nixtamalero; cuando eras cipote en la casona de la finca había una mata de jazmines del cabo, allí por meses anidó un guardabarranco que se pasaba la noche entera gorjeando; el turpial de gorjeo embriagador; el pinsón, que tiene una corona rubí en la cabeza; el mirlo, de canto adolorido; el pequeño cantor de color naranja, y el quetzal que es el rey de los pájaros. Hay animalitos como la abeja jicota de miel ambarina; la abejita de chumelo, trabajadora prodigiosa y cuya miel es suave y perfumosa; la avispa de montaña cuya picada se encona, y la más jodida de todas, la avispa guitarrón que puede llevar a la tumba a un cristiano, y la más salvaje: la avispa ahorcadora que si te pica comienzas a tener sed y uno siente que se muere; sin olvidar la

avispa de los zúnganos, de miel fuerte y espesa. Hay también culebras como la zumbadora, animal prodigioso; la masacuata o culebra de las sementeras; la bejuquilla, víbora maligna, que cambia de color según sea el tiempo; la víbora cascabel, que alcanza seis metros de largo, y dicen que llega a tener hasta 50 años; el coral que habita en los agujeros de las peñas, su picada es mortal; la castellana, que mora cerca de los ríos y que tiene manchas negras y atigradas; el tamagás, de color oscuro y largo como de sesenta centímetros; el cantil, de chorcha anaranjada; animal maldito que cuando pica pone el huevo de la muerte; la tarántula que alcanza el grandor del puño de un hombre; el ciempiés que mora en las paredes de las casas viejas y en las raíces y en los troncos húmedos; los sapos de los potreros, enormes como piedras; las ranitas de los charcos; la rata de los ríos, de pelaje suave; las ardillas tan graciosas y otros animales más, que poco a poco comienzan a desaparecer.

.....

Te crees que te salvarás. Recuérdate de los largos corredores de la casa. Recuérdate que cuando comenzaban a caer los aguaceros, las sombras venían del fondo del jardín y se instalaban en la casa, en las habitaciones, y recuérdate que tú oías caer la lluvia sobre el tejado, moverse como espectro los naranjos, descender borbotando el agua en los canales de los aleros y resonando pasar por los tubos de lata. Ya en ese época tú sufrías. Ya en esa época tu corazón no estaba en paz, y tus ojos de niño asmático veían en el techo cabezas monstruosas; en los rincones las gárgolas que ahora también se vuelven amenazantes acorralaban tus nervios. Tú creías que eran minúsculos hombrecillos que se desplazaban entre las hojas, que corrían por el patio y que llegaban a torturar las orejas de los caballos, la cola de los perros, pues siempre cuando oías relinchando los caballos, cuando oías ladrando los perros, cuando oías cacareando las gallinas, tú llorabas por Pulgarcito devorado por el monstruo, te creías Pinocho caminando a tientas con su padre en el vientre de la fiera marina y tus ojos proyectaban los fantasmas, se convertían en lo que sería después la sombra de Cachás, el viejo panzón y pérfido, que cuando te veía llorar en las madrugadas —pequeñito e indefenso—, junto al tragante de las aguas sucias, después de hacer una larga cola, y que venían los dormilones —con su grosería de siempre— y consumías en vano tu fuerza, hasta dejarte jadeante, saltando después lloroso de la cola. En esos momentos aparecía Cachás, con sus ojillos de culebra, a ofrecerte 50 periódicos de la Prensa Gráfica, y tú en tu tristeza, en tu desesperación, primeramente lo creíste un viejo bueno, pero después descubriste —fue tu primer horror— cuando regresaste al día siguiente a su cuarto, que tenía a Ricardo, tu amigo del barrio de las Victorias, pegado a la pared con su cara de niño de once años, toda transida por el dolor. El viejo penetraba su culito de niño huérfano.

.....

Y fíjense que entonces Maximiliano llegó a mi casa. Yo acababa de regresar de los obrajes, y al preguntar a mi mujer por mí, ella le

contestó: "síntese don Maximiliano. ¡Qué milagro verlo por acá! ¿Le gustaría tomarse una taza de chocolate con un pedazo de marquezote que acabo de hacer?"... "No te molestes Antonia. Yo sólo quiero saber si Francisco está en casa. Me imagino que es él quien toca la guitarra". "No, don Maximiliano, es mi hijo Juan Ramón"... "Bueno, decíle a tu marido cuando regrese que he venido a buscarlo". En ese instante entré yo. Venía del fondo de las cuadras de desensillar los caballos. Al verme Maximiliano endureció su rostro y sus ojos me miraron con la furia de una víbora de cascabel. Se acercó a mí, y me dijo: "Francisco, quiero hablar con vos. ¡Que Antonia nos deje a solas!" Mi mujer al oír a Maximiliano tembló de pies a cabeza y dejando sobre la mesa el jarro con chocolate y los pedazos de marquezote, desapareció en las habitaciones interiores. Maximiliano hizo girar sus ojos, cubiertos por unas pestañas espesas y haciendo un gran esfuerzo controló su cólera. Encendió un puro de Copán y yo, mientras tanto —intuyendo por qué él había venido a buscarme— me entretuve sacando sin éxito fuego con mi eslabón y tratando de encender un cigarrillo patas de cabra. "Bueno, recalco, creo que sabes por qué he venido, ¿verdad?"... "No, le respondí"... "¡Me extraña! He venido a retarte a un duelo. ¡Escogé! ¿Querés que sea con pistola, con corvo o con florete? He venido a lavar mi honor. En el pueblo soy el hazmerreir. ¡En el pueblo soy el rey de los cornudos! Y sos vos, Francisco, sos vos quien me ha hecho cornudo. ¡Y la puta de mi mujer!"... "Maximiliano, controlate, sos un tonto. Sos un bobo, al creer las habladurías de la gente. ¿Cómo crees que yo te faltaría al respeto? ¡Nuestra amistad de más de cincuenta años! ¡Nuestro compadraje! No olvidés que soy el padrino del primer hijo de tu primera mujer, y que he sido el padrino de tu segunda boda"... "Sí, de esa segunda boda que me ha envenenado la sangre. ¿Por qué diablos, yo, un viejo de 70 años me casé con una joven de veinte? Paso mis manos sobre la cabeza y siento la bochornosa abultación de los cuernos que vos, hijo de puta me has colocado"... "Maximiliano, por favor, ¡escucha! ¡Contrólate! ¡No seas ingenuo! ¡No seas bobo! ¿Cómo crees que yo, tu compadre, te haría eso?" "Bueno, me contestó, creo que hablo con un hombre que tiene sus calzones bien puestos. Yo no he venido a oír tus mentiras. Yo he venido a retarte a un duelo. ¡Escogé! Y si no escogés, te mandaré a matar como a un perro". "Bueno, le repliqué, escojo el florete". Eran las cinco de la mañana cuando en los arenales cercanos a Arambala, nos encontramos, Maximiliano con su padrino, Procopio Jiménez y yo, con Emilio Guardado, mi primo. El nixtamalero estaba clarito sobre los cerros, y abajo, en las gargantas cubiertas de pinares y liquidambres, sonaba el río. Los padrinos contaron hasta diez, y luego comenzamos nuestro duelo. Una hora después, ni él, ni yo nos habíamos tocado. A las 8 de la mañana, tres horas después, nos caíamos de cansancio, y apenas unos rasguños nos habíamos hecho. Entonces, dijo Emilio: "¡Maximiliano, Francisco ha peleado como un hombre, y usted también! ¡Por el nombre de Dios, dejen de pelear y dense un abrazo! Yo creo que Francisco tiene razón. ¡El es inocente! ¡E inocente también es su

mujer! Procopio entonces recalcó: “¡Maximiliano, vos estás limpio de toda mancha! ¡Tu honor está clarito como agua de pozo! “Bueno, contestó Maximiliano, yo como hombre he respondido a mi honor, y dejo a Dios que mueve las hojas de los árboles y a la palabra de Francisco el secreto. ¿Francisco, vos jurás por el Señor Crucificado de Tambla que jamás has deseado la mujer de este pobre viejo?”... “Te lo juro, le contesté”. “¡Entonces dame un abrazo!”... y así, hijo mío, finalizó aquel capítulo extraordinario de mi vida en que ví la muerte cara a cara. ¡Maximiliano era el espadachín más famoso de la región!

.....

Tú creíste que todo iba a hacer fácil. Subiste con los otros compañeros en el cayuco, y cuando empezó a deslizarse en la arena y meterse en el agua y bambolear en la espuma, tuviste que acurrucarte en medio para hacerte más pequeño, y los otros compañeros, privilegiándote a ti por ser el intelectual del grupo, se tiraron al agua, a ayudar a que el cayuco fuera maniobrado con pericia por el compañero nicaragüense. Este demostró tener una experiencia admirable, y sólo un momento sufrió cierta vacilación por temor al mar picado. En la seguridad sólo oíste por horas el ruido a metal del mar. Frente a tus ojos se prolongaban las manchas ondulantes de la marea. Tú mirabas el cielo. ¡El hermoso cielo de Centroamérica! Había millares de estrellas, y el nixtamalero mostraba su desnudez misteriosa. El contacto con el cielo tachonado te remontó a aquella noche de junio perdida en la memoria. Aquella noche que habías reprimido por trágica, cuando despertaste al oír el ruido de cascos y los golpes precipitados en el zaguán. No recuerdas si tenías siete años. Lo que recuerdas es que oíste a tu madre gritar: “¡Dios mío, no puede ser!” Y viste a tu padre que ordenaba a Teodosio que ensillara los caballos y reconociste en la puerta a tu tío Chabelo —que años después también se suicidó—, decir a tu madre: “¡Delfy fue esta tarde! A la oración. Había estado en la hamaca cantando “Un Viejo Amor”. Había estado tocando la guitarra, y después de cenar entró a su cuarto y se despachó un tiro en el corazón. Cuando salí de Arcatao, estaba todavía con vida. He corrido con mi caballo, y espero primero, Dios, que Tencho haga alto. Lo último que ví fue a Juventina que le ponía en la cabeza un pañuelo blanco. “Tú no comprendiste de qué hablaban, pero intuiste que era una tragedia terrible”. Después oíste el trote de los caballos en la noche de luna llena y al salir al corredor, oír a tu madre: “¡Dios mío! ¡Virgen Santísima! ¡No! ¡No puede ser!” Tú te acercaste a ella, y al verla llorar, le ofreciste un lirio y le acariciaste su cabellera, y oculto entre ella, que caía sobre el rostro de tu madre que lloraba, viste el cielo, el inmenso cielo azul de Centroamérica.

.....

El caminó bajo la lluvia que envolvía la pequeña ciudad de provincia, y se quedó esperando con paciencia que apareciera el

muchacho agitando —como le habían dicho— siete veces el pañuelo color blanco. El temió entrar en la cantina, a tomarse un trago, pues temblaba de frío. El temía que en ese instante llegara el muchacho y temía también que algún borracho fuera un oreja o que alguna puta o el mismo cantinero estuvieran al servicio de la policía. En fin, él temía todo: el viento, la lluvia que sonaba en los tejados con el ruido que hacían las palomas en los aleros de la casona del pueblo donde nació. Sin embargo, el frío, las horas lentas, pausadas, saltando en los sapos que se deslizaban arrastrados por la corriente, lo hundían en ese temor a lo desconocido; el pasado venía a posesionarse de su pensamiento. ¡El no pudo más! Entró a la cantina y vio a una mujer gorda de piernas enormes —el cantinero cariñosamente la llamaba “ballenita”— acariciando la cabecita de un viejito que lloraba frente a un trago, y mocosos chupaba un jocote. Vio a otros dos borrachos que pegados al mostrador discutían de la calidad de los cerdos extranjeros mucho más frondosos y de carne más deliciosa que los cerdos criollos, y oyó a otros tres borrachos —por su pinta parecían secretarios de juzgados— hablando de la importancia de leer los editoriales del diario de hoy, y oyó en el fondo, junto a una lámpara de carburo al cantinero que al verlo le dijo: “¿Qué desea joven?”. “Un doble”, le respondió. El sintió que el alcohol le quemó la garganta, y al comer la boquita de chicharrón, un sentimiento de satisfacción —de valor—, se posesionó de su vientre, de sus nervios que tiritaban como las cuerdas de un violín. Se repitió la dosis, y al oír al cantinero preguntarle si deseaba probar una boca de conchas, le respondió: “No, por favor, de lo mismo”. Con el segundo doble olvidó su temor. Olvidó la mañana cuando a caballo guiado por un contrabandista, había atravesado la frontera, y había olvidado las últimas palabras de éste: “quédese aquí, por favorcito, no se mueva. Aquí vendrá a buscarlo un muchacho que agitará siete veces un pañuelo blanco. Es él quien lo pondrá al otro lado del río. ¡No olvide mi consejo! Me voy salvando mi responsabilidad”. Y ahora él, allí en la cantina, en medio de los borrachos desconocidos. El también medio borracho. Un nuevo miedo lo agotó, y le volvió amargo el trago doble y le amargó las boquitas de chicharrón. Con voz temblorosa le espetó al cantinero: “¿Cuánto le debo?” “Cinco pesos le contestó”. Borracho salió de la cantina inmundada, y tambaleándose se encaminó a la esquina creyendo que allí, tal vez, ya estaría el muchacho desconocido haciéndole rítmicamente siete señales con el pañuelo blanco. El llegó. El se apoyó en la pared húmeda de una casa de grandes puertas de cedro, y se quedó quieto, mirando el cielo oscuro, mirando el vuelo lerdo de los escarabanes, mirando la llovizna que caía intermitente y que recorría la calle principal del pueblo, mirando la niebla que pasaba sobre la copa de los árboles, el agua que pasaba en correntadas, los sapos malditos, gordos, pesados, que pasaban agitando sus patas grotescas en la corriente. El esperó una hora. El esperó dos horas y comenzó a sentir sueño. El se sentó en la cuneta y dejó que la lluvia cayera sobre su cabeza afiebrada, y hundió sus botas en la corriente y le dió patadas a los sapos malditos que pasaban como



el Beto.

(xcl.)
12/30

Stella Sierra

infladas bolas de carne. El entonces empezó a temblar. Empezó a oír ladridos de perros en los maizales. El ruido de los camiones que pasaban por la carretera. Estaba como en duermevela y comenzó a pensar en su madre, en su mujer, en su abuelo de 99 años y se vió pequeñito como sus hijos caminando en medio del gallinero, corriendo por el patio de la casa, cepillando las crines de los caballos y absorto viendo el ramo de lirios colorados. Se subió a la pila que estaba en medio del patio, y se vió caer en el agua espesa donde bebían agua los caballos; se vió caer lentamente después de empinarse a coger el hermoso gajo de lirios, y sintió el ahogo, y ahora que caía sobre su cuerpo la lluvia, se volvió a hundir en las aguas duras de la pila, y comenzó a bracear, comenzó a gritar, y vió a su padre que al oír sus gritos salió de las habitaciones interiores, y oyó sus gritos de alarma y sintió sus manos que lo agarraban fuerte de los cabellos y ahora mismo sintió el dolor de cabeza de su infancia, ahora mismo que sobre su cuerpo tembloroso caía la lluvia. El había descendido al fondo del abismo y su cabeza se había enredado en la lama de las aguas profundas, y había sentido que el infierno lo retenía en el lodo ligoso junto a los peces que se desplazaban en la oscuridad, que lo miraban con ojillos redondos, sorprendidos. Lo mismo sentía ahora que sobre su cuerpo caía la lluvia, ahora que sentado en una cuneta de un pueblo de provincia, angustiado esperaba a ese maldito muchacho que vendría con un milagroso pañuelo blanco a hacerle siete señales que lo pondrían al otro lado del río que rodeaba con sus aguas las montañas de El Salvador...

.....

Tú me dijiste, y “él le dijo a su abuela”, aquí junto a su rancho siembro esta vara de lirio. Usted venga todos los días a verla. Si la encuentra seca y sin flores, es que he muerto, es que en mi aventura me he perdido. Desde entonces, ese héroe fuí yo mismo, y ahora —todavía espero que salga todas las mañanas a mirar si la vara de lirios se ha marchitado— ahora voy caminando hacia las dimensiones modernas de un apartamento en la 17 rue André Antoine. Acabo de cenar solo en un restaurante de Sévres-Babilone, y después de varios vasos de vino, sentí el deseo de salir a la calle, y me ví en medio de un mundo raro, de una muchedumbre caminando como hombres de plomo. Por todos los rumbos, el aire era de plástico. La noche era artificialmente luminosa. No me importaban las estaciones del metro, los cafés elegantes, mis ojos estaban obsesionados por llegar a mi apartamento de la 17 rue André Antoine. Allí tenía yo que descender al subterráneo que está en mí mismo y luchar contra los demonios. En mi corazón traía el guante y en mis manos la pelota que cuidé de ocultarle a mi abuela cuando salí de mi tierra natal. En mi apartamento comenzaría el juego de pelota. Yo sabía que era un juego mortal, donde mi carne y mi sangre tenían su precio, y apurado caminé —esquivaba a las francesas elegantes, a los policías arrogantes—, y sólo oía la voz que me decía: apúrate, llega pronto, que te esperan los demonios. No sé ni como llegué al bulevar Magente y me

perdí en el gentío, y cuando enfilé por el bulevar Rochechuart me quedé un instante jugando a los dados, mirando por las rendijas de las puertas de los hoteles baratos, a las putas africanas. Sin embargo, la voz me decía: apúrate, los demonios se impacientan en tu apartamento de la 17 rue André Antoine, y cuando llegaste a Pigalle comenzaste a sentir un frío en la boca del estómago, y cuando abriste la puerta de tu casa, miraste con desprecio al conserje judío que te odiaba, y subiste despacio, en puntillas, al cuarto piso, para no llamar la atención de los demonios que vendrían a golpearte la puerta. Al entrar a tu cuarto deslizaste con precaución los ojos. Viste los discos. Viste el tocadiscos y después la cama sola. No oíste ningún ruido. No percibiste ninguna voz. Sin embargo, tú sabías que los demonios estaban allí. Estaban arriba de ti. Estaban abajo de ti. Entonces comenzaste a sentir que en tu cabeza había una cueva, y que en el fondo se abría lentamente una pequeña claridad. Con tus narices sentiste el olor a copal. La claridad crecía, se alzaba allá dentro, en tu cabeza. Entonces descubriste, sentados en sus esteras, en una fatídica reunión, a los demonios de Xibalbá. Cuando te vieron se alzaron. En sus ojos había llamas de furia. En su boca, babas de ira. Entonces el Jefe de los demonios te retó al Juego de Pelota, y tú aceptaste. Comenzó sin ritual alguno, y ví como por arte mágica, desprenderse mi cabeza, y empezar a flotar en el aire de la cueva oscura. Yo afilaba el pensamiento, y ejercitaba mi destreza, pero ellos comenzaron a jugar con truncias. Desviaban con maña la pelota, es decir, mi cabeza que sonaba, que rodaba en el vacío. Cuando sentí que mis fuerzas me fallaron, ¡mamá! dije en voz alta, y recordé los lirios. Cuando mis piernas flaquearon —esto lo recuerdo muy bien— ví que el rey de los demonios de Xibalbá, se acercó lentamente, majestuosamente, y que hundió su cuchillo, y sacó mi corazón, y lo enterró en la ceniza de la chimenea. Ahora estoy sentado, colgado del árbol de mi cuerpo, y mi cabeza es una calabaza y sólo espero que venga ella —la reina de Xibalbá— para seducirla con mi escupida que, por milagro, la preñará...

Maximiliano fue un hombre, como se dice, que nació con estrella. Lo recuerdo cuando comenzó a comerciar con puros que traía de Santa Rosa de Copán, con cerdos que compraba en los caseríos de Santa Rosa de Comayagua, y con ganado que llevaba a las ferias de Tambla, de Ocotepeque, de Sensuntepeque, de Chalatenango, Citalá y Suchitoto. Después comenzó a comprar sus tierritas, sus casas, sus huertos, y las malas lenguas dicen que fue en la época de la ruina de Ocotepeque, que se hizo rico. En esa época construyó su casa aquí en Chiltiupán. Y compró la hacienda de Ilobasco. La casa de aquí la adornó con balcones de hierro. Los artesonados eran de madera de Guayacán. Las puertas de madera de cedro, con grandes aldabas de bronce. El zaguán estaba labrado a escoplo fino, y en frente, bajo la ringlera de tamarindos y almendros de río, había varios postes con argollas para las bestias. En el patio, había una alberca, y los arriates estaban bien cuidados. Las flores saltaban por todos lados. La casa de la hacienda de Chiltiupán era también hermosa. Dicen que todo se

inició cuando Maximiliano tuvo la suerte de comprarse una hacienda a la orilla del río Lempa. En esa época, comenzó un temporal que duró 77 días y 77 noches. Los ríos se salieron de madre, y el río Lempa todo el día zumbaba como un cerdo que estuvieran degollando. El caso es, esto no me consta, pero se volvió voz pública, que cuando dejó de llover, el río había destruido la ciudad de Ocotepeque y se llevó el puente colgante que aquí había construido el gobierno. Era triste mirar cómo pasaban las vacas, los caballos, las cabras, ahogados en la repunta. En las aguas sucias bamboleaban los ramajes y los troncos y las piedras que la fuerza del río había arrastrado. Hubo pueblos arrasados. El agua llegó e inundó todo. La iglesia de San Francisco Lempa se desmoronó y en las espumas se fueron los santos y los ángeles. Cuando bajó la fuerza del agua, a varios kilómetros del Lempa, quedaron lagunas que con la fuerza del sol fueron volviendo el agua envenenada. Los peces varados en esas aguas ligosas, comenzaron los pobrecitos a morir y era triste verlos agonizando en el lodo. En los zacatales se encontraban saltando como buscando aire, y en las peñas por años se encontraban cangrejos que se volvieron cangrejos de leche, acostumbrados a vivir en las hendiduras húmedas. A Maximiliano que le gustaba ir a pescar guapotes, bagres, róbalos, y manejaba diestramente la atarraya, el lumpe, y había puesto trasmallos en el río, en vez de pescar tepemechines y cuatro ojos, el muy suertudo, pescó cofres llenos con bambas de oro, con macacos de oro, y con diamantes y pulseras y anillos. Lo cierto es que de la noche a la mañana, se había convertido en el hombre más rico de toda la región y le agarró por ese entonces esa fiebre de comprar y comprar tierras y casas. Bueno, pues entonces, el muy vivo, terminó de acrecentar su riqueza, al casarse con la Esmeralda, la hija mayor del general Isidro Angulo, el caudillo conservador que fue despachado en la frontera por siete pañuelos. El general que había sido derrotado por los liberales en Santa Bárbara, había mandado, con el resto de la tropa deshecha, a su mujer y a sus hijas a El Salvador, y entraron por los vados que hace en Arcatao el río Sumpul. El, que se había quedado atrás, para pelear y lograr que su familia salvara la frontera, y salvara las mulas cargadas con zurrones llenos de talegas con plata y oro, se mantuvo fuertudo en unas cuevas rocosas del Congolón, y logró escapar de sus perseguidores con un par de sargentos. Este general Angulo, fue un hombre déspota, y con sus tropas de forajidos mantuvo a Santa Bárbara sometida a sus tiranías. Se cuenta que salía en una mula retinta cuando andaba borracho y entraba así bolo a la iglesia, y que en las ferias de los pueblos, tiraba el pisto en las plazas, pues le encantaba que le dijeran: ¡Viva el general Angulo! Fue Siete Pañuelos el que se encargó de despachárselo. Lo encontró durmiendo bajo la sombra de un amate, junto a un pozo. Siete Pañuelos, al reconocerlo, esto me lo contaron de vivita voz, le pegó una patada en el culo, y el general al despertarse se dió un susto del alma, al reconocer a Siete Pañuelos, a quien tuvo preso y quiso fusilar. Siete Pañuelos logró escapar, y fue por eso que se vengó y salvó a tantos cristianos de esta fiera sebada.

La Esmeralda, que era la mayor, fue una mujer de sentimientos contrarios a su progenitor. Ella que estaba oculta en un matorral, presenció la muerte de su padre, cuando Siete Pañuelos ordenó que lo fusilaran con los dos sargentos que lo acompañaban, junto a unos grandes peñones que daban al río. Y después mandó que los enterraran como a unos cristianos. Después, dicen que Siete Pañuelos templó la guitarra y estuvo cantando y bailando. Del susto y la pena, le quedó a la Esmeralda un bolado nervioso que le hacía un poquitito torcer los labios, pero la Esmeralda era una hembra guapísima. Bueno pues, la familia del general logró escapar, llevándose las mulas cargadas con la plata. Lo cierto es, eso me consta pues yo lo miré con estos mis ojos que se comerán la tierra, los manojazos de bambas, los talegos con macacos de oro que Maximiliano ya casado con la Esmeralda, sacaba a solear al patio, junto a los granos de café. Así fue como Maximiliano se convirtió en millonario. Cuando muchachos fuimos grandes amigos y en esos tiempos era un hombre bueno, después fue cambiando, se fue volviendo codicioso y soberbio. Se dedicó a hacer hijos naturales por todos lados. Creo que tuvo treinta. Era temido y poderoso. En sus potreros abundaba el ganado. En sus fincas, eran miles los que trabajaban en el tiempo de las cortas. En sus cañales lo mismo. En sus haciendas había centenares de colonos. Era propietario de bosques de madera fina que se extendían hasta la mar. Bosques que sus herederos descujaron para hacer durmientes para el ferrocarril y para alimentar las calderas porque antes los trenes eran de leña. De su primera mujer, la pobre Esmeralda que él mató con sus malos tratos, tuvo dos hijos legítimos: Isaac y Jacob. De sus hijos naturales, a quienes recibía en la hacienda el día de su santo, al único a quien quiso mucho, fue a Hipólito, que ahora es difunto ya, el pobrecito. Bueno pues, lo cierto es que después se volvió duro. Los Gobernadores Políticos, los Comandantes Departamentales, los Jefes Expedicionarios, lo adulaban, y hasta el Señor Arzobispo cuando venía de la capital, se hospedaba en su casa. La riqueza lo comenzó a trastornar. Eran famosas las comilonas que ofrecía para el día de su santo. La fiesta comenzaba después de misa y mandaba a traer la banda de Roque a Dulce Nombre de María, la marimba de los Quintanilla de Suchitoto y guitarreros famosos como Emigdio, y ese día ofrecía a los colonos y a los mozos un almuerzo en los patios de la casona de la hacienda, en la que se asaban varios novillos, se comían tamales de chumpe y de cuche, se mataban de 50 a 100 gallinas, y corría el guaro a raudales. La guardia al servicio de sus caporales se encargaban de meter en la cárcel de la hacienda a los bochincheros. El, mientras tanto, en los salones de la casona, se entregaba a un banquete con los invitados de primer orden, y en cierta ocasión hasta el Señor Presidente vino a la hacienda a la celebración del día de su santo. Se volvió tan loco, que fijense que a la edad de setenta años se enamoró de la hija del difunto Jeremías Landaverde, y fue por esa época que nos distanciamos cuando comenzó, el muy tonto a celarme con su mujer, que se llamaba Lilith. Su segunda mujer tenía veinte años y era de una belleza de ángel malo. Maximiliano que estaba

enterito, comenzó a chuparse, a volverse como cuero viejo, y hasta cuentan que pagaba a precio de oro esas moscas verdes que zumban en los charcos, que son buenas para fortalecer el bolado del varón. Por celos cometió la locura de matar a su hijo Hipólito, ya que se le metió entre ceja y ceja, que Hipólito vivía con Lilith. Esta historia es triste, y se me humedecen los ojos cuando pienso en el pobre Hipólito. ¡Voy a contarla para que vean los azares peligrosos que corre todo cristiano! Hipólito era un muchacho de carácter dulce. Era bondadoso y generosísimo. Era el único que en verdad se encargaba de las tierras, del ganado, de los cafetales, pues los otros hijos legítimos, estudiaban en la capital, y uno sólo de ellos, mi ahijado, llegó a ser algo. El otro se pasó en la capital gastando su tiempo y perdiendo su juventud con el guaro y las putas. ¡Era un pendejo orgulloso y botarate! ¡Y su fin fue triste! Era el difunto Hipólito un muchacho alto, bien parecido, trigueño. Y quizá es cierto que a la Landaverde le caía bien. Dicen que lo miraba con ojos apasionados, y el viejo que era un cascarrabias de primera, y había corrido mundo, se dio cuenta de la pasión de su mujer. Hipólito que vivía cerca del río, en una casita con un cañal y un jardincito, un día —dicen— que al bajar al río, encontró a su casi madre, bañándose chulona en la poza bruja. Ella que sin duda alguna había preparado este encuentro, salió del agua como una Eva, y fue así como la tentación venció al pobre, y se apechugó a su casi madre. Este gozo fue su perdición. Lilith que estaba encaprichada continuó llegando a bañarse a la poza del río escondido, y desesperada de no encontrar a Hipólito en la casita, comenzó a buscarlo, a perseguirlo, y el pobre la huía. En la época de la molienda, Lilith, enloquecida de celos porque Hipólito le hacía la corte a una muchacha de “Las Vueltas”, cuando Hipólito se encontraba pasando la caña en el trapiche, llegó y frente a todo el mundo lo insultó y le dijo que pagaría con la vida su deslealtad. Alguien le contó esto a Maximiliano. Este llegó en una mula negra a casa de su hijo. Como encontró cerrada la puerta, con la cache del revólver golpeó la madera. Hipólito, que dormía, al oír los golpes, salió al corredor, y al abrir la puerta se encontró con su padre. Este le entregó un puñal: ¡Tómalo y ve y mata a tu amante! Asustado el pobre, se arrodilló, negó todo, besó la punta de las botas de su padre, le imploró perdón, pero el viejo estaba mudo como una piedra. Solamente lo sacudía el temblor de una cólera terrible. “O lo haces, o te mato yo, mal hijo de puta”, le dijo. Entonces Hipólito salió corriendo, y vino entonces el viejo, sacó la pistola —era un tirador de primera—, apuntó, y le dio un balazo en la cabeza. ¡Así murió el pobre! Bueno pues, el viejo regresó a su casa, dispuesto a matar a su mujer, pero al verla tan linda y tan joven, dicen que entró a su cuarto, y allí pasó encerrado sin comer tres días y ni fue al entierro de su hijo. A los tres días, todo el mundo extrañado de que Maximiliano no salía, tocaron la puerta, y como no abría, la forzaron, y cual no sería el susto, al encontrarlo en la hamaca de pita de colores, tieso como un tamal pisque. Dicen que le dio mal de corazón. Así terminó Maximiliano Navarro, el terrateniente opulento, el propietario más poderoso de estos lares...

Tú tienes la tercera parte de Débora, la otra de Judith, la otra de Salomé y por último la preciosa parte de Berenice. Yo sólo sé que haces falta, y que desesperado salgo en estos días lluviosos, a buscarte, a proyectarte en la estación de Sévres-Babylone. Tú no comprendes cuando te hablo que lucho contra los demonios. Tú no me comprendes cuando te leo por teléfono algunos fragmentos de prosas del "mestizo gigantesco". ¡Si yo pudiera ver mi cielo! ¡Si floreciera en mi corazón la vara de un lirio! ¡Imaginémonos que mi cuerpo está tendido, y que soy un valle, y que corre sobre este valle un río, y que tú llegas —un día diáfano— y que comienzas a desnudarte, a meterte sin miedo en la corriente, y que después tú caminas por la rue Mouffetard; tú descienes con tu carita de hebrea y tu paso rítmico por la rue Mouffetard, y miras las flores, y miras las frutas, y cuando compras una lechuga, seis huevos, un litro de leche, un aguacate maduro para comértelo en tu cuartito, de repente por la acción del sueño, en la esquina, estoy yo tendido, estoy pasando como un río, y tú dejas de caminar por la rue Mouffetard y vas caminando por la orilla de un río, y después te metes más, y no tienes miedo, estás segura, estás abandonada a una confianza angélica, y no quisieras volver al mundo cotidiano, a las insoportables llamadas por teléfono, al día gris con su hocico de lobo, con su atmósfera de sarcófago de metro, porque de tu corazón se alzó un deseo, y este deseo lo adiviné, y por milagro me hice un río, y continué hasta tocar el mar, y tú navegando, y tú abandonada en la espuma, de repente fuiste arrastrada, cubierta por mis olas, porque yo dejé de ser un río, y era el mar, el océano, todos los mares, y veías pasar los delfines que te protegían del cerdo del oleaje, y una caracola se acercó a ti y se abrió y te acunó, y tú estabas desnuda recibiendo el sol, y tú en la caracola naciendo en las olas, y tú confiando en tí, en mí, en los tumbos, en la reventazón, pero después —fue un gesto incomprensible— que hizo mi mano, un grito que destrozó mi garganta, te rompió, te sumergió en una corriente peligrosa, y tú aterrada mirabas que del cielo se desprendían nubes gordas como zopilotes, y después sentiste que el río se fue tornando una encrespada oscilación de aguas ligosas, de anguilas que se enredaban en tus pies, y entonces yo dejé de ser un río, y fui el desierto, una llanura de plástico y vidrio, y desperdigadas en las dunas había el esqueleto de una ballena, las cabezas siniestras de yeguas y vacas, y alcé al cielo el rostro, y mi rostro tenía la pesadez de una piedra —piedra de una noche persiguiéndote frente al mar—; mi rostro tenía la configuración de un mono, y reulé y di un salto, y se abrió una selva —en ese instante la rue Mouffetard era una selva—, y yo saltaba gesticulando en la maraña, y no sé cómo después estaba abriendo la puerta de mi apartamento, y puse música para tranquilizarme, y fue en vano, y volví a salir y recorrí esa noche siete kilómetros, y fatigado llegué a un parque, y me quedé viendo a unos niños jugar, y ví que era ya de día, y bajo unos castaños encontré a una joven negra y la enamoré, y la invité a que me acompañara a Xibalbá y sobre la alfombra en Xibalbá, la tendí, y allí mi cuerpo se fue confundiendo en el cuerpo

negro, y jugué con ella al juego de ser un río, y sorprendido, jubiloso, descubrí que podía ser otra vez un río, el cual saltó como un puma por la ventana, cayó en la calle y llegó al metro Pigalle, y continuó por el túnel hasta Sévres-Babylone, y después se volvió una playa solitaria, junto a una silla en un café de Saint Germain-des-Prés...

.....

En mis años, hijo mío, nunca había tenido la oportunidad de conocer a un hombre como tu abuelo. Su plática tiene la gracia, el milagro de lo fabuloso. Su vida misma, hijo mío, es muestra de la capacidad y poder de estos hombres nacidos en estas tierras. Su religiosidad, su sentido del honor, y su manera de vivir, me fascinan. En sus casi cien años ha vivido, ha gozado su vida. Yo lo admiro no sólo por lo que significa como hombre, más bien lo admiro por lo maravilloso que es para explicarse una conducta para vivir. Para él, destino y religión, es lo mismo. Misterio y realidad, también. Las cosas suceden porque tienen que suceder. Allí en esta conducta o concepción, se acerca a las cosas con apasionamiento y gozo. Así como explica un versículo de la Biblia, así explica también por qué la plaga de chapulín arruinó la cosecha, y por qué un hombre como Maximiliano se hizo rico, y por qué el hijo mayor de Maximiliano es un hombre malo. En su concepción de las cosas, hay un leve paso entre maldad y bondad, y entre llanto y felicidad. Así como cree en los milagros del Cristo de Tambla o de Esquipulas, cree en la Ciguamonta y el Cipitió y en el mal de ojo. Así como exige guardar los primeros viernes de cada mes, oír misa y respetar la santa religión, así nos exige gozar la vida, amar el canto, admirar una flor o entregarse al amor. Su mujer de toda la vida, sufrió su temperamento. Lo respetó por hombre responsable y generoso, pero no le disculpó que fuera tan enamorado, tan querencioso. Algo que sí nunca ha hecho es regar por todas partes hijos naturales. Lo que yo más aprecio de tu abuelo, es su imaginación y su sentido de la justicia.

.....

Hay dos clases de Ciguanaba. Está la Ciguanaba mala y la Ciguanaba buena. La forma de la Ciguanaba mala se llama Ciguamonta. Esta última es el terror de los ladrones, de los asaltantes de caminos, de los malandrines y los pescadores que echan barbasco en los ríos. O a los que pescan con dinamita. Es como un espíritu doble, que unas veces cambia en Ciguanaba buena y otras veces en Ciguamonta. Según sean las circunstancias, y la calidad del cristiano. El difunto Jeremías Chicas contaba una aventura que vivió una noche en el río Asambio. Dice que, cuando llegó, no encontró nada de pescado en el trasmallo, y como era noche de luna llena, decidió echar barbasco en la poza. Momentos después, oyó bajo unos amates que tiraban sus raíces en el agua, el ruido como de alguien que se bañaba. Su sorpresa fue grande, y comenzó a sentir un culío que se le regó de la parte que ustedes saben, a todo el cuerpo. Como él creía que podía ser jugado, cerró los

ojos, y sacando un macaco de plata se lo puso debajo de la lengua, y abandonando el trasmallo, echando a la arena el barbasco, casi a tientas se fue a desamarrar el caballo, y sin volver a ver la poza, y haciendo la señal de la cruz, se montó y comenzó a correr. Fue entonces que oyó las burletas de la Ciguamonta. Eran unas carcajadas que sonaban y se prolongaban en el monte. Otra vez, contaba el mismo difunto Jeremías Chicas, atravesando un monte en la región montañosa del Merendón, vivió otra experiencia parecida. El que fue un mujeriego de primera —Dios lo perdone y lo tenga en gloria—, acababa de estar sus noches con una mengala que era famosísima por la relocura de su cuerpo. En el cruce de Las Vueltas, cerquita del caserío de Güija, allí donde comienza la tierra a temblar, y los cascos de las bestias se meten en el barro, al acercarse a la quebrada que se llama Atiquizaya, en un claro, bajo un conacaste, sorprendió a una muchacha hermosa que estaba llorando. El difunto, que si es cierto que era mujeriego tenía un corazonzote de primera, se acercó a la muchacha y la preguntó que por qué estaba sola en medio de aquella soledad, y ella le contestó que se había perdido, y que lloraba porque tenía miedo. El difunto, que era también gentil, le preguntó que si quería que la llevara a su casa, él podría conducirla a nancas. Ella aceptó. ¡Era un gran huevudo el difunto! La llevó hasta la orilla del pueblo de Güija, y fue allí que ella le dijo que la dejara. Como comenzaba a clarear y se ponía brillante el nixtamalero, y se oían desperdigados en el aire algunos cantos de los gallos, y allá más lejos, en el pueblo, un bullicio de los diablos de los perros ladrando, el difunto creyó que estaba bien en dejarla a orillas del pueblo, aunque insistió con su habitual cortesía a llevarla hasta su casa. El difunto al escuchar la negativa de la muchacha, se despidió y retomó su camino. No había andado con su caballo unos veinte metros, cuando la bestia comenzó a encabritarse, y fue en ese instante que oyó las burletas de la Ciguanaba, que venían de los barrancos, y oyó entre los ranchos del pueblo el ladrido desesperado de los chuchos. El canto de los gallos, el aullido de los coyotes en el monte, la madrugada en la punta de los cerros, volvían más misteriosa su aventura. El difunto rezó la magnífica y se metió un macaco de plata bajo la lengua y se tranquilizó, ya que sabía que a la luz de la mañana todas las fuerzas malignas desaparecían. De muchas tentaciones se salvó Jeremías Chicas, era como un hombre marcado por la muerte, pues aunque era un buen cristiano, le gustaban las copas, el juego de chivo y de taba, y más que todo, le gustaban las mujeres. De lo que no se salvó, no obstante que logró escaparse de las manos criminales del Cadejo, fue de las garras del tigre que lo cercenó cuando fuimos a cazarlo. A mí, fue en mis años mozos, que viví una experiencia parecida. Andaba pescando con un grupo de cheros en el río Sumpul. Toda la noche no habíamos agarrado nada. Algunos insistían en usar barbasco, pero yo me opuse. Tirábamos la atarraya con sumo cuidado, pero como norteaba, los pescados se escondían en las plantas acuáticas. Ningún guapote, ninguna mojarra y tepemechín caían. Las shetos, las burras y las chimberas que caían, las dejábamos ir, pues yo siempre he creído

que es un pecado agarrar a peces pequeños. Bueno pues, descorazonados y creyendo que regresaríamos con las alforjas vacías, fue que sucedió el milagro. Pasó una muchacha hermosísima, y nos preguntó que cuál era el camino para Tambla. Ella nos preguntó si habíamos agarrado bastantes pescados. Nosotros le contestamos que como venteaba los peces grandes se encuevaban, y que como era una gran crueldad usar el barbasco, por miedo a matar las olominas, habíamos decidido regresar a nuestras casas sin nada. Ella se calló, y medio sonrió. La aconsejamos que tuviera muchísimo cuidado, ya que la noche estaba oscura, y la soledad del paraje era peligrosa para una mujer sola. Ella contestó que como mujer sabía defenderse muy bien. Nos dio las gracias y se fue. Instantes después, escuchamos unas carcajadas detrás de los matochos. Era la Ciguanaba, que viendo que nosotros la habíamos tratado con cortesía, sin enamorarla ni tratar de decirla requiebros, nos había respetado, pues de lo contrario nos habría jugado, y eso es jodido pues uno se vuelve dundo. Cuando regresamos a tirar las atarrayas por las dudas, venían cargadas de tepemechines, de bagres, de guapotes. Era el regalo de la Ciguanaba.



La Princesa (xcl) - G. G. G. G.



Neruda

(xil)
21/50.

Hotopzila
a

POESIA CHILENA: LA RESISTENCIA Y EL EXILIO

1

SOLEDAD BIANCHI L.

Cuando este presente se nos haga pasado y el futuro de hoy se nos transforme en presente, cuando estemos de nuevo en el Chile que quisimos y que se nos esfumó por un tiempo pero que recuperaremos, tendremos que comenzar a (re) integrar distintos momentos, distintos espacios, distintos tiempos; llenar los silencios de instituciones y personas; ceder la palabra a los que callaron para siempre o por un momento. Tendremos que llenar un vacío, enlazar lo interrumpido para lograr una visión de conjunto, para obtener el transcurso que quisieron quebrar definitivamente. Tendrán que desaparecer las divisiones —que nunca existieron— entre el Chile de dentro y de fuera porque el Chile desterrado, lejos de sus fronteras, disperso por el mundo, siempre estuvo y está sentimental y solidariamente allá.

Tendremos que conocer y dar a conocer, aprender y mostrar y, así, se irá configurando la vida de un país que desde el 11 de septiembre de 1973 han querido partir en dos y repartirse entre unos cuantos. Triturado económicamente, roto socialmente, silenciado políticamente, la cultura ha recibido estos ecos y oficialmente se ha anunciado un “apagón”.

La literatura chilena es, ahora, una literatura quebrada y entonces, mañana, deberemos unir la literatura del exilio, la literatura clandestina y la literatura que aparece públicamente en Chile e integrarla en una para que sepamos qué y cómo fue la literatura chilena que se produjo durante el fascismo.

Los pocos autores chilenos que publican en nuestro país no pueden expresarse como quisieran: se autocensuran y, además, los

censuran. Pero de la limitación, nuestro arte se enriquece porque lo que el escritor hace —si quiere referirse a la realidad presente— es hablar velada y sugerentemente utilizando imágenes poéticas muchas veces más expresivas y ricas que la evidencia. Y si un chileno quiere decir lo que realmente sucede en su país, borra su nombre y en copias manuscritas, escritas a máquina o mimeografiadas echa a volar la acusación, el homenaje al perseguido o la promesa y esperanza del cambio. Por razones obvias, entonces, sólo pueden hablar abiertamente los artistas exiliados y la literatura chilena se hace testimonio de la prisión o de la clandestinidad y no olvida nunca acusar y mostrar el presente para acabar con el dolor. La literatura chilena expresa hoy mejor los problemas chilenos porque se ha adentrado como nunca en la realidad nacional. Y toda esta literatura tiene elementos testimoniales porque el testimonio es un género que se hace indispensable en ciertos momentos históricos que necesitan darse a conocer más que otros por su grandeza —como los testimonios sobre la Revolución Cubana— o por la brutalidad con que se rompe, se deshace, se extingue, se mata —como en el caso de la dictadura chilena.

En el acercamiento de la literatura producida en esta época estarán presentes y ayudarán a componer el panorama de conjunto, la poesía, el cuento, la novela y el teatro publicado o inédito, representado o silencioso, de autor ignorado o conocido, obra personal o colectiva.

Dentro de la poesía jugarán un papel importante las antologías. En el exilio, numerosas son las que recogen diversos materiales dispersos y de difícil acceso, desgraciadamente en casi todas ellas hay nombres o poemas que se repiten una y otra vez limitando, así, un conocimiento más amplio de lo que es la poesía chilena de hoy. Una de estas primeras antologías fue *Chile: poesía de la resistencia y del exilio* recogida por Omar Lara y Juan Epple, y que se comenta más adelante; la siguieron algunas como *Los poetas chilenos luchan contra el fascismo* con selección y prólogo de Sergio Macías¹, *Chile: poesía de las cárceles y del destierro*² que se separa de las anteriores por su originalidad, consecuencia de su propósito: dar a conocer textos, poemas y canciones escritas por militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) o que se refieren a ellos o a sus acciones; *La libertad no es un sueño*³ y otras en diferentes países e idiomas y de diferentes magnitudes, tamaños y propósitos.

*Casa de las Américas*⁴, *Europe*⁵, *Literatura Chilena en el Exilio*⁶, *El barco de papel*⁷, *Araucaria* y otras revistas en distintas lenguas y

¹ *Los poetas chilenos luchan contra el fascismo*. Prólogo y selección: Sergio Macías. Berlín RDA, Comité Chile Antifascista, 1977. 324 páginas (ver reseña en *Araucaria* 4).

² *Chile: poesías de las cárceles y del destierro*. Madrid, Ediciones Conosur, 1978. 103 páginas (Serie Cultura 1).

³ *La libertad no es un sueño*. Antología de la poesía chilena de la resistencia. (Del exilio, las cárceles, los campos de concentración.) Raúl Silva-Cáceres (editor). Prólogo de Julio Cortázar. Estocolmo, Tidens Bokforlag, en prensa. [Edición bilingüe.]

⁴ Ya desde el tiempo del gobierno de la Unidad Popular la revista *Casa de las Américas* ofrecía un lugar importante a la literatura chilena. Después del golpe de estado de

latitudes han dado la palabra a la poesía chilena que en voces nuevas o ya conocidas sigue hablando de su realidad.

Hace poco apareció en Italia, *La sangre y la palabra*⁸ que antologa 62 poemas de autores chilenos, publicados en italiano y español en una edición a cargo del profesor Ignazio Delogu.

Dos partes, dos nombres separan la palabra de las cárceles y la palabra que nace en el exilio pero que aquí habla sólo de la represión: la de la prisión, la tortura o el exilio ("el exilio también tiene barrotes" ha recordado Mario Benedetti). ¿Por qué separar, entonces, dos momentos de una poesía que se quiere testimonial, que se quiere recuerdo, que se alza contra el olvido aunque nazca en libertad y en tierra ajena?

La primera parte, "La sangre", reproduce la palabra que nace de la herida todavía abierta por la violencia del golpe de estado y de la herida abierta por la violencia del exilio y de la sangre ya más distante en tiempo y geografía pero igualmente cercana en el impacto y la rebeldía, nace "La palabra". Se unen, entonces, por la función que cumplen y sólo se diferencian por la distancia temporal y la presencia o ausencia de firma.

Cuando un poeta no puede dar a conocer su nombre y, sin embargo, quiere y siente la necesidad de expresarse y dar a conocer lo que ha visto, lo que le han contado o lo que ha sentido, se expresa silenciando su identidad como once de los autores de "La sangre" que se abre con "Estadio Chile" de Víctor Jara y se cierra con "Palabras" de Horacio Silva.

Delogu quiso aunar aún más de un poema de todos los anónimos no conocidos —del I al V (el resto, del VI al XI, ya habían aparecido publicados en *Los poetas chilenos luchan contra el fascismo*)—: si no es difícil hacerlo en el caso del "Anónimo V" que en sus dos poemas se refiere a las diferencias económicas de la población santiaguina oponiendo, en décimas, la opulencia del "barrio oligarca" y la pobreza del «sector que no es "jai"», no es tan sencillo ni evidente que

1973, es difícil encontrar algún número que en su sección "Letras" no reproduzca textos de escritores chilenos o textos de escritores extranjeros en homenaje a Chile. Destaca *Casa de las Américas* 98 (setiembre-octubre, 1976) que publicó el conjunto de poemas "Canto Cautivo" que Angel Parra recogió en Chacabuco.

Otro impulso importante es el del Premio Casa de las Américas que en 1975 y 1976 fue otorgado a poetas chilenos: Omar Lara con *Oh buenas maneras* y Hernán Miranda con *La Moneda y otros poemas*, respectivamente (diversos autores chilenos se han hecho acreedores al Premio en otros géneros).

⁵ *Europe* 570 (octubre, 1976), con el título "Chili: une culture, un combat", rindió un homenaje al Chile combatiente. Antologa poetas y narradores chilenos que son publicados en traducción francesa. (Ver reseña *Araucaria* 1.)

⁶ *Literatura Chilena en el exilio*. Los Angeles, California. Director: Fernando Alegria, Editor: David Valjalo. Trimestral. (Ver reseña en *Araucaria* 3.)

⁷ *El barco de papel*. 46, rue Vaugirard, 75006 Paris. Ediciones "Camilo Torres". Revista de poesía editada por la Izquierda Cristiana de Chile.

⁸ *Il sangue e la parola. Poesie del carcere e dei "lager", dall'interno del Cile e dall'esilio*. Introducción, traducción y notas de Ignazio Delogu. Roma, Casa Editrice Roberto Napoleone, 1978. 172 páginas (L'assalto al cielo n° 5). [Poemas en italiano y español.]

textos que son atribuidos a distintos autores no pertenezcan a la misma voz como "No puedo dejar de hablarte, padre" y "Sentía frío" en que un fusilado cuenta a su padre que en él aplicaron la llamada "ley de fuga". En ambos poemas expresa la misma sensación frente a la naturaleza y especial atención hacia uno de sus compañeros. Willy. (Delogu basó su decisión de paternidad de acuerdo al momento en que fue recibiendo los textos y de acuerdo a los datos que aportaron compañeros de los desconocidos poetas.)

Estos dos poemas y algunos otros de autor silenciado son probablemente los mejores anónimos publicados hasta ahora. ¿Fueron hechos por prisioneros que nunca habían escrito antes y cuya voz se alzó por primera vez en las condiciones singulares de la prisión o expresan a poetas que sintiéndose solidarios en el dolor y la injusticia sentían que su deber era dar a conocer lo que sabían, habían visto o vivían?

Poemas testimoniales —no siempre autobiográficos— sentidos y dolorosos que transmiten la emoción con que fueron realizados porque de ellos surgen seres enteros que sintieron terror ante la tortura o la muerte:

"con gusto le habría dicho
«por favor, no me mate»...
Pero ninguno lloró..."

("Anónimo III", "Sentía frío")

seres enteros que sintieron rabia y odio frente a sus verdugos, que se sintieron solidarios y unidos no sólo con los que vivían su situación en ese momento sino también con los compañeros que estaban fuera. Seres que aunque no saben si habrá un futuro para ellos, saben que se prolongarán en otros que verán por sus ojos. Resistentes que temen perder la fuerza que necesitan, pero que la toman de los que injustamente cayeron. Seres que aman y por eso han caído, seres que aman y por eso luchan contra la injusticia. Seres que sienten el presente como una derrota pasajera que se transformará en pasado:

"Se puede tener un día negro.
Aunque confíe en el futuro, como en tus pasos."

("Anónimo I", "Se puede tener un día negro")

Seres que sienten y viven la prisión en un tiempo personal que parece prolongarse al infinito o reducirse a instantes. Seres que, sabiendo que van a morir, sienten la vida a través de la naturaleza y la descubren y recogen por el olfato cuando la vista está cegada. Seres que se olvidan de ellos para preocuparse del dolor ajeno, pero que recuerdan:

“Entiérrame, padre, y no olvides de poner
mi fecha de muerte, no olvidar, no olvidar que
[ese olor de campo permanece.”

(“Anónimo II”, “No puedo dejar de hablarte, padre”.)

Memoria que se hace poema, memoria que se alza contra la falsedad:

“No puedo dejar de hablarte, padre
los diarios mienten,
todos mienten,
desde el boletín oficial,
el periodista,
el impresor,
la tinta,
los avisos económicos,
el canillita,
a mí me fusilaron
en la noche y a pleno campo
... no me arranqué.”

(“Anónimo II”, id.)

Recuerdo que se habla, que se transmite a los seres queridos, recuerdo que se prolonga más allá de las rejas y de la venda, recuerdo que se quiere libre.

Seres que viven lo desconocido con miedo y fortaleza. Seres enteros que lloran y luchan, que se arriesgan y saben enfrentar la muerte aunque amen la vida. Seres enteros con debilidades y grandezas: hombres, no monumentos.

Sólo los anónimos IV y V se separan del total porque, más distanciados de los hechos, se expresan de manera diferente. Al IV no le interesa manifestar su visión personal y su lenguaje se vuelca en imágenes que adquieren gran fuerza, principalmente, en “Preguntas son las palabras de los gritos”. El Anónimo V, a pesar que elige una forma popular —la décima— para describir sus “...experiencias en Santiago”, evidencia, a veces, sus intentos por respetar esta forma poética tan rigurosa en la que pareciera que, por instantes, se siente constreñido.

“Palabras”, de Horacio Silva, verdadero “diccionario o vocabulario anormal de la tortura” es el límite de “La sangre”. Larga letanía de distintos procedimientos utilizados como forma de tortura por la dictadura chilena. Expresiones mínimas y casi monótonas (jamás se usa un verbo) que parecen extraídas de un documento. Aunque nunca se da una opinión personal, la objetividad no provoca la indiferencia del lector sino que, por el contrario, las descripciones —en una desnudez casi abstracta— duelen más y mueven a la rebeldía para que acabe esta interminable y repetida brutalidad, este ritmo sangriento y

doloroso que va creciendo en una reiterada marea de macabra invención:

“... ..

arrancamiento de dientes
golpes con puños
golpes con los pies
golpes con las rodillas
golpes con mangueras
golpes con tubos
golpes con laque
golpes con culata
arrancamiento de cabellos
golpes simultáneos en los oídos
ingestión de aguas con mangueras
ingestión de excrementos
ayuno forzado
...”

Los dibujos de Guillermo Núñez logran una unidad absoluta con el sentido de “Palabras”. Distribuidos a lo largo de todo el libro, desgraciadamente no aparecen en el orden y progresión del texto.)

“La palabra” selecciona treinta y seis poesías de chilenos que viven, actualmente, en exilio. Aunque son pocos los inéditos y rara vez se menciona la fuente de origen, quizá la excesiva dispersión del exilio chileno justifique —en parte— que los mismos poemas se repitan de una antología a otra.

En general, aparecen los autores ya “clásicos”, poetas que ya habían comenzado a publicar antes del golpe. Sobresale Gonzalo Millán (1949) del que hasta ahora sólo hemos conocido su producción del exilio a través de distintas publicaciones en revistas. La agudeza y profundidad con que penetra en las situaciones y su expresión en un lenguaje trabajadamente simple, conciso y breve lo confirman, evidentemente, como uno de los mejores poetas de la “nueva generación” (cada vez se hace más necesaria la publicación de una recolección de sus poemas). Las preocupaciones poéticas de Gonzalo Millán, como la de casi todos los poetas restantes, demuestran que los escritores chilenos anónimos o conocidos han fundido en su poesía “la sangre” y “la palabra”, dando a conocer lo que han vivido o imaginado en formas diversas y apropiadas. Los poetas chilenos, sin distinciones, son la voz de un pueblo que quiere dar a conocer su tragedia porque se quiere libre.

La sangre y la palabra es una obra que no puede dejar de conocerse si se quiere saber lo que es la poesía chilena de hoy. Poesía que manifiesta que derribadas las barreras de la censura y del exilio, no habrá sombras para la cultura chilena que nace sin respetar definiciones oficiales como la luz de la libertad que apagará la dictadura.

2

HERNAN LOYOLA

La situación que aflige a Chile desde septiembre de 1973, ha suscitado, como se sabe, abundante literatura en todo el mundo. Cientos de reportajes y artículos, crónicas particulares o panorámicas de los hechos, libros negros y blancos, ensayos, informes a organismos internacionales, denuncias, libros de reflexión y análisis políticos, retratos, sátiras, paralelos, textos de solidaridad, documentos, datos, cifras: millones de palabras impresas han dado testimonio hasta hoy (y el torrente no cesa) del sacudimiento de la conciencia mundial frente al ascenso y desarrollo del gobierno de la Unidad Popular y frente a la vil conjura internacional que tronchó —transitoriamente— su trayectoria.

La poesía juega un rol muy especial en esta tarea de revelación y de combate. Porque hay una dimensión de la imagen verbal de la experiencia chilena que ni el más inteligente reportaje ni el más minucioso informe o testimonio es capaz de transmitir. Una cosa (y muy valiosa) es relatar y explicar el asalto a La Moneda, el clima de terror envenenando Santiago, la práctica de arrestos y torturas, la ferocidad de la soldadesca y de la DINA, o detallar las formas del odio, la injusticia y el sufrimiento, o comentar los antecedentes y consecuencias políticas, económicas y sociales del “putsch”, el exilio de miles de chilenos, el desmantelamiento de las universidades, los síntomas y modalidades de la resistencia en el interior del país. Otra cosa es intentar una representación de los hechos que, apoyándose en datos de la experiencia individual o colectiva, busque contagiar al lector percepciones visionarias, vivencias, estados de ánimo, intuiciones más o menos abarcadoras, sumergiéndolo con la mayor inmediatez y economía posibles en los estratos difusos e inasibles del dolor, del miedo, de la indignación, de la nostalgia, de la esperanza, de la voluntad de resistir, o situándolo de golpe en la dimensión más significativa o invisible de los acontecimientos.

Hacia este segundo nivel de la representación y de la comunicación apunta, claro está, la actual literatura artística chilena del exilio y de la resistencia, que desde fines de 1973 hasta nuestros días ha producido ya algunos importantes volúmenes.





Fejedora mapuche

(Linné)
12/25

G. G. G. G. G.

En cuanto peculiar representación de una experiencia (como modo de conocerla), los poemas de esta antología (*) cubren una amplia y diversificada área de motivos; en cuanto elaboración artística (como trabajo, como objeto literario), ellos asumen también una variadísima gama de formas y perspectivas de lenguaje. La notable calidad y eficacia poéticas del conjunto antologado (y de no pocos poemas singulares) son naturalmente el resultado de una feliz articulación entre estos niveles de creación, que sólo por razones de comodidad explicativa es posible separar.

El motivo del asalto a La Moneda aparece en dos poemas: "El combate de Santiago", de Fernando Alegría, serie de octavas remoçadas con estribillo, y "La Moneda", de Hernán Miranda, especie de elegía cívica en diez fragmentos. El primero (con elocuencia controlada por la forma popular-tradicional) privilegia y aísla el excepcional relieve de un personaje en circunstancia singularísima, concentrándose así en la exaltación épico-heroica de la muerte del presidente Allende. En cambio, el segundo no se circunscribe al clímax de asalto sino que lo establece como punto de arranque para construir un vasta crónica-elegía, un trozo de memoria colectiva que rescata para el pueblo el símbolo cívico destruido y abandonado por quienes siempre lo proclamaron baluarte de libertad, justo hasta cuando lo fue de veras.

El retrato del fascismo chileno en acción viene propuesto desde diversos ángulos. Es pura y descarnada brutalidad en algunos de los poemas anónimos que trae la antología y que fueron escritos en el interior del país, como "A una lavandera de Santiago" y "Amargo", de directa y airada violencia. En cambio, es presencia ominosa y difusa, oblicuamente establecida, en poemas como "Recado a Kafka", de Gabriel Barra; "Ciudad tomada", de Omar Lara; "Nieve", de Juan Epple; "En el pueblo" y "Carta", de Bolaño-Montané; "Correspondencia", de Gonzalo Millán. En esta misma línea un poema particularmente logrado, por la aterradora sutileza con que sugiere la atmósfera de vacío, viscosidad y muerte que emana el fascismo, es el excelente "A este lado de la verdad", de Waldo Rojas.

Los poemas "Somos 5.000", de Víctor Jara, y "El traslado" y "Cárcel", de Gonzalo Millán, diseñan el rostro del régimen chileno desde la perspectiva del prisionero. El canto póstumo de Víctor Jara desarrolla en medio del dolor una vena triunfal de generosidad y de confianza. Los poemas de Gonzalo Millán, bajo una forma extremadamente compacta y esencial, denuncian también la manipulación bestial de los seres, la tentativa de reducir al hombre a la condición de objetos y sacos de correo, pero en sus escuetos versos lo que en definitiva queda vibrando, no se sabe bien cómo, es la vida misma.

Los caminos de la ironía y de la sátira también nos llevan, naturalmente, hacia la imagen del fascismo. Se sabe que el comportamiento de la junta chilena ofrece, con estilo propio, un costado tan grotesco

* *Chile: poesía de la resistencia y del exilio*. Selección de Omar Lara y Juan Armando Epple. Edit. Ambito Literario, Barcelona, 1978 (2 vols.).

como la gesticulación operática de Mussolini, o las rabietas de Adolfo Hitler. Resulta casi inesperado encontrar en este terreno la voz de Efraín Barquero, cuya afirmación como poeta se produjo en Chile por otras vías, pero es precisamente la madurez de su lenguaje la que confiere a su parodia de los bandos militares de la junta —en sí mismos, insuperables monumentos de estupidez— un nivel de finura y contundencia nada fácil de lograr en este tipo de ejercicios. Se trata de una caricatura por reducción al absurdo. En cambio, el poema de Eduardo Embry —“No es que mi casa”— juega en los límites extremos de la ironía al activar en sus versos un tipo de humor muy chileno, de apariencia desacralizadora y antipoética. La tentativa de Embry apunta a poner de máximo relieve un hecho evidentemente espantoso aduciendo al extremo más inesperado e insólito dentro de las posibilidades de su formulación lírica. El cuerpo del poema propone un juego deliberadamente banal de reiteraciones y oposiciones en torno a la imagen “casa” —la casa del presidente, la casa del poeta—, juego al parecer destinado a subrayar el efecto sorpresivo de la pregunta final. Tras esta fachada lúdica todo el poema es un rictus de dolor, sólo que al revés.

Más directo, pero siempre finamente sarcástico, es el poema anónimo “Que digiera bien, señora”, que alude a la célebre “marcha de las cacerolas vacías”, con que las mujeres de la burguesía santiaguina, y sus aliadas, manifestaron por primera vez la decisión contrarrevolucionaria durante el gobierno del presidente Allende.



Un sistema de acontecimientos tan impactantes y estremecedores como los que viene padeciendo Chile no puede dejar de suscitar —a doloroso precio— un flujo considerable o torrencial de poesía, pero nó necesariamente de buena poesía. Conviene recordarlo. Nada más difícil que la alta calidad cuando la intensidad de la experiencia vivida y/o del compromiso con una causa, parece conducir naturalmente al poeta hacia las desembocaduras retóricas más accesibles o inmediatas.

Por ello, un aspecto decisivamente valioso de esta antología de Omar Lara y Juan Epple es que su selección de textos —en líneas generales— domina un lenguaje lírico de muy estimable filiación contemporánea, es decir, un lenguaje caracterizado por el rechazo de la grandilocuencia y de la solemnidad impostada, por un neto pudor expresivo, por una valoración poética de formas coloquiales y prosaicas de la comunicación verbal, por una atención al mundo cotidiano de los objetos y a los niveles más familiares de la experiencia. Este rasgo se advierte desde luego en los homenajes a figuras señeras: léanse bajo este prisma el “Homenaje a Neruda”, de Oscar Hahn y “Cifrado en octubre”, de Gonzalo Rojas (homenaje a Miguel Enríquez).

Pero es advertible también a lo largo de toda la antología: la nostalgia, el miedo, la cólera, los acontecimientos más dramáticos del ámbito personal o colectivo surgen, en estos textos, de una represen-

tación fuertemente controlada, lo cual, por presión de la carga emocional reprimida, intensifica la eficacia poética. Incluso cuando la solemnidad y el tono mayor son inevitables por la condición del asunto, como es el caso de la muerte del presidente Allende, siempre hay un recurso para neutralizar los temidos desbordes, para mantener cierta distancia sin mengua del calor. Así, Fernando Alegría recurre a la forma: los versos romanceados, de estirpe popular y tradicional, le permiten un juego controlado del material épico-heroico en su visión del combate de La Moneda, al mismo tiempo que le garantizan la adecuada dignidad y elevación del tono expresivo. Esto que observamos en Alegría aparece claramente confirmado en el poema "La Moneda", de Hernán Miranda, extensa crónica-elegía en verso libre. De las diez secciones del poema, la única de versificación diferente es la novena, centrada asimismo en el asalto al palacio presidencial. Pues bien: el cambio de versificación en el fragmento IX es también la forma de romance. Con el apoyo de este metro popular-tradicional, Miranda logra —como Alegría— conjugar equilibradamente la dimensión épica del asunto y el control expresivo del discurso.

El pudor del lenguaje se manifiesta en esta antología de modos variados. En "Golpe cuarto", de Alfonso Alcalde, un acontecimiento aislado parece concentrar la atención del poema, es su remate, su desembocadura: el cadáver de un campesino asesinado por la junta. Ninguna precisión anecdótica, ni hace falta. Bajo una forma altamente condensada y contenida, este breve poema —por un sutil sistema de sugerencias— amplifica a la medida de la patria entera un hecho individual, como si el cuerpo de ese hombre fuese de algún modo el cuerpo de Chile. La graduada mención de la cordillera, de ciudades, del mar, de la línea del tren, sin propósito visible a primera vista, configura en este texto una dimensión espacial del dolor y de la ira, acentuada por la reiteración de la imagen "comer" que resuena mortalmente a lo largo de los versos. También Patricio Manns y Patricio Castillo, en su poema "La primavera muerta en el tejado", proyectan a una escala de muy amplia significación un acontecimiento anónimo, perdido entre la maraña de crímenes de los primeros días del golpe militar: una muchacha que muere combatiendo, sola, sobre el techo de un edificio santiaguino.

Por su parte, Hernán Castellano, que en el poema "Compañero Giordano Bruno" parece insertar la experiencia chilena en el marco universal de la lucha por la libertad, elude las posibles altisonancias de su perspectiva desacralizándola desde el título mismo del poema. Así como Hernán Miranda recorre familiarmente los patios de La Moneda en la memoria de su niñez, así este otro Hernán redimensiona la Roma turística y monumental —Campo dei Fiori, la estatua de Giordano Bruno—, la reduce al tamaño de una plaza elemental y cotidiana (con sus mercados, sus vendedores de claveles, su fuente, sus palomas que blanquean la estatua, sus vetustos edificios, sus viejos adoquines sobre los cuales puede verse caminar, por ejemplo, a una bella negra de piernas maravillosas) y con amor evidente la rescata también para el pueblo, para los pueblos del mundo, para su historia, para sus combates libertarios.

Las formas de la nostalgia, en los poemas de exilio, establecen hasta qué punto la evocación del Chile perdido y añorado no corresponde sólo a un afán de recuperación emocional de la patria sino a la denuncia de un atentado particularmente monstruoso contra el pueblo, contra la humanidad, contra la vida. Delicada confluencia de propósitos que se cumple a partir de la imagen leve de una gaviota en "Golpe tercero", de Alcalde, a partir de la conciencia contrastante del invierno chileno en "Verano de exilio", de Waldo Rojas, a partir de la memoria dolorosa de un río y ciertos amigos en el extraordinario poema "Hablo de Luis Oyarzún, del río Valdivia, etc.", de Omar Lara, sin duda uno de los más altos momentos de esta antología. Otros textos de exilio, como los de Oscar Hahn y Hernán Lavín Cerda, encaran la nostalgia desde una óptica enigmáticamente enraizada y distante.



El combate de La Moneda sacudió a los cinco continentes. En un mundo tan herido de incredulidad y de escepticismo cívicos, la muerte del presidente Allende no sólo produjo el efecto de un relámpago deslumbrador en la fatigada duermevela de millones de hombres, sino que de un golpe rescató y puso de extremo relieve el significado, la dignidad y el dramatismo del cotidiano batallar de los pueblos de América latina hacia la plenitud de su existencia. Toda la literatura chilena de exilio y resistencia, y en particular los poemas de esta antología, encarnan en el plano de la creación la tentativa de mantener vivo el resplandor de aquel relámpago, de ahondar su revelación, de alimentar la esperanza y de participar —con armas específicas— en el combate común.



Violetta Pava. (linoc.)

Stamatis 78



H
auto-retrato

(linol.)

Henry Ossawa
Johnson

TRISTAN ARAYA

Carlos Hermosilla Alvarez

Nació hace 74 años en uno de esos fabulosos cerros de Valparaíso, donde toda la humanidad de un pueblo se condensa y estremece a la orilla del océano. Desde muchacho tuvo que ver con el grabado; su padre era obrero litógrafo, noble oficio en trance de extinción, y fue él su precoz ayudante. Renovaba constantemente su asombro infantil ante cada obra, ante cada copia que, aún siéndolo, dejaban ver las sutiles diferencias de gradaciones y gamas que sólo la pupila alerta a la diferencia, que singulariza y crea, puede asimilar.

Desde entonces el grabado y el dibujo han sido su pasión, una pasión que ha sobrepasado largamente el medio siglo.

Durante su adolescencia, el infortunio avanzó siniestra y sistemáticamente en su contra. Una enfermedad a los huesos hizo que durante años fuera sometido a numerosas operaciones. En cada oportunidad perdía fragmentos óseos. Adulto ya, venció la osteomielitis a costa de un brazo y una pierna. Pero su deseo de vivir, su alegría de vivir y su optimismo nunca flaquearon.

Dado de alta en el hospital, no tenía adonde ir. Solicitó la plaza de cuidador nocturno. Aprende a caminar con muletas y a manejar diestramente su única mano para atender a los enfermos y dibujar sus rostros. Aún se conservan muchos de esos extraordinarios dibujos que trasuntan el dolor y sufrimiento de un pueblo aferrado a su última tabla de salvación: la sala común del hospital.

Hermosilla Alvarez es el gran iniciador del grabado artístico en Chile, un país que en la plástica había producido fundamentalmente escultores y pintores. En el grabado, antes, sólo exis-

tía una tradición popular de xilografías practicadas por aldeanos campesinos o por artesanos que ilustraban los versos "a lo humano y lo divino" que ellos mismos salían a vender por los caminos, barrios y pulperías, en hojas impresas llamadas "La Lira Popular". Entre algunos de éstos, hoy anónimos ilustradores, hay genuinos artistas.

Por otra parte, existían dibujantes que servían la demanda de periódicos y revistas produciendo grabados en boj y en litografías. Hermosilla rescata, asimila y supera estas técnicas gráficas y les otorga otra dimensión, tanto en lo temático como en lo formal. Renueva sus procedimientos, incorpora técnicas inéditas en Chile: linoleum, punta seca, agua fuerte, monocopias, etcétera.

Practica el grabado y el dibujo en todas sus formas. Pero también incursiona en el óleo y en la pintura mural. En el último hospital en que fue operado, dejó salas, pasillos y terrazas cubiertos de murales. Porque, además, es un trabajador infatigable.

Las condiciones para el trabajo artístico después del golpe militar en Chile se tornaron muy duras, más aún para quienes están en la mira del fusil represivo. No obstante, Hermosilla realiza en la Sala de Exposiciones del Instituto Chileno Francés de Cultura de Valparaíso, en 1975, una exposición de 25 cabezas de pintores impresionistas, ejecutadas con tinta china a pincel en papel Ingres, como un homenaje a los impresionistas que cien años antes habían realizado su primera muestra en París. Por entonces, Hermosilla cumplía sus 70 años. La sala se vió atestada de público de la mañana a la noche, desde su inauguración hasta su clausura.

Su laboriosidad no ha cesado. Se cuentan por miles los nuevos dibujos y grabados y por cientos los nuevos óleos, realizados en los últimos años.

Ha formado generaciones de grabadores; se le llama "El padre del grabado chileno", y con razón. Más de 30 años ejerció la docencia del grabado y del dibujo, con una generosidad ilimitada. Todo lo entregaba a sus discípulos. Ningún recurso técnico, ninguna fórmula descubierta por él, dejaba de pasar de inmediato a sus alumnos. Materialmente, si faltaba tinta o ácido o papel, se suplía a costa de su bolsillo.

Fuera de la Escuela de Bellas Artes, su casa era un aula más. De allí salió lo que se ha llamado la Escuela de los Grabadores de Viña del Mar, cuyo nombre ha trascendido las fronteras. Esto dura hasta el 11 de septiembre de 1973 en que Hermosilla es conminado por un oficial naval a que abandone la escuela y jubile.

Son muchas las ciudades europeas y americanas que han presenciado sus exposiciones o que tienen en sus museos alguna de sus obras.

Su dominio de la técnica del grabado llega hasta el alarde. Allí están sus linoleums de la serie "Las Banderas" que, superpuestas, ondean en su "Valparaíso ciudad del viento", transparentándose unas sobre otras al impulso combinado del poderoso soplo del Pacífico y de la fuerza potencial o en movimiento de su pueblo. O el traba-

jador colocando un gran vidrio, prodigio de agua fuerte, en que tras el cristal se observa el esfuerzo, la fatiga y la decisión de ser del obrero.

La obra de Hermosilla es un inmenso friso, rico, denso, profundo y variado, por donde desfila, fundamentalmente, el pueblo en sus más diversos oficios; son "Los que viven por sus manos": pescadores, albañiles, soldados, mineros, lavanderas, campesinos, pordioseros, niños. Artistas, escritores, políticos, pensadores progresistas nacionales y extranjeros, de hoy y de otras épocas. Tampoco podía faltar el paisaje urbano de su puerto natal, su entrañable Valparaíso, con sus cuarenta y dos cerros, donde las casas trepan unas sobre otras, haciendo milagros de equilibrios sobre los abismos, los ascensores, las callejuelas tortuosas que suben hacia el cielo o bajan hasta el mar, los pequeños burros cargados, los chiquillos jugando entre el polvo y las piedras, entre volantines y perros.

Allí está, como siempre, Carlos Hermosilla Álvarez, en Valparaíso, infatigable, laborioso, produciendo, creando, para mostrar al mundo el rostro y el alma del pueblo de su patria, donde el llanto y la esperanza constituyen el alimento cotidiano.

Optimista medular, en esta hora debe estar cantando y tocando su armónica. Grabando, dibujando, y brindando con su compañera Marina y sus amigos por un porvenir cierto.

LUIS ALBERTO MANSILLA

Notas en Blanco y en Negro

¿UN MONUMENTO A NERUDA?

Ninguna plaza de Chile, ninguna calle, escuela o biblioteca lleva el nombre de Pablo Neruda. Los restos del poeta están sepultados en un nicho humilde en el Cementerio General de Santiago y su nombre está escrito con pintura negra y brocha gorda, indicando sólo el año de su nacimiento y de su muerte, como muchos otros muertos pobres y anónimos de su vecindad.

En 1967 algunos trabajadores sin casa se tomaron unos terrenos baldíos en la periferia de Santiago y con su esfuerzo levantaron una población. El poeta fue un día a leerles sus poemas. Y desde entonces la población se llamó Pablo Neruda. Después del golpe de Pinochet el nombre de Neruda fue eliminado y reemplazado por cualquier otro. Fue, desde un comienzo, un signo de los homenajes que se le rendirían al poeta.

Recientemente un periodista mexicano quiso seguir la huella de Neruda en su país. Viajó hasta Parral, el pequeño pueblo del Sur en que nació el poeta. Descubrió que un pequeño monolito erigido en su oportunidad por la Municipalidad local había sido destruido por las autoridades militares que no deseaban que se recordara que allí había nacido Neruda. El periodista habló con los personeros culturales del régimen, que se manifestaron algo escandalizadas de que tal hecho pudiera ocurrir: admitieron que Neruda "a pesar de ser comunista" era un Premio Nobel de Literatura...

Fue el comienzo de una campaña de escritores y personalidades de las más diversas esferas que propician la construcción de un monumento a Neruda. Con entusiasmo señalan el Ce-

rrero Santa Lucía o el Parque Forestal de Santiago como lugar del monumento y dicen que los más grandes escultores del mundo estarían dispuestos a poner manos a la obra. Su financiamiento sería por suscripción popular, por medio de colectas públicas o de conciertos o funciones teatrales en las que colaborarían los artistas chilenos en su totalidad.

El proyecto tiene eco en los medios de comunicación. Algunos periodistas han realizado encuestas que son unánimemente favorables a la idea. Algunos de los consultados, como el Presidente de la Sociedad de Escritores, Luis Sánchez Latorre, se muestran escépticos. Dicen que no hay condiciones para tal homenaje, que luego de que la casa del poeta en Santiago fue saqueada y asaltada cuando éste agonizaba, que después de que la circulación de "Confieso que he vivido" estuvo estrictamente prohibida y de que su viuda, Matilde Urrutia, fue detenida en la vía pública, lanzada a un camión policial, vejada e insultada, sería una hipocresía mayúscula que el régimen apoyara la idea y autorizara su realización en un lugar destacado de la capital de Chile.

El asesor cultural de la Junta, Enrique Campos Menéndez, se mostró oficialmente cauteloso. Dijo que "no es momento oportuno todavía porque muchos recuerdan a Neruda como político". Agregó que es lamentable que alguna gente no haya podido separar las dos cosas.

Naturalmente Campos Menéndez no dijo que tal separación equivaldría a olvidar casi toda la obra de Neruda, todo el "Canto General", las "Odas Elementales" y aun sus poemas de amor; gran parte de su obra poética

completa, impregnada de su resuelta, clara y permanente militancia política.

El asesor en sus declaraciones fue consecuente con la opinión del mismísimo Pinochet, que entre sus muchos juicios sobre cuanto tema existe dijo: "Sí, me gustan algunas poesías de Neruda, pero las de amor y las que le dedicó a los padres de la patria, pero no las comunistas". Por su parte, el octogenario crítico de "El Mercurio", Hernán Díaz Arrieta, Alone, opinó "Neruda merece todos los monumentos, aunque hay que tener presente que le vendió su alma al diablo".

El debate en torno al monumento a Neruda continúa. Es una señal de la presencia del poeta en la vida de Chile. Los libreros dicen que sus obras son las más buscadas y vendidas. Lamentan no tener ejemplares del "Canto general", ni de sus memorias. Aseguran que es tanto o más popular que antes.

La anónima tumba del Cementerio General se ha convertido en un lugar de peregrinación. Siempre hay flores frescas junto a su nombre y consignas escritas rápidamente. El monumento tal vez pueda esperar tiempos más propicios. Pero Neruda y su obra son muy importantes en la vida de sus compatriotas. Y nadie puede impedir tal realidad.

LAS LUCES DEL ALMIRANTE

El Almirante José Toribio Merino no es esquivo con los periodistas. Le gustan las entrevistas y hace declaraciones sobre sus gustos domésticos, sus ideas, sus lecturas. Se presenta como un hombre campechano, ideal para el género de los "retratos humanos" o al "trasluz" que cultivan los diarios y las revistas chilenas. Que no se diga que los integrantes de la junta son *hoscos*, *fríos*, *deshumanizados*. Se ha hecho toda una campaña al respecto y el Almirante Merino ha sido uno de sus más entusiastas animadores. Nadie como él le ha sacado tanto partido publicitario al Centenario de la Guerra del Pacífico. Fue inevitable encontrar su retrato y sus

declaraciones en la totalidad de los medios publicitarios que la Junta permite y aún de los que tolera a regañadientes. El Almirante recibió en su despacho casi todos los días, durante el mes de mayo, a parientes de los héroes de la guerra de 1879 que le hacían entrega de reliquias guardadas en sus cofres: un portamonedas, un medallón, unos botones, una espada, alguna acuarela original, algún escapulario con la imagen de la Virgen del Carmen. En cada ocasión se hizo una pequeña ceremonia con fotógrafos de la prensa y con el Almirante, muy serio, que invariablemente dijo que la Armada guardaría en un lugar de honor esas reliquias "sagradas" y que las mostraría para la admiración de las generaciones presentes y futuras.

Las declaraciones del Almirante preocupan a menudo al resto de la Junta. En más de una ocasión ha anunciado el próximo retiro de todos, el regreso a los cuarteles y elecciones a corto plazo. El Almirante no es abstemio. A veces los efectos del whisky lo convierten en poco prudente en lo que dice y le hacen bajar los párpados en apacible sueño durante importantes ceremonias. El pueblo, pícaro, lo ha bautizado como "el almirante curagülla".

La periodista Rosario Guzmán Errázuriz, de revista "Ercilla", que se ha especializado en convertir en personajes simpáticos y de ideas humanistas y portentosas a casi todos los generales —empezando por Pinochet— a sus esposas, a los ministros y altos funcionarios del régimen, a millonarios y prósperos tecnócratas, le dedicó un nuevo "Trasluz" ("Ercilla" núm. 2285) al Almirante.

Con pícaro disimulo recibe a la periodista con... una taza de té. La cronista dice que "tiene un aire de lord inglés, lo cual se ha dicho más de una vez". Y allí está el Almirante, "un poco echado hacia atrás, los párpados superiores algo bajos, categórico en su hablar".

La entrevistadora le dice que las malas lenguas aseguran que después de la salida de la junta del General Leigh, el General Pinochet "ya no tiene escollos que salvar dentro de la junta".

Merino se enoja un poco. Pero no demasiado. "Esa es una inconsisten-

cia terrible, dice, además de una falta de respeto hacia nosotros. Es no saber lo que hacemos. Resulta que si a uno de nosotros no nos parece buena una ley determinada, por ejemplo, no la firma y hasta ahí llegó el asunto. Así es que Augusto debe contar con nosotros."

No es la misma opinión de Leigh, que en más de una ocasión aseguró que "Augusto" promulga decretos y órdenes de los que sus colegas de la Junta no tenían la menor idea.

Pero el Almirante se calma: "Hasta el humor le aflora cuando está de buenas". Ríe "desde el fondo del alma cuando recuerda a Teresita, la menor de sus hijas", que estuvo de cumpleaños exactamente un 11 de septiembre y que se encaramó sobre una gigantesca torta "para comerse los dos buquecitos: el "Huáscar" y "La Esmeralda". Lacónico y macabro el Almirante comenta: "En un minuto se tragó un pedazo de la historia de Chile".

Hay pocas cosas que le molesten seriamente al Almirante. La periodista le pregunta si le causan muchas preocupaciones los políticos.

"A mí no, al menos, dice, no me van ni me vienen. Tengo cuero de ballena para esas cosas. Mire lo que acaba de pasar en la Universidad Católica y lo del primero de mayo. ¡No me vaya a decir usted que eso no es pura política!"

La política es un mar agitado y, definitivamente, el Almirante no navega en tales aguas.

Luego, sobre la nueva Constitución: "Lo único que le puedo decir en ese sentido es que me acaban de entregar un estudio y no he tenido tiempo de estudiarlo." Reconoce que el peor problema que enfrenta el gobierno son las relaciones internacionales, "aun cuando están menos malas que antes". Y agrega: "Lo que ocurre es que detrás de todo esto —y eso a los chilenos se les olvida— está el comunismo moscovita que no ha podido ser derrotado en ninguna parte, ni en Italia, ni en Francia, ni en Alemania, usted ve. Y este país "desgraciado" logró echarlos. Y nunca faltan los tontos útiles como Kennedy, no se olvide".

A continuación el Almirante se declara "profundamente católico". La periodista anota: "Se emociona en la iglesia con el *venid y vamos todos*

porque le recuerda a su madre en el mes de María". Le reza al Espíritu Santo tres Padres Nuestros cada vez que entra a una sesión de la Junta, porque "sé que si Dios no me ayuda no seré capaz de enfrentarme a decisiones tan importantes".

Habla en seguida de rumores a propósito de un posible retiro, y que surgieron, dice, por haberse tomado un mes de vacaciones, en lugar de diez días como lo hacía siempre. "Me fui a pescar, y listo", acota militarmente.

El "Trasluz" ha terminado. El Almirante sonríe con modestia. Apenas ha mostrado los fulgores menores de sus luces.

EL REGRESO DE LOS ESCRITORES

Los escritores chilenos sostienen una campaña, cada vez más decidida, por el regreso de sus colegas en el exilio. Han roto en este propósito cualquier barrera ideológica y llenan con sus opiniones hasta las columnas de la prensa que apoya a la dictadura.

Así, por ejemplo, en la revista "Qué pasa", incluso Lafourcade se ha ocupado del problema. En la misma publicación, otro columnista, René Abe-liuk, hizo presente la barbarie que significa que inmensos contingentes de chilenos que salieron de su país en contra de su voluntad no puedan regresar. Escribió: "No hay hecho más doloroso en una sociedad civilizada, que grandes grupos humanos se vean obligados a emigrar y a desarraigarse del lugar que los vio nacer y en el que está el centro de sus afectos e intereses. Siempre he pensado que la pena judicial de *extrañamiento* es una pena bárbara, un resabio de épocas superadas de la Humanidad... Pero cuando el exilio es impuesto ya no por los tribunales sino por algún gobierno por meras razones políticas, o sea, por su propia y exclusiva conveniencia política, adquiere caracteres verdaderamente insoportables."

El hecho de que uno de los propietarios de "Qué pasa" sea el Canciller de Pinochet, Hernán Cubillos, hace todavía más elocuentes estos alegatos por el regreso de los exiliados. Es un tema que resulta imposible soslayar, ocultar o justificar.



Bertold Brecht.

(xilografia)
11/30.

Stokkilla

Es frecuente que en las reseñas de algún nuevo libro de creación, de los pocos que se publican en Chile, se aluda a los ausentes, o que se dediquen comentarios y crónicas a lo que éstos publican en el extranjero. La Sociedad de Escritores ha tomado cartas en el asunto, y su presidente declara: "La ausencia de escritores e intelectuales chilenos de primer orden es un golpe muy serio y grave que debería hacer reflexionar a las autoridades. Es una parte sustancial de la masa pensante de este país la que está dispersa por el mundo y esto ha provocado una recesión importante en este aspecto". El profesor de la Universidad Católica, Hugo Montes, se preguntaba en un artículo del diario "La Tercera" (13.5.79): "¿Cuándo regresarán los poetas que se nos fueron hace casi seis años? Faltan, nos hacen falta, personas como Gonzalo Rojas, Oscar Hahn, Efraim Barquero, Federico Schopf y varios más. Ellos son nuestros poetas, de la patria de Neruda, de la Mistral, de Huidobro, Las universidades y el país los requieren para que enriquezcan nuestro mundo cultural. Sí. Que vengan, que se vengan. Los necesitamos. Chile no puede seguir en la orfandad de poetas en que está ahora."

Por cierto, los que se hacen eco de un deseo perentorio de los intelectuales chilenos, no ocultan que Chile no es el mismo, y que para apreciar tal realidad, dura y deplorable para la

mayoría, es necesario haber vivido estos años de liquidación oficial de lo mejor del país. El empresario Orlando Sáenz, otrora enemigo apasionado del gobierno de la Unidad Popular, denuncia la monstruosidad del exilio y se une a los que propician el regreso de los intelectuales y de todos los chilenos exiliados: "No seamos tan indiferentes, dice, ante los esfuerzos que están haciendo muchos compatriotas nuestros por regresar a Chile, y para comprender en segundo término, que el destierro es una pena que sólo se justifica aplicar bajo muy graves, comprobadas, precisas y judicialmente sancionadas circunstancias. Creo que debe haber pocas violaciones de derechos humanos más odiosas y graves que la de mantener, por simples medidas administrativas, a miles y miles de exilados políticos". Y agrega, al final, que en "la dura tarea de regresar, tendrán que sumar hombros con todos nosotros, los exilados de dentro de Chile, para reconstruir esa patria que todos destruimos". (Revista "Hoy", número 103.)

Es dentro de este contexto que se prepara un Encuentro de Escritores Chilenos, al que concurrirían sin discriminación los que están dentro y los de afuera. "Esta es una batalla que hay que ganar —expresa el escritor Gonzalo Drago—. El regreso de nuestros compañeros no nos caerá del cielo. Debemos conquistarlo alzando la voz y la pluma."

CARTA DE CHILE*

"No podemos callar frente a la dolorosa realidad que significa el empobrecimiento académico cada vez mayor de la Universidad Católica que tiene los mismos problemas que el resto de las universidades. Cada vez la U. C. es más deficiente, más elitista en lo que a clase social se refiere, más cerrada a los acontecimientos de Chile y a las verdaderas aspiraciones y sentimientos de los estudiantes. Y no podemos soportar con resignación esto. Los cristianos no podemos resignarnos ante el error y debemos estar animados por la impaciencia de la verdad y de la libertad. Eso explica que nuestra manifestación espontánea se haya transformado en una acción que alarmó al Rector y los acólitos de la Federación de Estudiantes, porque ella suscitó de inmediato una inmensa simpatía y fue respaldada por todos los que estaban allí ese día."

"Queremos decir que sólo somos un grupo de cristianos que busca la verdad y el bien de Chile. Ello está presente no sólo en nuestras oraciones sino en nuestra vida diaria. Continuaremos diciendo lo que pensamos, aunque sean muchas las sanciones que nos caigan encima. Así creemos que interpretamos el evangelio y la verdad de Cristo. Estamos seguros, además, que interpretamos a la mayoría de los estudiantes de la Universidad Católica, que nos han hecho presente su solidaridad en todo momento y de manera emocionante. Por ahora no contribuiremos a la represión de otros compañeros nuestros.

* Esta carta fue enviada por uno de los alumnos de la Facultad de Teología de la Universidad Católica, suspendidos, como se sabe, durante seis meses de sus estudios, a raíz de su participación en las jornadas del Primero de Mayo.

Pero repetimos que nuestra acción es justa y plenamente acorde con nuestra fe cristiana."

"...Los suspendidos estamos tranquilos y de ninguna manera arrepentidos de haber expresado nuestra solidaridad con los estudiantes detenidos y maltratados el primero de mayo. Nuestra pequeña protesta en la Universidad Católica no fue sólo por eso. Queríamos con ella ser la voz de la mayoría de nuestros compañeros que ya les resulta intolerable la atmósfera que reina en la Universidad Católica. Todo se desarrolla allí en un clima enrarecido de delación, de miedo a expresar lo que uno realmente piensa, de imposición de valores que un cristiano verdadero ya no puede aceptar a estas alturas. Nuestra Universidad se ha convertido en una fortaleza de elementos medievales, de ricos soberbios que desprecian al pueblo, de elementos dóciles a todo lo que el gobierno quiere, aunque esto sea arbitrario y policial. Cualquier protesta, hasta la más mínima, es considerada un acto de subversión comunista. El Almirante Swett gobierna la Universidad como un buque en el que los marineros somos nosotros. El cree que conduce la nave por un mar en calma cuando en realidad hay un gran oleaje subterráneo, que cuando salga a la superficie puede hundir a los capitanes y almirantes de ahora. A los alumnos de la Facultad de Teología se nos ha querido hacer la vida imposible, se nos han hecho acusaciones calumniosas y grotescas, se ha dicho que entre nosotros hay miristas, terroristas, extremistas, comunistas disfrazados, que algunos hemos colocado incluso bombas en algunos lugares. Se ha amenazado con cancelarnos la matrícula a todos y declarar en reorgani-

zación nuestra Facultad, que siempre ha sido muy dependiente de la jerarquía eclesiástica y sirve al propósito de formar sacerdotes y monjas para nuestra iglesia. En realidad, ninguno de nosotros tiene opiniones que lo identifiquen con ningún partido político. Nos preparamos para una misión espiritual pero por ello mismo no podemos ser indiferentes ni cobardes ante la represión y la persecución. Si nos hubiésemos callado ante los detenidos el primero de mayo, seguramente no tendríamos los problemas de ahora, pero habríamos agregado una mancha a nuestra conciencia. La verdad de Cristo es la verdad del pueblo y estamos con eso en primer lugar."

"No nos han sorprendido las declaraciones del dirigente Olivares, de la Federación de Estudiantes de la U. C.

El y sus colegas son elementos fascistas que nada tienen que ver en la realidad con los estudiantes. Ellos van y vienen del edificio Diego Portales, reciben allí instrucciones y regresan a aplicarlas a la Universidad. Son el brazo derecho del Rector y actúan, en realidad, como gendarmes de los estudiantes que dicen representar. Nadie se siente interpretado con sus resoluciones, documentos y algaradas. Los estudiantes pensamos otra cosa. No le hemos cerrado nuestra conciencia a la dolorosa realidad de Chile en estos momentos y estamos con el dolor de nuestros hermanos que sufren. Preferimos ser buenos cristianos a ser siervos silenciosos de un régimen de dictadura que nada tiene que ver con la práctica cristiana ni con los intereses de la nación y de los pobres."



Cauale Feros (li vol.) 20/30 G. Guisasa



H. 1)
Picasso foran (liud.)
G. Campilla

 NARRATIVA

José Donoso

Casa de Campo

Editorial Seix Barral, Barcelona, 1978, 498 páginas

Si a un primer nivel la producción literaria de José Donoso pone al descubierto la decadencia de la gran burguesía chilena, no es menos cierto que las redes temáticas de su narrativa plasman un mundo en que la existencia individual o colectiva se manifiesta en toda su vaciedad, quedando al desnudo una sociedad compuesta por individuos que siguen normas de conducta falsas o convencionales. En ese universo complejo se mueven personajes que suelen encarnar diversas modalidades de lo grotesco, y que llegan a alcanzar incluso el nivel de la fantasmagoría. Las figuras de Donoso viven una realidad en la que el orden usual de los comportamientos se ha dislocado, y en la cual lo monstruoso emerge como patrón de la existencia. Sus personajes son seres atormentados que, en su angustia, se debaten entre la vida y la muerte, la juventud y la decrepitud, entre el bien y el mal, el cielo y el infierno y que, al sentir los estragos que producen en ellos la convicción de su inautenticidad, luchan vanamente por crear una realidad mendaz que no resiste la fuerza de la verdadera.

La última novela de Donoso, *Casa de campo*, ahonda, al mismo tiempo que se separa de tales coordenadas. Obra que exige múltiples lecturas, narración plena de sugerencias, de fantasías, *Casa de campo* configura un mundo autosuficiente pero no por eso menos manifiesto y trascendental. Postulando una literatura "inverosímil" sin correlato con lo real, la novela quiere eludir la historia contemporánea y las posibilidades que ofrece la narrativa actual: huye del

presente, reexplora las dimensiones de la narración tradicional. Y aunque en el texto se encuentren ciertas obsesiones temáticas de Donoso —la familia, la casa, la transgresión del orden— la novela intenta situarse fuera de los lindes habituales de las que la han precedido.

La casa de campo es el lugar donde los integrantes de la familia Ventura y Ventura van a pasar sus vacaciones. Esta mansión, sede de enigmas y misterios, se sitúa en un incierto lugar llamado Murulanda. Los Ventura van allí una vez al año cumpliendo una suerte de rito, viajando con su séquito de sirvientes y pueden controlar así la producción de oro laminado proveniente de las minas de las montañas azules, de las cuales son propietarios, y que son trabajadas por los indígenas. Instalados en la casa, la familia repite los mismos gestos, se configura un mundo tajantemente dividido en adultos y niños, por una parte, en señores y lacayos, por otra, aunque por la noche, se impone el toque de queda para los infantes y es un siniestro mayordomo y su tropa de subordinados quien lo hace respetar. Pero esta vez, y es esencialmente lo que la novela relata, los adultos deciden salir de paseo, dejando encerrados en sus dominios a los treinta y tres primos de diferentes edades. Dividida en dos partes —La partida, El regreso— en la novela se narran los trastornos que provoca, en el orden establecido, la partida de los adultos. En un comienzo los mayores y los más débiles intentan seguir viviendo como si nada hubiese sucedido. Pero, poco a poco, va surgiendo el miedo, las dudas, la confusión. Comienzan a formarse grupos, con móviles distintos: los hay que empiezan a romper el cerco de lanzas con puntas de oro que aísla, defiende y encierra la propiedad; los hay que intentan apoderarse del oro almacenado en las bodegas y pretenden huir con el precioso cargamento; los hay que, bajo la conducción de uno de sus tíos (el único adulto que ha permanecido en la casa y a quien sus familiares mantienen encerrado por considerarlo loco) intentan la instauración de otro orden de cosas en

el que participen también los indígenas; otros, finalmente, siguen jugando a la representación de "La marquesa salió a las cinco" y prefieren mantenerse al margen o evadir la nueva situación. Todo se transforma, todo es agitación, se quiebran las bases de un sistema, los mitos desaparecen, surge la rebeldía desbordante de aventura. Pero después de un año —o un día, ¿quién podría decirlo?— los adultos vuelven. Y son sus sirvientes, conducidos por el implacable mayordomo, quienes se encargan, con violencia sin igual, de restablecer la situación. Los niños son así el objeto de persecuciones y represiones. Pero la situación no vuelve a ser la de antes: los Ventura van, poco a poco, cediendo terreno frente a la fuerza del mayordomo y de sus secuaces, quienes, junto con unos extranjeros —compradores eventuales de las minas— terminan por abandonarlos en la Casa.

Es indudable que no puede darse en pocas líneas ni tan siquiera una débil imagen de la riqueza, la profusión de sentidos, la copiosidad de connotaciones y figuraciones que corren por las páginas de la novela. Pero no sólo la historia narrada es perturbadora y plena de interrogantes. Lo mismo sucede en el nivel del discurso. Estamos en presencia de un narrador tradicional, que domina la historia, que se manifiesta directamente, que se exterioriza como dueño y señor del texto. Esta figura dirige la narración como le parece conveniente, y así lo hace ver al lector, al cual se dirige en múltiples oportunidades. Es un hablante que comenta, que reflexiona, que cuestiona su propio quehacer, que explica y que se explica, y que está consciente que su labor es hacer de lo real algo inverosímil. Puede destacarse entre estas intervenciones la excelente escena en la que el narrador nos relata su entrevista —¿real, imaginada?— con un miembro de la familia Ventura —¿real, ficticio?— que habré servido de lejano modelo para su trabajo.

A pesar de que el narrador y la historia quieren eludir la realidad, ésta nos arrastra. Pareciera producirse un doble engaño, porque aunque se intenta desviarnos de cierto camino, este desvío puede conducir casi inevitablemente hacia lo que se desea ocultar. De modo que si la novela

admite múltiples direcciones interpretativas y otras tantas posibilidades de lectura, no puede por lo mismo dejar de constituirse en parábola de una realidad específica. A nuestro parecer dos ejemplos son elocuentes. Recordemos, por un lado, las palabras que, desde el torreón, dirige a sus huestes el *médico* Adriano Gomara, aquél a quien la familia consideraba falto de razón (y que, como don Quijote, era trasladado enjaulado en un carro-mato). En aquella oportunidad el personaje dice: "Los que siempre esperamos vienen a destruirnos. Desde aquí veo cómo se precipitan sobre nosotros con sus caballos, sus coches, su furia. No debemos tener miedo porque somos fuertes ya que tenemos fe en nuestro derecho incuestionable y en nuestra razón. Ellos atacan con pólvora, nosotros nos defenderemos con hierro; no importa, porque al fin, y después de terminado el sacrificio y la pesadilla en la que yo, seguramente, y muchos de ustedes, pereceremos, la crónica nos hará justicia y el tiempo hará germinar lo que sembramos en él." (p. 292). Y estas palabras no dejan de recordarnos el discurso que Salvador Allende dirigiera, desde el balcón de la Moneda, a los trabajadores chilenos. Discurso pronunciado antes del incendio del palacio presidencial, tal como comienzan a arder los cortinajes de la Casa de campo una vez que los sirvientes han lanzado el ataque. También hay otra escena que resulta significativa: es aquella en la que el mayordomo y sus secuaces (señalemos entre paréntesis que son *cuatro* los personajes que dirigen la represión e instauran el nuevo orden), torturan salvajemente al nativo Francisco de Asís, ordenándole cantar, al mismo tiempo que le rompen las manos a culatazos. Y esta figura, con los guiñapos en que quedaron convertidas sus manos, tomó, como pudo, la guitarra: "Sus dedos inanimados apenas podían pulsar una que otra cuerda, pero su voz se alzó alta, clara, segurísima, como manifestación de algo que los sirvientes eran incapaces de comprender pero que al oírlo, les pareció más violento, más subversivo que nada que jamás oírían, la primera señal de una resistencia inquebrantable que tal vez —pensaron durante un segundo en que se sintieron vacilar— ni ellos, ni los gran-

des, ni nadie iba a poder vencer..." (p. 307). ¿Quién, al leer estas líneas, no piensa en el trágico final de Víctor Jara? No queremos que se nos acuse de reduccionistas. Es por esto que afirmamos que puede ser ésta una de las lecturas posibles del texto —y otros elementos pueden confirmarla. Pero también es indudable que la novela escapa a los límites estrechos, supera los lindes de una mera confrontación con acontecimientos reales, se desborda por obra de la rutilante imaginaria e imaginación. Porque, tal vez no sea más que una simple coincidencia que el autor, al final del texto, date el comienzo de la escritura un 18 de septiembre de 1973.

Aunque no hemos insistido lo suficiente, ni disponemos por el momento del espacio y del tiempo para hacerlo, podemos indicar finalmente que *Casa de campo* organiza y despliega un mundo fantástico, un universo poético febril, enigmático, equivoco y devorador. Es una fabulación, una con-fabulación que embriaga y arrebata, que seduce y estremece. Brillante y magistral novela, la obra de Donoso, perfectamente estructurada, nos deja la certeza del apocalipsis y la incertidumbre de la redención.

Fernando MORENO

ENSAYO

Alain Sicard

La pensée poétique de Pablo Neruda.

Lille, Université de Lille, 1977.

Desde la muerte de Neruda, ocurrida el 23 de septiembre de 1973, una gran cantidad de publicaciones ha venido a acrecentar el ya extenso material bibliográfico existente sobre el poeta. Artículos, libros, tesis, homenajes se suceden en rápida profusión. Todo lo cual está atestiguando la presencia constante de esta poesía que ya empieza a ser estudiada, acá en los Esta-

dos Unidos, por los anglicistas. Junto a Eliot, junto a Pound, en rara mescolanza casi siempre, aparece la poesía de Neruda, convenientemente traducida. No suena mal en inglés, de hecho...

Entre los homenajes póstumos, cabe destacar el de la Universidad de Carolina del Sur (Columbia, S. C. USA), organizado por Juan Loveluck en noviembre de 1974; y, con posterioridad, el llevado a cabo en 1976 por el "Centre des Recherches Latino-Américaines" de la Universidad de Poitiers, bajo la dirección del mismo A. Sicard.

Entre los libros propiamente tales, se publican con notable simultaneidad un estudio sintético y general, de gran valía: *Pablo Neruda. Naturaleza, Historia, Poética* (Madrid, SGEL, 1978) por el crítico colombiano Eduardo Camacho; y la obra, actualmente en las prensas de Harvard, de que es autor René de Costa, profesor de la Universidad de Chicago. Junto a ellas, y levemente anterior, figura esta Tesis de Doctorado, presentada por A. Sicard a la Universidad de Bordeaux III, en marzo de 1977.

Sicard viene estudiando la producción nerudiana por cerca de 10 años, si no más. Su conocimiento de ella nunca ha sido mera exigencia universitaria, sino fruto del contacto personal, en un doble sentido: la relación intermitente con el mismo poeta, pero, sobre todo y mucho más, sostenida frecuentación de sus poemas, a través de un proceso de insistentes lecturas y relecturas. Afinidad profunda que se nota y se revela en esta contribución de Sicard, sin duda alguna la exploración más rigurosa y sistemática realizada hasta la fecha sobre la obra de nuestro compatriota.

El estudio posee una amplia arquitectura que, luego de un "Prólogo" (pp. I-V), donde el autor da cuenta brevemente de su objeto y de su método expositivo, discurre en siete partes, así: I) "Génesis del pensamiento poético" (pp. 1-142), en que se expone el progresivo surgimiento de la noción de tiempo en Neruda, a través de tres de sus obras principales: *Crepusculario* (1923), *Tentativa del hombre infinito* (1926) y *Residencia en la tierra* (1935); II) "El proyecto nerudiano" (pp. 144-237), en que se estudian sincrónicamente ciertos temas dialéc-

ticos mayores de la poesía nerudiana; III) "El poeta y la historia" (pp. 238-323), referente a la experiencia de la historia mundial y nacional que le toca vivir a Neruda, vista, es claro, a nivel de su plasmación poética; IV) "El cambio de 1958" (pp. 324-378), en que Sicard desarrolla una de las tesis fundamentales de su libro, a saber, la nueva conciencia que aportan a esta poesía las revelaciones del XX Congreso del PCUS, en 1956; V) "El poeta y lo inhabitado" (pp. 379-523), donde figuran, a mi entender, las más iluminadoras páginas del autor sobre el sentido de la infancia y de la muerte, con un novedosísimo *aperçu* sobre la relación Quevedo-Neruda; VI) "El amor" (pp. 525-589), en que desde la perspectiva, ahora, de la presencia de la mujer, se renueva el tratamiento de los temas del tiempo y de la historia; y VII) finalmente, un recorrido por los dominios de "La poética nerudiana" (pp. 590-671), considerada en su doble vertiente de canto material y de trabajo de la escritura. Cierran esta vasta monografía unas ceñidas "Conclusiones" (pp. I-V), donde Sicard intenta sintetizar los resultados de su investigación.

Los méritos de este libro apasionante son muchos, y habrá que por menorizarlos en una revista especializada. El enfoque de Sicard es siempre original, el razonamiento combina la *allure* filosófica con la percepción poética. Todo el trabajo está basado en un conocimiento exhaustivo (hasta donde ello es humanamente posible) de los textos nerudianos y de la bibliografía secundaria. Muchas de sus ideas se imponen como evidencias luminosas; otras, habrá que ir las decantando lentamente...

Anotemos, por el momento, que la gran calidad polémica del libro, con certeras discusiones de detalle y de algunas interpretaciones globales, no le impide diseñar una final convergencia de los estudios nerudianos. La obra misma corona esfuerzos anteriores, especialmente los magníficos ensayos de Hernán Loyola, abriendo perspectivas para nuevas meditaciones. El libro de Sicard, en consecuencia —como esas notables contribuciones que el hispanismo francés suele ofrecernos cada cierto tiempo— cierra y abre un ciclo, me parece, en la investigación de uno de los fenó-

menos literarios y culturales más influyentes de nuestro tiempo.

Jaime CONCHA

POLITICA

Joseph Comblin

El Poder Militar en América Latina

Ediciones Sígueme, Salamanca, 1978

Esta obra, de fuerte tendencia didáctica, está dedicada a la doctrina de la seguridad nacional. Por tal, el autor entiende no sólo la doctrina (dispersa en los manuales de enseñanza de las distintas Escuelas de Guerra de Latinoamérica y de los Estados Unidos, en el discurso político de las dictaduras militares, en las revistas sobre la materia, etc.) sino también todo el aparato institucional que esta doctrina instala y pone en práctica, sea en el interior de los ejércitos, sea en los propios países donde el poder político se impone a través de una dictadura militar. El poder militar se expresa, entonces, a través de la doctrina de la seguridad nacional.

"La doctrina (...) y el sistema político (...) son esquemas abstractos. Muchos civiles y militares confrontados con la doctrina o el sistema no reconocen en ello la realidad de su país: no pueden creer que en su país las cosas sucedan así. De una manera general, están convencidos de que los militares que ocupan el poder no tienen ni doctrina ni sistema, que son puramente pragmáticos. Y más aún, algunos militares que ocupan el poder, alientan gustosamente esta leyenda." (p. 179)

He aquí el propósito del autor: hacer visible esta doctrina, mostrar su coherencia. El libro organiza este material en tres partes: una exposición de los fundamentos de la doctrina, el modelo de estado y de gobierno que se erige a partir de ella, y finalmente, la presencia de ambos, doctrina y sistema, en los distintos países de Latinoamérica, tales como Brasil, Perú, Chile, Argentina, Uruguay, Ecuador y Bolivia.

En este análisis descriptivo está todo: la guerra fría, la geo-política, la guerra total, el concepto de enemigo interno, los objetivos nacionales que se determinan a partir de esta doctrina, el concepto mismo de seguridad nacional, etcétera.

Un prurito de orden domina la exposición. Esto ha dado lugar a un

curioso reproche político. "Se nos ha reprochado —dice Comblin— el proporcionar a las policías secretas, a la DINA chilena en particular, una ayuda inesperada dándoles una síntesis doctrinal que les hacía falta y les ayuda a coordinar su acción." (p. 34) Concordamos con el autor en que "habría que ser ingenuo para creer que los jefes de las policías políticas no saben lo que quieren ni a donde van, o que ignoran los conceptos que se enseñan en las escuelas de Guerra desde hace treinta años" (p. 34). No es por allí que peca el análisis, al contrario, creemos que es importante mostrar a los directamente implicados los vínculos de sujeción ideológica que mantienen respecto de los Estados Unidos, la manera como el aparato de dominación ideológica fun-



ciona a nivel internacional, no sólo en cuanto doctrina sino también en tanto sistema de enseñanza, práctica de formación militar, etc. Es importante y es justamente uno de los aportes del libro.

La obra nos parece débil en cambio en el terreno del análisis del funcionamiento de la ideología. Aquí no se sale, en definitiva, del ámbito de la elaboración y funcionamiento práctico de la doctrina. Aunque el autor ha logrado objetivarla y mostrar con claridad la disposición de sus elementos y la relación que ella supone con un sistema de gobierno, la explicación permanece en el plano lineal de lo explícito.

El afán por mostrar una coherencia en el comportamiento de los militares en una serie de dictaduras latinoamericanas, lleva al autor a apoyarse en la sola significación y empleo de la doctrina, como un intento de dar luces sobre la totalidad de este fenómeno político. El análisis es así incompleto: faltan elementos, o cuando no están ausentes, están mal analizados.

Es el caso, por ejemplo, del "anti" constitutivo de la doctrina de la Seguridad Nacional: el anticomunismo. La Seguridad Nacional como ideología funciona a través de un mecanismo anticomunista, como principio de justificación del objeto y métodos que la doctrina propugna o impone. Pero es ella la que configura de antemano su contrario, el antagonista. Lo que se enfrenta es ya una caricatura, una construcción ideológica útil, ad-hoc. Comblin tiene una visión diferente. Se embrolla, a nuestro juicio, en su concepción del comunismo descrito en el "anti" de la doctrina de la seguridad nacional, de resultados de lo cual, en su crítica a esa doctrina se preocupa únicamente del carácter negativo de la respuesta y no de la desfiguración que ella implica.

Es también el caso del problema del fascismo, concepto que el autor no considera apropiado para caracterizar a las dictaduras militares latinoamericanas. Considera abusivo su uso y lo descarta porque en su opinión el fascismo es "un sistema de movilización de la clase media con miras a salvar el capitalismo" (p. 109), fenómeno que no se da en los países de Latinoamérica sometidos a regímenes militares. En su análisis está com-

pletamente ausente la concepción del fascismo dependiente.

En el libro tampoco están presentes elementos que permitirían *explicar* (esto es, ver el funcionamiento de una ideología determinada en el interior de una formación económico-social determinada) la doctrina de la seguridad nacional. No se advierte, por ejemplo, una teoría válida del imperialismo. En este terreno no basta mostrar los vínculos manifiestos entre los Estados Unidos y la América Latina en el funcionamiento ideológico del aparato militar.

Falta, en fin, mostrar y desarrollar las imbricaciones entre proyecto económico e ideología, entre modelo económico, modelo político y doctrina de la Seguridad Nacional.

Todo lo anterior determina que el libro, a pesar de sus méritos, aparezca demasiado atado a los elementos visibles, descriptivos, explícitos de una doctrina, que si bien son importantes, no explican por sí solos toda la complejidad del fenómeno latinoamericano actual.

Oswaldo FERNANDEZ

Report of the Chicago Commission of Inquiry into the Status of Human Rights in Chile. Santiago, Chile, February 16-23, 1974.

Existe ya un inmenso caudal de informes y documentos elaborados en los Estados Unidos de Norteamérica, que compendian los resultados de múltiples investigaciones sobre las acciones criminales de la Junta Militar. Encuestas parlamentarias, estudios de organizaciones religiosas, sindicales y de grupos *ad hoc*, dan cuenta de una persistente movilización para dar a conocer a distintos estratos del público norteamericano la magnitud de los sucesos de Chile. De aquella masa documental, resulta poco conocido, según creo, este temprano informe emitido por personalidades y re-

presentantes de la ciudad de Chicago, realizado en el terreno mismo de los hechos, a comienzos de 1974, cuando los crímenes de la dictadura sobrecogían, más que nunca, la conciencia mundial. Es justo, pues, destacar la importancia que posee este *dossier*, no sólo por lo temprano de su gestación (es anterior al informe R. Duncan, de agosto de 1974, pieza esencial para el grupo Kennedy y para el Comité del Senado, presidido por F. Church), sino también porque suministra una información de primera mano sobre acontecimientos que tienden a desdibujarse más y más.

La composición de la Comisión Investigadora es bien significativa, por cuanto incluye a altos representantes sindicales, a juristas, sacerdotes, pastores y profesores universitarios. Participa asimismo en ella el señor Frank Terucci, Sr., padre del joven norteamericano torturado y asesinado por la Junta en los primeros días posteriores al golpe.

En sí mismo, el *Informe* consta de dos partes, la primera de las cuales (pp. 1-30) analiza los aspectos en la acción de la Junta que se consideran como flagrantemente lesivos a derechos humanos básicos. Forja de planes ficticios, para los efectos de justificación de una política brutalmente represiva; allanamientos y delaciones; aplicación arbitraria de la "ley de fuga"; tortura y ejecuciones masivas; hallazgo de cadáveres en las calles y en los ríos (p. 11); política salarial y de precios; violencia en las áreas sindical, educacional, periodística y hospitalaria; ensañamiento con los extranjeros: todo ello es evidenciado de manera fehaciente por la encuesta, que se cierra con una detallada relación sobre el asesinato de Frank Terucci y la negligencia, casi complicidad, de la embajada norteamericana en Santiago.

La Parte II contiene cuatro cuerpos documentales, entre los que el IV es, sin duda, el más relevante de todo el *Informe*. Incluye 31 piezas de evidencia y de convicción, en las cuales destacan por sí mismas las referentes a los asesinatos de Víctor Jara (1) y de Litré Quiroga (8); las ejecuciones masivas llevadas a cabo en Temuco, contra 7 dirigentes del Partido y de las Juventudes Comunistas (20), y en Concepción, contra el Intendente Fer-

nando Alvarez Castillo y 4 dirigentes de Lota (25). Figura también la muerte del sacerdote salesiano Juan Alsina, de origen español, detenido el 17 de septiembre en el Hospital San Juan de Dios y hallado días después en las aguas del río Mapocho. Una lista de desaparecidos y de muertos, hasta febrero de 1974, hace de colofón en esta irrefutable acusación a la dictadura.

Valga esta tardía noticia para limpiar y contrarrestar en parte las asociaciones negativas que el nombre de Chicago suscita necesariamente en el pueblo de Chile, por su enlace con el siniestro plan económico de los Friedmann y Habegger. Centro y cuna de tradiciones revolucionarias a fines del siglo pasado, Chicago ha podido ser también en la actualidad, gracias a dignos representantes suyos, sitio temprano en la denuncia de los crímenes de Pinochet.

J. C.

IDEAS

Gustavo Luis Carrera

Proposiciones para una periodificación de la literatura venezolana

Instituto de Investigaciones literarias, Universidad Central de Venezuela, 1978, 28 p.

Un tema que suscita cada vez más preocupaciones: la periodización literaria, periodificación, la llama Carrera. Consciente del fenómeno de la dependencia cultural, el autor rechaza el "criterio de autoridad" que ha presidido la designación de los períodos de la historia literaria en América Latina, tomados, generalmente, de la evolución europea y "cuyo alcance se supone universal". Duda de la posibilidad de utilizar con precisión categorías como "barroco", "simbolismo", etcétera.

En la parte afirmativa, postula una fundamentación basada en el proceso cultural que conduce a "la conciencia nacional autosuficiente en lo material y en lo espiritual". Su proposición tentativa para la literatura venezolana distingue cinco períodos desde 1820 hasta nuestros días: Fundación, Establecimiento, Fusión y Debate, Creación y Renovación, Reflexión y Replanteamiento, Crisis.

Independientemente de la discusión pormenorizada de sus sugerencias, su esfuerzo apunta a un problema que está en el corazón de una necesaria renovación de la Historia de la Literatura y de los estudios literarios en los países latinoamericanos.

Luis Bocaz

Terry Eagleton

Literatura y Crítica Marxista

Madrid: Zero, 1978, 104 p.

Terry Eagleton se desempeña como profesor en la Universidad de Oxford y es posiblemente más conocido por su libro *Criticism an Ideology* publicado en 1976. Una línea continua se visualiza a través de su producción: intervenir con claridad didáctica en un debate internacional en que los problemas siguen abiertos. El lector agradece este esfuerzo del crítico inglés que transforma sus libros en útiles instrumentos de trabajo.

Literatura y crítica marxista reúne esas virtudes. "No pretendo reclamar una gran originalidad ni una suma comprensividad, pero he intentado, al menos, no ser pesado ni confuso", escribe en su prólogo. El pequeño volumen se estructura en cuatro capítulos dedicados a importantes problemas generales de la estética marxista: Literatura e Historia, forma y contenido, El escritor y el compromiso político, El autor como productor. Las notas y la Bibliografía comentada prolongan el deseo del autor de proporcionar materiales válidos para el estudio y la profundización ulterior. El nombre del responsable de la traducción no aparece registrado expli-

citamente. Quizá si a sus méritos le faltó el cotejo directo del español con los textos no ingleses citados por Eagleton.

Una larga nota introductoria, firmada por Andrés Sorel, intenta explicar la oportunidad de la publicación del libro en la España post-franquista. Abundante en juicios sobre la evolución cultural de España desde 1939, ignoramos su relación con los puntos de vista personales de Terry Eagleton.

L. B.

Isabel Parra

Acerca de quién soy y no soy.

L'Escargot, París, 1979. Esc. 383.

Intento de autorretrato, su perfil va apareciendo a través de las ocho canciones cuya letra y música le pertenecen y de las otras tres de diferentes autores, porque en todas hay algo que Isabel es o no es.

Obligada a abandonar el país, Isabel Parra es posiblemente uno de los cantantes a la que más duele la ausencia de nuestra patria, así lo ha expresado en todo momento y en todos los ritmos: desde el triste lamento, hasta la cueca alegre. Chabela no sólo se ha referido a su dolor personal, sino que que ha visto y dicho el dolor colectivo del desterrado cuya vida no se detiene porque sigue amando y sigue luchando por cambiar la dolorosa situación presente que vive Chile.

Porque le duele el exilio, porque lo siente, trata de comprenderlo en su complejidad: ¿cuántos miles de niños chilenos están fuera?: muchos ya no recuerdan su país, otros han nacido en el extranjero, algunos ni siquiera hablan castellano. En "Ronda para un niño chileno: Matías", Chabela conversa con los niños y cariñosamente les habla de sus quehaceres infantiles contándoles, también, de su país ausente y lejano. Porque sabe del exilio, Isabel Parra le susurra comprensiva e impotente a Beatriz Allende que su dolor nos pertenece. En "Un nombre, un apellido", reclama para Beatriz el derecho a ser algo más que un símbolo: un ser humano con todas sus preguntas.

Como siente el desarraigo, la naturaleza extraña, la tierra ajena, como siente distintos los pájaros, las flores, los astros, les canta pidiendo que la unan con su tierra:

"Lucerito, lucerito
despacito entre la hierba

ya me voy, ya me voy
ya me voy, ya me voy yendo,
corazón y raíz
es lo que vivo sintiendo"

(De "Cardenales o gardenias")

Pero a Chabela el dolor no se la gana. A pesar que recientemente la junta le negó el derecho a vivir en Chile, de esta injusticia ha sacado aún más fuerza:

"Manos toquen instrumentos
Instrumentos sin lamentos
y echar abajo la puerta
si se nos niega la vuelta."

(De "Corazón, canta y no llores")

Y quiere seguir cantando, porque reconoce:

"... el dolor se me alivia
solamente cuando canto."

En la canción "Acerca de quién soy y no soy", Isabel muestra más íntimamente sus sentimientos, sus "maneras" en una tentativa difícil que teme que traicione lo que ella es:

"una mujer ansiosa que da pasos
unos nublados, otros llenos de sol."

"Voy a olvidar que un día tuve un sueño" y "Como un rayo de sol", son canciones de amor, de amor perdido que puede volverse a reanudar, de amor y tiempo que quieren rescatarse.

Estas son las canciones de Chabela, una música variada y apropiada las acompaña. La incorporación de instrumentos como el bandoneón, el piano, el oboe y el cello, resulta novedosa y muestra que Isabel Parra se enriquece innovando y luchando con su canción.

Soledad BIANCHI



Chaplin.

(xilografia)
1930.

Stou

PARTICIPANTES EN ESTE NUMERO:

• Héctor Fernando ABARZUA: Profesor de historia y ensayista. Vive en Francia en el exilio. • Tristán ARAYA (seud.): Periodista y escritor. • Roberto ARMIJO: escritor salvadoreño, Premio Nacional de Literatura de El Salvador. Profesor de Literatura en la Universidad de París X (Nanterre). • Jaime CONCHA: Profesor de literatura y ensayista, autor de varios libros. Vive en Estados Unidos y trabaja en la Universidad de Washington (Seattle). • Alfonso GONZALEZ DAGNINO: Médico y escritor, autor de *Aurora sobre el Yangtsé* y otras obras. • Rafael Agustín GUMUCIO: Vive, exiliado, en el viejo barrio Le Marais de París. • Miguel LAWNER: Arquitecto, autor de diversas obras sobre problemas urbanísticos. • Hernán LOYOLA: Profesor y crítico literario, autor de *Ser y morir en Pablo Neruda*. Trabaja en la Universidad de Sassari, Italia. • Henry LUQUE MUÑOZ: Poeta colombiano. *Lo que puede la mirada*, es su más reciente libro de poemas. • Roberto MATTA: El más célebre de los pintores chilenos. Obras suyas se encuentran en los más importantes museos del mundo. • Arturo MONTES: Profesor en el Instituto de Estudios Políticos de Grenoble (Francia). • Fernando MORENO: Profesor de literatura. Coautor (con René Jara) del libro *Anatomía de la novela*. Trabaja en la Universidad de Poitiers (Francia). • Carlos SANTANDER: Profesor de literatura y escritor. Trabaja en la Universidad de Besancon (Francia). • Volodia TEITELBOIM: Político y escritor. Autor de las novelas *Hijo del salitre* y *La semilla en la arena* y diversos otros libros. • Alberto VEGA SUAREZ (seud.): poeta (n. 1954). Prisionero político durante más de un año en Chacabuco y otros campos. Hoy está de vuelta en Chile, luego de cuatro años de exilio. • Virginia VIDAL: Periodista y escritora. Vive en Yugoslavia, en el exilio.

Las ilustraciones del número pertenecen a Carlos HERMOSILLA ALVAREZ (ver artículo de pág. 207).

La referencia de los autores no citados figura en el nº 6 de la revista. En la nómina de ese mismo número se cita al periodista Leonardo CACERES, cuyo nombre, sin embargo, fue por error omitido al pie de la entrevista a Joaquín Ruiz Jiménez, realizada por él.



LITERATURA CHILENA en el EXILIO



Suscripción: US. \$ 10 anual
Se publica cuatro veces al año:

enero, abril, julio y octubre
P.O. Box 3013 Hollywood, Cal. 90028 U.S.A.

Director: Fernando Alegría

Editor: David Valjalo

Pres. del Comité Internacional: Gabriel García Márquez

CHILE-AMERICA

**Publicación periódica del Centro de Estudios
y Documentación Chile - América**

Suscripción por 12 núms. (6 ejs.): US. \$ 24

Suscripción por 6 núms. (3 ejs.): US. \$ 12

Ejemplares dobles (fuera de Italia): US. \$ 6

Via di Torre Argentina 18/3 - 00186 ROMA - ITALIA

EMPLEO MINIMO

En el que la gente tiene un trabajo, entre comillas, sólo por una temporada, que ésa es la realidad del empleo mínimo. Este es un recuerdo de cuando me dejaron plantada esperando. Estaba en la esquina opuesta. Este señor abrió un portón grande, y en el interior se vieron herramientas, carretillas, escobas y ahí me empecé a fijar. Empezó a llegar gente. A medida que llegaban, anotaba en un papel, le pasaba una escoba, una pala, una horqueta, baldes. Ahí es donde me di cuenta que iban mujeres que se veía que eran dueñas de casa, hombres como recios, fortachitos, con cara de maestros. Y eso me causó mucha pena, mucha inquietud, porque veía las caras de los hombres, que se veía que eran hombres de trabajo duro, maestros de primera, así les escuchaba, que saben bien su obra, buenos albañiles, buenos pintores y les pasaban una escoba. Yo pensé, cómo se sentirá ese hombre humillado. Las esposas que deberían estar cuidando sus niños, barriendo la calle o a lo que la manden. Unos salían con una manguera (color naranja) para regar la calle. A mí me tenía esperando una señora, que otra persona me dijo que vivía en Los Dominicos, y que me necesitaba urgente para coser, le paga 150 y 20 para el pasaje, y la señora iba a ir a mi casa a buscarme en auto, después me dio la dirección, donde nos juntáramos. Y allá me dejé esperando y no volvió. Después estuve yo donde la señora que me había recomendado, y me dijo le voy a dar el teléfono para que la llame a ella. Después de unas 6 llamadas serían, me dice que bueno, mire, venga para que tratemos, el domingo en la mañana, porque yo ya tengo hablada otra persona, entonces si ella no viene, viene usted. Y me dice, cuando conversábamos, bueno, ¿usted es modista? No, le digo yo. Entonces me dice ah, qué pena, pero si yo entendía que usted era modista, que hacía medidas, cortaba. No, señora, le digo yo, hago arreglos no más. Ah, no, pues, me dice, yo quiero una señora que me haga a la medida, las hechuras, todo. Esperé como dos o tres semanas en esta cosa y hasta la fecha, porque me dijo, después la llamo, por intermedio de mi amiga, si después me falla esa otra persona.

Yo pensé que como hay tanta gente sin trabajo, entonces ellas escogen lo que les convenga a ellas, se regodean. Por eso me dio pena ver esos hombres, con cara de trabajadores, que nada más que la necesidad los obligaba a ellos a esa situación.

CESANTIA DISIMULADA

Esto me vino la idea de unos señores que andaban buscando una dirección de un obrero, trabajador. Y se estuvieron un rato, se bajaron del auto, miraron, con esa manera que tienen ellos, viéndolo todo, y dijeron, oye, le dijo uno al otro, mira qué bien, en esta población se ve que la gente vive contenta, dijo y como que no tienen mayores problemas. Se ve mucho movimiento en las calles, los niños van a la escuela, las mujeres en sus compras y quehaceres, se ve normal, todo normal. Y como era a mí que me habían preguntado por una dirección, entonces yo le contesté que eso que veían ellos no era lo real que ellos se figuraban, que era algo como para disfrazar la cesantía, así mismo les dije yo, disfrazar la cesantía, porque la gente, las señoras que salían con bolsa, no eran compras, eran ropa que llevaban para lavar o costura; la otra persona llevaba revistas, incluso la iba mirando, y se veía entonces como preocupada. Les dije que esa señora había recolectado revistas y las llevaba tratando de venderlas, aunque fuera a un peso o a dos. Y los hombres que salían temprano andaban buscando trabajo, a buscarlo no más. Entonces dijeron, ¿ah, sí? así que no es ésa la situación, y se rieron. Por último dijeron, ¿usted vive aquí? y yo les dije, vivo ahí, al frente, en ese ranchito. Cuando se fueron, me quedé parada ahí mismo, no me fui a mi casa al tiro, hasta que los vi alejarse. Ojalá haya sido para que se hagan la pregunta ellos.

Y los niños se ven jugando, son todos chicos y no se dan cuenta del problema. Unos van vendiendo, desde chicos, los veo pasar siempre. Y otra niña le está pidiendo una monedita a la señora.

